

Ellen G. White Estate

THE SPIRIT OF PROPHECY VOLUME FOUR

ELLEN G. WHITE

El espíritu de profecía Volumen cuatro

Elena de White

1884

**Copyright © 2017
Ellen G. White Estate, Inc.**

Información sobre este libro

Visión general

Este libro electrónico es proporcionado por [Ellen G. White Estate](#). Está incluido en los [libros en línea](#) gratuitos más grandes. colección en el sitio web de Ellen G. White Estate.

Sobre el Autor

Elena G. de White (1827-1915) es considerada la autora estadounidense más traducida, sus obras se han publicado en más de 160 idiomas. Escribió más de 100.000 páginas sobre una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiada por el Espíritu Santo, exaltó a Jesús y señaló las Escrituras como base de la fe.

Más enlaces

[Una breve biografía de Elena G. de White](#)

[Acerca del patrimonio de Elena G. de White](#)

Acuerdo de licencia de usuario final

La visualización, impresión o descarga de este libro le otorga solo una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para su uso exclusivo y personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de obras derivadas u otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro rescinde la licencia otorgada por el presente.

Más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores o cómo puede apoyar este servicio, comuníquese con Ellen G. White Estate en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y le deseamos la bendición de Dios mientras lee.

Prefacio

Es con mucho placer que enviamos este libro, vol. IV. de la serie sobre “El gran conflicto entre Cristo y Satanás”.

vol. I., comenzando con la caída de Satanás, abarca la historia del Antiguo Testamento . vol. II. contiene la vida de Cristo; vol. III., la vida de los apóstoles; y este volumen, dando primero un bosquejo de la gran profecía de nuestro Señor (que, en resumen, cubre toda la dispensación), contiene una historia de la iglesia en su guerra hasta su redención final, y describe vívidamente el triunfo del pueblo de Dios, la destrucción de Satanás y todos sus seguidores, y la renovación de la tierra, que pone fin a la terrible controversia entre el hijo de Dios y los poderes de las tinieblas.

Además de la Biblia, esta serie presenta la historia más maravillosa e intensamente interesante del mundo, desde la entrada del pecado hasta la completa restitución de todas las cosas, que jamás haya sido publicada. Y como los eventos finales de la dispensación son los más trascendentales, la destrucción de Satanás y todo lo que pertenece a su obra, y la revelación de la gloria venidera, sin paralelo con todos los eventos que los preceden, así el contenido de este libro son, en muchos aspectos, más profundamente interesantes que los de los volúmenes que lo precedieron. Los capítulos finales son los más emocionantes. Sin embargo, serán mejor apreciados por aquellos que lean los cuatro volúmenes en conjunto.

A los que se han sentido desilusionados porque este volumen no se publicó antes, les diríamos que creemos que la demora fue providencial, ya que el libro contiene asuntos de gran interés e importancia [iv] que no habría contenido si se hubiera publicado antes. . Y todavía este volumen no da todo lo que el escritor tiene que presentar sobre las escenas finales de esta dispensación. Algunos asuntos que posiblemente no podrían insertarse en este trabajo (el espacio es limitado), se publicarán por separado. Tal como está, este libro es más grande de lo que se pretendía.

Tenemos fe en que el Padre misericordioso está en bondad otorgar dando a su pueblo que espera la luz y la instrucción que

necesidad especial en los peligros de los últimos días. Dios está dispuesto a dar su Espíritu a los que le piden, a los que le invocan en verdad. Creemos que el autor ha recibido la iluminación del Espíritu Santo al preparar estas páginas, al exponernos la naturaleza del gran conflicto entre Cristo y Satanás, para que seamos advertidos contra las asechanzas del enemigo y preparados para una herencia con los santos en luz.

Si bien muchos de los temas presentados aquí son de una profundidad maravillosa, relacionados con “las cosas profundas de Dios”, se presentan en un lenguaje fácil de entender. Y nos alegramos de saber que la lectura de estas obras conduce a un mayor amor por las Sagradas Escrituras, y a la reverencia por el Dios de la gracia, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

Que este volumen sea una bendición para todos los que lo lean, y redundar en gloria del Altísimo, es la oración ferviente del

Editores.

Contenido

Información sobre este libro i

Prefacio Capítulo 1—Destrucción. iii

de Jerusalén. 7

Capítulo 2—La persecución en los primeros siglos 22

Capítulo 3—La Iglesia Romana 30

Capítulo 4—Los valdenses 40

Capítulo 5—Los primeros 53

reformadores Capítulo 6—La separación de Lutero 59

de Roma Capítulo 7—Lutero ante la dieta Capítulo 76

8—El progreso de la Reforma Capítulo 9—La 93

protesta de los príncipes Capítulo 10—Reformadores 101

posteriores Capítulo 11—Los dos testigos 111

. 123

Capítulo 12—Dios honra a los humildes 127

Capítulo 13—William Miller Capítulo 14—El 132

mensaje del primer ángel 146

Capítulo 15—El mensaje del segundo ángel 151

Capítulo 16—El tiempo de demora 158

Capítulo 17—El clamor de medianoche 163

Capítulo 18—El Santuario 170

Capítulo 19—Una puerta abierta y otra cerrada 177

Capítulo 20—El mensaje del tercer ángel 180

Capítulo 21—El tercer mensaje rechazado 190

Capítulo 22—Reavivamientos modernos 195

Capítulo 23—El juicio investigador 204

Capítulo 24—El origen del mal 210

Capítulo 25—Enemistad entre el hombre y Satanás 216

Capítulo 26—La acción de los espíritus malignos 221

Capítulo 27—Las trampas de Satanás 225

Capítulo 28—El primer gran engaño 235

Capítulo 29—Espiritualismo 248

Capítulo 30—Carácter y objetivos del papado 255

Capítulo 31—El conflicto venidero 267

Capítulo 32—Las Escrituras una salvaguardia 276

vi	El espíritu de profecía, vol. 4
Capítulo 33—El fuerte pregón	283
Capítulo 34—El tiempo de angustia	290
Capítulo 35—La liberación del pueblo de Dios	304
Capítulo 36—La desolación de la tierra	316
Capítulo 37—Terminó la controversia	321
Apéndice	333

Capítulo 1—Destrucción de Jerusalén

[V]

“Vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán con trincheras, y te rodearán, y te pondrán cerco por todas partes, y te derribarán a ti, ya tus hijos dentro de ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra; porque no conociste el tiempo de tu visitación.” [Lucas 19:43, 44.]

Desde la cima del Monte de los Olivos, Jesús mira a Jerusalén. Bella y pacífica es la escena que se extiende ante él. En medio de jardines y viñedos y verdes laderas salpicadas de tiendas de peregrinos, se elevan las colinas en terrazas, los majestuosos palacios y los enormes baluartes de la capital de Israel. La hija de Sión parece decir en su orgullo: “Estoy sentada como reina, y no veré aflicción”; tan hermosa ahora, y considerándose tan segura en el favor del Cielo, como cuando, siglos atrás, el juglar real cantó: “Hermoso por su situación, el gozo de toda la tierra, es el monte Sión”, “la ciudad del gran Rey”. [Salmo 48:2.] A la vista están los magníficos edificios del templo. Los rayos del sol poniente iluminan la nivea blancura de sus paredes de mármol y brillan desde la puerta dorada, la torre y el pináculo. “La perfección de la belleza” [18] representa, el orgullo de la nación judía. ¡Qué hijo de Israel podría contemplar la escena sin un escalofrío de alegría y admiración! Pero muchos otros pensamientos ocupan la mente de Jesús. “Cuando se acercó, miró la ciudad y lloró sobre ella”. [Lucas 19:41.] En medio del júbilo universal de la entrada triunfal, mientras las palmas ondean, mientras los alegres hosannas despiertan los ecos de los cerros, y miles de voces lo declaran rey, el Redentor del mundo se siente abrumado por un dolor repentino y misterioso. Él, el Hijo de Dios, el Prometido de Israel, cuyo poder ha vencido a la muerte y llamado a sus cautivos de la tumba, está llorando, no por un dolor ordinario, sino por una agonía intensa e incontenible.

Sus lágrimas no eran para él, aunque sabía muy bien hacia dónde tendían sus pies. Ante él estaba Getsemaní. No muy lejos estaba el lugar de la crucifixión. Sobre el camino que pronto iba a

pisar debe caer el horror de la gran oscuridad como debe hacer su alma una ofrenda por el pecado. Sin embargo, no fue la contemplación de estas escenas lo que le ensombreció en esta hora de alegría. Ningún presentimiento de su propia angustia sobrehumana nubló ese espíritu desinteresado. Lloró por los miles de Jerusalén condenados, a causa de la ceguera y la impenitencia de aquellos a quienes vino a bendecir y salvar.

La historia de mil años de privilegio y bendición, concedida al pueblo judío, fue revelada a los ojos de Jesús. El Señor había hecho de Sión su morada santa. Allí los profetas habían abierto [19] sus rollos y pronunciado sus advertencias. Allí los sacerdotes agitaban sus incensarios y diariamente ofrecían la sangre de los corderos inmolados, señalando al Cordero de Dios. Allí había habitado Jehová en gloria visible, en la shekinah sobre el propiciatorio. Allí reposaba la base de esa escalera mística que conectaba la tierra con el Cielo, esa escalera por la que descendían y ascendían los ángeles de Dios, y que abría al mundo el camino hacia el Lugar Santísimo. Si Israel como nación hubiera preservado su lealtad al Cielo, Jerusalén habría permanecido para siempre, la metrópolis elegida de Dios. Pero la historia de ese pueblo favorecido fue un registro de reincidencias y rebeliones. Se habían resistido a la gracia del Cielo, abusado de sus privilegios, menospreciado sus oportunidades.

En medio del olvido y la apostasía, Dios había tratado a Israel como un padre amoroso trata a un hijo rebelde, amonestando, advirtiéndolo, corrigiendo, todavía diciendo en la tierna angustia del alma de un padre: ¿Cómo puedo abandonarte? Cuando la amonestación, la súplica y la reprensión habían fallado, Dios envió a este pueblo el mejor regalo del Cielo; es más, les derramó todo el Cielo en ese único don.

Durante tres años el Hijo de Dios llamó a la puerta de la ciudad impenitente. Llegó a su viña en busca de frutos. Israel había sido como una vid trasplantada de Egipto a un suelo genial. Cavó alrededor de su vid; lo podó y lo mimó. No se cansó en sus esfuerzos por salvar esta vid de su propia plantación. Durante tres años el Señor de la luz y la gloria había entrado y salido entre su pueblo. sanó a los enfermos; consoló a los afligidos; resucitó a los muertos; habló de perdón y paz a los arrepentidos. Reunió a su alrededor a los débiles [20] y los cansados, los indefensos y los abatidos, y extendió a todos, sin distinción de edad o carácter, la invitación de la misericordia.

a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” [Mateo [11:28](#).]

A pesar de la indiferencia y el desprecio, había seguido con firmeza su ministerio de amor. Ningún ceño fruncido en su frente repelió al suplicante. Sometido él mismo a privaciones y reproches, había vivido para esparcir bendiciones a su paso, para suplicar a los hombres que aceptaran el don de la vida. Las olas de misericordia, rechazadas por el corazón obstinado, regresaron en una marea de amor incansable. Pero Israel se había alejado de su mejor amigo y único ayudante. Las súplicas de su amor habían sido despreciadas, sus consejos despreciados, sus advertencias ridiculizadas.

La hora de la gracia y el indulto estaba pasando rápidamente; la copa de la ira largamente diferida de Dios estaba casi llena. La nube de ira que se había estado acumulando a través de siglos de apostasía y rebelión estaba a punto de estallar sobre un pueblo culpable, y Aquel que era el único que podía salvarlos de su destino inminente había sido menospreciado, abusado, rechazado y pronto sería crucificado. Cuando Cristo sea colgado en la cruz del Calvario, el día de Israel como nación favorecida y bendecida por Dios habrá terminado. La pérdida de incluso un alma es una calamidad en comparación con la cual la ganancia de un mundo se hunde en la insignificancia; pero cuando Cristo miró a Jerusalén, la condenación de toda una ciudad, de toda una nación, estaba ante él; esa ciudad, esa nación que una vez había sido la escogida de Dios, su peculiar tesoro.

Los profetas habían llorado por la apostasía de Israel. Jeremías deseaba que sus ojos fueran una fuente de lágrimas, para poder “llorar día y noche por los muertos de la hija de su pueblo”. ¿Cuál fue, pues, el dolor [21] de Aquel cuya mirada profética abarcaba, no años, sino edades? Contempla al ángel destructor que se cierne sobre la antigua metrópolis de patriarcas y profetas. Desde la cumbre del Monte de los Olivos, el mismo lugar que luego ocuparon Tito y su ejército, mira al otro lado del valle hacia los atrios y pórticos sagrados, y con los ojos cegados por las lágrimas ve, en perspectiva espantosa, las murallas rodeadas por ejércitos extraños. Oye el paso de las huestes reunidas para la batalla. Oye la voz de madres e hijos que claman por pan en la ciudad sitiada. Ve su santa y hermosa casa, sus palacios y torres, entregados a las llamas, y donde una vez estuvieron, sólo un montón de ruinas humeantes.

Mira a lo largo de los siglos y ve al pueblo del pacto esparcido por todas partes, como restos de naufragios en una costa desierta. El ve en lo temporal

la retribución a punto de caer sobre sus hijos, sino el primer trago de esa copa de ira que en el Juicio final ella debe vaciar hasta sus heces. La piedad divina, el amor anhelante, encuentran expresión en las tristes palabras:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta a sus hijos ! gallinas debajo de sus alas, ¡y vosotros no queréis! [[Mateo 23:37.](#)]

¡Oh, si tú, nación favorecida sobre todas las demás, conocieras el tiempo de tu visitación, y las cosas que pertenecen a tu paz! He detenido al ángel de la justicia, te he llamado al arrepentimiento, pero todo fue en vano.

No son solamente los siervos, los delegados y los profetas, a quienes has rechazado y desechado, sino al Santo de Israel, tu Redentor. Si eres destruido, eres el único responsable. “No queréis venir a mí para que tengáis vida”.

Cristo vio en Jerusalén un símbolo de un mundo endurecido por la incredulidad y la rebelión, y que se apresuraba a enfrentar los juicios retributivos de Dios. Las aflicciones de una raza caída, presionando sobre su alma, arrancaron de sus labios ese llanto extremadamente amargo. Vio el registro del pecado trazado en la miseria humana, en lágrimas y sangre; su corazón fue movido de infinita piedad por los afligidos y dolientes de la tierra; anhelaba aliviar todo. Pero sabía que ni siquiera su mano podría hacer retroceder la marea entrante de aflicción humana; pocos buscarían su única fuente de ayuda. Él estuvo dispuesto a sufrir ya morir para poner la salvación a su alcance; pero pocos vendrían a él para tener vida.

¡La Majestad del Cielo en lágrimas! ¡el Hijo del Dios infinito, turbado de espíritu, postrado de angustia! La escena llenó todo el Cielo de asombro. Esa escena nos revela la excesiva pecaminosidad del pecado; muestra cuán difícil es la tarea, incluso para el poder infinito, de salvar al culpable de las consecuencias de transgredir la ley de Dios. Jesús, mirando hacia la última generación, vio al mundo encerrado en un engaño similar al que provocó la destrucción de Jerusalén.

El gran pecado de los judíos fue su rechazo a Cristo; el gran pecado del mundo cristiano sería su rechazo a la ley de Dios, fundamento de su gobierno en el Cielo y en la tierra. Los preceptos de Jehová serían despreciados y anulados. Millones en esclavitud al pecado, esclavos de Satanás, condenados a sufrir la segunda muerte, rehusarían escuchar las palabras de verdad en el día de su visitación. ¡ Tremenda ceguera! extraño enamoramiento!

Dos días antes de la Pascua, cuando Cristo tuvo por última vez [23] partió del templo, después de denunciar la hipocresía de los gobernantes judíos, volvió a salir con sus discípulos al Monte de los Olivos, y se sentó con ellos en una ladera cubierta de hierba desde donde se dominaba la ciudad. Una vez más contempló sus murallas, sus torres y palacios. Una vez más contempló el templo en su deslumbrante esplendor, una diadema de belleza coronando el monte sagrado.

Mil años antes, el salmista había magnificado el favor de Dios a Israel al hacer de su santa casa su morada: “En Salem está su tabernáculo, y su morada en Sión”. [Salmo 76:2.] “Él escogió la tribu de Judá, el monte de Sion que amó. Y edificó su santuario como palacios altos.” [Salmo 78:68, 69.] El primer templo se había erigido durante el período más próspero de la historia de Israel. El rey David había reunido grandes cantidades de tesoros para este propósito, y los planos para su construcción fueron hechos por inspiración divina. Salomón, el más sabio de los monarcas de Israel, había completado la obra. Este templo fue el edificio más magnífico que el mundo jamás haya visto. Sin embargo, el Señor había declarado por medio del profeta Hageo en relación con el segundo templo: “La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera”. “Haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones, y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos”. [Hageo 2:9, 7.]

Después de la destrucción del templo por Nabucodonosor, fue reconstruido unos quinientos años antes del nacimiento de Cristo, por un pueblo que de un cautiverio de toda la vida había regresado a un país desolado y casi desierto. Había entonces entre ellos ancianos que habían [24] visto la gloria del templo de Salomón, y que lloraron en los cimientos del nuevo edificio, que debe ser tan inferior al anterior. El sentimiento que prevaleció es descrito con fuerza por el profeta: “¿Quién queda de vosotros que haya visto esta casa en su gloria primera? ¿Y cómo lo ves ahora? ¿No es a tus ojos como nada en comparación con eso?

[Hageo 2:3.] Entonces se hizo la promesa de que la gloria de esta última casa sería mayor que la de la primera.

Pero el segundo templo no había igualado al primero en magnificencia; ni fue santificado por aquellas señales visibles de la presencia divina que pertenecían al primer templo. No hubo manifestación de poder sobrenatural para marcar su dedicación. No se vio ninguna nube de gloria para llenar el santuario recién erigido. Sin fuego del cielo

descendió para consumir el sacrificio sobre su altar. La shekinah ya no moraba entre los querubines en el lugar santísimo; el arca, el propiciatorio y las tablas del testimonio no se encontraban allí. Ninguna voz sonó desde el cielo para dar a conocer al sacerdote inquisitivo la voluntad de Jehová.

Durante siglos los judíos se habían esforzado en vano por mostrar dónde se había cumplido la promesa de Dios dada por Hageo; sin embargo, el orgullo y la incredulidad cegaron sus mentes al verdadero significado de las palabras del profeta. El segundo templo no fue honrado con la nube de la gloria de Jehová, sino con la presencia viva de Aquel en quien habitaba corporalmente la plenitud de la Deidad, quien era Dios mismo manifestado en [25] la carne. En efecto, el “Deseado de todas las naciones” había llegado a su templo cuando el Hombre de Nazaret enseñaba y curaba en los atrios sagrados. En la presencia de Cristo, y sólo en esto, el segundo templo superó al primero en gloria. Pero Israel había apartado de ella el don ofrecido por el Cielo. Con el humilde Maestro que había pasado ese día por su puerta dorada, la gloria se había ido para siempre del templo. Ya se cumplieron las palabras del Salvador: “Vuestra casa os es dejada desierta”. [Mateo 23:38.]

Los discípulos se habían llenado de asombro y asombro ante la predicción de Cristo de la destrucción del templo, y deseaban comprender más plenamente el significado de sus palabras. La riqueza, el trabajo y la habilidad arquitectónica se habían gastado libremente durante más de cuarenta años para realzar su esplendor. Herodes el Grande había prodigado en él riquezas romanas y tesoros judíos, e incluso el emperador del mundo lo había enriquecido con sus regalos. Macizos bloques de mármol blanco, de tamaño casi fabuloso, enviados desde Roma para este fin, formaban parte de su estructura; y a éstos los discípulos habían llamado la atención de su Maestro, diciendo: “¡Mira qué clase de piedras y qué edificios hay aquí!” [Marcos 13:1.]

A estas palabras, Jesús dio la respuesta solemne y sorprendente: “De cierto os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada”. [Mateo 24:2.]

Con el derrocamiento de Jerusalén, los discípulos asociaron los eventos de la venida personal de Cristo en la gloria temporal para tomar el trono del imperio universal, castigar a los judíos impenitentes y [26] romper de la nación el yugo romano. El Señor les había dicho que vendría por segunda vez. De ahí la mención de

juicios sobre Jerusalén, sus mentes vuelven a esa venida, y mientras están reunidos alrededor del Salvador en el Monte de los Olivos, preguntan: “¿Cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo? [[Mateo 24:3.](#)]

El futuro fue misericordiosamente velado de los discípulos. Si en ese momento hubieran comprendido completamente los dos hechos terribles, los sufrimientos y la muerte del Redentor y la destrucción de su ciudad y templo, se habrían quedado paralizados por el horror. Cristo presentó ante ellos un bosquejo de los eventos prominentes que ocurrirán antes del fin del tiempo. Sus palabras no fueron entonces totalmente comprendidas; pero su significado debía ser revelado a medida que su pueblo necesitara la instrucción allí dada. La profecía que pronunció tenía un significado doble: mientras presagiaba la destrucción de Jerusalén, también prefiguraba los terrores del último gran día.

Jesús declaró a los discípulos que escuchaban los juicios que caerían sobre el Israel apóstata, y especialmente la venganza retributiva que vendría sobre ellos por su rechazo y crucifixión del Mesías. Señales inequívocas precederían al espantoso clímax. La hora temida llegaría repentina y rápidamente. Y el Salvador advirtió a sus seguidores: “Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes.” [[Mateo 24:15](#), 16.] Cuando los estandartes idólatras de los romanos se establecieran en la tierra santa [27] , que se extendía algunos estadios fuera de los muros de la ciudad, entonces los seguidores de Cristo encontrarían seguridad en la huida. Cuando se viera la señal de advertencia, el juicio debía seguirse tan rápidamente que los que escaparan no debían demorarse. El que por casualidad esté en la azotea no debe bajar por su casa a la calle; pero debe acelerar su camino de techo en techo hasta llegar a la muralla de la ciudad, y ser salvado “como por fuego”. Los que estaban trabajando en los campos o en los viñedos no deben tomar tiempo para volver por la prenda de vestir exterior que han dejado a un lado mientras deberían estar trabajando en el calor del día. No deben dudar un momento, no sea que se vean envueltos en la destrucción general.

En el reinado de Herodes, Jerusalén no sólo había sido grandemente embellecida, sino que mediante la construcción de torres, murallas y fortalezas, sumada a la fuerza natural de su situación, había quedado aparentemente

inexpugnable. El que en este tiempo hubiera predicho públicamente su destrucción, como Noé en su día, habría sido llamado alarmista enloquecido. Pero Cristo había dicho: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”. [\[Mateo 24:35.\]](#) A causa de sus pecados, la ira había sido denunciada contra Jerusalén, y su obstinada incredulidad hizo segura su condenación.

El Señor había declarado por medio del profeta Miqueas: “Oíd esto, os ruego, vosotros cabezas de la casa de Jacob, y príncipes de la casa de Israel, que aborrecéis el derecho, y pervertís toda equidad. Edifican a Sión con sangre y a Jerusalén con iniquidad. Sus cabezas [\[28\]](#) juzgan por recompensa, y sus sacerdotes enseñan por salario, y sus profetas adivinan por dinero; sin embargo, se apoyarán en el Señor y dirán: ¿No está el Señor entre nosotros? ningún mal puede venir sobre nosotros.” [\[Miqueas 3:9-11.\]](#)

¡Cómo describían exactamente estas palabras a los habitantes corruptos y farisaicos de Jerusalén! Mientras pretendían observar rígidamente la ley de Dios, estaban transgrediendo todos sus principios. Odieron a Cristo porque su pureza y santidad revelaron su iniquidad; y lo acusaron de ser la causa de todos los problemas que les habían sobrevenido a consecuencia de sus pecados. Aunque sabían que no tenía pecado, habían declarado que su muerte era necesaria para su seguridad como nación. “Si lo dejamos así”, dijeron los líderes judíos, “todos creerán en él; y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar y nuestra nación.” [\[Juan 11:48.\]](#) Si Cristo fuera sacrificado, podrían volver a ser un pueblo fuerte y unido. Así razonaron, y estuvieron de acuerdo con la decisión de su sumo sacerdote, que mejor sería que muriera un solo hombre a que pereciera toda la nación.

Así habían edificado los líderes judíos a Sion con sangre, y a Jerusalén con iniquidad. Y sin embargo, mientras mataron a su Salvador porque él reprendió sus pecados, tal era su justicia propia que se consideraban a sí mismos como el pueblo favorecido de Dios, y esperaban que el Señor los librara de sus enemigos. “Por tanto”, continuó el profeta, “por causa de vosotros Sion será arada como un campo, y Jerusalén será convertida en montones de ruinas, y el monte de la casa como las alturas de un bosque”. [\[Miqueas 3:12.\]](#)

[\[29\]](#) Cuarenta años después de que Cristo mismo hubiera pronunciado la condenación de Jerusalén, el Señor demoró sus juicios sobre la ciudad y

la Nación. Maravillosa fue la longanimidad de Dios hacia los que rechazaron su evangelio y los asesinos de su Hijo. La parábola del árbol sin fruto representaba el trato de Dios con la nación judía. La orden había salido. Córdalo; ¿Por qué estorba el suelo? [[Lucas 13:7.](#)] pero la misericordia divina lo había perdonado un poco más. Todavía había muchos entre los judíos que ignoraban el carácter y la obra de Cristo. Y los hijos no habían disfrutado de las oportunidades ni recibido la luz que sus padres habían despreciado. A través de la predicación de los apóstoles y sus asociados, Dios haría que la luz brillara sobre ellos; pudieron ver cómo se había cumplido la profecía, no sólo en el nacimiento y la vida de Cristo, sino en su muerte y resurrección. Los hijos no fueron condenados por los pecados de los padres; pero cuando, con el conocimiento de toda la luz dada a sus padres, los hijos rechazaron la luz adicional concedida a ellos mismos, se hicieron partícipes de los pecados de los padres y colmaron la medida de su iniquidad.

La longanimidad de Dios hacia Jerusalén, sólo confirmó a los judíos en su obstinada impenitencia. En su odio y crueldad hacia los discípulos de Jesús, rechazaron la última oferta de misericordia. Entonces Dios retiró su protección de ellos, y quitó su poder restrictivo de Satanás y sus ángeles, y la nación quedó bajo el control del líder que ella había elegido. Sus hijos habían despreciado la gracia de Cristo, que les habría permitido dominar sus [30] malos impulsos, y ahora estos se convirtieron en los vencedores. Satanás despertó las pasiones más feroces y degradadas del alma. Los hombres no razonaban; estaban más allá de la razón, controlados por el impulso y la rabia ciega. Se volvieron satánicos en su crueldad. En la familia y en la nación, tanto entre las clases más altas como entre las más bajas, había sospecha, envidia, odio, lucha, rebelión, asesinato. No había seguridad en ninguna parte. Amigos y parientes se traicionaron unos a otros. Los padres mataron a sus hijos, y los hijos a sus padres. Los gobernantes del pueblo no tenían poder para gobernarse a sí mismos. Las pasiones descontroladas los convirtieron en tiranos. Los judíos habían aceptado falso testimonio para condenar al inocente Hijo de Dios. Ahora las falsas acusaciones hacían inciertas sus propias vidas. Por sus acciones habían estado diciendo durante mucho tiempo: "Haz que el Santo de Israel cese de delante de nosotros". [[Isaías 30:11.](#)] Ahora su deseo fue concedido. El temor de Dios ya no los perturbaba.

Satanás estaba a la cabeza de la nación, y las más altas autoridades civiles y religiosas estaban bajo su influencia.

Los líderes de las facciones opuestas a veces se unieron para saquear y torturar a sus miserables víctimas, y nuevamente cayeron sobre las fuerzas de los demás y masacraron sin piedad. Incluso la santidad del templo no pudo contener su horrible ferocidad. Los adoradores fueron derribados ante el altar, y el santuario fue contaminado con los cuerpos de los muertos. Sin embargo, en su presunción ciega y blasfema, los instigadores de esta obra infernal declararon públicamente que no temían que Jerusalén fuera destruida, porque era [31] la propia ciudad de Dios.

Para establecer su poder más firmemente, sobornaron a los falsos profetas para proclamar, incluso cuando las legiones romanas estaban sitiando el templo, que el pueblo debía esperar la liberación de Dios.

Hasta el final, las multitudes se aferraron a la creencia de que el Altísimo se interpondría para la derrota de sus adversarios. Pero Israel había despreciado la protección divina y ahora no tenía defensa. ¡Desgraciada Jerusalén! desgarrada por disensiones internas, la sangre de sus hijos, asesinados por las manos de los demás, enrojeciendo sus calles, mientras ejércitos extraños derribaban sus fortificaciones y mataban a sus hombres de guerra!

Todas las predicciones dadas por Cristo acerca de la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra. Los judíos experimentaron la verdad de sus palabras de advertencia: “Con la medida con que midáis, se os volverá a medir”.

Aparecieron señales y prodigios, presagiando desastre y condenación. Un cometa, parecido a una espada de fuego, se cernió sobre la ciudad durante un año. Se vio una luz antinatural flotando sobre el templo. Sobre las nubes se representaban carros que se reunían para la batalla. Misteriosas voces en el atrio del templo pronunciaron las palabras de advertencia: “Vámonos de aquí”. La puerta oriental del patio interior, que era de bronce, y tan pesada que fue cerrada con dificultad por una veintena de hombres, y con los cerrojos bien clavados en el firme pavimento, se vio a medianoche que se abría por sí sola.

Durante siete años un hombre siguió yendo y viniendo por las calles de Jerusalén, declarando los males que habían de sobrevenir a la ciudad. De día y de noche cantaba el salvaje canto fúnebre: “Una voz del [32] oriente; una voz del oeste; una voz de los cuatro vientos; una voz contra Jerusalén y el templo; una voz contra el novio y la novia; y una voz contra todo el pueblo.” este extraño ser

fue encarcelado y azotado; pero ninguna queja escapó de sus labios. Al insulto y al insulto sólo respondió: “¡Ay de Jerusalén! ¡Ay, ay de sus moradores!” Su grito de advertencia no cesó hasta que fue asesinado en el asedio que había predicho.

Ningún cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Cristo había advertido a sus discípulos, y todos los que creían en sus palabras esperaban la señal prometida. Después de que los romanos hubieran rodeado la ciudad, estos retiraron inesperadamente sus fuerzas, en un momento en que todo parecía propicio para un ataque inmediato. En la providencia de Dios, la señal prometida fue dada así a los cristianos que esperaban, y sin un momento de demora huyeron a un lugar seguro: la ciudad de refugio de Pella, en la tierra de Perea, más allá del Jordán.

Terribles fueron las calamidades que cayeron sobre Jerusalén en el sitio de la ciudad por Tito. El último ataque desesperado se realizó en el momento de la Pascua, cuando millones de judíos se habían reunido dentro de sus muros para celebrar la fiesta nacional. Sus reservas de provisiones, que si se hubieran conservado con cuidado habrían sido suficientes para abastecer a los habitantes durante años, habían sido destruidas previamente por los celos y la venganza de las facciones contendientes, y ahora se experimentaban todos los horrores del hambre. Una medida de trigo se vendió por un talento. Gran número de personas salían a escondidas por la noche para aplacar su hambre devorando hierbas y plantas silvestres que crecían fuera de las murallas de la ciudad, aunque a menudo eran detectadas y castigadas con tortura y muerte. Algunos roían el cuero de sus escudos y sandalias. Las torturas más inhumanas fueron infligidas por los que estaban en el poder para obligar a la gente asolada por la necesidad a obtener los últimos suministros escasos que podrían haber ocultado. Y estas crueldades fueron practicadas con no poca frecuencia por hombres que estaban bien alimentados y que simplemente deseaban acumular provisiones para el futuro.

Miles perecieron de hambre y pestilencia. El afecto natural parecía haber sido completamente destruido. Se veía a los niños arrebatando la comida de la boca de sus padres ancianos. La pregunta del profeta: “¿Puede una mujer olvidarse de su hijo de pecho?” [Isaías 49:15.] recibió la respuesta dentro de los muros de esa ciudad condenada: “Las manos de las mujeres piadosas han mojado a sus propios hijos; ellos fueron su comida en la destrucción de la hija de Jerusalén” [Lamentaciones 4:10.]

Los líderes romanos se esforzaron por infundir terror a los judíos y así lograr que se rindieran. Aquellos prisioneros que resistieron cuando fueron tomados, fueron flagelados, torturados y crucificados ante el muro de la ciudad. Diariamente se daba muerte a cientos de personas de esta manera, y la terrible obra continuó hasta que, a lo largo del valle de Josafat y en el Calvario, se erigieron cruces en tal número que apenas había espacio para moverse entre ellas. Tan terriblemente se cumplió la profana oración pronunciada cuarenta años antes: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos". [\[Mateo 27:25.\]](#)

Tito hubiera querido poner fin a la terrible escena, y [\[34\]](#) así habría ahorrado a Jerusalén la medida total de su condenación. Se llenó de horror al ver los cuerpos de los muertos tirados en montones en los valles. Como en trance, miró desde la cima del Monte de los Olivos el magnífico templo, y dio orden de que no se tocara ninguna piedra. Antes de intentar tomar posesión de esta fortaleza, hizo un llamado serio a los líderes judíos para que no lo obligaran a profanar el lugar sagrado con sangre. Si salieran y pelearan en cualquier otro lugar, ningún romano debería violar la santidad del templo. El mismo Josefo, en un llamamiento muy elocuente, les suplicó que se rindieran, que se salvaran a sí mismos, a su ciudad y a su lugar de culto. Pero sus palabras fueron respondidas con amargas maldiciones. Le arrojaron dardos, su último mediador humano, mientras les suplicaba. Los judíos habían rechazado las súplicas del Hijo de Dios, y ahora las protestas y las súplicas sólo los hacían más decididos a resistir hasta el final. En vano fueron los esfuerzos de Tito por salvar el templo; Uno más grande que él había declarado que no quedaría piedra sobre piedra.

La obstinación ciega de los líderes judíos y los crímenes detestables perpetrados dentro de la ciudad sitiada excitaron el horror y la indignación de los romanos, y Tito finalmente decidió tomar el templo por asalto. Determinó, sin embargo, que, si era posible, debería salvarse de la destrucción. Pero sus órdenes fueron ignoradas. Después de que se hubo retirado por la noche a su tienda, los judíos, saliendo del templo, atacaron a los soldados que estaban afuera. En la lucha, un soldado arrojó una tea a través de una abertura en el pórtico, e inmediatamente las cámaras alrededor de la casa santa se incendiaron. Tito corrió [\[35\]](#) al lugar, seguido por sus generales y legionarios, y ordenó a los soldados que apagaran las llamas. Sus palabras no fueron escuchadas. en su

furiosos, los soldados arrojaron teas encendidas en las cámaras contiguas al templo, y luego con sus espadas mataron en gran número a los que se habían refugiado allí. La sangre fluyó por los escalones del templo como agua. Miles y miles de judíos perecieron. Por encima del sonido de la batalla se escucharon voces que gritaban: “¡Ichabod!”: la gloria se ha ido.

El fuego no había llegado a la casa santa cuando entró Tito y, al contemplar su esplendor insuperable, se vio impulsado a un último esfuerzo por su conservación. Pero en su misma presencia, un soldado metió una antorcha encendida entre las bisagras de la puerta, y en un instante las llamas estallaron dentro del santuario. Cuando el resplandor rojo reveló las paredes de los lugares sagrados, que brillaban con oro, un frenesí se apoderó de los soldados. Aguijoneados por un deseo de saqueo y llenos de ira por la resistencia de los judíos, estaban fuera de control.

Las estructuras elevadas y masivas que habían coronado el Monte Moriah estaban en llamas. Las torres del templo lanzaron columnas de fuego y humo. Mientras la espeluznante marea avanzaba, devorando todo a su paso, toda la cima de la colina ardía como un volcán. Mezclados con el rugido del fuego, los gritos de los soldados y el estruendo de los edificios que caían, se escuchaban los gritos frenéticos y desgarradores de viejos y jóvenes, sacerdotes y gobernantes. Las mismas montañas parecían devolver el eco. El espantoso resplandor de la conflagración iluminó el campo circundante, y la gente se reunió en las colinas y contempló aterrorizada la escena.

Después de la destrucción del templo, la ciudad entera pronto cayó en [36] las manos de los romanos. Los líderes de los judíos abandonaron sus torres inexpugnables y Tito los encontró solitarios. Los miró con asombro y declaró que Dios los había entregado en sus manos; porque ninguna máquina, por poderosa que fuera, podría haber prevalecido contra aquellas estupendas almenas. Tanto la ciudad como el templo fueron arrasados hasta sus cimientos, y el suelo sobre el que se había levantado la santa casa fue “arado como un campo”. Más de un millón de personas fueron masacradas; los sobrevivientes fueron llevados cautivos, vendidos como esclavos, arrastrados a Roma para adornar el triunfo del conquistador, arrojados a las fieras en los anfiteatros o esparcidos como vagabundos sin hogar por toda la tierra.

Los judíos habían forjado sus propios grilletes; habían cargado para sí mismos la nube de la venganza. En la destrucción total que sobrevino

ellos como nación, y en todos los males que los siguieron en su dispersión, no estaban más que recogiendo la cosecha que sus propias manos habían sembrado. Sus sufrimientos a menudo se representan como un castigo que les inflige el decreto directo de Dios. Este es un dispositivo por el cual el gran engañador busca ocultar su propia obra. Por un obstinado rechazo del amor y la misericordia divinos, los judíos habían hecho que se les retirara la protección de Dios, y se permitió que Satanás los gobernara según su voluntad. Las horribles crueldades promulgadas en la destrucción de Jerusalén son una demostración del poder vengativo de Satanás sobre los que ceden a su control.

[37]

No podemos saber cuánto le debemos a Cristo por la paz y protección que disfrutamos. Es el poder restrictivo de Dios lo que impide que la humanidad pase completamente bajo el control de Satanás. Los desobedientes y desagradecidos tienen grandes razones para estar agradecidos por la misericordia y longanimidad de Dios al mantener bajo control el poder cruel y maligno del maligno. Pero cuando los hombres traspasan los límites de la paciencia divina, esa restricción desaparece. Dios no se presenta ante el pecador como ejecutor de la sentencia contra la transgresión; pero deja solos a los que rechazan su misericordia, para que cosechen lo que han sembrado. Cada rayo de luz rechazado, cada advertencia despreciada o desatendida, cada pasión consentida, cada transgresión de la ley de Dios, es una semilla sembrada, que da su cosecha infame. El Espíritu de Dios, persistentemente resistido, es finalmente retirado del pecador, y entonces no queda poder para controlar las malas pasiones del alma, ni protección contra la malicia y enemistad de Satanás. La destrucción de Jerusalén es una temible y solemne advertencia para todos los que están jugando con las ofertas de la gracia divina y rechazando las súplicas de la misericordia divina. Nunca se ha dado un testimonio más decisivo del odio de Dios al pecado y del castigo seguro que caerá sobre los culpables.

La profecía del Salvador concerniente a la visitación de juicios sobre Jerusalén ha de tener otro cumplimiento, del cual esa terrible escena no era más que una débil sombra. La segunda venida del Hijo de Dios es anunciada por labios que no se equivocan: "Entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará [38] sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta

el otro." [Mateo [24:30](#), 31.] Entonces los que no obedezcan el evangelio serán consumidos con el espíritu de su boca, y destruidos con el resplandor de su venida. [[2 Tesalonicenses 2:8](#).]

Cuidense los hombres para que no descuiden la lección que se les transmite en las palabras de Cristo. Él ha declarado que vendrá por segunda vez, para reunir a sus fieles hacia sí, y para vengarse de los que rechazan su misericordia. Así como advirtió a sus discípulos acerca de la destrucción de Jerusalén, dándoles una señal de la ruina que se acercaba para que pudieran escapar, así también ha advertido a su pueblo del día de la destrucción final, y les ha dado señales de su proximidad, para que todo el que quiera pueda huir de la ira venidera. Los que contemplan las señales prometidas deben "saber que está cerca, sí, a la puerta". "Vigilad, pues", son sus palabras de amonestación. "Si no velas, vendré sobre ti como ladrón".

El mundo no está más preparado ahora para dar crédito a la advertencia que lo que estaban los judíos en los días de nuestro Salvador. Pase lo que pase, el fin llegará de improviso a los impíos. Cuando la vida transcurre en su ronda invariable; cuando los hombres están absortos en el placer, en los negocios, en el tráfico, en hacer dinero; cuando los líderes religiosos estén magnificando el progreso y la iluminación del mundo, y la gente se sienta adormecida por una falsa seguridad, entonces, como el ladrón de la medianoche roba dentro de la vivienda sin vigilancia, así vendrá una destrucción repentina sobre los descuidados e impíos, "y no Escapar."

[39] **Capítulo 2—La persecución en los primeros siglos**

Cuando Jesús reveló a sus discípulos el destino de Jerusalén y las escenas de la segunda venida, también predijo la experiencia de su pueblo desde el momento en que sería quitado de entre ellos, hasta su regreso en poder y gloria para su liberación. Desde el Monte de los Olivos, el Salvador contempló las tormentas que estaban a punto de caer sobre la iglesia apostólica y, penetrando más profundamente en el futuro, sus ojos discernieron las feroces y devastadoras tempestades que iban a azotar a sus seguidores en las edades venideras de tinieblas y persecución. En unas breves declaraciones, de terrible significado, predijo la porción que los gobernantes de este mundo repartirían a la iglesia de Dios. Los seguidores de Cristo deben recorrer el mismo camino de humillación, oprobio y sufrimiento que recorrió su Maestro. La enemistad que estalló contra el Redentor del mundo se manifestaría contra todos los que creyeran en su nombre.

La historia de la iglesia primitiva testificó del cumplimiento de las palabras del Salvador. Los poderes de la tierra y del infierno se alinearon contra Cristo en la persona de sus seguidores. El paganismo previó que si triunfaba el evangelio, sus templos y altares serían arrasados; por lo tanto, convocó a sus fuerzas para destruir el cristianismo.

[40] Se encendieron los fuegos de la persecución. Los cristianos fueron despojados de sus posesiones y expulsados de sus hogares. “Soportaron una gran lucha de aflicciones”. “Tuvieron juicio de crueles burlas y azotes, sí, además de cadenas y encarcelamiento”. [Hebreos 11:36.] Grandes números sellaron su testimonio con su sangre. Nobles y esclavos, ricos y pobres, eruditos e ignorantes, fueron igualmente asesinados sin piedad.

Dondequiera que buscaron refugio, los seguidores de Cristo fueron cazados como bestias de presa. Se vieron obligados a buscar escondite en lugares desolados y solitarios. “Desposeídos, afligidos, atormentados, de los cuales el mundo no era digno, vagaron por los desiertos, y por los montes, y por las cavernas y cuevas de la tierra.” [Hebreos 11:37, 38.] Las excavaciones subterráneas conectadas con la ciudad de Roma proporcionaron refugio

por miles. Se habían excavado largas galerías a través de la tierra y la roca para obtener material para las vastas estructuras de la capital, y la oscura e intrincada red de pasadizos se extendía por millas más allá de las murallas. En estos retiros subterráneos, muchos de los seguidores de Cristo, cuando eran sospechosos y proscritos, encontraron un hogar; y aquí también enterraron a sus muertos. Cuando el Dador de la vida despierte a los que han peleado la buena batalla, muchos mártires por causa de Cristo saldrán de esas lúgubres cavernas.

Bajo la más feroz persecución, estos testigos de Jesús mantuvieron su fe inmaculada. Aunque privados de todas las comodidades, apartados de la luz del sol, haciendo su hogar en el oscuro pero amistoso seno de la tierra, no se quejaron. Con palabras de fe, paciencia y esperanza, se animaban unos a otros a soportar las privaciones [41] y las angustias. La pérdida de toda bendición terrenal no podía obligarlos a renunciar a su fe en Cristo. Las pruebas y persecuciones no eran más que pasos que los acercaban a su descanso y su recompensa.

Recordaron las palabras de su Maestro, que cuando fueran perseguidos por causa de Cristo debían alegrarse sobremanera; porque grande sería su recompensa en el Cielo; porque así habían sido perseguidos los profetas delante de ellos. Como los siervos de Dios de antaño, fueron “torturados, no aceptando liberación, a fin de alcanzar una mejor resurrección”. [Hebreos 11:35.] Se regocijaron de haber sido tenidos por dignos de sufrir por la verdad, y cantos de triunfo ascendieron en medio de las llamas crepitantes. Mirando hacia arriba por la fe, vieron a Cristo y a los ángeles inclinados sobre las almenas del cielo, mirándolos con el más profundo interés y considerando su firmeza con aprobación. Una voz descendió hacia ellos desde el trono de Dios: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”.

[Apocalipsis 2:10.]

En vano fueron los esfuerzos de Satanás para destruir la iglesia de Cristo por medio de la violencia. El gran conflicto en el que los discípulos de Jesús dieron su vida no cesó cuando estos fieles portaestandartes cayeron en su puesto. Con la derrota vencieron. Los obreros de Dios fueron asesinados, pero su obra siguió adelante con firmeza. El evangelio continuó propagándose, y el número de sus adherentes aumentó. Penetró en regiones que eran inaccesibles, incluso para las águilas de Roma. Dijo un cristiano, discutiendo con los gobernantes paganos que estaban impulsando la persecución: “Pueden atormentarnos, afligirnos y

la maldad pone a prueba nuestra debilidad, pero vuestra crueldad no sirve de nada. No es más que una invitación más fuerte para traer a otros a nuestra persuasión. **Cuanto más segados somos, más brotamos de nuevo. La sangre de los cristianos es semilla”.**

Miles fueron encarcelados y asesinados; pero otros surgieron para ocupar sus lugares. Y aquellos que fueron martirizados por su fe fueron asegurados a Cristo, y considerados de él como vencedores. Habían peleado la buena batalla y recibirían la corona de gloria cuando Cristo viniera. Los sufrimientos que soportaron acercaron a los cristianos unos a otros ya su Redentor.

Su ejemplo vivo y su testimonio moribundo fueron un testimonio constante de la verdad; y, donde menos se esperaba, los súbditos de Satanás dejaban su servicio y se alistaban bajo el estandarte de Cristo.

Satanás, por lo tanto, trazó sus planes para hacer la guerra con más éxito contra el gobierno de Dios, plantando su bandera en la iglesia cristiana. Si los seguidores de Cristo pudieran ser engañados y llevados a desagradar a Dios, entonces su fuerza, fortaleza y firmeza fallarían, y serían presa fácil.

El gran adversario ahora se esforzó por ganar por medio del artificio lo que no había logrado obtener por la fuerza. Cesó la persecución, y en su lugar fueron sustituidas las peligrosas tentaciones de la prosperidad temporal y el honor mundano. Los idólatras fueron inducidos a recibir una parte de la fe cristiana, mientras que rechazaron otras verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús como Hijo de Dios y creer en su muerte y [43] resurrección; pero no tenían convicción de pecado, y no sentían la necesidad de arrepentirse o de un cambio de corazón. Con algunas concesiones de su parte, propusieron que los cristianos hicieran concesiones, para que todos pudieran unirse en la plataforma de la fe en Cristo.

Ahora la iglesia estaba en peligro terrible. La prisión, la tortura, el fuego y la espada eran bendiciones en comparación con esto. Algunos de los cristianos se mantuvieron firmes, declarando que no podían transigir. Otros razonaron que si cedían o modificaban algunos rasgos de su fe y se unían a los que habían aceptado una parte del cristianismo, podría ser el medio de su plena conversión. Ese fue un tiempo de profunda angustia para los fieles seguidores de Cristo. Bajo un manto de cristianismo fingido, Satanás se estaba infiltrando en la iglesia para corromper su fe y apartar sus mentes de la palabra de verdad.

Finalmente, la mayor parte de la compañía cristiana bajó su estandarte y se formó una unión entre el cristianismo y el paganismo . Aunque los adoradores de ídolos profesaban convertirse y unirse a la iglesia, todavía se aferraban a su idolatría, cambiando solamente los objetos de su adoración a imágenes de Jesús, e incluso de María y los santos. La inmundicia levadura de la idolatría, así introducida en la iglesia, continuó su funesta obra. Doctrinas erróneas, ritos supersticiosos y ceremonias idólatras se incorporaron a su fe y culto. A medida que los seguidores de Cristo se unieron a los idólatras, la religión cristiana se corrompió y la iglesia perdió su pureza y poder. Sin embargo, hubo algunos que no se dejaron engañar por estos engaños. Todavía mantuvieron su fidelidad al Autor de la verdad y adoraron solo a Dios.

Ha habido siempre dos clases entre los que profesan [44] ser seguidores de Cristo. Mientras una clase estudia la vida del Salvador y procura fervientemente corregir sus defectos y ajustarse al Modelo, la otra clase evita las verdades claras y prácticas que exponen sus errores. Incluso en su mejor estado, la iglesia no estaba compuesta enteramente por personas verdaderas, puras y sinceras. Nuestro Salvador enseñó que aquellos que voluntariamente se entregan al pecado no deben ser recibidos en la iglesia; sin embargo, conectó con él a hombres que tenían defectos de carácter y les concedió los beneficios de sus enseñanzas y ejemplo, para que pudieran tener la oportunidad de ver y corregir sus errores. Entre los doce apóstoles había un traidor. Judas fue aceptado, no por sus defectos de carácter, sino a pesar de ellos. Estaba conectado con los discípulos para que, a través de las instrucciones y el ejemplo de Cristo, pudiera aprender lo que constituye el carácter cristiano, y así ser inducido a ver sus errores, a arrepentirse y, con la ayuda de la gracia divina, a purificar su alma . “en la obediencia a la verdad”. Pero Judas no caminó en la luz que tan graciosamente se le permitió brillar sobre él. Por la indulgencia en el pecado, invitó a las tentaciones de Satanás. Sus malos rasgos de carácter se hicieron predominantes. Entregó su mente al control de los poderes de las tinieblas, se enojó cuando sus faltas fueron reprobadas, y así fue llevado a cometer el temible crimen de traicionar a su Maestro. De la misma manera, todos los que abrigan el mal bajo una profesión de piedad odian a los que perturban su paz al condenar su curso de pecado. Cuando se presente una

como Judas, traiciona a los que por su bien han tratado de reprenderlos .

[45] Los apóstoles se encontraron con aquellos en la iglesia que profesaban piedad mientras albergaban en secreto la iniquidad. Ananías y Safira actuaron como engañadores, fingiendo hacer un sacrificio completo para Dios, cuando codiciosamente retenían una parte para ellos. El Espíritu de la verdad reveló a los apóstoles el verdadero carácter de estos pretendientes, y los juicios de Dios libraron para siempre a la iglesia de esta inmunda mancha sobre su pureza. Esta señal de evidencia del Espíritu discernidor de Cristo en la iglesia aterrorizaba a los hipócritas y malhechores. No podían permanecer mucho tiempo en relación con los que eran, en hábito y disposición, constantes representantes de Cristo; y cuando las pruebas y la persecución sobrevinieron a sus seguidores, sólo aquellos que estaban dispuestos a abandonarlo todo por causa de la verdad deseaban convertirse en sus discípulos. Así, mientras continuó la persecución, la iglesia permaneció comparativamente pura. Pero cuando cesó, se agregaron conversos que eran menos sinceros y devotos, y se abrió el camino para que Satanás se afianzara.

Pero no hay unión entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas, y no puede haber unión entre sus seguidores. Cuando los cristianos consintieron en unirse con aquellos que estaban medio convertidos del paganismo, entraron en un camino que los llevó más y más lejos de la verdad. Satanás se regocijó por haber logrado engañar a un número tan grande de seguidores de Cristo. Luego trajo su poder para ejercer más plenamente sobre ellos, y los inspiró a perseguir a los que permanecieron fieles a Dios. Nadie podía entender tan bien cómo oponerse a la verdadera fe cristiana como aquellos que una vez habían sido sus defensores; y estos cristianos apóstatas, uniéndose a sus compañeros medio paganos, dirigieron su guerra contra las características más esenciales de las doctrinas de Cristo.

Se requirió una lucha desesperada para que aquellos que fueran fieles se mantuvieran firmes contra los engaños y las abominaciones que se disfrazaban con vestiduras sacerdotales y se introducían en la iglesia. La Biblia no fue aceptada como norma de fe. La doctrina de la libertad religiosa fue calificada de herejía, y sus defensores fueron odiados y proscritos.

Después de un largo y severo conflicto, los pocos fieles decidieron disolver toda unión con la iglesia apóstata si ella aún se negaba a liberar

ella misma de la falsedad y la idolatría. Vieron que la separación era una necesidad absoluta si querían obedecer la palabra de Dios. No se atrevieron a tolerar errores fatales para sus propias almas, y dieron un ejemplo que pondría en peligro la fe de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Para asegurar la paz y la unidad estaban dispuestos a hacer cualquier concesión compatible con la fidelidad a Dios; pero sintieron que incluso la paz se compraría demasiado cara con el sacrificio de los principios. Si la unidad pudiera asegurarse sólo mediante el compromiso de la verdad y la justicia, entonces que haya diferencia e incluso guerra.

Bien sería para la iglesia y el mundo si los principios que impulsaron esas almas firmes fueran revividos en los corazones del pueblo profeso de Dios. Hay una indiferencia alarmante con respecto a las doctrinas que son los pilares de la fe cristiana. Va ganando terreno la opinión de que, al fin y al cabo, éstos no son de vital importancia.

Esta degeneración está fortaleciendo las manos de los agentes de Satanás, de modo que las teorías falsas y los engaños fatales que los fieles en épocas pasadas [47] pusieron en peligro sus vidas para resistir y exponer, ahora son considerados con favor por miles que afirman ser seguidores de Cristo . .

Los primeros cristianos eran ciertamente un pueblo peculiar. Su comportamiento sin culpa y su fe inquebrantable eran una reprensión continua que perturbaba la paz del pecador. Aunque pocos en número, sin riqueza, posición o títulos honorarios, eran un terror para los malhechores dondequiera que se conociera su carácter y doctrinas. Por eso fueron aborrecidos por los impíos, así como Abel fue aborrecido por el impío Caín. Por la misma razón por la que Caín mató a Abel, aquellos que se despojaron de la restricción del Espíritu Santo, dieron muerte al pueblo de Dios. Fue por la misma razón que los judíos rechazaron y crucificaron al Salvador, porque la pureza y santidad de su carácter era una reprensión constante a su egoísmo y corrupción. Desde los días de Cristo hasta ahora, sus fieles discípulos han despertado el odio y la oposición de los que aman y siguen los caminos del pecado.

¿Cómo, entonces, se puede llamar al evangelio un mensaje de paz? Cuando Isaías predijo el nacimiento del Mesías, le atribuyó el título de "Príncipe de paz". Cuando los ángeles anunciaron a los pastores que Cristo había nacido, cantaron sobre los llanos de Belén: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres". [Lucas 2:14.] Hay una aparente contradicción entre estas declaraciones proféticas y las palabras de Cristo: "No he venido para traer paz, sino

Una espada." [Mateo 10:34.] Pero correctamente entendidos, los dos están en [48] perfecta armonía. El evangelio es un mensaje de paz. El cristianismo es un sistema que, recibido y obedecido, extendería la paz, la armonía y la felicidad por toda la tierra. La religión de Cristo unirá en estrecha hermandad a todos los que acepten sus enseñanzas. La misión de Jesús fue reconciliar al hombre con Dios y, por tanto, con su prójimo. Pero el mundo en general está bajo el control de Satanás, el enemigo más acérrimo de Cristo. El evangelio les presenta principios de vida que están totalmente en desacuerdo con sus hábitos y deseos, y se rebelan contra él. Odian la pureza que revela y condena sus pecados, y persiguen y destruyen a los que les instan a reclamar sus justas y santas pretensiones. Es en este sentido, porque las verdades exaltadas que trae, ocasionan odio y contienda, que el evangelio es llamado una espada.

La misteriosa providencia que permite que los justos sufran persecución a manos de los impíos ha sido causa de gran perplejidad para muchos que son débiles en la fe. Algunos incluso están dispuestos a desechar su confianza en Dios porque Él permite que los hombres más bajos prosperen, mientras que los mejores y más puros son afligidos y atormentados por su cruel poder. ¿Cómo, se pregunta, alguien que es justo y misericordioso, y que también es infinito en poder, puede tolerar tal injusticia y opresión? Esta es una pregunta con la que no tenemos nada que ver. Dios nos ha dado suficiente evidencia de su amor, y no debemos dudar de su bondad porque no podemos entender las obras de su providencia. Dijo el Salvador a sus discípulos, previendo las dudas que oprimirían sus almas en días de prueba y oscuridad: "Acordaos de la palabra que os dije: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también [49] os perseguirán a vosotros". [Juan 15:20.] Jesús sufrió por nosotros más de lo que cualquiera de sus seguidores puede sufrir por la crueldad de los malvados. Aquellos que son llamados a soportar la tortura y el martirio, están siguiendo los pasos del amado Hijo de Dios.

"El Señor no tarda en cumplir su promesa." [2 Pedro 3:9.] No olvida ni descuida a sus hijos; pero permite que los impíos revelen su verdadero carácter, para que nadie que desee hacer su voluntad sea engañado acerca de ellos. De nuevo, los justos son colocados en el horno de la aflicción, para que ellos mismos puedan ser purificados; que su ejemplo pueda convencer a otros de la realidad de la fe y la piedad;

y también para que su proceder consecuente pueda condenar a los impíos e incrédulos.

Dios permite que los impíos prosperen y revele su enemistad contra él, para que cuando hayan colmado la medida de su iniquidad, todos puedan ver su justicia y misericordia en su total destrucción. El día de su venganza se apresura, cuando todos los transgresores de su ley y los opresores de su pueblo encontrarán la justa recompensa de sus obras; cuando todo acto de crueldad u opresión hacia los fieles de Dios será castigado como si fuera hecho contra el mismo Cristo.

Hay otra pregunta más importante que debería atraer la atención de las iglesias de hoy. El apóstol Pablo declara que “todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución”. [\[2 Timoteo 3:12.\]](#) ¿Por qué, entonces, la persecución parece adormecerse en gran medida? La única razón es que la iglesia se ha conformado a la norma del mundo, y por lo tanto no despierta oposición. La religión corriente en nuestros días no es del carácter puro y santo que caracterizó a la fe cristiana en los días de Cristo y sus apóstoles. Es sólo por el espíritu de compromiso con el pecado, porque las grandes verdades de la palabra de Dios son consideradas con tanta indiferencia, porque hay tan poca piedad vital en la iglesia, que el cristianismo aparentemente es tan popular en el mundo. Que haya un avivamiento de la fe y el poder de la iglesia primitiva, y el espíritu de persecución se reavivará, y los fuegos de la persecución se reavivarán.

[51]

Capítulo 3—La Iglesia Romana

El apóstol Pablo, en su segunda carta a los Tesalonicenses, predijo la gran apostasía que resultaría en el establecimiento del poder papal. Declaró que el día de Cristo no vendría, “sin que primero venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición; quien se opone y se exalta a sí mismo sobre todo lo que se llama Dios, o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.” Y además, el apóstol advierte a sus hermanos que “el misterio de iniquidad ya está obrando”. [2 [Tesalonicenses 2:3, 4, 7.](#)] Incluso en esa fecha temprana vio, sigilosamente en la iglesia, errores que prepararían el camino para el desarrollo del papado.

Poco a poco, al principio en sigilo y en silencio, y luego más abiertamente a medida que aumentaba en fuerza y se apoderaba de la mente de los hombres, el misterio de la iniquidad llevó adelante su obra engañosa y blasfema. Casi imperceptiblemente, las costumbres del paganismo se abrieron paso en la iglesia cristiana. El espíritu de compromiso y conformidad fue restringido por un tiempo por las feroces persecuciones que soportó la iglesia bajo el paganismo. Pero cuando cesó la persecución, [52] y el cristianismo entró en las cortes y palacios de los reyes, dejó de lado la humilde sencillez de Cristo y sus apóstoles por la pompa y el orgullo de los sacerdotes y gobernantes paganos; y en lugar de los requisitos de Dios, los sustituyó por teorías y tradiciones humanas. La conversión nominal de Constantino, a principios del siglo IV, causó gran regocijo; y el mundo, ataviado con túnicas de justicia, entró en la iglesia. Ahora el trabajo de la corrupción progresó rápidamente. El paganismo, aunque parecía vencido, se convirtió en conquistador. Su espíritu controlaba la iglesia. Sus doctrinas, ceremonias y supersticiones fueron incorporadas a la fe y adoración de los profesos seguidores.

Este compromiso entre el paganismo y el cristianismo resultó en el desarrollo del hombre de pecado predicho en la profecía como opuesto y exaltándose a sí mismo por encima de Dios. Ese gigantesco sistema de falsos

la religión es una obra maestra del poder de Satanás, un monumento de sus esfuerzos por sentarse en el trono para gobernar la tierra según su voluntad.

Satanás una vez se esforzó por llegar a un compromiso con Cristo. Vino al Hijo de Dios en el desierto de la tentación y, mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, ofreció entregarlo todo en sus manos si reconocía la supremacía del príncipe de las tinieblas. Cristo reprendió al tentador presuntuoso y lo obligó a partir. Pero Satanás se encuentra con mayor éxito al presentar las mismas tentaciones al hombre. Para asegurar ganancias y honores mundanos, la iglesia fue inducida a buscar el favor y el apoyo de los grandes hombres de la tierra, y habiendo rechazado así a Cristo, fue inducida [53] a rendirle lealtad al representante de Satanás, el obispo de Roma . .

Es una de las principales doctrinas del romanismo que el Papa es la cabeza visible de la iglesia universal de Cristo, investido con autoridad suprema sobre obispos y pastores en todas partes del mundo. Más que esto, el Papa se ha arrogado los mismos títulos de Deidad. Se llama a sí mismo "Señor Dios el Papa", asume la infalibilidad y exige que todos los hombres le rindan homenaje. Así, la misma afirmación instada por Satanás en el desierto de la tentación es todavía instada por él a través de la iglesia de Roma, y un gran número está dispuesto a rendirle homenaje.

Pero aquellos que temen y reverencian a Dios se enfrentan a esta suposición de desafiar el Cielo como Cristo se enfrentó a las solicitudes del astuto enemigo: "Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás".

[Lucas 4:8.] Dios nunca ha dado una pista en su palabra de que ha designado a ningún hombre para ser la cabeza de la iglesia. La doctrina de la supremacía papal se opone directamente a las enseñanzas de las Escrituras. El papa no puede tener poder sobre la iglesia de Cristo excepto por usurpación.

Los romanistas han persistido en acusar a los protestantes de herejía y de separación deliberada de la verdadera iglesia. Pero estas acusaciones se aplican más bien a ellos mismos. Ellos son los que depusieron el estandarte de Cristo, y se apartaron de la fe una vez entregada a los santos.

Satanás sabía muy bien que las Sagradas Escrituras permitirían a los hombres discernir sus engaños y resistir su poder. Fue por la palabra que incluso el Salvador del mundo ha resistido sus ataques. En cada asalto, Cristo presentó el escudo de la verdad eterna, diciendo: [54]

"Está escrito." A cada sugerencia del adversario opuso la sabiduría y el poder de la palabra. Para que Satanás mantenga su dominio sobre los hombres y establezca la autoridad del usurpador papal, debe mantenerlos en la ignorancia de las Escrituras. La Biblia exaltaría a Dios y colocaría a los hombres finitos en su verdadera posición; por lo tanto, sus verdades sagradas deben ser ocultadas y suprimidas. Esta lógica fue adoptada por la Iglesia Romana. Durante cientos de años estuvo prohibida la circulación de la Biblia. Al pueblo se le prohibió leerlo, o tenerlo en sus casas, y sacerdotes y prelados sin escrúpulos interpretaron sus enseñanzas para sustentar sus pretensiones. Así, el Papa llegó a ser reconocido casi universalmente como el vicegerente de Dios en la tierra, dotado de autoridad suprema sobre la Iglesia y el Estado.

Habiendo sido eliminado el detector de errores, Satanás obró de acuerdo a su voluntad. La profecía había declarado que el papado debía "pensar en cambiar los tiempos y las leyes". [\[Daniel 7:25.\]](#) Este trabajo no tardó en intentarlo. Para proporcionar a los conversos del paganismo un sustituto de la adoración de ídolos y promover así su aceptación nominal del cristianismo, la adoración de imágenes y reliquias se introdujo gradualmente en el culto cristiano. El decreto de un concilio general finalmente estableció este sistema de idolatría papal. Para completar la obra sacrílega, Roma se atrevió a expurgar de la ley de Dios el segundo mandamiento, que prohibía el culto a las imágenes, y dividir el décimo mandamiento, para preservar el número.

[55] El espíritu de concesión al paganismo abrió el camino para un desprecio aún mayor de la autoridad del Cielo. Satanás manipuló también el cuarto mandamiento y trató de dejar de lado el antiguo sábado, el día que Dios había bendecido y santificado, y en su lugar exaltar la fiesta observada por los paganos como "el venerable día del sol". Este cambio no se intentó al principio abiertamente. En los primeros siglos, todos los cristianos habían guardado el verdadero sábado. Estaban celosos del honor de Dios y, creyendo que su ley es inmutable, guardaban celosamente la santidad de sus preceptos. Pero con gran sutileza, Satanás trabajó a través de sus agentes para lograr su objetivo. Para llamar la atención de la gente al domingo, se hizo fiesta en honor de la resurrección de Cristo. En él se celebraban servicios religiosos; sin embargo, se consideraba como un día de recreo, ya que el sábado todavía se observaba sagradamente.

Constantino, cuando aún era pagano, emitió un decreto ordenando la observancia general del domingo como fiesta pública en todo el imperio romano. Después de su conversión, siguió siendo un acérrimo defensor del domingo, y luego hizo cumplir su edicto pagano en interés de su nueva fe. Pero el honor mostrado en este día no era todavía suficiente para impedir que los cristianos consideraran el verdadero día de reposo como santo del Señor. Se debe dar otro paso; el sábado falso debe ser exaltado a la igualdad con el verdadero. Unos años después de la emisión del decreto de Constantino, el obispo de Roma confirió al domingo el título de día del Señor. Así, la gente gradualmente fue llevada a considerarlo como poseedor de un grado de sacralidad. Aun así, se guardó el sábado original.

El archi-engañador no había completado su trabajo. Estaba resuelto [56] reunir al mundo cristiano bajo su estandarte y ejercer su poder a través de su vicerregente, el orgulloso pontífice que afirmaba ser el representante de Cristo. A través de paganos medio convertidos, prelados ambiciosos y eclesiásticos amantes del mundo, logró su propósito. Se celebraron vastos concilios, de vez en cuando, en los que se convocaba a los dignatarios de la iglesia de todo el mundo. En casi todos los concilios, el sábado que Dios había instituido fue rebajado un poco más, mientras que el domingo fue exaltado correspondientemente. Así, la fiesta pagana finalmente llegó a ser honrada como una institución divina, mientras que el sábado bíblico fue declarado una reliquia del judaísmo, y sus observadores fueron declarados malditos.

El gran apóstata había logrado exaltarse a sí mismo “sobre todo lo que se llama Dios, o es objeto de culto”. [2 [Tesalonicenses 2:4.](#)] Se había atrevido a cambiar el único precepto de la ley divina que señala inequívocamente a toda la humanidad hacia el Dios vivo y verdadero. En el cuarto mandamiento, Dios se revela como el Creador de los cielos y la tierra, y por lo tanto se distingue de todos los dioses falsos. Fue como un memorial de la obra de la creación que el séptimo día fue santificado como un día de descanso para el hombre. Fue diseñado para mantener al Dios viviente siempre presente en la mente de los hombres como la fuente del ser y el objeto de reverencia y adoración. Satanás se esfuerza por apartar a los hombres de su lealtad a Dios y de rendir obediencia a su ley; por lo tanto, dirige sus esfuerzos especialmente contra ese mandamiento que señala a Dios como el Creador.

Los protestantes ahora instan a que la resurrección de Cristo el domingo, [57]

lo convirtió en el sábado cristiano. Pero falta evidencia bíblica. Ni Cristo ni sus apóstoles le dieron tal honor a ese día. La observancia del domingo como institución cristiana tiene su origen en ese “misterio de iniquidad” que, incluso en los días de Pablo, había comenzado su obra. ¿Dónde y cuándo adoptó el Señor a este hijo del papado? ¿Qué razón válida se puede dar para un cambio acerca del cual las Escrituras guardan silencio?

En el siglo VI el papado se había establecido firmemente. Su sede de poder se fijó en la ciudad imperial, y el obispo de Roma fue declarado cabeza de toda la iglesia. El paganismo había dado lugar al papado. El dragón le había dado a la bestia “su poder, y su trono, y gran autoridad”. [\[Apocalipsis 13:2.\]](#)

Y ahora comenzaron los 1260 años de opresión papal predichos en las profecías de Daniel y Juan. [\[Daniel 7:25; Apocalipsis 13:5-7.\]](#)

Los cristianos se vieron obligados a elegir entre ceder su integridad y aceptar las ceremonias y el culto papales, o desgastar sus vidas en las celdas de las mazmorras, o sufrir la muerte por el potro, el haz de leña o el hacha del verdugo. Ahora se cumplieron las palabras de Jesús: “Seréis entregados por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos; ya algunos de vosotros los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre.” [\[Lucas 21:16, 17.\]](#) La persecución se desató sobre los fieles con mayor furia que nunca antes, y el mundo se convirtió en un vasto campo de batalla. Durante cientos de años, la iglesia de Cristo encontró refugio en la reclusión y la oscuridad. Así dice el [\[58\]](#) profeta: “La mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten mil doscientos sesenta días”. [\[Apocalipsis 12:16.\]](#)

El acceso de la Iglesia Romana al poder marcó el comienzo de la Edad Media. A medida que su poder aumentaba, la oscuridad se profundizaba. La fe fue transferida de Cristo, el verdadero fundamento, al papa de Roma. En lugar de confiar en el Hijo de Dios para el perdón de los pecados y para la salvación eterna, el pueblo miró al Papa ya los sacerdotes y prelados en quienes delegó autoridad. Se les enseñó que el Papa era su mediador, y que nadie podía acercarse a Dios excepto a través de él, y, además, que él ocupaba el lugar de Dios para ellos y, por lo tanto, debía ser obedecido implícitamente. Una desviación de sus requisitos era causa suficiente para que el castigo más severo recayera sobre los cuerpos y las

Así, la mente del pueblo se apartó de Dios hacia hombres falibles, errantes y crueles, y más aún, hacia el mismo príncipe de las tinieblas, que ejercía su poder a través de ellos. El pecado estaba disfrazado con un manto de santidad. Cuando se suprimen las Escrituras y el hombre llega a considerarse supremo, sólo debemos buscar fraude, engaño e iniquidad degradante. Con la elevación de las leyes y tradiciones humanas se puso de manifiesto la corrupción que siempre resulta de dejar de lado la ley de Dios.

Aquellos fueron días de peligro para la iglesia de Cristo. Los fieles portaestandartes eran ciertamente pocos. Aunque la verdad no se quedó sin testigos, a veces parecía que el error y la superstición prevalecerían por completo, y la verdadera religión sería desterrada de la tierra. El evangelio se perdió de vista, pero las formas de la religión se multiplicaron, y el pueblo fue cargado con rigurosas exacciones.

Se les enseñó no solo a mirar al Papa como su mediador, sino a confiar en sus propias obras para expiar el pecado. Largas peregrinaciones, actos de penitencia, adoración de reliquias, erección de iglesias, santuarios y altares, pago de grandes sumas a la iglesia, estos y muchos actos similares fueron ordenados para apaciguar la ira de Dios o para asegurar su favor. ; ¡ como si Dios fuera como los hombres, para enojarse por pequeñeces, o apaciguarse con regalos o actos de penitencia!

A pesar de que prevalecía el vicio, incluso entre los líderes de la Iglesia Romana, su influencia parecía aumentar constantemente. Hacia fines del siglo octavo, los papistas afirmaron que en las primeras edades de la iglesia los obispos de Roma habían poseído el mismo poder espiritual que ahora asumían. Para establecer este reclamo, se deben emplear algunos medios para darle una muestra de autoridad; y esto fue sugerido fácilmente por el padre de la mentira. Los escritos antiguos fueron falsificados por monjes. Se descubrieron decretos de concilios antes inauditos, estableciendo la supremacía universal del papa desde los tiempos más remotos. Y una iglesia que había rechazado la verdad aceptó con avidez estos engaños.

Los pocos edificadores fieles sobre el fundamento verdadero estaban perplejos y estorbados cuando la basura de la falsa doctrina obstruía la obra. Al igual que los constructores del muro de Jerusalén en los días de Nehemías, algunos estaban listos para decir: "Las fuerzas de los que llevan la carga [60] se han deteriorado, y el escombros es mucho, de modo que no podemos edificar". [\[Nehemías 4:10.\]](#) Cansado de la lucha constante contra

la persecución, el fraude, la iniquidad y todo otro obstáculo que Satanás pudo idear para estorbar su progreso, algunos que habían sido fieles constructores se desanimaron; y por causa de la paz y la seguridad de sus bienes y de sus vidas se apartaron del verdadero fundamento.

Otros, impertérritos ante la oposición de sus enemigos, declararon valientemente: “No les temáis; acordaos del Señor, que es grande y temible;” [Nehemías 4:14.] y prosiguieron con la obra, cada uno con su espada ceñida al costado.

El mismo espíritu de odio y de oposición a la verdad ha inspirado a los enemigos de Dios en todas las épocas, y la misma vigilancia y fidelidad han exigido a sus siervos. Las palabras de Cristo a los primeros discípulos son aplicables a sus seguidores hasta el fin de los tiempos: “Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: Velad”. [Marcos 13:37.]

La oscuridad parecía volverse más densa. El culto a la imagen se volvió más general. Se quemaron velas ante las imágenes y se les ofrecieron oraciones. Prevalcieron las costumbres más absurdas y supersticiosas. Las mentes de los hombres estaban tan completamente controladas por la superstición que la razón misma parecía haber perdido su influencia. Si bien los sacerdotes y los obispos eran amantes del placer, sensuales y corruptos, solo se podía esperar que las personas que buscaban su guía se hundirían en la ignorancia y el vicio.

Se dio otro paso en la asunción papal cuando, en el siglo XI, el Papa Gregorio VII. proclamó la perfección [61] de la Iglesia Romana. Entre las proposiciones que presentó, estaba una que declaraba que la iglesia nunca había errado, ni erraría jamás, según las Escrituras. Pero las pruebas de las Escrituras no acompañaban a la afirmación. El orgulloso pontífice luego reclamó el poder de deponer emperadores y declaró que ninguna sentencia que pronunciara podía ser revocada por nadie, sino que era su prerrogativa revocar las decisiones de todos los demás.

Una ilustración llamativa del carácter tiránico de este defensor de la infalibilidad se dio en su tratamiento del rey alemán Enrique IV. Por presumir ignorar la autoridad del Papa, este monarca fue declarado excomulgado y destronado. Para hacer las paces con Roma, Enrique cruzó los Alpes en pleno invierno para poder humillarse ante el Papa. Al llegar al castillo donde Gregorio se había retirado, fue conducido, sin sus guardias, a un patio exterior, y allí, en el severo frío del invierno,

con la cabeza descubierta y los pies descalzos y con un vestido miserable, esperaba el permiso del Papa para entrar en su presencia. No fue hasta que hubo seguido tres días de ayuno y confesión que el pontífice condescendió a concederle el perdón. Incluso entonces, fue solo con la condición de que el emperador esperara la sanción del Papa antes de retomar la insignia o ejercer el poder de la realeza. Y Gregorio, eufórico con su triunfo, se jactó de que era su deber “ derribar el orgullo de los reyes”.

¡Cuán notable es el contraste entre el orgullo autoritario de este altivo pontífice y la mansedumbre y la dulzura de Cristo, quien se representa a sí mismo suplicando a la puerta del corazón que lo admita, [62] para poder entrar a traer el perdón y la paz, y quien enseñó a sus discípulos: “El que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro servidor”. [Mateo 20:27.]

Los siglos que avanzaban fueron testigos de un aumento constante del error en las doctrinas presentadas desde Roma. Incluso antes del establecimiento del papado, las enseñanzas de los filósofos paganos habían recibido atención y ejercido una influencia en la iglesia. Muchos de los que profesaban la conversión todavía se aferraban a los principios de su filosofía pagana, y no sólo continuaron su estudio ellos mismos, sino que instaron a otros a extender su influencia entre los paganos. Así se introdujeron graves errores en la fe cristiana. Entre éstos destacaba la creencia en la inmortalidad natural del hombre y su conciencia en la muerte. Esta doctrina sentó las bases sobre las que Roma estableció la advocación de los santos y la adoración de la virgen María. De aquí surgió también la herejía del tormento eterno para los finalmente impenitentes, que se incorporó pronto a la

Entonces se preparó el camino para la introducción de otra invención del paganismo, que Roma llamó purgatorio y empleó para aterrorizar a las multitudes crédulas y supersticiosas. Por esta herejía se afirma la existencia de un lugar de tormento, en el cual las almas de los que no han merecido la condenación eterna deben sufrir el castigo por sus pecados, y desde el cual, cuando son libres de la impureza, son admitidos al Cielo.

Todavía se necesitaba otra fabricación para permitir que Roma se beneficiara [63] por los miedos y los vicios de sus adherentes. Esto fue provisto por la doctrina de las indulgencias. Remisión total de los pecados, pasados, presentes y futuros, y liberación de todas las penas y penas incurridas,

fueron prometidas a todos los que se alistaran en las guerras del pontífice para extender su dominio temporal, castigar a sus enemigos o exterminar a los que se atrevieran a negar su supremacía espiritual. A la gente también se le enseñó que mediante el pago de dinero a la iglesia podrían liberarse del pecado y también liberar las almas de sus amigos fallecidos que estaban confinados en las llamas atormentadoras. Por tales medios llenó Roma sus arcas y sustentó la magnificencia, el lujo y el vicio de los pretendidos representantes de Aquel que no tenía dónde recostar su cabeza.

La ordenanza bíblica de la cena del Señor había sido suplantada por el sacrificio idólatra de la misa. Los sacerdotes papistas pretendían, con su farsa sin sentido, convertir el pan y el vino simples en el cuerpo y la sangre reales de Cristo. Con presunción blasfema, reclamaron abiertamente el poder de “crear a su Creador”. Todos los cristianos estaban obligados, bajo pena de muerte, a declarar su fe en esta horrible herejía que insultaba al cielo. Los que se negaron fueron entregados a las llamas.

En el siglo XIII se estableció la más terrible de todas las máquinas del papado: la Inquisición. El príncipe de las tinieblas forjó con los líderes de la jerarquía papal. Satanás y sus ángeles presidían sus concilios secretos, mientras un ángel de Dios, invisible en medio, estaba de pie, tomando el terrible registro de sus inicuos decretos, y escribiendo la historia de hechos demasiado horribles para parecer [64] a los ojos humanos. “Babilonia la grande” estaba “ebria con la sangre de los santos”. Las formas mutiladas de millones de mártires clamaron a Dios por venganza contra ese poder apóstata.

El papado se había convertido en el déspota del mundo. Reyes y emperadores se inclinaron ante los decretos del pontífice romano. Los destinos de los hombres, tanto para el tiempo como para la eternidad, parecían estar bajo su control. Durante cientos de años, las doctrinas de Roma habían sido recibidas amplia e implícitamente, sus ritos se habían realizado con reverencia, sus festivales generalmente se habían observado. Su clero fue honrado y sostenido generosamente. Nunca desde entonces la Iglesia Romana ha alcanzado mayor dignidad, magnificencia o energía.

El mediodía del papado era la medianoche moral del mundo. Las Sagradas Escrituras eran casi desconocidas, no sólo para el pueblo, sino también para los sacerdotes. Como los fariseos de antaño, los líderes papistas odiaban la luz que revelaría sus pecados. La ley de Dios, la norma de

la justicia, habiendo sido quitada, ejercieron poder sin límite, y practicaron el vicio sin restricción. Prevalcieron el fraude, la avaricia y el despilfarro. Los hombres no se retraían de ningún crimen por el cual pudieran ganar riqueza o posición. Los palacios de los papas y prelados fueron escenarios del más vil libertinaje. Algunos de los pontífices reinantes fueron culpables de crímenes tan repugnantes que los gobernantes seculares se esforzaron por deponer a estos dignatarios de la iglesia como monstruos demasiado viles para ser tolerados en el trono. Durante siglos no hubo progreso en el aprendizaje, las artes o la civilización. Una parálisis moral e intelectual había caído sobre la cristiandad.

En la condición del mundo bajo el poder romano era pre- [65] envió un temible y sorprendente cumplimiento de las palabras del profeta Oseas: "Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento. Porque has rechazado el conocimiento, yo también te rechazaré a ti". "Puesto que te has olvidado de la ley de tu Dios, yo también me olvidaré de tus hijos". "No hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. Por jurar, y mentir, y matar, y robar, y cometer adulterio, estallan, y la sangre toca la sangre." [Oseas 4:6, 1, 2.] Tales fueron los resultados de desterrar la palabra de Dios.

[66]

Capítulo 4—Los valdenses

En medio de la oscuridad que se apoderó de la tierra durante el largo período de la supremacía papal, la luz de la verdad no pudo extinguirse por completo. En cada época hubo testigos de Dios, hombres que albergaron la fe en Cristo como el único mediador entre Dios y el hombre, que sostuvieron la Biblia como la única regla de vida y que santificaron el verdadero sábado. Cuánto les debe el mundo a estos hombres, la posteridad nunca lo sabrá. Fueron tildados de herejes, sus motivos impugnados, sus caracteres difamados, sus escritos suprimidos, tergiversados o mutilados. Sin embargo, se mantuvieron firmes, y de edad en edad mantuvieron su fe en su pureza, como una herencia sagrada para las generaciones venir.

La historia del pueblo fiel de Dios durante cientos de años después de que Roma llegó al poder, es conocida únicamente por el cielo. No pueden rastrearse en los registros humanos, excepto cuando se encuentran indicios de su existencia en las censuras y acusaciones de sus perseguidores. Era política de Roma borrar todo rastro de disidencia de sus doctrinas o decretos. Todo lo herético, ya fueran personas o escritos, fue destruido. Una sola expresión de duda, una pregunta sobre la autoridad de los dogmas papales, bastaba para costar la vida a ricos o pobres, altos o bajos. Roma también se esforzó por destruir todo registro de su crueldad hacia los disidentes. Los concilios papales decretaron que los libros y escritos que contuvieran dichos registros debían arrojarse a las llamas. Antes de la invención de la imprenta, los libros eran pocos en número y en una forma no favorable para la conservación; por lo tanto, había poco que impidiera a los romanistas llevar a cabo su propósito.

Ninguna iglesia dentro de los límites de la jurisdicción romana permaneció mucho tiempo sin ser perturbada en el disfrute de la libertad de conciencia. Tan pronto como el papado obtuvo el poder, ella extendió sus brazos para aplastar a todos los que se negaron a reconocer su dominio, y una tras otra, las iglesias se sometieron a su dominio.

En Gran Bretaña se había arraigado muy pronto un cristianismo primitivo. Hombres fieles habían predicado el evangelio en ese país con gran celo

Y éxito. Entre los principales evangelistas había un observador del sábado bíblico, y así esta verdad encontró su camino entre la gente por la que trabajaba. Hacia fines del siglo VI, se enviaron misioneros desde Roma a Inglaterra para convertir a los sajones bárbaros. Indujeron a muchos miles a profesar la fe romana y, a medida que avanzaba la obra, los líderes papales y sus conversos se encontraron con los cristianos primitivos. Se presentó un contraste llamativo. Estos últimos eran sencillos, humildes y bíblicos en carácter, doctrina y modales, mientras que los primeros manifestaban la superstición, la pompa y la arrogancia del papado. El emisario de Roma exigió que estas iglesias cristianas reconocieran la supremacía del soberano pontífice. Los britanos respondieron mansamente que deseaban amar a todos los hombres, pero que el papa no tenía derecho a la supremacía en la iglesia, y que solo podían rendirle la sumisión que se debía [68] a todo seguidor de Cristo. Se hicieron repetidos intentos para asegurar su lealtad a Roma; pero estos humildes cristianos, asombrados por el orgullo desplegado por sus apóstoles, respondieron con firmeza que no conocían otro maestro que Cristo. Ahora se reveló el verdadero espíritu del papado. Dijo el líder romano: "Si no recibís a hermanos que os traigan paz, recibiréis enemigos que os traerán guerra. Si no te unes a nosotros para mostrar a los sajones el camino de la vida, recibirás de ellos el golpe de la muerte". Estas no eran amenazas ociosas. Se empleó la guerra, la intriga y el engaño contra estos testigos por una fe bíblica, hasta que las iglesias de Gran Bretaña fueron destruidas u obligadas a someterse a la autoridad del Papa.

En tierras más allá de la jurisdicción de Roma, existieron durante muchos siglos cuerpos de cristianos que permanecieron casi totalmente libres de la corrupción papal. Estaban rodeados por el paganismo, y en el transcurso de las edades fueron afectados por sus errores; pero continuaron considerando la Biblia como la única regla de fe y se adhirieron a muchas de sus verdades. Estos cristianos creían en la perpetuidad de la ley de Dios y observaban el sábado del cuarto mandamiento. Existían iglesias que se aferraban a esta fe y práctica en África Central y entre los armenios de Asia.

Pero de los que resistieron las invasiones del poder papal, los valdenses se destacaron. Durante siglos, las iglesias de Piamonte mantuvieron su independencia; pero llegó por fin el momento en que Roma exigió su sumisión. Después de luchas ineficaces contra

[69] su tiranía, los líderes de estas iglesias reconocieron a regañadientes la supremacía del poder ante el cual el mundo entero parecía inclinarse. Sin embargo, un número considerable se negó a ceder a la autoridad del papa o del prelado. Estaban decididos a mantener su lealtad a Dios ya preservar la pureza y la sencillez de su fe. Se produjo una separación. Algunos de los manifestantes cruzaron los Alpes y levantaron el estandarte de la verdad en tierras extranjeras. Otros se retiraron a los valles más apartados entre las montañas, y allí mantuvieron su libertad para adorar a Dios.

La creencia religiosa de los valdenses se basaba en la palabra escrita de Dios, el verdadero sistema del cristianismo, y contrastaba marcadamente con los errores de Roma. Pero aquellos pastores y viñadores, en sus oscuros retiros, apartados del mundo, no habían llegado ellos mismos a la verdad en oposición a los dogmas y herejías de la iglesia apóstata. La suya no era una fe recién recibida. Su creencia religiosa fue su herencia de sus padres. Contenían por la fe de la iglesia apostólica, “la fe una vez dada a los santos”.

Entre las principales causas que llevaron a la separación de la verdadera iglesia de Roma, estaba el odio inveterado de esta última hacia el sábado bíblico. Como lo predijo la profecía, el poder papal echó por tierra la verdad. La ley de Dios fue pisoteada en el polvo, mientras que las tradiciones y costumbres de los hombres fueron exaltadas. Las iglesias que estaban bajo el gobierno del papado se vieron obligadas a honrar el domingo como un día santo. En medio del error y la superstición prevalecientes, muchos incluso del verdadero pueblo de Dios se desconcertaron tanto [70] que mientras observaban el sábado, se abstenían de trabajar también el domingo. Pero esto no satisfizo a los líderes papales. Exigieron no sólo que se santificara el domingo, sino que se profanara el sábado; y denunciaron con el lenguaje más fuerte a los que se atrevieron a honrarla. Era sólo huyendo del poder de Roma que cualquiera podía obedecer la ley de Dios en paz.

Los valdenses fueron los primeros de todos los pueblos de Europa en obtener una traducción de las Escrituras. Cientos de años antes de la Reforma, poseían la Biblia entera manuscrita en su lengua materna. Tenían la verdad sin adulterar, y esto los convertía en objetos especiales de odio y persecución. Declararon a la Iglesia de Roma como la Babilonia apóstata del Apocalipsis,

y con peligro de sus vidas se levantaron para resistir sus corrupciones. Mientras que, bajo la presión de una persecución prolongada, algunos comprometieron su fe, cediendo poco a poco sus principios distintivos, otros se aferraron a la verdad. A través de edades de oscuridad y apostasía, hubo valdenses que negaron la supremacía de Roma, rechazaron la adoración de imágenes como idolatría y guardaron el verdadero día de reposo. Bajo las más feroces tempestades de oposición mantuvieron su fe. Aunque heridos por la lanza saboyana y chamuscados por la leña romana, defendieron inquebrantablemente la palabra de Dios y su honor. No cederían ni un ápice de la verdad.

Detrás de los altos baluartes de las montañas, en todas las épocas el refugio de los perseguidos y oprimidos, los Valdenses encontraron un escondite. Aquí se mantuvo encendida la lámpara de la verdad durante la larga noche que descendió sobre la cristiandad. Aquí durante mil [71] años mantuvieron su antigua fe.

Dios había provisto para su pueblo un santuario de terrible grandeza, acorde con las poderosas verdades encomendadas a su confianza. Para aquellos exiliados fieles, las montañas eran un emblema de la justicia inmutable de Jehová. Señalaron a sus hijos las alturas que se elevaban sobre ellos en majestad inmutable, y les hablaron de Aquel con quien no hay mudanza ni sombra de variación, cuya palabra es tan duradera como las colinas eternas. Dios había fijado los montes y los había ceñido de fuerza; ningún brazo sino el del poder infinito podía moverlos de su lugar. De la misma manera había establecido su ley, el fundamento de su gobierno en el Cielo y sobre la tierra. El brazo del hombre podría alcanzar a sus semejantes y destruir sus vidas; pero ese brazo tan fácilmente podría arrancar las montañas de sus cimientos y arrojarlas al mar, como podría cambiar un precepto de la ley de Jehová, o borrar una de sus promesas a los que hacen su voluntad. En su fidelidad a su ley, los siervos de Dios deben ser tan firmes como las colinas inmutables.

Las montañas que rodeaban sus humildes valles eran un testigo constante del poder creador de Dios y una garantía infalible de su cuidado protector. Esos peregrinos aprendieron a amar los símbolos silenciosos de la presencia de Jehová. No se permitieron quejarse por las penalidades de su suerte; nunca estuvieron solos en medio de la soledad de las montañas. Agradecieron a Dios que les había provisto un asilo de la ira y la crueldad de los hombres. Se regocijaron en su libertad.

[72] para adorar delante de él. A menudo, cuando eran perseguidos por sus enemigos, la fuerza de las colinas resultó ser una defensa segura. Desde muchos acantilados elevados cantaron alabanzas a Dios, y los ejércitos de Roma no pudieron silenciar sus canciones de acción de gracias.

Pura, sencilla y ferviente fue la piedad de estos seguidores de Cristo. Valoraban los principios de la verdad por encima de las casas y las tierras, los amigos, los parientes e incluso la vida misma. Estos principios que ellos trataron seriamente de grabar en los corazones de los jóvenes. Desde la más tierna infancia se instruía a los jóvenes en las Escrituras y se les enseñaba a considerar sagradamente las exigencias de la ley de Dios. Las copias de la Biblia eran raras; por lo tanto, sus preciosas palabras fueron guardadas en la memoria. Muchos pudieron repetir grandes porciones tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Los pensamientos de Dios estaban asociados por igual con el paisaje sublime de la naturaleza y con las humildes bendiciones de la vida diaria. Los pequeños aprendieron a mirar con gratitud a Dios como dador de todo favor y todo consuelo.

Los padres, tiernos y afectuosos como eran, amaban a sus hijos demasiado sabiamente para acostumbrarlos a la autocomplacencia. Ante ellos había una vida de pruebas y penurias, tal vez la muerte de un mártir. Fueron educados desde la infancia para soportar la dureza, para someterse al control y, sin embargo, para pensar y actuar por sí mismos. Muy pronto se les enseñó a asumir responsabilidades, a tener cuidado al hablar ya comprender la sabiduría del silencio. Una palabra indiscreta que caiga a oídos de sus enemigos, podría poner en peligro no sólo la vida del que habla, sino la vida de cientos de sus hermanos; porque como lobos que cazan a su presa, los enemigos de la verdad perseguían a aquellos que se atrevían a reclamar la libertad de la fe religiosa.

[73] Los valdenses habían sacrificado su prosperidad mundana en aras de la verdad, y con perseverante paciencia se afanaban por su pan. Cada rincón de tierra cultivable entre las montañas fue cuidadosamente mejorado; se hizo que los valles y las laderas menos fértiles dieran su fruto. La economía y la abnegación severa formaban parte de la educación que los niños recibían como único legado. Se les enseñó que Dios diseña la vida para que sea una disciplina, y que sus necesidades sólo pueden ser suplidas por el trabajo personal, la provisión, el cuidado y la fe. El proceso fue laborioso y fatigoso, pero fue saludable, justo lo que el hombre necesita en su estado caído, la escuela que Dios ha provisto para su formación y

Mientras que la juventud estaba acostumbrada al trabajo y las penalidades, la cultura del intelecto no se descuidó. Se les enseñó que todos sus poderes pertenecían a Dios, y que todos debían ser mejorados y desarrollados para su servicio.

La iglesia de los Alpes, en su pureza y sencillez, se parecía a la iglesia de los primeros siglos. Los pastores del rebaño condujeron su carga a la fuente de aguas vivas, la palabra de Dios. En las laderas cubiertas de hierba de los valles, o en alguna cañada protegida entre las colinas, la gente se reunía alrededor de los siervos de Cristo para escuchar las palabras de verdad.

Aquí los jóvenes recibieron instrucción. La Biblia era su libro de texto. Estudiaron y memorizaron las palabras de la Sagrada Escritura. También dedicaron una parte considerable de su tiempo a reproducir copias de las Escrituras. Algunos manuscritos contenían la Biblia entera, otros sólo breves selecciones, a las que se añadían algunas explicaciones sencillas [74] del texto por parte de quienes podían exponer las Escrituras. Así fueron sacados a la luz los tesoros de la verdad por tanto tiempo ocultos por aquellos que buscaban exaltarse por encima de Dios.

Con un trabajo paciente e incansable, a veces en las profundas y oscuras cavernas de la tierra, a la luz de las antorchas, se escribieron las Sagradas Escrituras, versículo por versículo, capítulo por capítulo. Así prosiguió la obra, la voluntad revelada de Dios resplandeciendo como oro puro; cuánto más brillante, más claro y más poderoso debido a las pruebas sufridas por su bien, sólo aquellos que estaban ocupados en el trabajo podían darse cuenta. Ángeles del Cielo rodearon a estos fieles trabajadores.

Satanás había instado a los obispos y prelados papales a enterrar la palabra de verdad bajo la basura del error, la herejía y la superstición; pero de la manera más maravillosa fue preservado incorrupto a través de todas las edades de oscuridad. No llevaba el sello del hombre, sino la huella de Dios. Los hombres no se han cansado en sus esfuerzos por oscurecer el significado claro y simple de las Escrituras y hacer que contradigan su propio testimonio; pero, como el arca sobre el abismo ondulante, la palabra de Dios supera las tormentas que amenazan con destruirla. Así como la mina tiene ricas vetas de oro y plata escondidas debajo de la superficie, de modo que todos deben cavar para descubrir sus preciosas reservas, así las Sagradas Escrituras tienen tesoros de verdad que se revelan solo al buscador ferviente, humilde y devoto. Dios

diseñó la Biblia para que fuera un libro de lecciones para toda la humanidad, en la niñez, la juventud y la edad adulta, y para ser estudiada a través de todos los tiempos. Dio su [75] palabra a los hombres como una revelación de sí mismo. Cada nueva verdad discernida es una nueva revelación del carácter de su Autor. El estudio de las Escrituras es el medio divinamente dispuesto para acercar a los hombres a su Creador y darles un conocimiento más claro de su voluntad. Es el medio de comunicación entre D

hombre.

Cuando los jóvenes valdenses habían pasado algún tiempo en sus escuelas en las montañas, algunos de ellos fueron enviados a completar su educación en las grandes ciudades, donde podían tener un campo de pensamiento y observación más amplio que en sus hogares aislados. Los jóvenes así enviados estuvieron expuestos a la tentación, fueron testigos del vicio, se encontraron con los astutos agentes de Satanás, quienes los incitaron a las herejías más sutiles y los engaños más peligrosos. Pero su educación desde la niñez había sido de carácter para prepararlos para todo esto.

En las escuelas adonde iban, no debían hacer confidentes de ninguno. Sus vestiduras estaban preparadas para ocultar su mayor tesoro: los preciosos manuscritos de las Escrituras. Estos, el fruto de meses y años de trabajo, los llevaron consigo, y cada vez que pudieron hacerlo sin despertar sospechas, colocaron con cautela alguna parte en el camino de aquellos cuyos corazones parecían abiertos para recibirlo. Desde las rodillas de su madre, la juventud valdense había sido educada con este propósito en vista; entendían su obra y la ejecutaban fielmente. En estas instituciones de aprendizaje se ganaron conversos a la fe verdadera, y con frecuencia se descubrió que sus principios impregnaban toda la escuela; sin embargo, los líderes papistas no pudieron, mediante la investigación más minuciosa, rastrear la llamada herejía corruptora hasta su origen.

[76]

Los valdenses sintieron que Dios requería más de ellos que simplemente mantener la verdad en sus propias montañas; que recaía sobre ellos la solemne responsabilidad de hacer brillar su luz sobre los que estaban en tinieblas; que por el gran poder de la palabra de Dios, iban a romper la esclavitud que Roma había impuesto. Entre ellos era ley que todos los que entraban en el ministerio debían, antes de hacerse cargo de una iglesia en casa, servir tres años en el campo misional. Cuando las manos de los hombres de Dios fueron puestas sobre sus cabezas, el joven

ante ellos, no la perspectiva de riqueza o gloria terrenal, sino posiblemente el destino de un mártir. Los misioneros comenzaron sus labores en los llanos y valles al pie de sus propias montañas, saliendo de dos en dos, como Jesús envió a sus discípulos. Estos colaboradores no siempre estaban juntos, pero a menudo se reunían para oración y consejo, fortaleciéndose así unos a otros en la fe.

Dar a conocer la naturaleza de su misión habría asegurado su derrota; por lo tanto, ocultaron su verdadero carácter bajo la apariencia de alguna profesión secular, más comúnmente la de comerciantes o vendedores ambulantes. Ofrecieron a la venta sedas, joyas y otros artículos valiosos, y fueron recibidos como comerciantes donde habrían sido rechazados como misioneros. Todo el tiempo sus corazones estaban elevados a Dios por sabiduría para presentarles un tesoro más precioso que el oro o las gemas. Llevaban consigo porciones de las Sagradas Escrituras escondidas en sus ropas o mercancías, y siempre que podían hacerlo con seguridad, llamaban la atención de los habitantes de la vivienda sobre estos manuscritos. Cuando vieron que se despertó un interés, les dejaron una parte como regalo.

Con los pies descalzos y con ropas toscas, estos misioneros [77] atravesó grandes ciudades y atravesó provincias muy alejadas de sus valles nativos. Por todas partes esparcieron la preciosa semilla. Surgieron iglesias a su paso, y la sangre de los mártires testificó de la verdad. El día de Dios revelará una rica cosecha de almas cosechadas por las labores de estos hombres fieles. Velada y silenciosa, la palabra de Dios se abrió paso a través de la cristiandad y encontraba una alegre acogida en los hogares y corazones de los hombres.

Para los Valdenses las Escrituras no eran simplemente un registro de los tratos de Dios con los hombres en el pasado, y una revelación de las responsabilidades y deberes del presente, sino un despliegue de los peligros y glorias del futuro. Creían que el final de todas las cosas no estaba muy lejos; y a medida que estudiaban la Biblia con oración y lágrimas, se impresionaban más profundamente con sus preciosas declaraciones y con su deber de dar a conocer a otros sus verdades salvadoras. Vieron el plan de salvación claramente revelado en la palabra de Dios y encontraron consuelo, esperanza y paz al creer en Jesús. A medida que la luz iluminaba su entendimiento y alegraba sus corazones, anhelaban arrojar sus rayos sobre aquellos que estaban en la oscuridad del error papal.

Vieron que bajo la dirección del papa y los sacerdotes, multitudes se esforzaban en vano por obtener el perdón, afligiendo sus cuerpos por el pecado de sus almas. Enseñados a confiar en sus buenas obras para salvarse, estaban siempre mirándose a sí mismos, sus mentes morando en su condición pecaminosa, viéndose expuestos a la ira [78] de Dios, afligiendo el alma y el cuerpo, pero sin encontrar alivio. Así estaban las almas conscientes atadas por las doctrinas de Roma. Miles abandonaron a amigos y parientes, y pasaron sus vidas en celdas de conventos.

Por medio de ayunos repetidos y flagelaciones crueles, por vigiliass de medianoche, por la postración durante horas fatigosas sobre las piedras frías y húmedas de su triste morada, por largas peregrinaciones, por penitencias humillantes y terribles torturas, muchos buscaron en vano obtener paz de conciencia. Oprimidos por un sentimiento de pecado y obsesionados por el temor de la ira vengadora de Dios, sufrieron hasta que la naturaleza exhausta cedió y sin un solo rayo de luz o esperanza, se hundieron en la tumba.

Los Valdenses anhelaban partir a aquellas almas hambrientas el pan de vida, abrirles los mensajes de paz en las promesas de Dios, y señalarles a Cristo como su única esperanza de salvación. Sostenían que la doctrina de que las buenas obras pueden satisfacer la transgresión de la ley de Dios estaba basada en la falsedad. La confianza en los méritos humanos intercepta la visión del amor infinito de Cristo. Jesús murió como sacrificio de los hombres, porque nada pueden hacer para encomendarse a Dios. Los méritos de un Salvador crucificado y resucitado son el fundamento de la fe del cristiano. La unión del alma a Cristo por la fe es tan real, tan cercana, como la de un miembro al cuerpo, o la de un sarmiento a la vid.

Las enseñanzas de los papas y sacerdotes habían llevado a los hombres a considerar el carácter de Dios, e incluso de Cristo, como severo, sombrío y amenazador. El Salvador del mundo fue representado tan desprovisto de toda simpatía por el hombre en su estado caído que debe invocarse la mediación [79] de sacerdotes y santos. Cómo aquellos cuyas mentes habían sido iluminadas por la palabra de Dios anhelaban señalar a estas almas a Jesús como su compasivo y amoroso Salvador, de pie con los brazos extendidos, invitando a todos a venir a él con su carga de pecado, su preocupación y cansancio. Anhelaban eliminar las obstrucciones que Satanás había acumulado para que los hombres no pudieran ver las promesas y acudir directamente a Dios, confesar sus pecados y obtener el perdón y la paz.

Con entusiasmo, el misionero valdense reveló a la mente inquisitiva las preciosas verdades del evangelio. Cautelosamente produjo las porciones cuidadosamente escritas de la palabra de Dios. Su mayor gozo era dar esperanza al alma concienzuda y afligida por el pecado, que sólo podía ver a un Dios de venganza, esperando para ejecutar justicia. Con labios temblorosos y ojos llorosos, a menudo de rodillas, abrió a sus hermanos las preciosas promesas que revelan la única esperanza del pecador. Así, la luz de la verdad penetró en muchas mentes oscurecidas, haciendo retroceder la nube de lóbreguez, hasta que el Sol de Justicia brilló en el corazón con sanidad en sus rayos. Algunas porciones de las Escrituras se leían una y otra vez, deseando el oyente que se repitieran a menudo, como si quisiera asegurarse de haber oído bien. Especialmente se deseaba ansiosamente la repetición de estas palabras: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. [1 Juan 1:7.] “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” [Juan 3:14, 15.]

Muchos no fueron engañados con respecto a las pretensiones de Roma. Vieron cuán vana es la mediación de los hombres o de los ángeles en favor del [80] pecador. Cuando la verdadera luz amaneció en sus mentes, exclamaron con regocijo: “Cristo es mi sacerdote; su sangre es mi sacrificio; su altar es mi confesionario.” Se entregan por completo a los méritos de Jesús, repitiendo las palabras: “Sin fe es imposible agradar a Dios”. [Hebreos 11:6.] “No hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” [Hechos 4:12.]

La seguridad del amor de un Salvador parecía demasiado para que algunas de estas pobres almas sacudidas por la tempestad se dieran cuenta. Tan grande fue el alivio que les trajo, tal torrente de luz se derramó sobre ellos, que parecieron transportados al Cielo. Su mano estaba puesta confiadamente en la mano de Cristo; sus pies fueron plantados sobre la Roca de la Eternidad. Todo miedo a la muerte fue desterrado. Ahora podrían codiciar la prisión y el haz de leña si así pudieran honrar el nombre de su Redentor.

En lugares secretos, la palabra de Dios era así presentada y leída, a veces a una sola alma, a veces a una pequeña compañía que anhelaba la luz y la verdad. A menudo, toda la noche se pasaba de esta manera. Tan grande sería el asombro y la admiración de los oyentes que el mensajero de la misericordia no pocas veces se vio obligado a dejar de leer hasta que el entendimiento pudiera captar las nuevas.

de salvación. A menudo se pronunciaban palabras como estas:

“¿Aceptará Dios mi ofrenda? ¿Me sonreirá? ¿Me perdonará? Se leyó la respuesta: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. [\[Mateo 11:23.\]](#)

La fe se aferra a la promesa, y se escucha la alegre respuesta: “No [81] más largas peregrinaciones que hacer; no más viajes dolorosos a los santuarios sagrados. Puedo venir a Jesús tal como soy, pecador e impío, y Él no despreciará la oración penitencial. ‘Tus pecados te son perdonados.’ Los míos, incluso los míos, pueden ser perdonados”.

Una marea de gozo sagrado llenaría el corazón, y el nombre de Jesús sería magnificado por la alabanza y la acción de gracias. Aquellas almas felices volvían a sus hogares a difundir luz, a repetir a los demás, como podían, su nueva experiencia; que habían encontrado el Camino verdadero y vivo. Había un poder extraño y solemne en las palabras de las Escrituras que hablaban directamente a los corazones de aquellos que anhelaban la verdad. Era la voz de Dios, y llevó convicción a los que la escucharon.

El mensajero de la verdad siguió su camino; pero su apariencia de humildad, su sinceridad, su seriedad y profundo fervor, fueron temas de frecuentes comentarios. En muchos casos, sus oyentes no le habían preguntado de dónde venía ni adónde iba. Habían estado tan abrumados, al principio por la sorpresa, y luego por la gratitud y la alegría, que no pensaron en hacerle preguntas. Cuando le habían instado a que los acompañara a sus casas, les había respondido que debía visitar a las ovejas perdidas del rebaño. ¿Podría haber sido un ángel del cielo? preguntaron.

En muchos casos no se volvió a ver al mensajero de la verdad. Se había abierto camino hacia otras tierras, estaba gastando su vida en algún calabozo desconocido, o tal vez sus huesos blanqueaban en el lugar donde había testificado por la verdad. Pero las palabras que había dejado atrás no podían ser destruidas. Ellos estaban haciendo su obra en los corazones de los hombres: los benditos resultados serán plenamente conocidos sólo en el Juicio.

[82] Los misioneros valdenses estaban invadiendo el reino de Satanás, y los poderes de las tinieblas despertaron a una mayor vigilancia. Cada esfuerzo por hacer avanzar la verdad fue vigilado por el príncipe del mal, y excitó los temores de sus agentes. Los líderes papales vieron un presagio de peligro para su causa de los trabajos de aquellos humildes

itinerantes Si se permitiera que la luz de la verdad brillara sin obstrucciones, barrería las pesadas nubes de error que envolvían al pueblo; dirigiría las mentes de los hombres sólo hacia Dios, y eventualmente destruiría la supremacía de Roma.

La existencia misma de este pueblo, que sostenía la fe de la iglesia antigua, era un testimonio constante de la apostasía de Roma y, por lo tanto, suscitó el odio y la persecución más amargos. Su negativa a entregar las Escrituras también fue una ofensa que Roma no podía tolerar. Ella decidió borrarlos de la tierra. Ahora comenzaron las cruzadas más terribles contra el pueblo de Dios en sus hogares en las montañas. Los inquisidores fueron puestos sobre su pista, y la escena del inocente Abel cayendo ante el asesino Caín se repitió a menudo.

Una y otra vez sus fértiles tierras fueron devastadas, sus viviendas y capillas arrasadas, de modo que donde una vez hubo campos florecientes y las casas de un pueblo inocente y laborioso, quedó sólo un desierto. Así como la bestia voraz se vuelve más furiosa por el sabor de la sangre, así la ira de los papistas se encendía con mayor intensidad por los sufrimientos de sus víctimas. Muchos de estos testigos de una fe pura fueron perseguidos a través de las montañas y cazados en los valles donde estaban escondidos, encerrados por frondosos bosques y pináculos de roca.

No se puede presentar ningún cargo contra el carácter moral de este [83] clase proscrita. Incluso sus enemigos los declararon un pueblo pacífico, tranquilo y piadoso. Su gran ofensa fue que no adoraron a Dios de acuerdo con la voluntad del Papa. Por este crimen, se les amontonó sobre todas las humillaciones, insultos y torturas que los hombres o los demonios podían inventar .

Cuando Roma en un momento determinó exterminar a la odiada secta, el Papa emitió una bula condenándolos como herejes y entregándolos al matadero. No fueron acusados de holgazanes, deshonestos o desordenados; pero se declaró que tenían una apariencia de piedad y santidad que seducía a "las ovejas del verdadero redil". Por lo tanto, el Papa ordenó "que la secta maliciosa y abominable de los malignos", si se niegan a abjurar, "sea aplastada como serpientes venenosas". ¿Esperaba este altivo potentado volver a encontrarse con esas palabras? ¿Sabía que estaban registrados en los libros del Cielo, para enfrentarlo en el Juicio? "Por cu

hecho a uno de estos mis hermanos más pequeños”, dijo Jesús, “a mí lo habéis hecho”. [\[Mateo 25:40.\]](#)

Esta bula invitaba a todos los católicos a tomar la cruz contra los herejes. Para estimularlos en esta cruel obra, los absolvió de todas las penas y penas eclesiásticas, liberó a todos los que se unieron a la cruzada de los juramentos que hubieran hecho; legalizó su título de cualquier propiedad que pudieran haber adquirido ilegalmente, y prometió la remisión de todos sus pecados a aquellos que mataran a cualquier hereje. Anuló todos los contratos hechos a favor de los valdenses, [\[84\]](#) ordenó a sus criados que los abandonaran, prohibió a todas las personas prestarles ayuda alguna y autorizó a todas las personas a tomar posesión de sus bienes. ¡Cuán claramente revela este documento el espíritu maestro detrás de escena! Es el rugido del dragón, y no la voz de Cristo, lo que se escucha allí.

Los líderes papales no quisieron conformar su carácter a la gran norma de la ley de Dios, sino que erigieron una norma a su medida, y determinaron obligar a todos a conformarse a ella porque así lo disponía Roma. Se representaron las tragedias más horribles. Sacerdotes y papas corruptos y blasfemos estaban haciendo el trabajo que Satanás les había asignado. La misericordia no tenía cabida en su naturaleza. El mismo espíritu que crucificó a Cristo, y que mató a los apóstoles, el mismo que movió al sediento de sangre Nerón contra los fieles en su día, estaba obrando para librar a la tierra de aquellos que eran amados de Dios.

Las persecuciones que durante muchos siglos sufrieron este pueblo temeroso de Dios fueron soportadas por ellos con una paciencia y constancia que honraron a su Redentor. A pesar de las cruzadas contra ellos y de la carnicería inhumana a la que fueron sometidos, continuaron enviando a sus misioneros para esparcir la preciosa verdad. Fueron perseguidos hasta la muerte; sin embargo, su sangre regó la semilla sembrada, y no dejó de dar fruto. Así los Valdenses testificaron por Dios, siglos antes del nacimiento de Lutero. Esparcidos por muchas tierras, plantaron las semillas de la Reforma que comenzó en la época de Wycliffe, creció amplia y profundamente en los días de Lutero, y será llevada hasta el final de los tiempos por aquellos que también están dispuestos a sufrir todo . cosas por “la palabra de Dios y por el testimonio de Jesucristo”. [\[Apocalipsis 1:9.\]](#)

Capítulo 5—Los primeros reformadores

[85]

Tan amarga había sido la guerra librada contra la Biblia, que a veces había muy pocas copias en existencia; pero Dios no había permitido que su palabra fuera completamente destruida. Sus verdades no debían permanecer ocultas para siempre. Podía desencadenar las palabras de la vida tan fácilmente como podía abrir las puertas de la prisión y quitar los cerrojos de las puertas de hierro para liberar a sus sirvientes. En los diferentes países de Europa, los hombres fueron movidos por el Espíritu de Dios a buscar la verdad como un tesoro escondido. Guiados providencialmente a las Sagradas Escrituras, estudiaron las páginas sagradas con intenso interés. Estaban dispuestos a aceptar la luz, a cualquier costo para ellos mismos. Aunque no vieron todas las cosas con claridad, pudieron percibir muchas verdades enterradas durante mucho tiempo. Como mensajeros enviados por el cielo, avanzaron, rompiendo las cadenas del error y la superstición, e invitando a los que habían estado tanto tiempo esclavizados a levantarse y afirmar su libertad.

Excepto entre los valdenses, la palabra de Dios había estado encerrada durante siglos en idiomas conocidos solo por los eruditos; pero había llegado el momento de que las Escrituras fueran traducidas y dadas a la gente de diferentes países en su lengua materna. El mundo había pasado su medianoche. Las horas de oscuridad se iban acabando, y en muchas [86] tierras aparecían señales de la aurora venidera.

En el siglo XIV surgió en Inglaterra el “lucero del alba de la Reforma”. John Wycliffe fue el heraldo de la reforma, no solo para Inglaterra, sino para toda la cristiandad. Fue el progenitor de los puritanos; su época fue un oasis en el desierto.

Wycliffe recibió una educación liberal, y con él el temor del Señor fue el principio de la sabiduría. Se destacó en la universidad por su ferviente piedad, así como por sus notables talentos y sólida erudición. Fue educado en el derecho civil y canónico, y trató de familiarizarse con todas las ramas del conocimiento. En sus trabajos posteriores se hizo evidente el valor de esta primera disciplina. Si bien podía empuñar la espada del Espíritu, también estaba familiarizado con la práctica de las escuelas. Esta combinación de logros ganó

para él el respeto de todas las partes. Sus seguidores vieron con satisfacción que su maestro era el más destacado entre los sabios y doctores de su tiempo. El Señor consideró oportuno confiar la obra de reforma a alguien cuya capacidad intelectual daría carácter y dignidad a sus labores. Esto silenció la voz del desprecio e impidió que los adversarios de la verdad intentaran desacreditar su causa ridiculizando la ignorancia del abogado.

Cuando Wycliffe hubo dominado el aprendizaje de las escuelas, se dedicó al estudio de las Escrituras. Cada tema al que dirigió su atención estaba acostumbrado a investigar a fondo, y siguió el mismo curso con la Biblia. Hasta entonces había sentido una gran necesidad, que ni sus estudios escolásticos ni las enseñanzas [87] de la iglesia podían satisfacer. En las Escrituras encontró lo que antes había buscado en vano. Aquí vio el plan de salvación revelado, y Cristo presentado como el único abogado del hombre. Vio que Roma había abandonado los caminos bíblicos por las tradiciones humanas. Se entregó al servicio de Cristo y decidió proclamar las verdades que había descubierto.

Comenzó con gran prudencia, pero a medida que discernía más claramente los errores del papado, enseñaba con más fervor la doctrina de la fe. Su conocimiento de la teología, su mente penetrante, la pureza de su vida y su coraje e integridad inquebrantables, ganaron para él la confianza y la estima generales. Era un maestro capaz y fervoroso, y un predicador elocuente, y su vida diaria era una demostración de las verdades que predicaba. Acusó al clero de haber desterrado las Sagradas Escrituras y exigió que se restableciera la autoridad de la Biblia en la iglesia. Muchas de las personas se habían vuelto insatisfechas con su fe anterior al ver la iniquidad que prevalecía en la Iglesia Romana, y saludaron con gozo no disimulado las verdades traídas a la luz en estas discusiones; pero los líderes papistas temblaron de rabia cuando percibieron que este reformador estaba ganando una influencia mayor que la de

Wycliffe fue un pensador claro y un agudo detector de errores, y golpeó audazmente muchos de los abusos sancionados por la autoridad de Roma. Así atrajo sobre sí mismo la enemistad del Papa y sus seguidores. Se hicieron repetidos intentos de condenarlo y ejecutarlo por herejía; pero Dios le había dado favor con los príncipes, [88] que estaban en su defensa. Mientras actuaba como capellán del rey, él

había tomado una posición audaz contra el pago del tributo reclamado por el Papa del monarca inglés, y había declarado que la asunción papal de la autoridad sobre los gobernantes seculares era contraria tanto a la razón como a la revelación. Unos años más tarde, defendió hábilmente los derechos de la corona inglesa contra las invasiones del poder romano. El pueblo y la nobleza de Inglaterra se pusieron de su lado, y sus enemigos no pudieron hacer nada contra él. En una ocasión, cuando fue llevado a juicio ante un sínodo de obispos, la gente rodeó el edificio donde se reunía el sínodo y, apresurándose, se interpuso entre él y todo daño.

Alrededor de este tiempo, la lucha fue causada en la iglesia por las afirmaciones contradictorias de dos papas rivales. Cada uno profesaba infalibilidad y exigía obediencia. Cada uno pidió a los fieles que lo ayudaran a hacer la guerra al otro, haciendo cumplir su demanda con terribles anatemas contra sus adversarios y promesas de recompensas en el cielo para sus partidarios. Este hecho debilitó enormemente el poder del papado y salvó a Wycliffe de una mayor persecución.

Dios había preservado a su siervo para labores más importantes. Wycliffe, como su Maestro, predicó el evangelio a los pobres. Como profesor de teología, presentó la verdad a los estudiantes bajo su instrucción y recibió el título de "Doctor del Evangelio". En su parroquia se dirigía a la gente como amigo y pastor.

Pero la obra más importante de su vida fue la traducción de las Escrituras al idioma inglés. Esta fue la primera traducción completa al inglés jamás realizada. Siendo aún desconocido el arte de la imprenta, sólo mediante un trabajo lento y fatigoso se podían [89] multiplicar las copias de la obra ; sin embargo, así se hizo, y el pueblo de Inglaterra recibió la Biblia en su propia lengua. Así, la luz de la palabra de Dios comenzó a arrojar sus rayos brillantes a través de la oscuridad. Una mano divina estaba preparando el camino para la Gran Reforma.

La apelación a la razón de los hombres los sacó de su sumisión pasiva a los dogmas papales. Las Escrituras fueron recibidas con favor por las clases altas, las únicas que en esa época poseían un conocimiento de las letras. Wycliffe enseñó ahora las doctrinas distintivas del protestantismo : la salvación por medio de la fe en Cristo y la infalibilidad exclusiva de las Escrituras. Muchos sacerdotes se unieron a él para hacer circular la Biblia y predicar el evangelio; y tan grande fue el efecto de estos trabajos y de los escritos de Wycliffe, que la nueva fe fue aceptada.

casi la mitad de la población de Inglaterra. El reino de las tinieblas tembló. Los frailes mendicantes, que pululaban en Inglaterra, escucharon con ira y asombro sus declaraciones audaces y elocuentes. El odio de Roma se encendió con mayor intensidad, y nuevamente conspiró para silenciar la voz del reformador. Pero el Señor cubrió con su escudo al mensajero de la verdad. Los esfuerzos de sus enemigos para detener su obra y destruir su vida fueron igualmente infructuosos, ya los sesenta y un años murió en paz en el mismo servicio del altar.

Las doctrinas que Wycliffe había enseñado continuaron difundiéndose durante un tiempo; pero pronto la despiadada tormenta de la persecución estalló sobre aquellos que se habían atrevido a aceptar la Biblia como su guía y [90] norma. El martirio sucedió al martirio. Los defensores de la verdad, proscritos y torturados, solo podían verter sus gritos de dolor en los oídos del Señor de Sabaoth. Los reformadores perseguidos encontraron refugio lo mejor que pudieron entre las clases bajas, predicando en lugares secretos y escondiéndose incluso en guaridas y cuevas. Muchos dieron testimonio intrépido de la verdad en enormes mazmorras y torres Lollard.

Los papistas no habían logrado hacer su voluntad con Wycliffe durante su vida, y su odio no pudo ser satisfecho mientras su cuerpo descansara tranquilamente en la tumba. Más de cuarenta años después de su muerte, sus huesos fueron desenterrados y quemados públicamente, y las cenizas arrojadas a un arroyo vecino. "El arroyo", dice un antiguo escritor, "llevó sus cenizas a Avon, Avon a Severn, Severn a los mares Angostos, y éstas al océano principal, y así las cenizas de Wycliffe son el emblema de su doctrina, que ahora está disperso por todo. Poco se dieron cuenta sus enemigos del significado de su acto malicioso.

Fue a través de los escritos de Wycliffe que Juan Huss de Bohemia fue llevado a renunciar a muchos de los errores del romanismo ya emprender la obra de reforma. Al igual que Wycliffe, Huss era un cristiano noble, un hombre erudito y de inquebrantable devoción a la verdad. Sus apelaciones a las Escrituras y sus audaces denuncias de las vidas escandalosas e inmorales del clero despertaron un interés generalizado y miles aceptaron gustosamente una fe más pura. Esto excitó la ira del papa y los prelados, sacerdotes y frailes, y Huss fue llamado a comparecer ante el Concilio de Constanza para responder al cargo de herejía.

[91] El emperador alemán le concedió un salvoconducto y, a su llegada a Constanza, el papa le aseguró personalmente

que no se le haga ninguna injusticia. En poco tiempo, sin embargo, fue puesto bajo arresto, por orden del Papa y los cardenales, y encerrado en un calabozo repugnante. Algunos de los nobles y del pueblo de Bohemia se dirigieron al consejo enérgicas protestas contra este ultraje. El emperador, que no estaba dispuesto a permitir la violación de un salvoconducto, se opuso al proceso en su contra. Pero los enemigos del reformador eran malignos y decididos. Apelaron a los prejuicios del emperador, a sus miedos, a su celo por la iglesia. Presentaron argumentos de gran extensión para probar que estaba perfectamente en libertad de no ser fiel a un hereje; y que el consejo, estando por encima del emperador, podía librarlo de su palabra. Así prevalecieron.

Después de un largo juicio, en el que mantuvo firmemente la verdad, se le pidió a Hus que eligiera si se retractaba de sus doctrinas o sufría la muerte. Eligió el destino del mártir, y después de ver sus libros entregados a las llamas, él mismo fue quemado en la hoguera. En presencia de los dignatarios reunidos de la Iglesia y el Estado, el siervo de Dios había pronunciado una solemne y fiel protesta contra las corrupciones de la jerarquía papal. Su ejecución, en desvergonzada violación de la más solemne y pública promesa de protección, mostró al mundo entero la perversa crueldad de Roma. Los enemigos de la verdad, aunque no lo sabían, estaban fomentando la causa que en vano buscaban destruir.

En la oscuridad de su calabozo, Juan Huss había previsto el triunfo de la verdadera fe. Volviendo, en sueños, a la humilde parroquia [92] donde había predicado el evangelio, vio al Papa ya sus obispos borrando los cuadros de Cristo que había pintado en las paredes de su capilla. La vista le causó gran angustia; pero al día siguiente se llenó de alegría al ver a muchos artistas ocupados en reemplazar las figuras en mayor número y colores más brillantes. Cuando terminaron su trabajo, los pintores exclamaron a la inmensa multitud que los rodeaba: "¡Ahora que vengan los papas y los obispos! ¡Nunca los borrarán más!" Dijo el reformador, al relatar su sueño: "Estoy seguro de que la imagen de Cristo nunca se borrará. Ellos han querido destruirlo, pero será pintado en todos los corazones por predicadores mucho mejores que yo."

Poco después de la muerte de Hus, su fiel amigo Jerónimo, hombre de la misma piedad ferviente y de mayor saber, también fue condenado,

y encontró su destino de la misma manera. Así perecieron los fieles portadores de luz de Dios. Pero la luz de las verdades que proclamaban, la luz de su heroico ejemplo, no podía extinguirse. Lo mismo podrían los hombres intentar hacer retroceder al sol en su curso, como evitar el amanecer de ese día que incluso entonces estaba rompiendo sobre el mundo.

A pesar de la furia de la persecución, después de la muerte de Wycliffe continuó pronunciándose una protesta tranquila, devota, ferviente y paciente contra la corrupción predominante de la fe religiosa. Como los creyentes en los días apostólicos, muchos sacrificaron libremente sus posesiones mundanas por la causa de Cristo. Aquellos a quienes se les permitió morar en sus casas, recibieron con alegría a sus hermanos que habían sido desterrados de [93] casa y parentesco. Cuando ellos también fueron expulsados, aceptaron la suerte de los marginados y se regocijaron de que se les permitiera sufrir por causa de la verdad.

Se hicieron grandes esfuerzos para fortalecer y extender el poder del papado; pero mientras que los papas aún decían ser representantes de Cristo, sus vidas eran tan corruptas que disgustaban a la gente. Con la ayuda de la invención de la imprenta, las Escrituras circularon más ampliamente, y muchos se dieron cuenta de que las doctrinas papales no estaban sustentadas por la palabra de Dios.

Cuando un testigo se vio obligado a dejar caer la antorcha de la verdad, otro se la arrebató de la mano y con intrépido coraje la sostuvo en alto. Se había abierto la lucha que habría de resultar en la emancipación, no sólo de los individuos y las iglesias, sino también de las naciones. Al otro lado del abismo de cien años, los hombres extendieron sus manos para agarrar las manos de los lolardos de la época de Wycliffe. Bajo Lutero comenzó la Reforma en Alemania; Calvino predicó el evangelio en Francia, Zwingli en Suiza. El mundo se despertó del letargo de las eras, mientras de tierra en tierra resonaban las palabras mágicas, "Libertad religiosa".

Capítulo 6—La separación de Lutero de Roma

[94]

Entre los que fueron llamados a liderar a la iglesia de la oscuridad del papado a la luz de una fe más pura, se destacó Martín Lutero. Celoso, ardiente y devoto, sin conocer otro temor que el de Dios, y sin reconocer ningún fundamento para la fe religiosa sino las Sagradas Escrituras, Lutero fue el hombre de su tiempo; a través de él, Dios realizó una gran obra para la reforma de la iglesia y la iluminación del mundo.

Como los primeros heraldos del evangelio, Lutero surgió de las filas de la pobreza. Sus primeros años los pasó en el humilde hogar de un campesino alemán. Con el trabajo diario como minero, su padre obtuvo los medios para su educación. Lo pensó para un abogado; pero Dios se propuso hacerlo un constructor en el gran templo que se levantaba tan lentamente a través de los siglos. Las dificultades, las privaciones y la disciplina severa fueron la escuela en la que Sabiduría Infinita preparó a Lutero para la importante misión de su vida.

El padre de Lutero era un hombre de mente fuerte y activa, y de gran fuerza de carácter, honesto, resuelto y directo. Era fiel a sus convicciones del deber, fueran cuales fueran las consecuencias.

Su excelente sentido común lo llevó a mirar con desconfianza el sistema monástico. Se disgustó mucho cuando Lutero, sin su consentimiento, [95] entró en un monasterio; y pasaron dos años antes de que el padre se reconciliara con su hijo, y aun entonces sus opiniones seguían siendo las mismas.

Los padres de Lutero dedicaron gran atención a la educación y formación de sus hijos. Procuraron instruirlos en el conocimiento de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas. La oración del padre a menudo ascendía al oído de su hijo, que el niño pudiera recordar el nombre del Señor, y un día ayudar en el avance de su verdad. Todos los beneficios para la cultura moral o intelectual que su vida de trabajo les permitía disfrutar, fueron aprovechados con entusiasmo por estos padres. Sus esfuerzos fueron fervientes y perseverantes para preparar a sus hijos para una vida de piedad y utilidad. Con su firmeza y fuerza de carácter, a veces ejercieron una severidad demasiado grande;

pero el reformador mismo, aunque consciente de que en algunos aspectos habían errado, encontró en su disciplina más para aprobar que para condenar.

En la escuela, a la que fue enviado a una edad temprana, Lutero fue tratado con dureza y hasta con violencia. Tan grande era la pobreza de sus padres, que por un tiempo se vio obligado a conseguir su alimento cantando de puerta en puerta, y muchas veces padecía hambre. Las ideas lúgubres y supersticiosas de la religión entonces prevalecientes lo llenaron de miedo. Se acostaba por la noche con un corazón afligido, mirando hacia adelante con temblor hacia el futuro oscuro, y en constante terror al pensar en Dios como un juez severo e implacable, un tirano cruel, en lugar de un Padre celestial bondadoso.

Sin embargo, bajo tantos y tan grandes desalientos, [96] Lutero avanzó resueltamente hacia el alto nivel de excelencia moral e intelectual que había decidido

Tenía sed de conocimiento, y el carácter serio y práctico de su mente lo llevó a desear lo sólido y útil en lugar de lo vistoso y superficial. Cuando, a la edad de dieciocho años, ingresó en la Universidad de Erfurth, su situación era más favorable y sus perspectivas más brillantes que en sus primeros años. Sus padres, habiendo adquirido una competencia por el ahorro y la industria, pudieron brindarle toda la ayuda necesaria. Y la influencia de amigos sensatos había disminuido algo los efectos sombríos de su entrenamiento anterior. Ahora se dedicó diligentemente al estudio de los mejores autores, enriqueciendo su entendimiento con sus pensamientos más importantes, y haciendo suya la sabiduría de los sabios. Una memoria retentiva, una imaginación vívida, fuertes poderes de razonamiento y una enérgica aplicación al estudio, pronto le ganaron el rango más destacado entre sus asociados.

El temor del Señor moraba en el corazón de Lutero, permitiéndole mantener su firmeza de propósito y llevándolo a una profunda humildad ante Dios. Tenía un sentido permanente de su dependencia de la ayuda divina, y no dejaba de comenzar cada día con la oración, mientras su corazón exhalaba continuamente una petición de guía y apoyo. “Orar bien”, solía decir, “es la mejor mitad del estudio”.

Un día, mientras examinaba los libros de la biblioteca de la universidad, Lutero descubrió una Biblia en latín. Antes había oído fragmentos de los Evangelios y las Epístolas en el culto público, y pensó que [97] eran la totalidad de la palabra de Dios. Ahora, por primera vez, miró toda la Biblia. Con una mezcla de asombro y asombro, él

pasó las páginas sagradas; con el pulso acelerado y el corazón palpitante, leyó por sí mismo las palabras de vida, deteniéndose de vez en cuando para exclamar: "¡Oh, si Dios me diera un libro así para mí!" Los ángeles del cielo estaban a su lado, y los rayos de luz del trono de Dios revelaron los tesoros de la verdad a su entendimiento. Siempre había temido ofender a Dios, pero ahora la profunda convicción de su condición de pecador se apoderó de él como nunca antes.

Un ferviente deseo de liberarse del pecado y encontrar la paz con Dios, lo llevó finalmente a entrar en un claustro y dedicarse a la vida monástica. Aquí se le exigió que realizara el trabajo más bajo y que mendigara de casa en casa. Estaba en una edad en que el respeto y el aprecio se anhelan más, y estos oficios serviles mortificaban profundamente sus sentimientos naturales; pero soportó pacientemente esta humillación, creyendo que era necesaria a causa de sus pecados.

Cada momento que podía prescindir de sus deberes diarios, lo empleó en el estudio, privándose del sueño y de mala gana incluso los momentos dedicados a sus humildes comidas. Por encima de todo, se deleitaba en el estudio de la palabra de Dios. Había encontrado una Biblia encadenada a la pared del convento, y la reparaba con frecuencia. A medida que se profundizaron sus convicciones de pecado, buscó por sus propias obras obtener el perdón y la paz. Llevó una vida muy rigurosa, esforzándose por crucificar la carne con ayunos, vigias y flagelaciones. No rehuyó ningún sacrificio para volverse santo y ganar el Cielo. Como resultado de esta dolorosa disciplina, perdió fuerzas y sufrió desmayos, de los que nunca se recuperó por completo. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, su alma agobiada no encontró alivio. Finalmente fue llevado al borde de la desesperación.

Cuando a Lutero le pareció que todo estaba perdido, Dios le levantó un amigo y un ayudante. El piadoso Staupitz abrió la palabra de Dios a la mente de Lutero, y le pidió que apartara la vista de sí mismo, cesara la contemplación del castigo infinito por la violación de la ley de Dios, y mirara a Jesús, su Salvador que perdona los pecados. "En lugar de torturarte a causa de tus pecados, arrójate en los brazos de tu Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte. Escucha al Hijo de Dios. Se hizo hombre para darte la seguridad del favor divino. Amad al que os ha amado primero." Así habló este mensajero de misericordia. Sus palabras causaron una profunda impresión en la mente de Lutero. Después de muchos

una lucha con los errores acariciados durante mucho tiempo, se le permitió comprender la verdad, y la paz llegó a su alma atribulada.

Lutero fue ordenado sacerdote y fue llamado del claustro a una cátedra en la Universidad de Wittemberg. Aquí se dedicó al estudio de las Escrituras en las lenguas originales. Empezó a dar conferencias sobre la Biblia; y el libro de los Salmos, los Evangelios y las Epístolas fueron abiertos al entendimiento de multitudes de oyentes encantados. Staupitz, su amigo y superior, lo instó a subir al púlpito y predicar la palabra de Dios. Lutero vaciló, sintiéndose indigno de hablar a la gente en lugar de Cristo. Fue sólo después de una larga lucha que cedió a las solicitudes de [99] sus amigos. Ya era poderoso en las Escrituras, y la gracia de Dios descansaba sobre él. Su elocuencia cautivó a sus oyentes, la claridad y el poder con que presentó la verdad convenció a su entendimiento, y su profundo fervor tocó sus corazones.

Lutero seguía siendo un verdadero hijo de la iglesia papal, y no pensaba que alguna vez sería otra cosa. En la providencia de Dios decidió visitar Roma. Continuó su viaje a pie, alojándose en los monasterios del camino. En un convento en Italia se llenó de asombro al ver el esplendor de los aposentos, la riqueza de los vestidos, el lujo de la mesa, la extravagancia por todas partes. Con dolorosos celos contrastó esta escena con la abnegación y las dificultades de su propia vida. Su mente se estaba volviendo perpleja.

Por fin vio a lo lejos la ciudad de las siete colinas. Con profunda emoción se postró en tierra exclamando: "¡Santa Roma, te saludo!". Entró en la ciudad, visitó las iglesias, escuchó los maravillosos relatos repetidos por sacerdotes y monjes y realizó todas las ceremonias requeridas. Por todas partes contemplaba escenas que lo llenaban de asombro y horror. Vio que la iniquidad existía entre todas las clases del clero. Escuchó chistes indecentes de los prelados y se llenó de horror por su horrible blasfemia, incluso durante la misa. Mientras se mezclaba con los monjes y ciudadanos, se encontró con la disipación, el libertinaje. Volteó donde quiso, en el lugar de la santidad encontró la profanación. "Es increíble", escribió, "los pecados y las atrocidades que se cometen en Roma". "Si hay un infierno, Roma está construida sobre él. Es un abismo de donde proceden todos los pecados."

[100] El Papa había prometido una indulgencia a todos los que subieran de rodillas a lo que se conocía como la escalera de Pilatos. Lutero

Estaba un día realizando este acto, cuando de repente una voz como un trueno pareció decirle: "¡El justo por la fe vivirá!" Saltó sobre sus pies avergonzado y horrorizado, y huyó de la escena de su locura. Ese texto nunca perdió su poder sobre su alma. Desde ese momento vio más claramente que nunca la falacia de confiar en las obras humanas para la salvación, y la necesidad de una fe constante en los méritos de Cristo. Sus ojos habían sido abiertos, y nunca más serían cerrados, a los engaños satánicos del papado. Cuando apartó su rostro de Roma, también se había apartado de su corazón, y desde ese momento la separación se hizo más amplia, hasta que cortó toda conexión con la iglesia papal.

Después de su regreso de Roma, Lutero recibió en la Universidad de Wittemberg el grado de doctor en teología. Ahora estaba en libertad de dedicarse, como nunca antes, a las Escrituras que amaba. Había hecho un voto solemne de estudiar cuidadosamente y predicar con fidelidad la palabra de Dios, no los dichos y doctrinas de los papas, todos los días de su vida. Ya no era el simple monje o profesor, sino el heraldo autorizado de la Biblia. Había sido llamado como pastor para apacentar el rebaño de Dios, que tenía hambre y sed de la verdad. Declaró firmemente que los cristianos no deben recibir otras doctrinas que las que se basan en la autoridad de las Sagradas Escrituras. Estas palabras golpearon el fundamento mismo de la supremacía papal. Contenían el principio vital de la Reforma.

Lutero vio el peligro de exaltar las teorías humanas por encima de las [101] Palabra de dios. Atacó sin temor la infidelidad especulativa de los escolásticos y se opuso a la filosofía y la teología que durante tanto tiempo habían ejercido una influencia dominante sobre la gente. Denunció tales estudios no solo como inútiles sino perniciosos, y procuró desviar la mente de sus oyentes de los sofismas de los filósofos y teólogos a las verdades eternas expuestas por los profetas y apóstoles.

Precioso fue el mensaje que llevó a las ansiosas multitudes que se aferraban a sus palabras. Nunca antes tales enseñanzas habían caído sobre sus oídos. Las buenas nuevas del amor de un Salvador, la seguridad del perdón y la paz por medio de su sangre expiatoria, regocijaron sus corazones e inspiraron en ellos una esperanza inmortal. En Wittemberg se encendió una luz cuyos rayos se extenderían hasta los confines de la tierra, y que aumentaría en brillo hasta el final de los tiempos.

Pero la luz y la oscuridad no pueden armonizar. Entre la verdad y el error hay un conflicto incontenible. Sostener y defender uno es atacar y derrocar al otro. Nuestro Salvador mismo declaró: “No he venido a traer paz, sino espada”. [Mateo 10:34.] Lutero dijo, unos años después de la apertura de la Reforma: “Dios no me dirige, sino que me impulsa hacia adelante. No soy dueño de mis propias acciones. De buena gana viviría en reposo, pero estoy arrojado en medio de tumultos y revoluciones.” Ahora estaba a punto de ser instado a la

concurso.

La Iglesia Romana había hecho mercadería de la gracia de Dios. Las mesas de los cambistas se instalaron junto a sus altares, y [102] el aire resonaba con los gritos de compradores y vendedores. Con el pretexto de recaudar fondos para la erección de la iglesia de San Pedro en Roma, la autoridad del Papa ofreció públicamente en venta indulgencias por los pecados. Por el precio del crimen había de edificarse un templo para el culto de Dios, la piedra angular puesta con el pago de la iniquidad. Pero los medios mismos del engrandecimiento de Roma provocaron el golpe más mortal a su poder y grandeza. Fue esto lo que despertó a los más decididos y exitosos de los enemigos del papado, y condujo a la batalla que sacudió el trono papal hasta sus cimientos y empujó la triple corona sobre la cabeza del pontífice.

El funcionario designado para llevar a cabo la venta de indulgencias en Alemania, de nombre Tetzl, había sido condenado por los delitos más bajos contra la sociedad y contra la ley de Dios; pero habiendo escapado al castigo debido a sus crímenes, fue empleado para promover los proyectos mercenarios y sin escrúpulos de la Iglesia Romana. Con gran descaro repetía las más flagrantes falsedades y contaba cuentos maravillosos para engañar a un pueblo ignorante, crédulo y supersticioso. Si hubieran poseído la palabra de Dios, no habrían sido así engañados. Fue para mantenerlos bajo el control del papado, para que pudieran aumentar el poder y la riqueza de sus líderes ambiciosos, que se les había negado la Biblia.

Cuando Tetzl entraba en una ciudad, un mensajero iba delante de él, anunciando: “La gracia de Dios y del santo padre está a tus puertas”. Y el pueblo acogió al pretendiente blasfemo como si fuera [103] Dios mismo bajado del cielo a ellos. Se dispuso el infame tráfico en la iglesia, y Tetzl, subiendo al púlpito, ensalzó las indulgencias como el don máspreciado de Dios. Declaró que por

Lutero ahora emprendió audazmente su obra como un campeón de la verdad. Su voz se escuchó desde el púlpito en serio, solemne

advertencia. Expuso ante el pueblo el carácter ofensivo del pecado, y les enseñó que es imposible que el hombre, por sus propias obras, disminuya su culpa o eluda su castigo. Nada sino el arrepentimiento hacia Dios y la fe en Cristo pueden salvar al pecador. La gracia de Cristo no se puede comprar; es un regalo gratis. Aconsejó a la gente que no comprara las indulgencias, sino que mirara con fe a un Redentor crucificado. Relató su propia experiencia dolorosa en la búsqueda en vano de la humillación y la penitencia para asegurar la salvación, y aseguró a sus oyentes que fue apartando la mirada de sí mismo y creyendo en Cristo que encontró la paz y la alegría.

[105] Mientras Tetzl continuaba con su tráfico y sus impías pretensiones, Lutero decidió una protesta más eficaz contra estos clamorosos abusos. El festival de Todos los Santos era un día importante para Wittenberg. Luego se exhibieron las costosas reliquias de la iglesia y se concedió la remisión de los pecados a todos los que visitaron la iglesia y se confesaron. En consecuencia, en este día la gente en gran número acudió allí. El día anterior a la festividad, Lutero fue audazmente a la iglesia, a la que ya se dirigían multitudes de fieles, y colocó en la puerta noventa y cinco proposiciones contra la doctrina de las indulgencias. Estas tesis se declaró dispuesto a defender contra todos los opositores.

Sus proposiciones atrajeron la atención universal. Fueron leídos y releídos y repetidos en todas direcciones. Se creó una gran expectación en la universidad y en toda la ciudad. Por estas tesis se demostró que el poder de conceder el perdón de los pecados, y de remitir su pena, nunca se había encomendado al Papa ni a ningún otro hombre. Todo el plan era una farsa, un artificio para extorsionar dinero jugando con las supersticiones de la gente, un ardid de Satanás para destruir las almas de todos los que confiaran en sus falsas pretensiones. También se mostró claramente que el evangelio de Cristo es el tesoro más valioso de la iglesia, y que la gracia de Dios, en él revelada, se otorga gratuitamente a todos los que la buscan mediante el arrepentimiento y la fe.

Las tesis de Lutero desafiaron la discusión; pero nadie se atrevió a aceptar el desafío. Las preguntas que él proponía se habían difundido en pocos días por toda Alemania, y en pocas semanas habían sonado [106] en toda la cristiandad. Muchos romanistas devotos, que habían visto y lamentado la terrible iniquidad que prevalecía en la iglesia, pero no habían sabido cómo detener su progreso, leyeron las proposiciones

gran alegría, reconociendo en ellos la voz de Dios. Sintieron que el Señor, en su gracia, había dispuesto Su mano para detener la marea de corrupción que crecía rápidamente y que salía de la sede de Roma. Príncipes y magistrados se regocijaron en secreto de que se iba a poner un freno al poder arrogante del que no había apelación.

Pero las multitudes amantes del pecado y supersticiosas estaban aterrorizadas cuando los sofismas que habían calmado sus temores fueron barridos. Los astutos eclesiásticos, interrumpidos en su labor de sancionar el crimen, y viendo peligrar sus conquistas, se enfurecieron y se unieron para defender sus pretensiones. El reformador tuvo que enfrentarse a amargos acusadores. Algunos lo acusaron de actuar precipitadamente y por impulso. Otros lo acusaron de presunción, declarando que no estaba dirigido por Dios, sino que actuaba por orgullo y atrevimiento. “¿Quién no sabe”, respondió, “que rara vez se puede promover una nueva idea sin tener una apariencia de orgullo y sin ser acusado de provocar disputas? ¿Por qué se dio muerte a Cristo y a todos los mártires? —Porque parecían orgullosos despreciadores de la sabiduría de los tiempos en que vivían, y porque propusieron nuevas verdades sin haber consultado primero los oráculos de las viejas opiniones.”

Nuevamente declaró: “Lo que estoy haciendo no se efectuará por la prudencia del hombre, sino por el consejo de Dios. Si la obra es de Dios, ¿quién la detendrá? Si no es así, ¿quién lo remitirá? ¡No mi voluntad, [107] no la de ellos, no la nuestra, sino la tuya, Padre santo que estás en los Cielos!”

Aunque Lutero había sido movido por el Espíritu de Dios para comenzar su obra, no la llevaría adelante sin graves conflictos. Los reproches de sus enemigos, la tergiversación de sus propósitos y sus reflexiones injustas y maliciosas sobre su carácter y motivos, cayeron sobre él como una inundación abrumadora; y no quedaron sin efecto. Había confiado en que los líderes de la iglesia y los filósofos de la nación se unirían con gusto a él en los esfuerzos de reforma. Las palabras de aliento de aquellos en posiciones altas lo habían inspirado con alegría y esperanza. Ya con anticipación había visto amanecer un día más brillante para la iglesia.

Pero el aliento se había convertido en reproche y condenación.

Muchos dignatarios, tanto de la Iglesia como del Estado, fueron convencidos de la veracidad de sus tesis; pero pronto vieron que la aceptación de estas verdades implicaría grandes cambios.

Iluminar y reformar al pueblo sería virtualmente socavar la autoridad papal,

detener miles de corrientes que ahora fluyen hacia su tesorería, y así reducir en gran medida la extravagancia y el lujo de los líderes romanos. Además, enseñar a la gente a pensar y actuar como seres responsables, mirando solo a Cristo para la salvación, derrocaría el trono del pontífice y eventualmente destruiría su propia autoridad. Por esta razón rehusaron el conocimiento que Dios les había ofrecido, y se pusieron contra Cristo y la verdad por su oposición al hombre que él había enviado para iluminarlos.

[108] Lutero tembló al mirarse a sí mismo, un hombre opuesto a los poderes más poderosos de la tierra. A veces dudaba de que Dios lo hubiera inducido a oponerse a la autoridad de la iglesia. “¿Quién era yo”, escribe, “para oponerme a la majestad del Papa, ante quien temblaban los reyes de la tierra y del mundo entero?” “Nadie puede saber lo que sufrí en esos primeros dos años, y en qué abatimiento e incluso desesperación estaba hundido”. Pero no se dejó que se desanimara por completo. Cuando falló el apoyo humano, miró sólo a Dios y aprendió que podía apoyarse con total seguridad en ese brazo todopoderoso.

A un amigo de la Reforma, Lutero escribió: “No podemos alcanzar el entendimiento de las Escrituras ni por el estudio ni por la fuerza del intelecto. Por lo tanto, su primer deber debe ser comenzar con la oración. Rogad al Señor que os conceda, en su rica misericordia, entender bien su palabra. No hay otro intérprete de la palabra sino el propio Autor de esa palabra. Así como él ha dicho, 'Todos serán enseñados por Dios.' No espere nada de su estudio y fuerza de intelecto; pero simplemente pon tu confianza en Dios, y en la guía de su Espíritu. Créanle a aquel que ha hecho juicio sobre este asunto.” Aquí hay una lección de vital importancia para aquellos que sienten que Dios los ha llamado a presentar a otros las verdades solemnes para este tiempo. Estas verdades despertarán la enemistad de Satanás y de los hombres que aman las fábulas que él ha ideado. En el conflicto con los poderes del mal, se necesita algo más que el intelecto y la sabiduría humana.

[109] Cuando los enemigos apelaron a la costumbre y la tradición, o a las afirmaciones y la autoridad del papa, Lutero los enfrentó con la Biblia y sólo con la Biblia. Aquí había argumentos que no podían contestar; por lo tanto, los esclavos del formalismo y la superstición clamaron por su sangre, como los judíos habían clamado por la sangre de Cristo. “Es un hereje”, gritaron los fanáticos romanos; “Es un pecado permitirle vivir una

hora más! ¡Fuera con él inmediatamente al patíbulo! Pero Lutero no cayó presa de su furia. Dios tenía una obra para él y los ángeles del cielo fueron enviados para protegerlo. Muchos, sin embargo, que habían recibido de Lutero la preciosa luz, fueron objeto de la ira de Satanás, y por causa de la verdad sufrieron sin miedo la tortura y la muerte.

Las enseñanzas de Lutero atrajeron la atención de las mentes reflexivas de toda Alemania. De sus sermones y escritos brotaron rayos de luz que despertaron e iluminaron a miles. Una fe viva estaba tomando el lugar del formalismo muerto en el que la iglesia se había mantenido durante tanto tiempo. La gente perdía diariamente la confianza en las supersticiones del romanismo. Las barreras de los prejuicios estaban cediendo. La palabra de Dios, por la cual Lutero probó cada doctrina y cada pretensión, era como una espada de dos filos, abriéndose paso hasta los corazones de la gente. En todas partes se despertaba un deseo de progreso espiritual. En todas partes había tal hambre y sed de justicia como no se había conocido en siglos. Los ojos del pueblo, durante tanto tiempo dirigidos a los ritos humanos y a los mediadores humanos, ahora se volvían, en penitencia y fe, a Cristo.

Este interés generalizado despertó aún más los temores de los [110] autoridades papales. Lutero recibió una citación para presentarse en Roma para responder al cargo de herejía. La orden llenó de terror a sus amigos. Sabían muy bien el peligro que lo amenazaba en aquella ciudad corrupta, ya ebria de la sangre de los mártires de Jesús. Protestaron contra su ida a Roma y le pidieron que se examinara en Alemania.

Este arreglo finalmente se efectuó y se nombró al legado del Papa para que escuchara el caso. En las instrucciones comunicadas por el pontífice a este funcionario, se decía que Lutero ya había sido declarado hereje. Por lo tanto, el legado estaba encargado de procesarlo y reducirlo a la sumisión sin demora. Si permanecía firme y el legado no lograba tomar posesión de su persona, estaba facultado para proscribirlo en todos los lugares de Alemania, repudiar, maldecir y excomulgar a todos los que estaban unidos a él. Y además, el Papa exhortó a su legado, a fin de erradicar por completo la herejía pestilente, a excomulgar a todos, de cualquier dignidad en la Iglesia o el Estado, excepto al emperador, que debería descuidar

para apoderarse de Lutero y sus seguidores, y entregarlos para sufrir la venganza de Roma.

Aquí se muestra el verdadero espíritu del papado. Ni rastro de principio cristiano, ni siquiera de justicia común, se ve en todo el documento. Lutero estaba muy lejos de Roma; no había tenido oportunidad de explicar o defender su posición; sin embargo, antes de que su caso hubiera sido investigado, fue declarado hereje sumariamente, y en el mismo día, exhortado, acusado, juzgado y condenado; ¡y [111] todo esto por el autoproclamado santo padre, la única autoridad suprema e infalible en la Iglesia o el Estado!

Augsburgo había sido fijado como el lugar del juicio, y el reformador partió a pie para realizar el viaje hasta allí. Se abrigan serios temores a su favor. Se habían hecho amenazas abiertamente de que sería asaltado y asesinado en el camino, y sus amigos le rogaron que no se aventurara. Incluso le suplicaron que dejara Wittemberg por un tiempo y buscara seguridad con aquellos que lo protegerían gustosamente. Pero él no dejaría la posición donde Dios lo había puesto. Debía continuar manteniendo fielmente la verdad, a pesar de las tormentas que lo azotaban. Su lenguaje fue: "Yo soy como Jeremías, hombre de contienda y contención; pero cuanto más aumentan sus amenazas, más multiplican mi alegría... Ya han hecho pedazos mi honor y mi buen nombre. Todo lo que me queda es mi miserable cuerpo; que lo tengan; entonces acortarán mi vida unas pocas horas. Pero en cuanto a mi alma, no tendrán eso. El que decide llevar la palabra de Cristo al mundo, debe esperar la muerte a cada hora".

Las noticias de la llegada de Lutero a Augsburgo dieron gran satisfacción al legado papal. El problemático hereje que estaba atrayendo la atención de todo el mundo parecía ahora en poder de Roma, y el legado decidió que no debería dejar la ciudad como había entrado. El reformador no se había provisto de un salvoconducto. Sus amigos le instaron a que no se presentara ante el legado sin uno, y ellos mismos se comprometieron a procurárselo al [112] emperador. El legado tenía la intención de obligar a Lutero, si era posible, a retractarse o, en su defecto, hacer que fuera llevado a Roma, para compartir el destino de Huss y Jerónimo. Por lo tanto, a través de sus agentes, trató de inducir a Lutero a presentarse sin salvoconducto, confiándose a su misericordia. Esto el reformador se negó firmemente a hacer. no

había recibido el documento que le prometía la protección del emperador, se presentó en presencia del embajador papal.

Como cuestión de política, los romanistas habían decidido intentar ganarse a Lutero con una apariencia de dulzura. El legado, en sus entrevistas con él, le profesaba gran simpatía; pero exigió que Lutero se sometiera implícitamente a la autoridad de la iglesia y cediese en todos los puntos sin discusión ni cuestionamiento. No había estimado correctamente el carácter del hombre con quien tenía que tratar. Lutero, en respuesta, expresó su consideración por la iglesia, su deseo por la verdad, su disposición a responder a todas las objeciones a lo que había enseñado y a someter sus doctrinas a la decisión de ciertas universidades importantes. Pero al mismo tiempo protestó contra la conducta del cardenal al exigirle que se retractara sin haber probado su error.

La única respuesta fue: "Retractarse, retractarse". El reformador mostró que su posición estaba sostenida por las Escrituras y declaró firmemente que no podía renunciar a la verdad.

Cuando el prelado vio que el razonamiento de Lutero era incontestable, perdió todo dominio de sí mismo y gritó con rabia: "Retírate, o te enviaré a Roma, para que comparezcas ante los jueces comisionados para conocer de tu caso. Te excomulgaré a ti y [113] a todos tus partidarios, y a todos los que en algún momento te favorezcan, y los expulsaré de la iglesia". Y finalmente declaró, en un tono altivo y enojado: "Retractarse, o no regresar más".

El reformador se retiró con sus amigos, dejando que el cardenal y sus seguidores se miraran confundidos por el resultado inesperado de la conferencia.

Los esfuerzos de Lutero en esta ocasión no quedaron sin buenos resultados. La gran asamblea presente tuvo oportunidad de comparar a los dos hombres y de juzgar por sí mismos el espíritu manifestado por ellos, así como la fuerza y veracidad de sus posiciones. ¡Qué marcado el contraste! El reformador, sencillo, humilde, firme, se levantó en la fuerza de Dios, teniendo la verdad de su lado; el representante del Papa, engreído, arrogante, altivo e irrazonable, no tenía ni un solo argumento de las Escrituras, pero gritaba con vehemencia: "Retráctate, o serás enviado a Roma para ser castigado".

A pesar de que Lutero se había asegurado un salvoconducto, los romanos conspiraban para apoderarse de él y encarcelarlo. Sus amigos le instaron a que, como de nada le servía prolongar su estancia, volviera a

Wittemberg sin demora, y que se debe observar la máxima cautela para ocultar sus intenciones. En consecuencia, salió de Augsburgo antes del amanecer, a caballo, acompañado únicamente por un guía que le proporcionó el magistrado. Con muchos presentimientos se abrió paso en secreto por las oscuras y silenciosas calles de la ciudad.

Los enemigos, vigilantes y crueles, tramaban su destrucción.

¿Escaparía [114] de las trampas preparadas para él? Fueron momentos de ansiedad y oración ferviente. Llegó a una pequeña puerta en la muralla de la ciudad. Se abrió para él, y con su guía pasó sin obstáculos. Una vez más allá de los límites, pronto dejó la ciudad muy atrás. Satanás y sus emisarios fueron derrotados. El hombre que habían creído en su poder se había ido, escapó como un pájaro de la trampa del cazador.

Ante la noticia de la partida de Lutero, el legado se sintió abrumado por la sorpresa y la ira. Había esperado recibir un gran honor por su sabiduría y firmeza al tratar con este perturbador de la iglesia; pero su esperanza fue frustrada. Expresó su ira en una carta a Federico, el elector de Sajonia, denunciando amargamente a Lutero y exigiendo que Federico enviara al reformador a Roma o lo desterrara de Sajonia.

En defensa, Lutero instó a que el legado o el papa le mostraran sus errores de las Escrituras, y se comprometió de la manera más solemne a renunciar a sus doctrinas si se demostraba que contradecían la palabra de Dios. Y expresó su gratitud a Dios por haber sido tenido por digno de sufrir por tan santa causa. Estas palabras causaron una profunda impresión en el elector, y resolvió presentarse como protector de Lutero. Se negó a enviarlo a Roma o a expulsarlo de sus territorios.

El elector vio que había una ruptura general de las restricciones morales de la sociedad. Era necesaria una gran obra de reforma. Los arreglos complicados y costosos para refrenar y castigar el crimen serían innecesarios si los hombres reconocieran y obedecieran [115] los requisitos de Dios y los dictados de una conciencia iluminada. Vio que Lutero estaba trabajando para asegurar este objetivo, y secretamente se regocijó de que una mejor influencia se estaba haciendo sentir en la iglesia.

También vio que como profesor en la universidad, Lutero fue eminentemente exitoso. De todas partes de Alemania, los estudiantes llenaron

a Wittemberg para escuchar sus enseñanzas. Los jóvenes, al ver la ciudad por primera vez, levantaban la mano hacia el cielo y daban gracias a Dios porque había hecho resplandecer la luz de su verdad desde ese lugar como en épocas pasadas desde Jerusalén.

Lutero estaba todavía parcialmente convertido de los errores del romanismo. Pero al comparar los santos oráculos con los decretos y constituciones papales, se llenó de asombro. “Estoy leyendo”, escribió, “las decretales de los papas, y no sé si el anticristo, o si es su apóstol, tan tergiversado y hasta crucificado aparece Cristo en ellas”. Sin embargo, en ese momento Lutero todavía era un partidario de la Iglesia Romana y no pensó que alguna vez se separaría de su comunión.

Los escritos del reformador y su doctrina se extendían a todas las naciones de la cristiandad. La obra se extendió a Suiza y Holanda. Copias de sus escritos llegaron a Francia y España. En Inglaterra sus enseñanzas fueron recibidas como palabra de vida.

A Bélgica e Italia también se había extendido la verdad. Miles despertaban de su estupor de muerte al gozo y la esperanza de una vida de fe.

Roma se exasperó cada vez más por los ataques de Lutero, y algunos de sus oponentes fanáticos declararon en secreto que quien le quitara la vida estaría libre de pecado. Un día, un extraño, con una pistola escondida bajo su capa, se acercó al reformador y le preguntó por qué iba solo. “Estoy en las manos de Dios”, respondió Lutero. “Él es mi ayuda y mi escudo.

¿Qué pueden hacerme los hombres? Al oír estas palabras, el extraño palideció y huyó, como de la presencia de los ángeles del cielo.

Roma estaba empeñada en la destrucción de Lutero; pero Dios era su defensa. Sus doctrinas se escuchaban por todas partes: en los conventos, en las cabañas, en los castillos de los nobles, en las universidades, en los palacios de los reyes; y hombres nobles se levantaban por todas partes para sostener sus esfuerzos.

En un llamamiento al emperador y a la nobleza de Alemania en favor de la Reforma del cristianismo, Lutero escribió sobre el Papa: “Es monstruoso ver al que es llamado vicario de Cristo, exhibiendo una magnificencia sin igual a la de ningún emperador. ¿Es esto para representar al pobre y humilde Jesús o al humilde San Pedro? los

¡Papa, dicen ellos, es el Señor del mundo! Pero Cristo, cuyo vicario se jacta de ser, dijo: 'Mi reino no es de este mundo.' ¿Pueden los dominios de un vicario extenderse más allá de los de su superior?"

Escribió así de las universidades: "Temo mucho que el univer

Se encontrará que las ciudades son grandes puertas que conducen al infierno, a menos que tengan un cuidado diligente en explicar las Sagradas Escrituras y grabarlas en los corazones de los jóvenes. No aconsejo a nadie que coloque a su hijo donde las Sagradas Escrituras no sean consideradas como regla de vida. Toda institución donde no se estudie diligentemente la palabra de Dios, se corromperá."

[117] Este llamamiento circuló rápidamente por toda Alemania y ejerció una poderosa influencia sobre el pueblo. Toda la nación se incitó a unirse en torno al estandarte de la reforma. Los opositores de Lutero, ardiendo en deseos de venganza, instaron al Papa a tomar medidas decisivas contra él. Se decretó que sus doctrinas debían ser condenadas inmediatamente. Sesenta días se concedieron al reformador y sus adherentes, después de los cuales, si no se retractaban, todos debían ser excomulgados.

Esa fue una crisis terrible para la Reforma. Durante siglos, la sentencia de excomunión de Roma había sido seguida rápidamente por el golpe de muerte. Lutero no estaba ciego ante la tempestad que estaba a punto de estallar sobre él; pero se mantuvo firme, confiando en Cristo para ser su apoyo y escudo. Con la fe y el coraje de un mártir, escribió: "Lo que está por suceder no lo sé, y no me importa saberlo". "Dondequiera que me alcance el golpe, no temo. Ni una hoja cae sin la voluntad de nuestro Padre; ¡Cuánto más se preocupará por nosotros! Poco importa morir por el Verbo, ya que su Verbo, que se hizo carne por nosotros, ha muerto él mismo. Si morimos con él, viviremos con él; y, pasando por lo que él ha pasado antes que nosotros, estaremos donde él está, y habitaremos con él para siempre."

Cuando la bula papal llegó a Lutero, dijo: "La desprecio y la resisto, como impía y falsa. Es el mismo Cristo quien es condenado allí." "Me glorío ante la perspectiva de sufrir por la mejor de las causas. Ya siento mayor libertad; porque ahora sé que el papa es un ticristo, y que su trono es el del mismo Satanás".

[118] Sin embargo, la palabra del pontífice de Roma todavía tenía poder. La prisión, la tortura y la espada eran armas poderosas para imponer la sumisión. Todo parecía indicar que la obra del Reformador se trataba de

cerrar. Los débiles y supersticiosos temblaron ante el decreto del papa, y aunque hubo simpatía general por Lutero, muchos sintieron que la vida era demasiado cara para arriesgarla por la causa de la reforma.

Pero Lutero procedió a quemar públicamente la bula del papa, con las leyes canónicas, las decretales y ciertos escritos que sustentaban el poder papal. Con esta acción declaró audazmente su separación final de la Iglesia Romana. Aceptó su excomunión y proclamó al mundo que entre él y el Papa en adelante debe haber guerra. La gran contienda estaba ahora plenamente iniciada. Poco después, apareció una nueva bula, y finalmente se pronunció la excomunión que antes había sido amenazada contra el reformador y todos los que debían recibir sus doctrinas.

La oposición es la suerte de todos los que Dios emplea para presentar verdades especialmente aplicables a su tiempo. Había una verdad presente, una verdad en ese momento de especial importancia, en los días de Lutero; hay una verdad presente para la iglesia hoy. Pero la verdad no es más deseada por la mayoría de hoy que por los papistas que se opusieron a Lutero. Hay la misma disposición a aceptar las teorías y tradiciones de los hombres por la palabra de Dios como en épocas anteriores. Los que presentan la verdad para este tiempo no deben esperar ser recibidos con mayor favor que los reformadores anteriores. La gran controversia entre la verdad y el error, entre Cristo y Satanás, aumentará en intensidad hasta el final de la historia de este mundo.

[119]

Capítulo 7—Lutero antes de la dieta

Un nuevo emperador, Carlos V, había ascendido al trono de Alemania, y los emisarios de Roma se apresuraron a presentar sus felicitaciones e inducir al monarca a emplear su poder contra la Reforma. Por otro lado, el elector de Sajonia, a quien Carlos estaba en gran parte en deuda por su corona, le rogó que no diera ningún paso contra Lutero hasta que le hubiera concedido una audiencia. El emperador se vio así colocado en una posición de gran perplejidad y vergüenza. Los papistas estarían satisfechos con nada menos que un edicto imperial que sentenciara a muerte a Lutero. El elector había declarado con firmeza que ni su majestad imperial ni nadie más le había hecho parecer aún que los escritos del reformador habían sido refutados; por tanto, pidió que se le proporcionara al doctor Lutero un salvoconducto, para que pudiera responder por sí mismo ante un tribunal de jueces eruditos, piadosos e imparciales.

La atención de todos los partidos se dirigió ahora a la asamblea de los estados alemanes que se reunió en Worms poco después de la accesión de Carlos al imperio. Había cuestiones e intereses [120] políticos importantes que debían ser considerados por este consejo nacional; pero éstos parecían de poca importancia cuando se contrastaban con la causa del monje de Wittemberg.

Charles había ordenado previamente al elector que trajera a Lutero con él a la Dieta, asegurándole que el reformador debería ser protegido de toda violencia y se le debería permitir una conferencia libre con alguien competente para discutir los puntos en disputa. Lutero estaba ansioso por presentarse ante el emperador. Su salud estaba en este momento muy deteriorada; sin embargo, escribió al elector: "Si no puedo realizar el viaje a Worms con buena salud, me llevarán allí, enfermo como estoy. Porque, puesto que el emperador me ha convocado, no puedo dudar de que es la llamada del mismo Dios. Si pretenden hacer uso de la violencia contra mí, como es probable que lo hagan, porque seguramente es sin ánimo de obtener información que me exigen que comparezca ante ellos, pongo el asunto en las manos del Señor. Aún vive y reina quie

los tres israelitas en el horno de fuego. Si no es su voluntad salvarme, mi vida es de poca importancia. Cuidémonos solamente de que el evangelio no sea expuesto al escarnio de los impíos, y derramemos nuestra sangre en su defensa antes que permitirles triunfar. ¿Quién dirá si mi vida o mi muerte contribuirán más a la salvación de mis hermanos?" "Espera cualquier cosa de mí excepto huida o retractación. volar no puedo; menos aún puedo retractarme".

Cuando circuló la noticia en Worms de que Lutero comparecería ante la Dieta, se creó un entusiasmo general. Aleandro, el legado papal a quien se le había confiado especialmente su caso, estaba alarmado y enfurecido. Vio que el resultado sería desastroso para la causa papal. Instituir la investigación de un caso en el que el Papa [121] ya había pronunciado sentencia de condenación, sería desprestigiar la autoridad del soberano pontífice. Además, temía que los argumentos elocuentes y poderosos de este hombre pudieran alejar a muchos de los príncipes de la causa del Papa.

Por lo tanto, de la manera más urgente, protestó con Carlos contra la aparición de Lutero en Worms. Advirtió, rogó y amenazó, hasta que el emperador cedió, y escribió al elector que si Lutero no se retractaba, debía permanecer en Wittemberg.

No contento con esta victoria, Aleandro trabajó con todo el poder y la astucia a su disposición para asegurar la condenación de Lutero. Con una persistencia digna de una mejor causa, llamó la atención de los príncipes, prelados y otros miembros de la asamblea sobre el asunto, acusando al reformador de sedición, rebelión, impiedad y blasfemia. Pero la vehemencia y la pasión manifestadas por el legado revelaron claramente que lo movía el odio y la venganza más que el celo por la religión. El sentimiento predominante de la asamblea era que Lutero era inocente.

Con celo redoblado, Aleandro instó al emperador al deber de ejecutar los edictos papales. Vencido al fin por esta importunidad, Carlos le pidió al legado que presentara su caso a la Dieta. Roma tenía pocos abogados mejor preparados, por naturaleza y educación, para defender su causa. Los amigos del reformador esperaban con cierta ansiedad el resultado del discurso de Aleandro.

No fue poca la emoción cuando el legado, con gran dignidad [122] y pompa, compareció ante la asamblea nacional. Muchos recordaron la escena del juicio de nuestro Salvador, cuando Anás y Caifás,

ante el tribunal de Pilato, exigió la muerte de aquel “que pervertía al pueblo”.

Con todo el poder de la erudición y la elocuencia, Aleandro se dedicó a derrocar la verdad. Acusó tras acusación a Lutero como enemigo de la Iglesia y el Estado, los vivos y los muertos, el clero y los laicos, los concilios y los cristianos privados. “Hay suficiente en los errores de Lutero”, declaró, “para justificar la quema de cien mil herejes”.

En conclusión, se esforzó por arrojar desprecio sobre los adherentes de la fe reformada: “¿Qué son todos estos luteranos? Una chusma variopinta de gramáticos insolentes, sacerdotes corruptos, monjes disolutos, abogados ignorantes y nobles degradados, con la gente común a quienes han extraviado y pervertido. ¡Cuán grandemente superior es el partido católico en número, inteligencia y poder! Un decreto unánime de esta ilustre asamblea abrirá los ojos de los simples, mostrará a los incautos su peligro, determinará a los vacilantes y fortalecerá a los débiles de corazón”.

Con tales armas han sido atacados los defensores de la verdad en todas las épocas. Los mismos argumentos todavía se esgrimen contra todos los que se atreven a presentar, en oposición a los errores establecidos, las enseñanzas claras y directas de la palabra de Dios. “¿Quiénes son estos predicadores de nuevas doctrinas?” exclaman los que desean una religión popular. “Son ignorantes, pocos en número y de la clase más pobre. Sin embargo, afirman tener la verdad y ser el pueblo escogido de Dios. Ellos [123] son ignorantes y engañados. ¡Cuán superiores en número e influencia son nuestras denominaciones! ¡Cuántos hombres grandes y eruditos hay en nuestras iglesias! ¡Cuánto más poder hay de nuestro lado!” Estos son los argumentos que tienen una influencia reveladora sobre el mundo; pero no son más concluyentes ahora que en los días del R

La Reforma no terminó, como muchos suponen, con Lutero. Continuará hasta el final de la historia de este mundo. Lutero tenía una gran obra que hacer al reflejar a otros la luz que Dios había permitido que brillara sobre él; sin embargo, no recibió toda la luz que iba a ser dada al mundo. Desde entonces hasta ahora, ha estado brillando continuamente nueva luz sobre las Escrituras, y constantemente se han revelado nuevas verdades.

El discurso del legado causó una profunda impresión en la Dieta. Lutero no estaba presente, con las verdades claras y convincentes de

la palabra de Dios, para vencer al campeón papal. No se hizo ningún intento por defender al Reformador. Se manifestó un impulso general de erradicar la herejía luterana del imperio. Roma había disfrutado de la oportunidad más favorable para defender su causa. El más grande de sus oradores había hablado. Todo lo que podía decir en su propia reivindicación había sido dicho. Pero la aparente victoria fue la señal de la derrota. De ahora en adelante, el contraste entre la verdad y el error se vería más claramente, ya que deberían tomar el campo en una guerra abierta. Desde ese día, Roma no estaría tan segura como lo había estado.

La mayoría de la asamblea estaba dispuesta a sacrificar a Lutero por las exigencias del Papa; pero muchos de ellos vieron y deploraron la depravación existente [124] en la iglesia, y desearon una supresión de los abusos sufridos por el pueblo alemán como consecuencia de la corrupción de Roma y la codicia de ganancias. El legado había presentado la regla papal de la manera más favorable. Ahora el Señor movió a un miembro de la Dieta para dar una descripción verdadera de los efectos de la tiranía papal. Con noble firmeza, el duque Jorge de Sajonia se puso de pie en esa asamblea principesca y especificó con terrible exactitud los engaños y abominaciones del papado y sus funestos resultados. Para terminar, dijo: "Estos son sólo algunos de los abusos que claman contra Roma por reparación. Se deja de lado toda vergüenza y se persigue incesantemente un solo objetivo: ¡el dinero! siempre mas dinero! de modo que los mismos hombres cuyo deber es enseñar la verdad, no dicen más que falsedades, y no sólo son tolerados sino recompensados; porque cuanto mayores son sus mentiras, mayores son sus ganancias. Esta es la fuente inmundada de la que fluyen tantos arroyos corruptos por todos lados. El libertinaje y la avaricia van de la mano. ¡Pobre de mí! es el escándalo provocado por el clero el que sume a tantas pobres almas en la perdición eterna. Se debe llevar a cabo una reforma profunda ”.

Lutero mismo no podría haber hecho una denuncia más capaz y enérgica de los abusos papales ; y el hecho de que el orador fuera un enemigo acérrimo del Reformador, dio mayor influencia a sus palabras.

Si los ojos de la asamblea hubieran sido abiertos, habrían visto ángeles de Dios en medio de ellos, arrojando rayos de luz a través de la oscuridad del error, y abriendo mentes y corazones a la recepción de la verdad. Fue el poder del Dios de la verdad y [125] la sabiduría que controló incluso a los adversarios de la Reforma, y

preparó así el camino para la gran obra que estaba a punto de realizarse. Martín Lutero no estuvo presente; pero la voz de Uno más grande que Lutero se había oído en esa asamblea.

El consejo exigió ahora la comparecencia del reformador ante ellos. A pesar de las súplicas, protestas y amenazas de Alejandro, el emperador finalmente accedió y Lutero fue llamado a comparecer ante la Dieta. Con la citación se le expidió un salvoconducto , asegurando su regreso a un lugar de seguridad. Estos fueron llevados a Wittemberg por un heraldo, que recibió el encargo de llevarlo a Worms.

Los amigos de Lutero estaban aterrorizados y angustiados. Conociendo el prejuicio y la enemistad contra él, temieron que ni aun su salvoconducto fuera respetado, y le rogaron que no pusiera en peligro su vida. Él respondió: “Los papistas tienen poco deseo de verme en Worms, pero anhelan mi condenación y muerte. No importa . No oréis por mí, sino por la palabra de Dios.... Cristo me dará su Espíritu para vencer a estos ministros de Satanás. Los desprecio mientras viva; Triunfaré sobre ellos con mi muerte. Están ocupados en Worms obligándome a retractarme. Mi retractación será esta: dije anteriormente que el Papa era el vicario de Cristo; ahora digo que es el adversario del Señor, y el apóstol del diablo.”

Lutero no iba a hacer solo su peligroso viaje. Además del mensajero imperial, tres de sus más firmes amigos decidieron acompañarlo. Una multitud de estudiantes y ciudadanos, para quienes el evangelio [126] era precioso, se despidieron de él con llanto, cuando partió. Así, el reformador y sus compañeros partieron de Wittemberg.

En el camino vieron que las mentes de la gente estaban oprimidas por sombríos presentimientos. En algunos pueblos no se les ofrecieron honores. Cuando se detuvieron para pasar la noche, un sacerdote amistoso expresó sus temores al mostrarle a Lutero el retrato de un reformador italiano que había sufrido el martirio por causa de la verdad. Al día siguiente se enteraron de que los escritos de Lutero habían sido condenados en Worms. Los mensajeros imperiales proclamaban el decreto del emperador e instaban a todos los hombres a llevar las obras proscritas a los magistrados. El heraldo, alarmado, le preguntó al reformador si todavía deseaba seguir adelante. Él contestó: “Seguiré adelante, aunque sea puesto bajo interdicto en cada ciudad”.

En Erfurth, Lutero fue recibido con honor. Rodeado de multitudes que lo admiraban, entró en la ciudad donde, en sus primeros años, a menudo había mendigado un bocado de pan. Se le instó a predicar. Esto se le había prohibido hacer; pero el heraldo dio su consentimiento, y el monje, cuyo deber era abrir las puertas y barrer los pasillos, subió ahora al púlpito, mientras la gente escuchaba sus palabras como hechizada. El pan de vida fue partido a aquellas almas hambrientas. Cristo fue elevado ante ellos como por encima de papas, legados, emperadores y reyes. Lutero no hizo referencia a su propia posición peligrosa. No buscó convertirse en objeto de pensamiento o simpatía. En la contemplación de Cristo, había perdido de vista el yo. Se escondió detrás del Hombre del Calvario, buscando únicamente presentar a Jesús como el Redentor del pecador.

A medida que el reformador procedía en su viaje, estaba en todas partes [127] mirado con gran interés. Una multitud ansiosa se arremolinaba a su alrededor; y voces amigas le advirtieron del propósito de los romanistas. "Serás quemado vivo", dijeron, "y tu cuerpo reducido a cenizas, como lo fue el de Juan Huss". Lutero respondió: "Aunque encendieran un fuego desde Worms hasta Wittemberg, cuyas llamas subieran al cielo, yo pasaría por él en el nombre del Señor, y me pararía delante de ellos; Entraría en las fauces de este gigante y le rompería los dientes, confesando al Señor Jesucristo".

La noticia de su acercamiento a Worms creó gran revuelo. Sus amigos temblaron por su seguridad; sus enemigos temían por el éxito de su causa. Se hicieron grandes esfuerzos para disuadirlo de entrar en la ciudad. Los papistas lo instaron a que se dirigiera al castillo de un caballero amigo, donde, según declararon, todas las dificultades podrían resolverse amistosamente. Los defensores de la verdad se esforzaron por excitar sus temores describiendo los peligros que lo amenazaban. Todos sus esfuerzos fracasaron. Lutero, aún imperturbable, declaró: "Aunque debería haber tantos demonios en Worms como tejas en sus techos, yo entraría".

A su llegada a Worms, la multitud que acudió a las puertas para darle la bienvenida fue incluso mayor que en la entrada pública del propio emperador. La excitación fue intensa, y desde el medio de la multitud una voz aguda y quejumbrosa entonó un canto fúnebre, como una advertencia a Lutero del destino que le esperaba. "Dios será mi defensa", dijo, mientras se apeaba de su carruaje.

El emperador convocó inmediatamente su consejo para considerar lo que [128]

debe seguirse el curso hacia Lutero. Uno de los obispos, un papista rígido, declaró: "Hemos consultado durante mucho tiempo sobre este asunto. Deje que su majestad se deshaga de este hombre de una vez. ¿No llevó Segismundo a la hoguera a Juan Huss? No estamos obligados a dar ni a observar el salvoconducto de un hereje. "No es así", dijo el emperador; "Debemos cumplir nuestra promesa". Por lo tanto, se decidió que el reformador debería ser oído.

Toda la ciudad estaba ansiosa por ver a este hombre notable, y apenas había disfrutado de unas pocas horas de descanso cuando nobles, caballeros, sacerdotes y ciudadanos se reunieron a su alrededor. Incluso sus enemigos notaron su porte firme y valeroso, la expresión bondadosa y alegre de su semblante, y la elevación solemne y el profundo fervor que daban a sus palabras un poder irresistible. Algunos estaban convencidos de que lo asistía una influencia divina; otros declararon, como lo habían hecho los fariseos acerca de Cristo: "Demonio tiene".

Al día siguiente, Lutero fue convocado para asistir a la Dieta. Se nombró a un oficial imperial para que lo condujera a la sala de audiencias; sin embargo, fue con dificultad que llegó al lugar. Cada avenida estaba atestada de espectadores, ansiosos por ver al monje que se había atrevido a resistir la autoridad del Papa.

Cuando estaba a punto de entrar en presencia de sus jueces, un anciano general, héroe de muchas batallas, le dijo amablemente: "¡Pobre monje! pobre monje! ahora vas a tener una posición más noble que la que yo, o cualquier otro capitán, hayamos tenido en nuestras batallas más sangrientas. Pero si tu causa es justa, y estás seguro de ella, ¡sigue adelante en el nombre de Dios y no temas nada! Él no te abandonará."

[129]

Por fin, Lutero se presentó ante el concilio. El emperador ocupaba el trono. Estaba rodeado de los personajes más ilustres del imperio. Nunca un hombre se había presentado en presencia de una asamblea más imponente que aquella ante la cual Martín Lutero iba a responder por su fe.

El mismo hecho de esa aparición fue una señal de victoria para la verdad. Que un hombre condenado por el Papa fuera juzgado por otro tribunal era virtualmente una negación de la autoridad suprema del pontífice. El reformador, puesto bajo proscripción y denunciado por el papa de su compañerismo humano, se le había asegurado la protección y se le había concedido una audiencia por parte de los más altos dignatarios de la nación. Roma

le había ordenado que se callara; pero estaba a punto de hablar en presencia de miles de todas partes de la cristiandad.

En presencia de esa asamblea poderosa y titulada, el reformador de humilde cuna parecía asombrado y avergonzado. Varios de los príncipes, al notar su emoción, se le acercaron, y uno de ellos susurró: "No temas a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma". Otro dijo: "Cuando seáis llevados ante gobernadores y reyes por causa de mí, se os dará, por el Espíritu de vuestro Padre, lo que debéis decir". Así, las palabras de Cristo fueron traídas por los grandes hombres del mundo para fortalecer a su siervo en la hora de la prueba.

Lutero fue conducido a una posición directamente frente al trono del emperador. Un profundo silencio cayó sobre la concurrida asamblea. Entonces se levantó un oficial imperial y, señalando una colección de escritos de Lutero, exigió que el reformador respondiera a dos preguntas : si los reconocía como suyos y si se proponía retractarse de las opiniones que tenía en ellos . avanzado. Lutero respondió que en cuanto a la primera pregunta, reconoció que los libros eran suyos. "En cuanto a lo segundo", dijo, "siendo una cuestión que concierne a la fe, la salvación de las almas y la palabra de Dios, que es el tesoro más grande y más precioso en el Cielo o en la tierra, sería temerario y peligroso para mí responder sin reflexionar. Podría afirmar menos de lo que exigen las circunstancias, o más de lo que exige la verdad; en cualquier caso, caería bajo la sentencia de Cristo: 'Cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante del Padre que está en los cielos'. Por eso ruego a Vuestra Majestad Imperial, con toda humildad, que me dé tiempo, para que responda sin ofender la palabra de Dios."

Al hacer esta petición, Lutero actuó sabiamente. Su proceder convenció a la asamblea de que no actuaba por pasión ni por impulso. Tal serenidad y dominio de sí mismo, inesperados en alguien que se había mostrado audaz e intransigente, aumentaron su poder y le permitieron luego responder con una prudencia, decisión, sabiduría y dignidad que sorprendieron y decepcionaron a sus adversarios y reprocharon sus insolencia y orgullo.

Al día siguiente debía presentarse para dar su segunda respuesta. Por un momento su corazón se hundió dentro de él mientras contemplaba las fuerzas que se combinaban contra la verdad. Su fe vaciló cuando sus enemigos parecieron multiplicarse ante él y los poderes de las tinieblas prevalecieron.

Las nubes se juntaron a su alrededor y parecieron separarlo de Dios. Anhelaba la seguridad de que el Señor de los ejércitos estaría con [131] él. Con angustia de espíritu se arrojó de cara al suelo, y derramó esos gritos quebrantados y desgarradores que nadie sino Dios puede comprender plenamente. En su impotencia, su alma se aferró a Cristo, el poderoso libertador. No fue por su propia seguridad, sino por el éxito de la verdad, que luchó con Dios; y prevaleció. Se fortaleció con la seguridad de que no comparecería solo ante el consejo. La paz volvió a su alma y se regocijó de que se le permitiera sostener y defender la palabra de Dios ante los gobernantes de la nación. Una sabia providencia había permitido a Lutero darse cuenta de su peligro, para que no confiara en su propia fuerza y sabiduría, y se lanzara presuntuosamente a Dios. Dios estaba preparando a su siervo para la gran obra que tenía por delante.

A medida que se acercaba el momento de su aparición, Lutero se acercó a una mesa en la que estaban las Sagradas Escrituras, colocó su mano izquierda sobre el volumen sagrado y, levantando su mano derecha al cielo, juró adherirse constantemente al evangelio y confesar su fe gratuitamente, aunque sea llamado a sellar su testimonio con su sangre.

Cuando fue nuevamente conducido a la presencia de la Dieta, su semblante no mostraba rastro de miedo o vergüenza. Tranquilo y pacífico, pero grandemente valiente y noble, se mantuvo como testigo de Dios entre los grandes de la tierra. El oficial imperial exigió ahora su decisión sobre si deseaba retractarse de sus doctrinas.

Lutero dio su respuesta en un tono apagado y humilde, sin violencia ni pasión. Su comportamiento era tímido y respetuoso; sin embargo, manifestó una confianza y un gozo que sorprendieron a la asamblea.

[132] Afirmó que sus obras publicadas no eran todas del mismo carácter. En algunos había tratado de fe y buenas obras, e incluso sus enemigos las declararon no solo inofensivas sino provechosas. Retractarse de ellas sería condenar verdades que todas las partes confesaron. La segunda clase consistía en escritos que exponían las corrupciones y abusos del papado. Revocar estas obras fortalecería la tiranía de Roma y abriría una puerta más ancha a muchas y grandes impiedades. En la tercera clase de sus libros había atacado a individuos que habían defendido los males existentes. Con respecto a estos, confesó abiertamente que había sido más violento de lo que se estaba volviendo. No pretendió estar libre de culpa; pero aun estos libros no podía revocarlos, porque

tal proceder envalentonaría a los enemigos de la verdad, y entonces aprovecharían la ocasión para aplastar al pueblo de Dios con una crueldad aún mayor.

“Pero como soy un mero hombre, y no Dios”, continuó, “me defenderé como lo hizo Cristo, quien dijo: 'Si he hablado mal, dad testimonio del mal'. Por la misericordia de Dios, suplico a Vuestra Majestad Imperial, o a cualquiera que pueda, quienquiera que sea, que me demuestre por los escritos de los profetas que estoy en un error. Tan pronto como me convenza, me retractaré instantáneamente de todos mis errores y seré el primero en arrojar mis libros al fuego. Lo que acabo de decir demostrará que he considerado y ponderado los peligros a que me expongo ; pero lejos de desanimarme por ellos, me regocijo sobremanera al ver el evangelio hoy, como en la antigüedad, causa de problemas y d Este es el carácter, el destino, de la palabra de Dios. Cristo dijo: 'No he venido a traer paz, sino espada'. Dios es maravilloso y terrible en sus consejos. Tengamos cuidado de no ser que en nuestros esfuerzos por detener las discordias [133] seamos encontrados peleando contra la santa palabra de Dios, y traigamos sobre nuestras cabezas un diluvio espantoso de peligros inextricables, desastre presente y desolación eterna... Podría citar ejemplos extraídos de los oráculos de Dios. Podría hablar de los faraones, de los reyes de Babilonia o de Israel, que nunca contribuyeron más a su propia ruina que cuando, con las medidas aparentemente más prudentes, pensaron establecer su autoridad. Dios 'remueve los montes, y ellos no saben’”.

Lutero había hablado en alemán; ahora se le pidió que repitiera las mismas palabras en latín. Aunque agotado por el esfuerzo anterior, obedeció y volvió a pronunciar su discurso, con la misma claridad y energía que al principio. La providencia de Dios dirigió en este asunto. Las mentes de muchos de los príncipes estaban tan cegadas por el error y la superstición que en la primera entrega no vieron la fuerza del razonamiento de Lutero; pero la repetición les permitió percibir claramente los puntos presentados.

Aquellos que obstinadamente cerraron sus ojos a la luz y decidieron no ser convencidos de la verdad, se enfurecieron ante el poder de las palabras de Lutero. Cuando dejó de hablar, el portavoz de la Dieta dijo enojado: “No ha respondido a la pregunta. Se exige una respuesta clara y expresa. ¿Te retractarás o no?

El reformador respondió: “Como Vuestra Serenísima Majestad y los príncipes requieren una respuesta sencilla, la daré así: A menos que

estar convencido por las pruebas de la Escritura o por la razón evidente (porque yo [134] no creo ni en los papas ni en los concilios, ya que frecuentemente se han equivocado y se han contradicho), no puedo elegir sino adherirme a la palabra de Dios, que tiene posesión de mi conciencia. Ni es posible ni me retractaré jamás, ya que no es seguro ni honesto obrar en contra de la conciencia. Aquí tomo mi posición; No puedo hacer otra cosa. ¡Dios sea mi ayuda! Amén."

Así estaba este hombre justo, sobre el fundamento seguro de la palabra de Dios. La luz del Cielo iluminó su rostro.

Su grandeza y pureza de carácter, su paz y gozo de corazón, se manifestaron a todos cuando testificó contra el poder del error y dio testimonio de la superioridad de esa fe que vence al mundo.

Toda la asamblea se quedó por un momento sin habla con asombro. El propio emperador y muchos de los príncipes quedaron impresionados. Los partidarios de Roma habían sido vencidos; su causa apareció bajo una luz muy desfavorable. Intentaron mantener su poder, no apelando a las Escrituras, sino recurriendo a las amenazas, el argumento infalible de Roma. Dijo el portavoz de la Dieta: "Si no se retracta, el emperador y los Estados del imperio procederán a considerar cómo tratar con un hereje obstinado".

Los amigos de Lutero, que habían escuchado con gran alegría su noble defensa, temblaron ante estas palabras; pero el propio médico dijo con calma: "¡Que Dios sea mi ayuda! porque no puedo retractarme de nada.

Se mantuvo firme como una roca, mientras las olas más feroces del poder mundano golpeaban inofensivamente contra él. La energía sencilla de sus palabras, [135] su porte intrépido, su mirada serena y hablante y la determinación inalterable expresada en cada palabra y acto, causaron una profunda impresión en la asamblea. Era evidente que no podía ser inducido, ni por promesas ni por amenazas, a ceder al mandato de Roma.

Los líderes papistas estaban disgustados de que su poder, que había hecho temblar a reyes y nobles, fuera así despreciado por un humilde monje; anhelaban hacerle sentir su ira torturando su vida. Pero Lutero, comprendiendo su peligro, les había hablado a todos con dignidad y serenidad cristianas. Sus palabras habían estado libres de orgullo, pasión y tergiversación. Se perdió de vista a sí mismo y a los grandes hombres que lo rodeaban, y solo sintió que estaba en la presencia de Uno infinitamente superior a los papas, prelados, reyes y emperadores. Cristo había hablado a través del testimonio de Lutero con una

poder y grandeza que en ese momento inspiraron tanto a amigos como a enemigos con asombro y asombro. El Espíritu de Dios había estado presente en ese concilio, impresionando los corazones de los jefes del imperio. Varios de los príncipes reconocieron abiertamente la justicia de la causa de Lutero. Muchos estaban convencidos de la verdad; pero con algunos las impresiones recibidas no fueron duraderas. Hubo otra clase que no expresó en ese momento sus convicciones, pero que, habiendo escudriñado las Escrituras por sí mismos, en un tiempo futuro se declaró con gran denuedo a favor de la Reforma.

El elector Federico había esperado con ansiedad la aparición de Lutero ante la Dieta, y con profunda emoción escuchó su discurso. Se regocijó por el coraje, la firmeza y el aplomo del médico, y se enorgulleció de ser su protector. Él [136] contrastó las partes en disputa, y vio que la sabiduría de los papas, reyes y prelados había sido anulada por el poder de la verdad.

El papado había sufrido una derrota que se sentiría en todas las naciones y en todas las épocas.

Cuando el legado percibió el efecto producido por el discurso de Lutero, temió, como nunca antes, por la seguridad del poder romano, y resolvió emplear todos los medios a su alcance para efectuar el derrocamiento del reformador. Con toda la elocuencia y habilidad diplomática por la que se distinguió tan eminentemente, representó al joven emperador la locura y el peligro de sacrificar, en la causa de un monje insignificante, la amistad y el apoyo de la poderosa sede de Roma.

Sus palabras no quedaron sin efecto. Al día siguiente de la respuesta de Lutero, Carlos V hizo que se presentara un mensaje a la Dieta, anunciando su determinación de llevar a cabo la política de sus predecesores de mantener y proteger la religión católica. Dado que Lutero se había negado a renunciar a sus errores, las medidas más enérgicas debían emplearse contra él y las herejías que enseñaba. Sin embargo, debe respetarse el salvoconducto que se le ha concedido y, antes de que pueda iniciarse un proceso en su contra, debe permitírsele llegar a salvo a su domicilio.

“Estoy firmemente resuelto a seguir los pasos de mis antepasados”, escribió el monarca. Había decidido que no se apartaría del camino de la costumbre, ni siquiera para andar por los caminos de la verdad y la justicia. Porque sus padres lo hicieron, él mantendría el papado,

con toda su crueldad y corrupción. Así tomó su posición, rehusando [137] aceptar luz alguna por adelantado de lo que sus padres habían recibido, o cumplir cualquier deber que ellos no hubieran cumplido.

Parecía sentir que un cambio de puntos de vista religiosos sería incompatible con la dignidad de un rey. Hay muchos en la actualidad aferrándose así a las costumbres y tradiciones de sus padres. Cuando el Señor les envía luz adicional, se niegan a aceptarla, porque al no haber sido concedida a sus padres, ellos no la recibieron. No estamos colocados donde estaban nuestros padres; en consecuencia, nuestros deberes y responsabilidades no son los mismos que los de ellos. No seremos aprobados por Dios al buscar el ejemplo de nuestros padres para determinar nuestro deber en lugar de buscar la palabra de verdad por nosotros mismos. Nuestra responsabilidad es mayor que la de nuestros antepasados. Somos responsables por la luz que ellos recibieron, y que fue entregada como herencia para nosotros, y también somos responsables por la luz adicional que ahora brilla sobre nosotros de la palabra de Dios.

Cristo dijo de los judíos incrédulos: "Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa para su pecado." [Juan 15:22] El mismo poder divino había hablado a través de Lutero al emperador y los príncipes de Alemania. Y mientras la luz resplandecía de la palabra de Dios, su Espíritu rogó por última vez a muchos en esa asamblea. Como Pilato, siglos antes, permitió que el orgullo y la popularidad cerraran su corazón contra el Redentor del mundo; como el tembloroso Félix ordenó al mensajero de la verdad: "Vete por este tiempo; cuando tenga una temporada conveniente, te llamaré; como [138] el orgulloso Agripa confesó: "Casi me persuades a ser cristiano", pero se apartó del mensaje enviado por el cielo, así Carlos Quinto, cediendo a los dictados del orgullo y la política mundanos, decidió rechazar el luz de la verdad.

Varios de los seguidores del Papa exigieron que no se respetara el salvoconducto de Lutero. "El Rin", dijeron, "debe recibir sus cenizas, como recibió las de Juan Huss hace un siglo". Los rumores de los designios contra Lutero circularon ampliamente, lo que causó gran conmoción en toda la ciudad. El reformador había hecho muchos amigos que, conociendo la crueldad traicionera de Roma hacia todos los que se atrevían a exponer sus corrupciones, resolvieron que no debía ser sacrificado. Cientos de nobles se comprometieron a protegerlo.

No pocos denunciaron abiertamente el mensaje real como evidencia de una débil sumisión al poder controlador de Roma. En las puertas de las casas y en los lugares públicos se colocaron carteles, algunos condenando y otros apoyando a Lutero. En uno de ellos estaban escritas simplemente las significativas palabras del sabio: “¡Ay de ti, oh tierra, cuando tu rey es niño!”. El entusiasmo popular a favor de Lutero en toda Alemania convenció tanto al emperador como a la Dieta de que cualquier injusticia que se le mostrara pondría en peligro la paz del imperio e incluso la estabilidad del trono.

Federico de Sajonia mantuvo una estudiada reserva, ocultando cuidadosamente sus verdaderos sentimientos hacia el reformador, al mismo tiempo que lo custodiaba con incansable vigilancia, vigilando todos sus movimientos y todos los de sus enemigos. Pero hubo muchos que no intentaron ocultar su simpatía. Príncipes, caballeros, caballeros, [139] eclesiásticos y gente común rodearon los alojamientos de Lutero, entrando y mirándolo como si fuera más que humano. Incluso aquellos que creían que estaba en el error no podían dejar de admirar esa nobleza de alma que lo llevó a poner en peligro su vida en lugar de violar su conciencia.

Se hicieron serios esfuerzos para obtener el consentimiento de Lutero a un compromiso con Roma. Nobles y príncipes le representaron que si persistía en establecer su propio juicio contra el de la iglesia y los concilios, pronto sería desterrado del imperio y entonces no tendría defensa. A este llamado Lutero respondió: “Es imposible predicar el evangelio de Cristo sin ofensa. ¿Por qué, entonces, el temor del peligro me ha de separar del Señor y de esa palabra divina que es la única verdad? No; Preferiría entregar mi cuerpo, mi sangre y mi vida”.

Nuevamente se le instó a someterse al juicio del emperador, y entonces no tendría nada que temer. —Consiento —dijo él en respuesta— de todo corazón que el emperador, los príncipes y hasta el más humilde cristiano examinen y juzguen mis escritos; pero con una condición, que tomen la palabra de Dios como su guía. Los hombres no tienen nada que hacer sino rendir obediencia a eso. Mi conciencia depende de esa palabra, y yo soy el sujeto de su autoridad.

A otra apelación dijo: “Consiento en renunciar a mi salvoconducto, y entrego mi persona y mi vida a disposición del emperador; pero en cuanto a la palabra de Dios, ¡nunca!” Manifestó su voluntad de someterse a la

[140] decisión de un concilio general, pero sólo a condición de que el concilio esté obligado a decidir de acuerdo con las Escrituras. Tanto los amigos como los enemigos estaban finalmente convencidos de que un mayor esfuerzo por la reconciliación sería inútil.

Si el reformador hubiera cedido en un solo punto, Satanás y sus huestes habrían obtenido la victoria. Pero su firmeza inquebrantable fue el medio para emancipar a la iglesia y comenzar una era nueva y mejor. La influencia de este hombre, que se atrevió a pensar y actuar por sí mismo en asuntos religiosos, afectaría a la iglesia y al mundo, no solo en su propio tiempo, sino en todas las generaciones futuras. Su firmeza y fidelidad fortalecerían hasta el fin de los tiempos a todos los que pasaran por una experiencia semejante. El poder y la majestad de Dios se destacaron por encima del consejo de los hombres, por encima del gran poder de Satanás.

La autoridad del emperador pronto le ordenó a Lutero que regresara a casa, y él sabía que este aviso sería seguido rápidamente por su condena. Nubes amenazadoras se cernían sobre su camino; pero cuando partió de Worms, su corazón se llenó de alegría y alabanza. "Satanás mismo", dijo, "guardaba la ciudadela del Papa; pero Cristo abrió una amplia brecha en ella, y el diablo se vio obligado a confesar que Cristo es más poderoso que él." En este viaje el Reformador recibió las más halagadoras atenciones de todas las clases. Los dignatarios de la iglesia dieron la bienvenida al monje sobre el que recaía la maldición del Papa, y los oficiales seculares honraron al hombre que estaba bajo la proscripción del imperio.

No había estado mucho tiempo ausente de Worms, cuando los papistas persuadieron al emperador para que emitiera un edicto contra él. En este decreto, Lutero fue denunciado como "el mismo Satanás bajo la apariencia [141] de un hombre con capucha de monje". Se mandó que tan pronto como expirara su salvoconducto, se tomaran medidas para detener su trabajo. Todas las personas tenían prohibido albergarlo, darle comida o bebida, o de palabra o acto, en público o en privado, ayudarlo o ser cómplice. Debía ser apresado dondequiera que estuviera, y entregado a las autoridades. Sus seguidores también serían encarcelados y sus propiedades confiscadas. Sus escritos debían ser destruidos y, finalmente, todos los que se atrevieran a actuar en contra de este decreto serían incluidos en su condenación. El emperador había hablado, y la Dieta había dado su sanción a la

decreto. Los romanistas estaban jubilosos. Ahora consideraban sellado el destino de la Reforma.

Dios había provisto una vía de escape para su siervo en esta hora de peligro. Un ojo vigilante había seguido los movimientos de Lutero, y un corazón sincero y noble había decidido rescatarlo. Era evidente que Roma estaría satisfecha con nada menos que su muerte; sólo escondiéndolo podría ser preservado de las fauces del león.

Dios le dio sabiduría a Federico de Sajonia para idear un plan para la preservación del reformador. Con la cooperación de verdaderos amigos, se llevó a cabo el propósito del elector, y Lutero fue efectivamente escondido de amigos y enemigos. En su viaje de regreso a casa, lo agarraron, lo separaron de sus asistentes y lo llevaron rápidamente a través de los bosques al castillo de Wartburg, una fortaleza aislada en la montaña. Tanto su secuestro como su ocultación estaban tan envueltos en misterio que incluso el propio Federico no supo durante mucho tiempo adónde lo habían conducido. Esta ignorancia no fue sin designio: mientras el elector no supiera nada del paradero de Lutero, no podría revelar nada. Se convenció de que el reformador estaba a salvo, y con [142] este conocimiento estaba contento.

Pasaron la primavera, el verano y el otoño, y llegó el invierno, y Lutero seguía prisionero. Aleandro y sus partidarios se regocijaron porque la luz del evangelio parecía estar a punto de extinguirse. Pero en lugar de esto, el Reformador estaba llenando su lámpara del almacén de la verdad, para brillar a su debido tiempo con un resplandor más brillante.

En la seguridad amistosa de Wartburg, Lutero se regocijó por un tiempo en su liberación del calor y la agitación de la batalla. Pero no pudo encontrar satisfacción por mucho tiempo en la quietud y el reposo. Acostumbrado a una vida de actividad y severos conflictos, mal podía soportar permanecer inactivo. En esos días solitarios, la condición de la iglesia se levantó ante él, y gritó desesperado: "¡Ay! ¡ No hay nadie en este último día de Su ira que esté de pie como un muro delante del Señor, y salve a Israel!" Una vez más, sus pensamientos volvieron a sí mismo y temió ser acusado de cobardía por retirarse del concurso. Luego se reprochó su indolencia y autoindulgencia. Sin embargo, al mismo tiempo , diariamente lograba más de lo que parecía posible que hiciera un solo hombre. Su pluma nunca estuvo ociosa. Mientras sus enemigos se jactaban de que fue silenciado, estaban asombrados y confundidos por la prueba tangible de que todavía estaba activo. Una multitud de tratados, publicando

de su pluma, circuló por toda Alemania. También realizó un servicio muy importante para sus compatriotas al traducir el Nuevo Testamento al idioma alemán. Desde su rocoso Patmos continuó durante casi un año entero proclamando el evangelio y reprendiendo los pecados y errores de los tiempos.

[143] Pero no fue simplemente para preservar a Lutero de la ira de sus enemigos, ni siquiera para brindarle un tiempo de tranquilidad para estas importantes labores, que Dios había retirado a su siervo del escenario de la vida pública. Había resultados más preciosos que éstos que asegurar. En la soledad y oscuridad de su retiro en la montaña, Lutero fue apartado de los apoyos terrenales y excluido de la alabanza humana. Así se salvó del orgullo y la confianza en sí mismo que con tanta frecuencia provoca el éxito. Mediante el sufrimiento y la humillación se preparó de nuevo para caminar con seguridad sobre las alturas vertiginosas a las que había sido exaltado tan repentinamente.

Mientras los hombres se regocijan en la libertad que les brinda la verdad, se inclinan a ensalzar a aquellos a quienes Dios ha empleado para romper las cadenas del error y la superstición. Satanás busca desviar los pensamientos y afectos de los hombres de Dios, y fijarlos en las agencias humanas; honrar el mero instrumento e ignorar la Mano que dirige todos los acontecimientos de la providencia. Con demasiada frecuencia, los líderes religiosos que son así alabados y reverenciados pierden de vista su dependencia de Dios y son inducidos a confiar en sí mismos. Como resultado, buscan controlar las mentes y las conciencias de las personas, que están dispuestas a buscar su guía en lugar de buscar la palabra de Dios. El trabajo de reforma a menudo se retrasa debido a este espíritu consentido por sus partidarios. De este peligro, Dios protegería la causa de la Reforma. El deseaba que esa obra recibiera, no la impresión del hombre, sino la de Dios. Los ojos de los hombres se habían vuelto hacia Lutero como expositor de la verdad; fue quitado para que todos los ojos pudieran dirigirse al eterno Autor de la verdad.

Capítulo 8—Progreso de la Reforma

[144]

La misteriosa desaparición de Lutero provocó consternación en toda Alemania. Preguntas acerca de él se escucharon por todas partes. Incluso sus enemigos estaban más agitados por su ausencia de lo que podrían haber estado por su presencia. Circulaban los rumores más descabellados y muchos creían que había sido asesinado. Hubo un gran lamento, no sólo por parte de sus amigos declarados, sino por miles que no se habían puesto abiertamente de parte de la Reforma. Muchos se comprometieron con un juramento solemne a vengar su muerte.

Los romanistas vieron con terror hasta qué punto se había elevado el sentimiento contra ellos. Aunque al principio estaban exultantes por la supuesta muerte de Lutero, ahora deseaban esconderse de la ira del pueblo. Los que se enojaron contra él cuando estaba en libertad, se llenaron de miedo ahora que estaba en cautiverio. “La única forma de salir”, dijo uno, “es encender nuestras antorchas e ir a buscar a Lutero por la tierra, hasta que podamos restaurarlo a una nación que lo acepte”. El edicto del emperador pareció caer impotente. Los legados papales se llenaron de indignación al ver que atraía mucha menos atención que el destino de Lutero.

La noticia de que estaba a salvo, aunque prisionero, calmó los temores [145] del pueblo, al mismo tiempo que despertó aún más su entusiasmo a su favor. Sus escritos fueron leídos con mayor entusiasmo que nunca. Un número cada vez mayor se unió a la causa del hombre heroico que, frente a tan terribles adversidades, defendió la palabra de Dios. La Reforma estaba ganando fuerza constantemente. La semilla que Lutero había sembrado brotó por todas partes. Su ausencia llevó a cabo una obra que su presencia no habría podido hacer. Otros trabajadores sintieron una nueva responsabilidad, ahora que su gran líder fue destituido. Con nueva fe y fervor, siguieron adelante para hacer todo lo que estaba a su alcance, a fin de que la obra tan noblemente iniciada no se viera obstaculizada.

Pero Satanás no estaba ocioso. Ahora intentó lo que ha intentado en todos los demás movimientos de reforma: engañar y destruir a la gente al entregarles una falsificación en lugar de la verdadera.

trabajar. Así como hubo falsos cristos en el primer siglo de la iglesia cristiana, así surgieron falsos profetas en el siglo dieciséis.

Unos cuantos hombres, profundamente afectados por la agitación en el mundo religioso, se imaginaban haber recibido revelaciones especiales del Cielo y afirmaban haber sido divinamente comisionados para llevar adelante hasta su finalización la Reforma, pero débilmente iniciada por Lutero. En verdad, estaban deshaciendo la misma obra que él había realizado. Rechazaron el principio fundamental de la Reforma: la palabra de Dios como regla suficiente de fe y práctica; y sustituyeron esa guía infalible por la variable, [146] norma incierta de sus propios sentimientos e impresiones. Mediante este acto de hacer a un lado el gran detector de errores y falsedades, se abrió el camino para que Satanás controlara las mentes como mejor le placiera.

Uno de estos profetas afirmó haber sido instruido por el ángel Gabriel. Un estudiante que se unió a él abandonó sus estudios, declarando que había recibido de Dios mismo la capacidad de explicar las Escrituras. Otros, naturalmente inclinados al fanatismo, se unieron a ellos. Los procedimientos de estos entusiastas crearon no poco entusiasmo. La predicación de Lutero había despertado a la gente en todas partes a sentir la necesidad de la reforma, y ahora algunas personas realmente honestas fueron engañadas por las pretensiones de los nuevos profetas.

Los líderes del movimiento se dirigieron a Wittemberg e instaron sus reclamos a Melancton y sus colaboradores. Dijeron ellos: "Somos enviados por Dios para enseñar a la gente. Hemos recibido revelaciones especiales de Dios mismo y, por lo tanto, sabemos lo que sucederá. Somos apóstoles y profetas, y apelamos al doctor Lutero en cuanto a la verdad de lo que decimos".

Los reformadores estaban asombrados y perplejos. Este era un elemento que nunca antes habían encontrado, y no sabían qué curso seguir. Dijo Melancton: "En verdad, hay espíritus que no son de un tipo ordinario en estos hombres; pero ¿qué espíritus? "Por un lado, cuidémonos de apagar el Espíritu de Dios, y por otro, de ser seducidos por el espíritu de Satanás".

El fruto de la nueva enseñanza pronto se hizo evidente. Las mentes [147] de la gente estaban desviadas de la palabra de Dios, o decididamente predispuestas contra ella. Las escuelas se sumieron en la confusión. Los estudiantes, despreciando toda moderación, abandonaron sus estudios. Los hombres que se creían competentes para revivir y controlar la obra de

la Reforma, sólo logró llevarla al borde mismo de la ruina. Los romanistas ahora recobraron su confianza y exclamaron exultantes: "Un esfuerzo más, y todo será nuestro".

Lutero en Wartburg, al enterarse de lo que había ocurrido, dijo con profunda preocupación: "Siempre esperé que Satanás nos enviaría esta plaga". Percibió el verdadero carácter de esos supuestos profetas y vio el peligro que amenazaba la causa de la verdad. La oposición del Papa y del emperador no le había causado tanta perplejidad y angustia como ahora experimentaba. De los amigos profesos de la Reforma habían surgido sus peores enemigos. Las mismas verdades que habían traído paz a su corazón atribulado se habían convertido en causa de disensión en la iglesia.

En la obra de reforma, Lutero había sido impulsado por el Espíritu de Dios y había sido llevado más allá de sí mismo. No se había propuesto tomar posiciones como las que tomó, o hacer cambios tan radicales. No había sido más que el instrumento en manos de un poder infinito. Sin embargo, a menudo temblaba por el resultado de su trabajo. Él había dicho una vez: "Si supiera que mi doctrina ha dañado a un ser humano, por pobre y desconocido que sea, lo cual no podría, porque es el evangelio mismo, preferiría enfrentar diez veces la muerte antes que no retractarme."

Y ahora toda una ciudad, y esa misma ciudad de Wittemberg, era rápida [148] hundiéndose en la confusión. Las doctrinas enseñadas por Lutero no habían causado este mal; pero en toda Alemania sus enemigos lo acusaban. Con amargura de alma, a veces preguntaba: "¿Puede ser ese el final de esta gran obra de la Reforma?" Nuevamente, mientras luchaba con Dios en oración, la paz fluyó a su corazón. "La obra no es mía, sino tuya", dijo; "no permitirás que sea corrompido por la superstición o el fanatismo". Pero la idea de permanecer más tiempo fuera del conflicto en tal crisis se volvió insoportable. Decidió regresar a Wittemberg.

Sin demora emprendió su peligroso viaje. Estaba bajo la prohibición del imperio. Los enemigos estaban en libertad de quitarle la vida; los amigos tenían prohibido ayudarlo o darle cobijo. El gobierno imperial estaba adoptando las medidas más estrictas contra sus seguidores. Pero vio que la obra del evangelio estaba en peligro, y en el nombre del Señor salió una vez más a luchar por la verdad.

Con gran cautela y humildad, pero con decisión y firmeza, emprendió su obra. "Por la palabra", dijo, "debemos refutar

y expulsar lo que ha ganado un lugar e influencia por medio de la violencia. No recurriría a la fuerza contra los supersticiosos e incrédulos". "Que no haya compulsión. He estado trabajando por la libertad de conciencia. La libertad es la esencia misma de la fe". Subiendo al púlpito, con gran sabiduría y mansedumbre instruyó, exhortó y reprendió, y por el poder del evangelio llevó a la gente descarriada al camino de la verdad.

[149] Lutero no tenía ningún deseo de encontrarse con los fanáticos cuya conducta había sido productora de tan gran mal. Sabía que eran hombres de temperamento precipitado y violento, quienes, mientras pretendían estar especialmente iluminados desde el Cielo, no soportarían la más mínima contradicción, ni siquiera la más amable amonestación. Arrogándose la autoridad suprema, exigieron a todos, sin dudarlo, que reconocieran sus pretensiones. Pero como exigieron una entrevista con él, consintió en reunirse con ellos; y con tanto éxito expuso sus pretensiones, que los impostores partieron inmediatamente de Wittemberg.

El fanatismo fue controlado por un tiempo; pero varios años después estalló con mayor violencia y resultados más terribles. Dijo Lutero con respecto a los líderes de este movimiento: "Para ellos, las Sagradas Escrituras eran letra muerta, y todos comenzaron a clamar: '¡El Espíritu! ¡el espíritu!' Pero lo más seguro es que no los seguiré adonde los lleve su espíritu. Que Dios en su misericordia me guarde de una iglesia en la que no hay sino santos. Deseo estar en comunión con los humildes, los débiles, los enfermos, que conocen y sienten sus pecados, y que suspiran y claman continuamente a Dios desde el fondo de su corazón para obtener su consuelo y apoyo".

Thomas Munzer, el más activo de los fanáticos, era un hombre de considerable habilidad que, bien dirigida, le habría permitido hacer el bien; pero no había aprendido los primeros principios de la verdadera religión. Se imaginó a sí mismo ordenado por Dios para reformar el mundo, olvidando, como tantos otros entusiastas, que la reforma debía comenzar por él mismo. Tenía ambición de obtener posición e influencia, y [150] no estaba dispuesto a ser el segundo, incluso después de Lutero. Acusó a los reformadores de establecer, por su sola adhesión a la Biblia, una especie de papado. Se consideraba llamado de Dios para remediar el mal, y sostenía que las manifestaciones del Espíritu eran el medio por el cual esto había de realizarse, y que quien tenía el Espíritu poseía la verdadera fe, aunque nunca viera la palabra escrita.

Los maestros fanáticos se entregaron a dejarse gobernar por las impresiones, llamando a cada pensamiento de la mente la voz de Dios; en consecuencia, llegaron a grandes extremos. Algunos incluso quemaron sus Biblias, exclamando: "La letra mata, mas el Espíritu vivifica". Los hombres naturalmente aman lo maravilloso y cualquier cosa que halague su orgullo, y muchos estaban dispuestos a aceptar las enseñanzas de Munzer. Pronto denunció todo orden en el culto público y declaró que obedecer a los príncipes era intentar servir tanto a Dios como a Belial.

Las mentes de la gente, que ya comenzaban a sacudirse el yugo del papado, también se estaban impacientando bajo las restricciones de la autoridad civil. Las revolucionarias enseñanzas de Munzer, que reclamaban la sanción divina, les llevaron a romper con todo control ya dar rienda suelta a sus prejuicios y pasiones. Siguiéron las más terribles escenas de sedición y lucha, y los campos de Alemania se empaparon de sangre.

La agonía del alma que Lutero había experimentado tanto tiempo antes en su celda en Erfurth, ahora lo abrumaba con poder redoblado al ver los resultados del fanatismo cargado sobre la Reforma. Los príncipes papistas declararon, y muchos creyeron, que la doctrina de Lutero había sido la causa de la rebelión. Aunque esta acusación carecía del más mínimo fundamento, no podía sino causar gran angustia al reformador. Que la obra del Cielo fuera así degradada [151] al ser clasificada con el fanatismo más bajo, parecía más de lo que podía soportar. Por otro lado, los líderes de la revuelta odiaban a Lutero porque no sólo se había opuesto a sus doctrinas y negado sus pretensiones de inspiración divina, sino que los había declarado rebeldes contra la autoridad civil. En represalia lo denunciaron como un vil pretendiente. Parecía haber atraído sobre sí la enemistad tanto de los príncipes como del pueblo.

Los romanistas se regocijaron, esperando presenciar la rápida caída de la Reforma; y culparon a Lutero, incluso por los errores que él se había esforzado más en corregir. El partido fanático, al afirmar falsamente que había sido tratado con gran injusticia, logró ganarse las simpatías de una gran parte del pueblo y, como suele ocurrir con los que se ponen del lado equivocado, llegaron a ser considerados mártires. . Así, los que estaban ejerciendo todas sus energías en oposición a la Reforma fueron compadecidos y alabados como víctimas de la crueldad y la opresión. Este fue el

obra de Satanás, impulsada por el mismo espíritu de rebelión que se manifestó primero en el Cielo.

Satanás está constantemente tratando de engañar a los hombres y llevarlos a llamar al pecado justicia y a la justicia pecado. ¡Qué éxito ha tenido su obra! ¡Cuán a menudo se censura y reprocha a los siervos fieles de Dios porque se mantendrán intrépidos en defensa de la verdad! Los hombres que no son más que agentes de Satanás son alabados y halagados, e incluso considerados mártires, mientras que aquellos que deberían ser respetados y sostenidos por su fidelidad a Dios quedan solos, bajo sospecha y desconfianza.

[152] La santidad falsificada, la santificación espuria, todavía está haciendo su trabajo de engaño. Bajo diversas formas, exhibe el mismo espíritu que en los días de Lutero, desviando las mentes de las Escrituras e induciendo a los hombres a seguir sus propios sentimientos e impresiones en lugar de rendir obediencia a la ley de Dios. Este es uno de los artificios más exitosos de Satanás para reprochar la pureza y la verdad.

Lutero defendió valientemente el evangelio de los ataques que venían de todas partes. La palabra de Dios demostró ser un arma poderosa en cada conflicto. Con esa palabra luchó contra la autoridad usurpada del Papa y la filosofía racionalista de los escolásticos, mientras se mantenía firme como una roca contra el fanatismo que buscaba aliarse con la Reforma.

Cada uno de estos elementos opuestos, a su manera, hacía a un lado las Sagradas Escrituras y exaltaba la sabiduría humana como fuente de la verdad y el conocimiento religiosos. El racionalismo idolatra la razón y la convierte en el criterio de la religión. El romanismo, reclamando para su soberano pontífice una inspiración descendiente en línea ininterrumpida de los apóstoles, e inmutable a través de todos los tiempos, da amplia oportunidad para que toda especie de extravagancia y corrupción se oculte bajo la santidad de la comisión apostólica. La inspiración reclamada por Munzer y sus asociados no procedía de una fuente superior a los caprichos de la imaginación, y su influencia era subversiva de toda autoridad, humana o divina. El verdadero cristianismo recibe la palabra de Dios como el gran tesoro de la verdad inspirada y la prueba de toda inspiración.

[153] A su regreso de Wartburg, Lutero completó su traducción del Nuevo Testamento, y poco después se dio el evangelio a la gente de Alemania en su propio idioma. esta traducción

fue recibido con gran alegría por todos los que amaban la verdad; pero fue rechazada con desdén por aquellos que eligieron tradiciones humanas y mandamientos de hombres.

Los sacerdotes estaban alarmados ante la idea de que la gente común ahora podría discutir con ellos los preceptos de la palabra de Dios, y que su propia ignorancia quedaría así expuesta. Las armas de su razonamiento carnal fueron impotentes contra la espada del Espíritu. Roma convocó toda su autoridad para impedir la circulación de las Escrituras; pero los decretos, los anatemas y las torturas fueron igualmente en vano. Cuanto más condenaba y prohibía la Biblia, mayor era la ansiedad de la gente por saber lo que realmente enseñaba.

Todos los que sabían leer estaban ansiosos por estudiar la palabra de Dios por sí mismos. Lo llevaban consigo, lo leían y releían, y no podían estar satisfechos hasta que se habían aprendido de memoria grandes porciones.

Al ver el favor con que se recibió el Nuevo Testamento, Lutero inmediatamente comenzó la traducción del Antiguo y lo publicó en partes tan pronto como se completó.

Los escritos de Lutero fueron bien recibidos tanto en la ciudad como en la aldea. Por la noche, los maestros de las escuelas del pueblo las leen en voz alta a pequeños grupos reunidos junto al fuego. Con todo esfuerzo, algunas almas serían convencidas de la verdad y, recibiendo la palabra con alegría, a su vez anunciarían la buena noticia a otros.

Las palabras de inspiración fueron verificadas: "La exposición de tus palabras alumbra; da entendimiento a los simples." [Salmo [119:130](#).] El estudio de las Escrituras estaba obrando un gran cambio en la mente y el corazón de la gente. La regla papal había puesto sobre sus súbditos un yugo de hierro que los mantenía en la ignorancia y la degradación. Se había mantenido escrupulosamente una supersticiosa observancia de las formas; pero en todo su servicio el corazón y el intelecto habían tenido poca parte. La predicación de Lutero, exponiendo las claras verdades de la palabra de Dios, y luego la palabra misma, puesta en manos de la gente común, había despertado sus poderes adormecidos, no sólo purificando y ennobleciendo la naturaleza espiritual, sino impartiendo nueva fuerza y vigor al intelecto.

Se veían personas de todos los rangos con la Biblia en la mano, defendiendo las doctrinas de la Reforma. Los papistas que habían dejado el estudio de las Escrituras a los sacerdotes y monjes, ahora los llamaron a presentarse y refutar las nuevas enseñanzas. Pero,

ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios, sacerdotes y frailes fueron totalmente derrotados por aquellos a quienes habían denunciado como ignorantes y herejes. “Lamentablemente”, dijo un escritor católico, “Lutero había persuadido a sus seguidores de que su fe solo debía basarse en los oráculos de las Sagradas Escrituras”. Las multitudes se reunían para escuchar la verdad defendida por hombres de poca educación, e incluso discutida por ellos con teólogos eruditos y elocuentes. La vergonzosa ignorancia de estos grandes hombres se hizo evidente cuando sus argumentos fueron respondidos por las sencillas enseñanzas de la palabra de Dios. Las mujeres y los niños, los artesanos y los soldados, tenían un mejor conocimiento de las Escrituras que los doctores eruditos o los sacerdotes con sobrepelliz.

[155] Como el clero romano vio que sus congregaciones disminuían, invocaron la ayuda de los magistrados, y por todos los medios a su alcance se esforzaron por traer de vuelta a sus oyentes. Pero la gente había encontrado en las nuevas enseñanzas lo que suplía las necesidades de sus almas, y se apartaron de aquellos que durante tanto tiempo los habían alimentado con las cáscaras sin valor de los ritos supersticiosos y las tradiciones humanas.

Cuando se encendió la persecución contra los maestros de la verdad, prestaron atención a las palabras de Cristo: “Cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a la otra”. [\[Mateo 10:23.\]](#) La luz penetraba por todas partes. Los fugitivos encontrarían en alguna parte una puerta hospitalaria abierta para ellos, y permaneciendo allí, predicarían a Cristo, algunas veces en la iglesia, o, si se les negaba ese privilegio, en casas particulares o al aire libre. Dondequiera que pudieran obtener una audiencia había un templo consagrado. La verdad, proclamada con tanta energía y seguridad, se difundió con un poder irresistible.

En vano se invocó a las autoridades tanto civiles como eclesiásticas para aplastar la herejía. En vano recurrieron al encarcelamiento, la tortura, el fuego y la espada. Miles de creyentes sellaron su fe con su sangre y, sin embargo, la obra continuó. La persecución sólo sirvió para extender la verdad; y el fanatismo que Satanás se esforzó por unir con él resultó en hacer más claro el contraste entre la obra de Satanás y la obra de Dios.

Capítulo 9—Protesta de los príncipes

[156]

Uno de los testimonios más nobles jamás pronunciados a favor de la Reforma fue la Protesta ofrecida por los príncipes cristianos de Alemania en la Dieta de Spires. El valor, la fe y la firmeza de estos hombres de Dios, ganaron para las edades sucesivas la libertad de pensamiento y de conciencia. Su protesta dio a la iglesia reformada el nombre de protestante; sus principios son la esencia misma del protestantismo.

Había llegado un día oscuro y amenazante para la Reforma. Durante un tiempo la tolerancia religiosa había prevalecido en el imperio; La providencia de Dios había mantenido a raya a los elementos opuestos, para que el evangelio pudiera obtener un punto de apoyo más firme; pero Roma ahora había convocado a sus fuerzas para aplastar la verdad. En Spires, los papistas manifestaron abiertamente su hostilidad hacia los reformadores y todos los que los favorecían. Melancton dijo : “Somos la execración y la basura de la tierra; pero Cristo mirará a su pobre pueblo, y los preservará.” A los príncipes evangélicos que asistían a la Dieta se les prohibía incluso que se predicara el evangelio en sus viviendas. Pero la gente de Spires estaba sedienta de la palabra de Dios y, a pesar de la prohibición, miles acudían en masa al culto matutino y vespertino que todavía se celebraba en la capilla del Elector de Sajonia.

Esto aceleró la crisis. Un mensaje imperial anunciado a los [157] Dieta que como la resolución que concedía la libertad de conciencia había dado lugar a grandes desórdenes, el emperador la declaró anulada. Este acto arbitrario suscitó la indignación y alarma de los cristianos evangélicos. Uno dijo: “Cristo ha vuelto a caer en manos de Caifás y Pilato”. Los romanistas se volvieron más violentos. Un papista intolerante declaró: “Los turcos son mejores que los luteranos; porque los turcos observan días de ayuno y los luteranos los violan. Si debemos elegir entre las Sagradas Escrituras de Dios y los viejos errores de la iglesia, debemos rechazar las primeras”. Dijo Melancthon: “Todos los días, en plena asamblea, Faber lanza una nueva piedra contra los evangelistas”.

La tolerancia religiosa había sido establecida legalmente y los Estados evangélicos estaban resueltos a oponerse a la violación de sus

derechos. A Lutero, estando todavía bajo la prohibición impuesta por el edicto de Worms, no se le permitió estar presente en Spire; pero su lugar fue ocupado por sus colaboradores y los príncipes que Dios había levantado para defender su causa en esta emergencia. El noble Federico de Sajonia, antiguo protector de Lutero, había sido destituido por la muerte; pero el duque Juan, su hermano, que le sucedió en el trono, había acogido con alegría la Reforma y, aunque era amigo de la paz, mostró gran energía y coraje en todos los asuntos relacionados con los intereses de la fe.

Los sacerdotes exigieron que los Estados que habían aceptado la Reforma se sometieran implícitamente a la jurisdicción romana. Los reformadores, por otro lado, reclamaron la libertad que antes les había sido [158] concedida. No podían consentir que Roma volviera a poner bajo su control a aquellas naciones que con tanto gozo habían recibido la palabra de Dios. La Dieta finalmente decretó que donde la Reforma no se había establecido, el edicto de Worms debería ser aplicado rigurosamente; y que en los Estados evangélicos, donde habría peligro de rebelión, no se debería introducir ninguna reforma nueva, no debería haber predicación sobre puntos en disputa, no debería oponerse a la celebración de la misa, y no debería permitirse a ningún católico romano abrazar luteranismo.

Si este decreto se convirtiera en ley, la Reforma no podría extenderse donde todavía no había llegado, ni establecerse sobre una base firme donde ya existía. La libertad de expresión estaría prohibida. No se permitirían conversiones. Y a estas restricciones y prohibiciones los amigos de la Reforma fueron obligados a someterse de inmediato. Las esperanzas del mundo parecían a punto de extinguirse. El restablecimiento de la jerarquía papal provocaría inevitablemente un resurgimiento de los antiguos abusos; y fácilmente se encontraría una ocasión para completar la destrucción de una obra que ya había sido sacudida por el fanatismo y la disensión.

Cuando el partido evangélico se reunió para consultar, uno miró al otro con consternación. De uno a otro pasó la pregunta: "¿Qué se debe hacer?" Grandes asuntos para el mundo estaban en juego. Si estos hombres hubieran estado controlados por la ambición o el egoísmo, podrían haber aceptado el decreto. Aparentemente, ellos mismos quedaron libres para mantener su fe. ¿No deberían estar satisfechos con esto?

[159] Si se lanzan al conflicto para luchar por la libertad

de conciencia en todo el mundo? ¿Deberían exponerse a la venganza de Roma?

Estos hombres nunca fueron colocados en una posición más difícil; pero salieron de la prueba con principios inmaculados. Cuando la niebla que se había cernido sobre sus mentes se disipó, vieron cuál sería el resultado de este decreto. ¿Deberían prestar su influencia para restaurar la hoguera y la tortura? ¿Deberían oponerse al avance de la verdad, oponerse al Espíritu de Dios en su obra de llamar a los hombres a Cristo? ¿Podrían negarse a obedecer el mandato del Salvador: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" [\[Marcos 16:15.\]](#) ¿Deben consentir que se niegue el privilegio a aquellos que deseen renunciar al error? Habiendo entrado ellos mismos en el reino de los cielos, ¿deberían cerrar el camino para que otros no pudieran entrar? Más bien sacrificarían sus dominios, sus títulos y sus propias vidas.

"Rechacemos este decreto", dijeron los príncipes. "En asuntos de conciencia la mayoría no tiene poder". Los diputados declararon que Alemania estaba en deuda con el decreto de tolerancia por la paz que disfrutaba, y que su abolición llenaría el imperio de problemas y divisiones. "La Dieta es incompetente", dijeron, "para hacer más que preservar la libertad religiosa hasta que se reúna un consejo". Proteger la libertad de conciencia es deber del Estado, y este es el límite de su autoridad en materia de religión. Todo gobierno secular que intente regular o hacer cumplir las observancias religiosas por parte de la autoridad civil está sacrificando el mismo principio por el cual los evang

Los cristianos lucharon tan noblemente.

Los papistas decidieron sofocar lo que llamaron obstinación atrevida. Comenzaron tratando de causar divisiones entre los partidarios de la Reforma y de intimidar a todos los que no se habían declarado abiertamente a su favor. Los príncipes fueron finalmente convocados ante la Dieta. Pidieron demora, pero en vano. Los que aún se negaban a sacrificar la libertad de conciencia y el derecho al juicio individual bien sabían que su posición los marcaba para futuras críticas, condenas y persecuciones. Dijo uno de los reformadores: "Debemos negar la palabra de Dios o ser quemados".

El rey Fernando, el representante del emperador en la Dieta, vio que el decreto causaría serias divisiones a menos que se pudiera inducir a los príncipes a aceptarlo y mantenerlo. Por lo tanto, probó el arte

de persuasión, sabiendo muy bien que emplear la fuerza con tales hombres sólo los volvería más decididos. Les rogó que aceptaran el decreto, asegurándoles que tal acto sería muy gratificante para el emperador. Pero estos hombres fieles reconocieron una autoridad superior a la de los gobernantes terrenales, y respondieron con calma: "Obedeceremos al emperador en todo lo que pueda contribuir a mantener la paz y el honor de Dios".

En presencia de la Dieta, el rey finalmente anunció al elector ya sus amigos que lo único que les quedaba era someterse a la mayoría. Habiendo dicho esto, se retiró de la asamblea, sin dar a los reformadores oportunidad de deliberar o responder. En vano [161] enviaron mensajeros rogándole que volviera. A sus reproches, él sólo respondió: "Es un asunto resuelto; la sumisión es todo lo que queda."

El partido imperial estaba convencido de que los príncipes cristianos se adherirían a las Sagradas Escrituras como superiores a las doctrinas y requisitos humanos; y sabían que la aceptación de este principio eventualmente derrocaría al papado. Pero se jactaban de que la debilidad estaba del lado de la Reforma, mientras que la fuerza estaba del lado del emperador y el papa. Si los reformadores hubieran hecho de la carne su brazo, habrían sido tan impotentes como suponían los papistas. Pero aunque débiles en número y en desacuerdo con Roma, tenían su fuerza. Apelaron de la decisión de la Dieta a la palabra de Dios, y del emperador de Alemania al Rey de reyes y Señor de señores.

Como Fernando se había negado a considerar sus convicciones conscientes, los príncipes decidieron no prestar atención a su ausencia y presentar su protesta ante el consejo nacional sin demora. Por lo tanto, se redactó una declaración solemne y se presentó a la Dieta:

"Protestamos con estos presentes, ante Dios, nuestro único Creador, Conservador, Redentor y Salvador, y que un día será nuestro Juez, así como ante todos los hombres y todas las criaturas, que nosotros, por nosotros y por nuestro pueblo, ni consentir ni adherirse de ninguna manera al decreto propuesto en nada que sea contrario a Dios, a su palabra, a nuestra recta conciencia o a la salvación de nuestras almas... No podemos afirmar que cuando Dios Todopoderoso llama a un hombre a su conocimiento, no se atreve a abrazar ese conocimiento divino... No hay verdadera doctrina [162] sino la que se ajusta a la palabra de Dios. El Señor prohíbe

la enseñanza de cualquier otra fe. Las Sagradas Escrituras, con un texto explicado por otros textos más claros, son, en todo lo necesario para el cristiano, fáciles de entender y adaptadas para iluminar. Por lo tanto, estamos resueltos por la gracia divina a mantener la predicación pura de la única palabra de Dios, tal como está contenida en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, sin nada añadido. Esta palabra es la única verdad. Es la regla segura de toda doctrina y vida, y nunca puede fallarnos o engañarnos. El que edifique sobre este fundamento estará en pie contra todos los poderes del infierno, mientras que todas las vanidades que se levantan contra él caerán ante la faz de Dios.” “Rechazamos, pues, el yugo que se nos impone”.

Se hizo una profunda impresión en la Dieta. La mayoría se llenó de asombro y alarma ante la osadía de los manifestantes. El futuro se les presentaba tormentoso e incierto. La disensión, la lucha y el derramamiento de sangre parecían inevitables. Pero los reformadores, seguros de la justicia de su causa y confiando en el brazo de la Omnipotencia, estaban llenos de valor y firmeza.

La Protesta negó el derecho de los gobernantes civiles a legislar en asuntos entre el alma y Dios, y declaró con los profetas y apóstoles: “Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres”. Rechazó también el poder arbitrario de la iglesia y estableció el principio infalible de que toda enseñanza humana debe estar sujeta a los oráculos de Dios. Los manifestantes se habían sacudido el yugo de la supremacía del hombre y habían exaltado a Cristo como supremo en la iglesia y su palabra en el púlpito. El poder de la conciencia se colocó por encima del Estado, y la autoridad [163] de las Sagradas Escrituras por encima de la iglesia visible. La corona de Cristo se levantó sobre la tiara del Papa y la diadema del emperador. Además, los manifestantes habían afirmado su derecho a expresar libremente sus convicciones de verdad. No solo creerían y obedecerían, sino que enseñarían lo que presenta la palabra de Dios, y negaron el derecho del sacerdote o del magistrado a interferir. La Protesta de Spires fue un testimonio solemne contra la intolerancia religiosa y una afirmación del derecho de todos los hombres a adorar de acuerdo con los dictados de sus propias conciencias.

La declaración había sido hecha. Fue escrito en la memoria de miles, y registrado en los libros del Cielo, donde ningún esfuerzo del hombre pudo borrarlo. Toda la Alemania evangélica adoptó la Protesta como expresión de su fe. En todas partes los hombres vieron en esta declaración la promesa de una era nueva y mejor. Dijo uno de los príncipes al

Protestantes de Spires, "Que el Todopoderoso, que os ha dado la gracia de confesaros con energía, libremente y sin miedo, os conserve en esa firmeza cristiana hasta el día de la eternidad".

Si la Reforma, después de alcanzar cierto grado de éxito, hubiera consentido en contemporizar para asegurarse el favor del mundo, habría sido infiel a Dios ya sí misma, y así habría asegurado su propia destrucción. La experiencia de aquellos primeros reformadores contiene una lección para todas las edades posteriores. La manera de Satanás de obrar contra Dios y su palabra no ha cambiado; todavía se opone tanto a que las Escrituras sean la guía de la vida como en el siglo XVI. En nuestro tiempo hay un gran alejamiento de sus doctrinas y preceptos, [164] y es necesario volver al gran principio protestante: la Biblia y la Biblia sólo como regla de fe y deber. Satanás todavía está trabajando por todos los medios que puede controlar para destruir la libertad religiosa. El poder anticristiano que los manifestantes de Spires repudiaron, ahora con renovado vigor busca restablecer su perdida supremacía. La misma adhesión inquebrantable a la palabra de Dios manifestada en aquella crisis de la Reforma, es la única esperanza de reforma hoy.

Aparecieron señales de peligro para los protestantes. También hubo señales de que la mano divina se extendía para proteger a los fieles. Fue entonces cuando Melancthon apresuró a su amigo Grynaeus por las calles de Spires hasta el Rin y lo instó a cruzar el río sin demora. Grynaeus, con asombro, deseó saber la razón de este vuelo repentino. Melancton dijo: "Un anciano de aspecto serio y solemne, pero que no conozco, se me apareció y me dijo: 'En un minuto, Fernando enviará a los oficiales de justicia para arrestar a Grynaeus'". En las orillas del río. del Rin, Melancton esperó hasta que las aguas de ese arroyo se interpusieran entre su amado amigo y los que buscaban su vida. Cuando por fin lo vio del otro lado, dijo: "Ha sido arrancado de las crueles fauces de los sedientos de sangre inocente".

Grynaeus había tenido una relación íntima con un importante médico papista ; pero, habiéndose escandalizado por uno de sus sermones, se acercó a él y le suplicó que ya no pelearía más contra la verdad. El papista ocultó su ira, pero inmediatamente se dirigió al rey y [165] obtuvo de él la autoridad para arrestar al manifestante. Cuando Melancthon regresó a su casa, se le informó que después de su partida

los oficiales que perseguían a Grynaeus lo habían registrado de arriba abajo. Siempre creyó que el Señor había salvado a su amigo al enviarle un ángel santo para advertirle.

La Reforma iba a ser traída a una mayor prominencia ante los poderosos de la tierra. El rey Fernando les había negado audiencia a los príncipes evangélicos; pero se les iba a conceder la oportunidad de presentar su causa en presencia del emperador y de los dignatarios reunidos de la Iglesia y el Estado. Para calmar las disensiones que perturbaban al imperio, Carlos Quinto convocó una Dieta en Augsburgo, sobre la cual anunció su intención de presidirla en persona. Allí fueron convocados los líderes protestantes.

Grandes peligros amenazaron a la Reforma; pero sus defensores todavía confiaron su causa a Dios y se comprometieron a ser firmes en el evangelio. Decidieron preparar una declaración de sus puntos de vista en forma sistemática, con la evidencia de las Escrituras, para presentar ante la Dieta; y la tarea fue encomendada a Lutero, Melancton y sus asociados. La Confesión así preparada fue aceptada por los protestantes como una exposición de su fe, y se reunieron para poner sus nombres en el importante documento. Fue un tiempo solemne y difícil. Los reformadores se preocuparon de que su causa no se confundiera con cuestiones políticas; sintieron que la Reforma no debería ejercer otra influencia que la que procede de la palabra de Dios. Cuando los príncipes cristianos avanzaron para firmar la Confesión, Melancton se interpuso, diciendo: "Corresponde a los teólogos y ministros proponer estas cosas, mientras que [166] la autoridad de los poderosos de la tierra debe reservarse para otros asuntos". "Dios no permita", respondió Juan de Sajonia, "que me excluyas. Estoy resuelto a cumplir con mi deber sin preocuparme por mi corona. Deseo confesar al Señor. Mi sombrero y túnica electoral no son tan preciosos para mí como la cruz de Jesucristo". Habiendo dicho esto, escribió su nombre. Dijo otro de los príncipes mientras tomaba la pluma: "Si el honor de mi Señor Jesucristo lo requiere, estoy listo para dejar mis bienes y mi vida detrás de mí". "Preferiría renunciar a mis súbditos y mis estados, antes abandonaré el país de mis padres, bastón en mano", continuó, "que recibir cualquier otra doctrina que la contenida en esta Confesión". Tal era la fe y la audacia de aquellos hombres de Dios.

Llegó el tiempo señalado para presentarse ante el emperador. Carlos V, sentado en su trono, rodeado de electores y príncipes, dio audiencia a los reformadores protestantes. Se leyó la confesión de su fe. En aquella augusta asamblea se expusieron claramente las verdades del evangelio y se señalaron los errores de la iglesia papal. Bien ha sido declarado ese día “el día más grande de la Reforma, y uno de los más gloriosos en la historia del cristianismo y del mundo”.

Pero habían pasado algunos años desde que el monje de Wittemberg se presentó solo en Worms ante el consejo nacional. Ahora en su lugar estaban los príncipes más nobles y poderosos del imperio. A Lutero se le había prohibido presentarse en Augsburgo, pero estuvo presente con [167] sus palabras y oraciones. “Estoy muy contento”, escribió, “de haber vivido hasta esta hora en que Cristo ha sido públicamente exaltado por tan ilustres confesores y en tan gloriosa asamblea. En esto se cumple lo que dice la Escritura: ‘Anunciaré tu testimonio en presencia de los reyes’”.

En los días de Pablo, el evangelio por el cual fue encarcelado fue así llevado ante los príncipes y nobles de la ciudad imperial. Así que en esta ocasión se proclamó en palacio lo que el emperador había prohibido predicar desde el púlpito; lo que muchos habían considerado impropio incluso para que lo escucharan los sirvientes, fue escuchado con asombro por los amos y señores del imperio. “Reyes y grandes hombres eran los auditorios, los príncipes coronados eran los predicadores, y el sermón era la verdad real de Dios”. “Desde la era apostólica”, dice un escritor, “nunca ha habido una obra mayor, o una confesión más magnífica de Jesucristo”.

“Todo lo que han dicho los luteranos es verdad, y no podemos negarlo”, declaró un obispo papista. “¿Puede usted por razones sólidas refutar la Confesión hecha por el elector y sus aliados?” preguntó otro, del Doctor Eck. “No con los escritos de los apóstoles y profetas”, fue la respuesta; “pero con los Padres y concilios puedo.” “Entiendo, entonces”, respondió el interrogador, “que los luteranos están atrincherados en las Escrituras, y nosotros solo estamos afuera”.

Algunos de los príncipes de Alemania fueron ganados a la fe reformada. El emperador mismo declaró que los artículos protestantes no eran

más que la verdad. La Confesión fue traducida a muchos idiomas, y circuló por toda

y ha sido aceptado por millones en generaciones sucesivas como la expresión de su fe.

Los edificadores fieles de Dios no estaban trabajando solos. Mientras que “principal- [168] poderes y espíritus inicuos en las alturas” se confabularon contra ellos, el Señor no abandonó a su pueblo. Si sus ojos hubieran sido abiertos, habrían visto una evidencia tan marcada de la presencia y ayuda divina como la que se le concedió a un profeta de la antigüedad. Cuando el siervo de Eliseo señaló a su amo el ejército hostil que los rodeaba y cortó toda oportunidad de escapar, el profeta oró: “Señor, te ruego que abras sus ojos para que vea”. [2 Reyes 6:17.]

Y, he aquí, la montaña estaba llena de carros y caballos de fuego, el ejército del Cielo estacionado para proteger al hombre de Dios. Así protegieron los ángeles a los obreros en la causa de la Reforma. Dios había ordenado a sus siervos que construyeran, y ninguna fuerza opositora podría expulsarlos de los muros.

Del lugar secreto de oración vino el poder que sacudió al mundo en la Gran Reforma. Allí, con santa serenidad, los siervos del Señor pusieron sus pies sobre la roca de sus promesas. Durante la lucha de Augsburgo, Lutero no dejó de dedicar tres horas diarias a la oración; y estos fueron tomados de la parte del día más favorable para el estudio. En la intimidad de su cámara se le oyó derramar su alma ante Dios en palabras llenas de adoración, temor y esperanza, como si hablara con un amigo. “Sé que tú eres nuestro Padre y nuestro Dios”, dijo, “y que esparcirás a los perseguidores de tus hijos; porque tú mismo estás en peligro con nosotros. Todo este asunto es tuyo, y es sólo por tu obligación que hemos puesto nuestras manos en él. ¡Defiéndenos entonces, oh Padre!” A Melancton, que estaba abrumado por el peso de la ansiedad y el miedo, le escribió: “¡Gracia y [169] paz en Cristo! En Cristo, digo, y no en el mundo, ¡Amén! Odio con odio excesivo esos cuidados extremos que os consumen. Si la causa es injusta, abandónala; si la causa es justa, ¿por qué hemos de desmentir las promesas de Aquel que nos manda dormir sin temor?

“A Cristo no le faltará la obra de la justicia y de la verdad. Él vive, él reina; ¿Qué miedo, entonces, podemos tener?

Dios escuchó los clamores de sus siervos. Dio a príncipes y ministros gracia y valor para mantener la verdad contra los gobernantes de las tinieblas de este mundo. Dice el Señor: “He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa, y el que cree en e

no será confundido.” [1 [Pedro 2:6](#).] Los reformadores protestantes habían edificado sobre Cristo, y las puertas del infierno no prevalecerían contra ellos.

Capítulo 10—Reformadores posteriores

[170]

Mientras Lutero estaba abriendo una Biblia cerrada a la gente de Alemania, Tyndale fue impulsado por el Espíritu de Dios a hacer lo mismo por Inglaterra. Fue un estudiante diligente de las Escrituras y predicó sin miedo sus convicciones de la verdad, instando a que todas las doctrinas fueran puestas a prueba por la palabra de Dios. Su celo no podía sino excitar la oposición de los papistas. Un erudito médico católico que discutió con él exclamó: “Más nos valdría estar sin la ley de Dios que sin la del Papa”. Tyndale respondió: “Desafío al Papa y todas sus leyes; y si Dios me perdona la vida, dentro de muchos años haré que un muchacho que maneja el arado sepa más de las Escrituras que tú”.

El propósito que había comenzado a albergar, de dar a la gente las Escrituras del Nuevo Testamento en su propio idioma, quedó ahora confirmado, y de inmediato se dedicó a la obra. Expulsado de su hogar por la persecución, se fue a Londres y allí prosiguió sus labores durante un tiempo sin ser molestado. Pero nuevamente la violencia de los papistas lo obligó a huir. Toda Inglaterra parecía cerrada contra él, y resolvió buscar refugio en Alemania. Aquí comenzó la impresión del Nuevo Testamento en inglés. Dos veces se detuvo [171] el trabajo; pero cuando se le prohibió imprimir en una ciudad, se fue a otra. Por fin se dirigió a Worms, donde, unos años antes, Lutero había defendido el evangelio ante la Dieta. En esa antigua ciudad había muchos amigos de la Reforma, y allí Tyndale prosiguió su obra sin más obstáculos. Pronto se terminaron tres mil copias del Nuevo Testamento, y siguió otra edición en el mismo año.

Con gran fervor y perseverancia continuó sus labores. A pesar de que las autoridades inglesas habían guardado sus puertos con la más estricta vigilancia, la palabra de Dios se transmitía en secreto a Londres de varias maneras, y desde allí circulaba por todo el país. Los papistas intentaron suprimir la verdad, pero en vano. El obispo de Durham una vez compró a un librero que era amigo de

Tyndale, todas sus existencias de Biblias, con el propósito de destruirlas, suponiendo que esto entorpecería mucho la obra. Pero, por el contrario, el dinero así provisto, compró material para una nueva y mejor edición, que, de no haber sido por esto, no podría haber sido publicada. Cuando más tarde Tyndale fue hecho prisionero, se le ofreció su libertad con la condición de que revelara los nombres de aquellos que lo habían ayudado a sufragar los gastos de impresión de sus Biblias.

Respondió que el obispo de Durham había hecho más que cualquier otra persona; porque pagando un alto precio por los libros que le quedaban, le había permitido continuar con buen ánimo.

Tyndale fue traicionado en manos de sus enemigos y en un momento sufrió encarcelamiento durante muchos meses. Finalmente dio testimonio

[172] de su fe con la muerte de un mártir; pero las armas que preparó han permitido a otros soldados luchar a lo largo de los siglos, incluso hasta nuestros días.

En Escocia, el evangelio encontró un campeón en la persona de John Knox. Este reformador sincero no temía el rostro del hombre. Los fuegos del martirio, que ardían a su alrededor, sólo sirvieron para acelerar su celo a una mayor intensidad. Con el hacha del tirano sostenida amenazadoramente sobre su cabeza, se mantuvo firme, dando fuertes golpes en la mano derecha y en la izquierda, para demoler la idolatría. Así mantuvo su propósito, orando y peleando las batallas del Señor, hasta que Escocia fue liberada.

En Inglaterra, Latimer sostuvo desde el púlpito que la Biblia debe leerse en el idioma de la gente. “El Autor de la Sagrada Escritura”, dijo, “es Dios mismo, y esta Escritura participa del poder y la eternidad de su Autor. No hay rey ni emperador que no esté obligado a obedecerla. Cuidémonos de esos desvíos de la tradición humana, llenos de piedras, zarzas y árboles arrancados. Sigamos el camino recto de la palabra. No nos concierne lo que los Padres han hecho, sino lo que deberían haber hecho”.

Barnes y Frith, los fieles amigos de Tyndale, se levantaron para defender la verdad. Los Ridley y Cranmer lo siguieron. Estos líderes de la Reforma inglesa eran hombres de saber, y la mayoría de ellos habían sido muy estimados por su celo o piedad en la comunión romana. Su oposición al papado fue el resultado de su conocimiento de los errores de la Santa Sede. Su familiaridad con los misterios de Babilonia, dio mayor poder a sus testimonios contra ella.

[173] “¿Sabes”, dijo Latimer, “quién es el obispo más diligente

¿en Inglaterra? Te veo escuchando y escuchando que debería nombrarlo . Te lo diré. es el diablo Nunca está fuera de su diócesis; nunca lo encontrarás ocioso. Llámalo cuando quieras, siempre está en casa, siempre en el arado. Nunca lo encontrarás negligente, te lo garantizo. Donde reside el diablo, allá con los libros, y arriba con las velas; fuera con Biblias, y arriba con rosarios; lejos con la luz del evangelio, y arriba con la luz de los cirios, sí, al mediodía; abajo la cruz de Cristo, arriba el carterista del purgatorio; fuera el vestir al desnudo, al pobre, al impotente; arriba el engalanado de imágenes y el alegre adorno de piedras y cepos; abajo con Dios y su santísima palabra; con tradiciones, concilios humanos y un papa cegado. ¡Oh, que nuestros prelados fueran tan diligentes en sembrar el grano de la buena doctrina como lo es Satanás en sembrar berberechos y cizaña!"

El gran principio sostenido por Tyndale, Frith, Latimer y los Ridley era la autoridad divina y la suficiencia de las Sagradas Escrituras. Rechazaron la autoridad asumida de papas, concilios, padres y reyes para gobernar la conciencia en asuntos de fe religiosa. La Biblia era su estandarte, ya ella traían todas las doctrinas y todas las pretensiones.

La fe en Dios y su palabra sostuvieron a estos hombres santos mientras entregaban sus vidas en la hoguera. "Consuélate", exclamó Latimer a su compañero de mártir cuando las llamas estaban a punto de silenciar sus voces, "este día encenderemos una vela en Inglaterra que, confío, por la gracia de Dios nunca se apagará".

La Iglesia de Inglaterra, siguiendo los pasos de Roma, perseguía [174] disidentes cortados de la fe establecida. En el siglo diecisiete , miles de pastores piadosos fueron expulsados de sus puestos. A la gente se le prohibió, so pena de fuertes multas, encarcelamiento y destierro, asistir a cualquier reunión religiosa, excepto las sancionadas por la iglesia. Aquellas almas fieles que no podían abstenerse de reunirse para adorar a Dios, se vieron obligadas a reunirse en callejones oscuros, en oscuros desvanes y, en algunas estaciones, en los bosques a medianoche. En las profundidades protectoras del bosque, un templo construido por Dios mismo, aquellos hijos del Señor dispersos y perseguidos se reunieron para derramar sus almas en oración y alabanza. Pero a pesar de todas sus precauciones, muchos sufrieron por su fe. Las cárceles estaban abarrotadas. Las familias se rompieron. Muchos fueron desterrados al

tierras Sin embargo, Dios estaba con su pueblo, y la persecución no podía prevalecer para silenciar su testimonio. Muchos fueron conducidos a través del océano a América, y aquí sentaron las bases de la libertad civil y religiosa que han sido el baluarte y la gloria de nuestro país.

Como en los días apostólicos, la persecución resultó más bien para el avance del evangelio. En un calabozo repugnante atestado de libertinos y criminales, John Bunyan respiró la atmósfera misma del Cielo, y allí escribió su maravillosa alegoría del viaje del peregrino desde la tierra de la destrucción a la ciudad celestial. Durante doscientos años, esa voz de la cárcel de Bedford ha hablado con un poder emocionante a los corazones de los hombres. “El Progreso del Peregrino” y “Gracia Abundante para los Principales Pecadores” de Bunyan, han guiado muchos pasos en el camino de la vida.

[175] Baxter, Flavel, Alleine y otros hombres de talento, educación y profunda experiencia cristiana se levantaron en valiente defensa de “la fe una vez dada a los santos”. La obra realizada por estos hombres, proscrita y fuera de la ley por los gobernantes de este mundo, nunca puede perecer. La “Fuente de la Vida” y el “Método de la Gracia” de Flavel han enseñado a miles cómo encomendar el cuidado de sus almas a Cristo. El “Pastor reformado” de Baxter ha demostrado ser una bendición para muchos que desean un reavivamiento de la obra de Dios, y su “Descanso eterno de los santos” ha hecho su trabajo al guiar a las almas al “descanso que queda para el pueblo de Dios”.

Cien años después, en un día de gran oscuridad espiritual, Whitefield y los Wesley aparecieron como portadores de luz para Dios. Bajo el gobierno de la iglesia establecida, el pueblo de Inglaterra había caído en un estado de decadencia religiosa que difícilmente se distinguía del paganismo. La religión natural era el estudio favorito del clero e incluía la mayor parte de su teología. Las clases altas se burlaban de la piedad y se enorgullecían de estar por encima de lo que llamaban su fanatismo. Las clases bajas eran groseramente ignorantes y abandonadas al vicio, mientras que la iglesia no tenía valor ni fe para seguir apoyando la causa caída de la verdad.

Whitefield y los Wesley estaban preparados para su trabajo por largas y agudas convicciones personales de su propia condición perdida; y para que pudieran soportar las penalidades como buenos soldados de Cristo, fueron sometidos a la prueba de fuego del escarnio, la burla y la persecución, tanto en la universidad como al entrar en el ministerio. Ellos

y algunos otros que simpatizaban con ellos fueron llamados despectivamente [176] metodistas por sus compañeros de estudios impíos, un nombre que en la actualidad se considera honorable por una de las denominaciones más grandes de Inglaterra y América.

Eran miembros de la Iglesia de Inglaterra y estaban fuertemente apegados a sus formas de culto; pero el Señor les había presentado en su palabra una norma más alta. El Espíritu Santo los instó a predicar a Cristo y éste crucificado. El poder del Altísimo acompañaba sus labores. Miles fueron condenados y verdaderamente convertidos. Era necesario que estas ovejas estuvieran protegidas de los lobos rapaces.

Wesley no pensó en formar una nueva denominación, pero los organizó bajo lo que se llamó la Conexión Metodista.

Misteriosa y penosa fue la oposición que estos predicadores encontraron de parte de la iglesia establecida; sin embargo, Dios, en su sabiduría, anuló los acontecimientos para hacer que la reforma comenzara donde comenzó. Si hubiera venido enteramente de fuera, no habría penetrado donde tanto se necesitaba. Como los predicadores del avivamiento eran eclesiásticos y trabajaban dentro de los límites de la iglesia dondequiera que pudieran encontrar la oportunidad, la verdad tenía una entrada donde de otro modo las puertas habrían permanecido cerradas. Algunos miembros del clero se despertaron de su estupor moral y se convirtieron en celosos predicadores en sus propias parishes. Las iglesias que habían sido petrificadas por el formalismo cobraron vida.

Hombres de diferentes dones realizaron su trabajo designado. No armonizaron en todos los puntos de la doctrina, pero todos fueron movidos por el Espíritu de Dios y unidos en el objetivo absorbente de ganar almas para [177] Cristo. Las diferencias entre Whitefield y los Wesley amenazaron en un momento con crear alienación; pero como aprendieron la mansedumbre en la escuela de Cristo, la paciencia mutua y la caridad los reconciliaron. No tenían tiempo para disputar, mientras el error y la iniquidad proliferaban por todas partes, y los pecadores iban a la ruina. Trabajaron y oraron juntos, y su amistad se fortaleció al sembrar la semilla del evangelio en los mismos campos.

Los siervos de Dios recorrieron un camino escabroso. Hombres influyentes y eruditos emplearon sus poderes contra ellos. Después de un tiempo, muchos miembros del clero manifestaron una decidida hostilidad, y las puertas de las iglesias se cerraron contra una fe pura y aquellos que la proclamaban. El proceder del clero al denunciarlos desde el púlpito,

despertó los elementos de oscuridad, ignorancia e iniquidad. Una y otra vez John Wesley escapó de la muerte por un milagro de la misericordia de Dios. Cuando la ira de la multitud se encendió contra él, y parecía que no había manera de escapar, un ángel en forma humana vino a su lado, la multitud retrocedió, y el siervo de Cristo pasó a salvo del lugar del peligro.

Los metodistas de esos primeros días, tanto personas como predicadores, soportaron el ridículo y la persecución, tanto de los miembros de la iglesia como de los abiertamente irreligiosos que se inflamaron con sus tergiversaciones. Fueron procesados ante los tribunales de justicia, sólo de nombre, porque la justicia no tenía cabida en los tribunales de ese tiempo. A menudo sufrieron la violencia de sus perseguidores. Las turbas iban de casa en casa, destruyendo muebles y bienes, saqueando [178] todo lo que querían y abusando brutalmente de hombres, mujeres y niños. En algunos casos, se publicaron avisos públicos, llamando a aquellos que deseaban ayudar a romper las ventanas y robar en las casas de los metodistas para que se reunieran en un momento y lugar determinados.

Estas violaciones abiertas de toda ley, humana y divina, se permitieron pasar sin una reprimenda. Se llevó a cabo una persecución sistemática contra un pueblo cuyo único defecto fue el de querer desviar los pies de los pecadores del camino de la destrucción al camino de la santidad.

Dijo John Wesley, refiriéndose a los cargos contra él y sus asociados: “Algunos alegan que las doctrinas de estos hombres son falsas, erróneas y entusiastas; que son nuevos y desconocidos hasta hace poco; que son cuaquerismo, fanatismo, papismo. Toda esta pretensión ya ha sido cortada de raíz, habiéndose demostrado ampliamente que cada rama de esta doctrina es la clara doctrina de la Escritura interpretada por nuestra propia iglesia. Por lo tanto, no puede ser falso o erróneo, siempre que la Escritura sea verdadera”. “Otros alegan que sus doctrinas son demasiado estrictas; hacen demasiado angosto el camino al Cielo; y esta es en verdad la objeción original, ya que fue casi la única durante algún tiempo, y está secretamente en el fondo de mil más que aparecen en varias formas. Pero, ¿hacen el camino al cielo más angosto de lo que lo hicieron nuestro Señor y sus apóstoles? ¿Es su doctrina más estricta que la de la Biblia? Considere sólo unos pocos textos claros: 'Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y [179] tu prójimo como a ti mismo.' [Lucas 10:27.] 'Cada palabra ociosa que los

hombres

hablarán, darán cuenta de ello en el día del Juicio.' [Mateo 12:36.]
'Ya sea que coman o beban, o cualquier otra cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios.' [1 Corintios 10:31.]

“Si su doctrina es más estricta que esto, ellos tienen la culpa; pero sabes en tu conciencia que no lo es. ¿Y quién puede ser un ápice menos estricto sin corromper la palabra de Dios? ¿Puede algún mayordomo de los misterios de Dios ser hallado fiel si cambia alguna parte de esa sagrada deposición?—No; él no puede disminuir nada; él no puede suavizar nada; está obligado a declarar a todos los hombres: No puedo rebajar las Escrituras a vuestro gusto. Debes llegar hasta él, o perecer para siempre. El grito popular es: ¡La falta de caridad de estos hombres! Poco caritativos, ¿verdad? ¿En qué sentido? ¿No alimentan al hambriento y visten al desnudo? No; esa no es la cosa; no faltan en esto, pero son tan poco caritativos al juzgar; piensan que nadie puede salvarse sino los que siguen su propio camino.”

Cuán similares son los argumentos presentados contra aquellos que presentan las verdades de la palabra de Dios aplicables a este tiempo.

Entre los reformadores de la iglesia se debe dar un lugar honroso a los que defendieron una verdad generalmente ignorada, incluso por los protestantes, los que mantuvieron la validez del cuarto mandamiento y la obligación del sábado bíblico. Cuando la Reforma barrió las tinieblas que se habían posado sobre toda la cristiandad, los observadores del sábado salieron a la luz en muchos países. Ninguna clase de cristianos ha sido tratada con mayor injusticia [180] por los historiadores populares que aquellos que honraron el sábado. Han sido estigmatizados como semijudaizantes o denunciados como supersticiosos y fanáticos. Los argumentos que ellos presentaron de las Escrituras en apoyo de su fe fueron respondidos como tales argumentos todavía son respondidos, con el clamor, ¡Los Padres, los Padres! tradición antigua, la autoridad de la iglesia!

Lutero y sus colaboradores realizaron una obra noble para Dios; pero, viniendo como ellos de la Iglesia Romana, habiendo ellos mismos creído y defendido sus doctrinas, no era de esperar que discernieran todos estos errores. Su obra fue romper las cadenas de Roma y dar la Biblia al mundo; sin embargo, hubo verdades importantes que no pudieron descubrir y errores graves a los que no renunciaron. La mayoría de ellos continuaron observando el domingo con otras fiestas papales. De hecho, no lo consideraron como

poseía autoridad divina, pero creía que debía observarse como un día de adoración generalmente aceptado.

Sin embargo, había algunos entre ellos que honraban el sábado del cuarto mandamiento. Tal era la creencia y práctica de Carlstadt, y hubo otros que se unieron a él. John Frith, quien ayudó a Tyndale en la traducción de las Escrituras, y quien fue martirizado por su fe, expresa así sus puntos de vista con respecto al sábado: “Los judíos tienen la palabra de Dios para su sábado, ya que es el séptimo día, y ellos se les ordenó guardar el séptimo día solemne. Y no tenemos la palabra de Dios para nosotros, sino contra nosotros; porque no guardamos el séptimo día, como los judíos, sino el primero, que no está ordenado por la ley de Dios.”

[181] Cien años más tarde, John Trask reconoció la obligación del verdadero día de reposo y empleó la voz y la pluma en su defensa. Pronto fue llamado a rendir cuentas por el poder perseguidor de la Iglesia de Inglaterra. Declaró la suficiencia de las Escrituras como guía para la fe religiosa y sostuvo que las autoridades civiles no deben controlar la conciencia en asuntos relacionados con la salvación. Fue llevado a juicio ante el infame tribunal de la Cámara Estelar, donde se llevó a cabo una larga discusión sobre el sábado. Trask no se apartaría de los mandatos y mandamientos de Dios para obedecer los mandamientos de los hombres. Por lo tanto, fue condenado y sentenciado a ser puesto en la picota y desde allí a ser azotado públicamente a la flota, donde permanecería prisionero. Esta cruel sentencia fue ejecutada, y después de un tiempo su espíritu fue quebrantado. Soportó sus sufrimientos en la prisión durante un año y luego se retractó. ¡Oh, que hubiera sufrido y ganado la corona de un mártir!

La esposa de Trask también era observadora del sábado. Fue declarada, incluso por sus enemigos, como una mujer dotada de muchas virtudes dignas de ser imitadas por todos los cristianos. Fue una maestra de escuela de reconocida excelencia, y se destacó por su cuidado en el trato con los pobres. “Esto”, decían sus enemigos, “ella profesaba hacerlo por conciencia, como creyendo que un día debía venir a ser juzgada por todas las cosas hechas en la carne. Por lo tanto, resolvió ir por la regla más segura, más bien en contra que a favor de su interés privado”. Sin embargo, se declaró que poseía un espíritu de obstinación extraña e incomparable en adherirse a sus propias opiniones, lo que la echaba a perder. En verdad, [182] eligió obedecer la palabra de Dios antes que las tradiciones

hombres. Finalmente, esta noble mujer fue apresada y encarcelada. La acusación que se le hizo fue que enseñaba sólo cinco días a la semana, y descansaba el sábado, sabiendo que lo hacía en obediencia al cuarto mandamiento. No fue acusada de ningún delito; el motivo de su acto fue el único motivo de queja.

A menudo la visitaban sus perseguidores, quienes empleaban sus argumentos más astutos para inducirla a renunciar a su fe. En respuesta, ella les rogó que mostraran con las Escrituras que estaba en un error, y les instó a que si el domingo era realmente un día santo, el hecho debía declararse en la palabra de Dios. Pero en vano pidió testimonio bíblico. Fue exhortada a sofocar sus convicciones y creer lo que la iglesia declaraba correcto.

Se negó a comprar la libertad renunciando a la verdad. Las promesas de Dios sustentaron su fe: “No temas nada de lo que has de padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados”. “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”. [[Apocalipsis 2:10.](#)] Durante casi dieciséis años esta mujer débil permaneció prisionera, en privaciones y grandes sufrimientos. Solo el libro de Dios puede testificar lo que soportó durante esos años de fatiga. Fielmente testificó de la verdad; su paciencia y fortaleza no fallaron hasta que la muerte la

Su nombre fue arrojado como malo en la tierra, pero es honrado en los registros celestiales. Ella fue registrada entre el número de los que han sido perseguidos, calumniados, expulsados, encarcelados, martirizados; “de los cuales [183] el mundo no era digno.” “Y serán míos, ha dicho Jehová de los ejércitos, en aquel día cuando yo haga mis joyas.” [[Malaquías 3:17.](#)]

Dios, en su providencia, ha preservado la historia de algunos de los que sufrieron por su obediencia al cuarto mandamiento; pero hubo muchos, de los cuales el mundo nada sabe, que por la misma verdad sufrieron persecución y martirio. Los que oprimían a estos seguidores de Cristo se llamaban protestantes; pero abjuraron del principio fundamental del protestantismo: la Biblia y la Biblia sólo como regla de fe y práctica. El testimonio de las Escrituras lo apartaron con desdén. Este espíritu aún vive, y aumentará más y más a medida que nos acerquemos al final de los tiempos. Aquellos que honran el Sábado Bíblico aún ahora son considerados testarudos y testarudos por una gran parte de los cristianos.

mundo, y no está lejano el tiempo en que se manifestará contra ellos el espíritu de persecución.

En el siglo diecisiete había varias iglesias sabatarias en Inglaterra, mientras que había cientos de observadores del sábado dispersos por todo el país. A través de sus labores, esta verdad fue plantada en América en una fecha temprana. Menos de medio siglo después del desembarco de los peregrinos en Plymouth, los observadores del sábado de Londres enviaron a uno de ellos para levantar el estandarte de la reforma del sábado en el nuevo mundo. Este misionero sostenía que los diez mandamientos, tal como fueron entregados desde el Monte Sinaí, son morales e inmutables, y que fue el poder anticristiano el que pensó en cambiar los tiempos y las leyes, el que cambió el sábado del séptimo al primer día. En Newport, RI, varios miembros de la iglesia abrazaron estos puntos de vista, pero continuaron durante algunos años en la iglesia con la que habían estado conectados anteriormente. Finalmente, surgieron dificultades entre los sabadistas y los observadores del domingo, y los primeros se vieron obligados a retirarse de la iglesia para poder guardar pacíficamente el día santo de Dios. Poco después, entraron en una organización, formando así la primera iglesia que guarda el sábado en América. Estos observadores del sábado se habían jactado de poder obedecer el cuarto mandamiento y, sin embargo, permanecer conectados con los observadores del domingo. Fue una bendición para ellos y para las generaciones posteriores que tal unión no pudiera existir; porque si hubiera continuado, eventualmente habría causado que la luz del sábado santo de Dios se extinguiera en la oscuridad.

Algunos años más tarde, se formó una iglesia en Nueva Jersey. A un celoso observador del domingo, después de haber reprendido a una persona por trabajar en ese día, se le preguntó por su autoridad de las Escrituras. Al buscar esto, encontró, en cambio, el mandato divino de guardar el séptimo día, y comenzó de inmediato a observarlo. A través de sus labores se levantó una iglesia sabataria.

A partir de ese momento, la obra se extendió gradualmente, hasta que miles comenzaron a observar el sábado. Entre los bautistas del séptimo día de este país ha habido hombres eminentes por su talento, saber y piedad. Han realizado una gran y buena obra al permanecer durante doscientos años en defensa del antiguo sábado.

[185]

En el presente siglo pocos han tomado una posición más noble por esta verdad que la que tomó Eld. JW Morton, cuyos trabajos y escritos en

favor del sábado han llevado a muchos a su observancia. Fue enviado como misionero a Haití por los presbiterianos reformados. Las publicaciones sabatarias cayeron en sus manos y, después de examinar cuidadosamente el tema, se convenció de que el cuarto mandamiento exige la observancia del sábado como séptimo día. Sin esperar a considerar sus propios intereses, inmediatamente determinó obedecer a Dios. Regresó a casa, dio a conocer su fe, fue juzgado por herejía y expulsado de la Iglesia Presbiteriana Reformada sin que se le permitiera presentar las razones de su posición.

El curso del sínodo presbiteriano al condenar a Eld. Morton sin concederle una audiencia, es una evidencia del espíritu de intolerancia que todavía existe, incluso entre aquellos que dicen ser reformadores protestantes. El Dios infinito, cuyo trono está en los cielos, se digna a dirigirse a su pueblo: "Venid ahora, y estemos a cuenta"; [\[Isaías 1:18.\]](#) pero los hombres frágiles y descarriados se niegan orgullosamente a razonar con sus hermanos. Están dispuestos a censurar a quien acepta una luz que no ha recibido, como si Dios se hubiera comprometido a no dar a nadie más luz de la que les había dado a ellos. Este es el curso seguido por los opositores de la verdad en todas las épocas. Se olvidan de la declaración de las Escrituras: "La luz se siembra para los justos". [\[Salmo 97:11.\]](#) "El camino de los justos es como la luz brillante, que brilla más y más hasta el día perfecto". [\[Proverbios 4:18.\]](#) Es algo triste cuando un pueblo que dice ser reformador deja de reformarse.

Si los cristianos profesos com- [\[186\]](#)
comparando sus puntos de vista con las Escrituras, dejando a un lado todo orgullo de opinión y deseo de supremacía, un torrente de luz sería derramado sobre las iglesias que ahora vagan en las tinieblas del error. Tan rápido como su pueblo puede soportarlo, el Señor les revela sus errores en la doctrina y sus defectos de carácter. De edad en edad ha levantado hombres y los ha capacitado para hacer un trabajo especial necesario en su tiempo. Pero a ninguno de ellos encomendó toda la luz que iba a ser dada al mundo. La sabiduría no muere con ellos. No era la voluntad de Dios que la obra de reforma cesara con la salida de la vida de Lutero; no fue su voluntad que a la muerte de los Wesley la fe cristiana se volviera estereotipada. La obra de reforma es Adelante, es el mandato de nuestro gran Líder, adelante hacia la victoria.

No seremos aceptados y honrados por Dios haciendo la misma obra que hicieron nuestros padres. No ocupamos la posición que ellos ocuparon en el desarrollo de la verdad. Para ser aceptados y honrados como ellos, debemos mejorar la luz que brilla sobre nosotros, como ellos mejoraron la que brillaba sobre ellos; debemos hacer lo que ellos habrían hecho si hubieran vivido en nuestros días. Lutero y los Wesley fueron reformadores en su tiempo. Es nuestro deber continuar la obra de reforma. Si descuidamos la atención a la luz, se convertirá en tinieblas; y el grado de oscuridad será proporcional a la luz rechazada.

El profeta de Dios declara que en los últimos días se aumentará el conocimiento. Hay nuevas verdades para ser reveladas al humilde

[187] buscador. Las enseñanzas de la palabra de Dios deben ser liberadas de los errores y supersticiones que las han entorpecido. Se han enseñado ampliamente doctrinas que no están sancionadas por las Escrituras, y muchos las han aceptado honestamente; pero cuando la verdad es revelada, se convierte en el deber de todos aceptarla. Los que permiten que los intereses mundanos, el deseo de popularidad o el orgullo de opinión los separen de la verdad, deben rendir cuentas a Dios por su negligencia.

Capítulo 11—Los dos testigos

[188]

La supresión de las Escrituras bajo el dominio de Roma, los terribles resultados de esa supresión y la exaltación final de la palabra de Dios, están vívidamente retratados por el lápiz profético. A Juan, el exilio en la solitaria Patmos le dio una visión de los 1260 años durante los cuales se permitió que el poder papal pisoteara la palabra de Dios y oprimiera a su pueblo. Dijo el ángel del Señor: “La santa ciudad [la iglesia verdadera] la hollarán cuarenta y dos meses. Y daré poder a mis dos testigos, y profetizarán por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio.” [Apocalipsis 11:2, 3.] Los períodos aquí mencionados son los mismos, representando igualmente el tiempo en que los testigos fieles de Dios permanecieron en un estado de oscuridad.

Los dos testigos representan las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento. Ambos son importantes testimonios del origen y perpetuidad de la ley de Dios. Ambos son testigos también del plan de salvación. Los tipos, los sacrificios y las profecías del Antiguo Testamento apuntan hacia un Salvador venidero. Los Evangelios y las Epístolas del Nuevo Testamento hablan de un Salvador que ha venido de la manera exacta predicha por tipo y profecía.

“Estos son los dos olivos, y los dos candeleros de pie [189] ante el Dios de la tierra.” [Apocalipsis 11:4.] Dijo el salmista: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”. [Salmo 119:105.]

El poder papal buscó esconder del pueblo la palabra de verdad, y puso delante de ellos falsos testigos para contradecir su testimonio. Cuando la Biblia fue proscrita por la autoridad religiosa y secular; cuando su testimonio fue pervertido, y se hizo todo el esfuerzo que los hombres y los demonios pudieron inventar para apartar de él la mente de la gente; cuando aquellos que se atrevieron a proclamar sus sagradas verdades fueron perseguidos, traicionados, torturados, enterrados en calabozos, martirizados por su fe u obligados a huir a fortalezas montañosas y a guaridas y cuevas de la tierra, entonces en verdad los testigos fieles profetizaron en arpillera.

Pero los hombres no pueden pisotear impunemente la palabra de Dios. El Señor había declarado acerca de sus dos testigos: “Si alguno los hiciere daño, de su boca saldrá fuego, y devorará a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, debe ser muerto de esta manera.” [Apocalipsis [11:5](#).] El significado de esta terrible denuncia se establece en el último capítulo del libro de Apocalipsis: “A todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro, yo le doy testimonio, que si alguno añadiere a estas cosas, Dios le las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad, y de las cosas que están escritas en este libro.” [Apocalipsis [22:18](#), 19.]

[190] Tales son las advertencias que Dios ha dado para proteger a los hombres de cualquier cambio en lo que él ha revelado o ordenado. Estas solemnes denuncias se aplican a todos los que por su influencia inducen a los hombres a considerar a la ligera la ley de Dios. Deben hacer temer y temblar a aquellos que frívolamente declaran que es un asunto de poca importancia si obedecemos o no la ley de Dios. Todos los que exaltan sus propias opiniones por encima de la palabra escrita, todos los que cambiarían el significado claro de las Escrituras para adaptarlo a su propia conveniencia, o en aras de la conformidad con el mundo, están asumiendo una terrible responsabilidad. La palabra escrita, la ley de Dios, medirá el carácter de cada hombre, y condenará a todos aquellos a quienes esta prueba infalible declarará deficiente.

A pesar de que los testigos del Señor estaban vestidos de cilicio, continuaron profetizando durante todo el período de 1260 años. En los tiempos más oscuros hubo hombres fieles que amaban la palabra de Dios, y estaban celosos de su honra. A estos siervos leales se les dio sabiduría, poder y autoridad para declarar su verdad durante todo este tiempo.

“Y cuando hayan terminado su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra, y los vencerá y los matará. Y sus cuerpos muertos yacerán en la plaza de la gran ciudad, que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado”. [Apocalipsis [11:7](#), 8.]

Estos hechos iban a tener lugar cerca del final del período en el que los testigos testificaron vestidos de cilicio. A través del medio [191] del papado, Satanás había controlado durante mucho tiempo los poderes que gobernaban en

Iglesia y Estado. Los terribles resultados fueron especialmente evidentes en aquellos países que rechazaron la luz de la Reforma. Había un estado de degradación moral y corrupción similar a la condición de Sodoma justo antes de su destrucción, ya la idolatría y oscuridad espiritual que prevalecía en Egipto en los días de Moisés.

En ningún país se había manifestado de manera más llamativa el espíritu de enemistad contra Cristo y la verdad que en la atolondrada e impía Francia. En ninguna parte el evangelio había encontrado una oposición más amarga y cruel. En las calles de París, en efecto, Cristo había sido crucificado en la persona de sus santos. El mundo aún recuerda con estremecedor horror las escenas de aquel ataque más cobarde y cruel, la Masacre de San Bartolomé. El rey de Francia, instigado por sacerdotes y prelados romanos, dio su sanción a la terrible obra. La campana del palacio, a medianoche, dio la señal para que comenzara la matanza. Miles de protestantes, durmiendo tranquilamente en sus casas, confiando en el honor comprometido de su rey, fueron arrastrados sin previo aviso y asesinados a sangre fría.

Satanás, en la persona de los fanáticos romanos, encabezó la vanguardia. Así como Cristo fue el líder invisible de su pueblo desde la esclavitud egipcia, Satanás fue el líder invisible de sus súbditos en esta horrible obra de multiplicar los mártires. Durante tres días prosiguió la carnicería; perecieron más de treinta mil. El resultado causó gran alegría a las huestes de las tinieblas. El Romano Pontífice, compartiendo el diabólico regocijo, proclamó un jubileo que se observaría en todos sus dominios, para celebrar el acontecimiento.

El mismo espíritu-maestro que instó en la Masacre de St. [192] Bartolomé, protagonizó también los escenarios de la Revolución Francesa. Satanás parecía triunfar. A pesar de los trabajos de los reformadores, había logrado mantener a grandes multitudes en la ignorancia acerca de Dios y su palabra. Ahora apareció con una nueva apariencia. En Francia surgió un poder ateo que declaró abiertamente la guerra a la autoridad del Cielo. Los hombres se deshicieron de toda restricción. La ley de Dios fue pisoteada. Aquellos que podían involucrarse en la blasfemia más atrevida del Cielo y la maldad más abominable eran muy exaltados. La fornicación estaba sancionada por la ley. Blasfemias y corrupción parecían inundar la tierra. En todo esto, se rindió homenaje supremo a Satanás, mientras que Cristo, en sus características de verdad, pureza y amor desinteresado, fue crucificado. La Biblia fue quemada públicamente. los

El sábado fue borrado. El romanismo había prescrito el culto a las imágenes; ahora se pagaban honores divinos a los objetos más viles. La obra que había comenzado el papado, la completó el ateísmo. El que retuvo del pueblo las verdades de la Biblia; el otro les enseñó a rechazar tanto la Biblia como a su Autor. La semilla sembrada por sacerdotes y prelados estaba dando su mal fruto.

Terrible en verdad era la condición de la infiel Francia. La palabra de verdad yacía muerta en sus calles, y los que odiaban las restricciones y requisitos de la ley de Dios estaban jubilosos. Pero la transgresión y la rebelión fueron seguidas por el resultado seguro. La infeliz Francia recogió con sangre la cosecha que había sembrado. La guerra contra la Biblia y la ley de Dios desterró la paz y la felicidad del corazón y de los hogares [193] de los hombres. Nadie estaba seguro: el que triunfaba hoy era sospechoso, condenado, mañana. La violencia y el terror reinaron supremos. La tierra estaba llena de crímenes demasiado horribles para que la pluma los rastrear.

Los fieles testigos de Dios no tardaron en permanecer en silencio. “El Espíritu de vida enviado por Dios entró en ellos, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron”. [Revelación 11:11.] El mundo quedó horrorizado ante la enormidad de la culpa que había resultado del rechazo de los Sagrados Oráculos, y los hombres se alegraron de volver una vez más a la fe en Dios y su palabra.

Con respecto a los dos testigos, el profeta declara además: “Y oyeron una gran voz del cielo que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron.” [Apocalipsis 11:12.] Desde la Revolución Francesa la palabra de Dios ha sido honrada como nunca antes. La Biblia ha sido traducida a casi todos los idiomas hablados por los hombres y esparcida por todas partes del mundo. Después de haber sido, por así decirlo, arrojado al infierno, en verdad ha sido elevado al cielo.

Capítulo 12—Dios honra a los humildes

[194]

Los que recibieron las grandes bendiciones de la Reforma no avanzaron por el camino emprendido tan noblemente por Lutero. Unos cuantos hombres fieles surgieron de vez en cuando para proclamar una nueva verdad y exponer el error largamente acariciado; pero la mayoría, como los judíos en la época de Cristo, o los papistas en la época de Lutero, estaban contentos de creer como creían sus padres y de vivir como ellos vivían. Por lo tanto, la religión volvió a degenerar en formalismo; y los errores y supersticiones que habrían sido desechados si la iglesia hubiera continuado andando a la luz de la palabra de Dios, fueron retenidos y abrigados. Así, el espíritu inspirado por la Reforma se extinguió gradualmente, hasta que hubo casi tanta necesidad de reforma en las iglesias protestantes como en la Iglesia romana en la época de Lutero. Había el mismo estupor espiritual, el mismo respeto por las opiniones de los hombres, el mismo espíritu de mundanalidad, la misma sustitución de las teorías humanas por las enseñanzas de la palabra de Dios. El orgullo y la extravagancia se fomentaron bajo el disfraz de la religión. Las iglesias se corrompieron al aliarse con el mundo. Así se degradaron los grandes principios por los cuales Lutero y sus colaboradores habían hecho y sufrido tanto.

Como Satanás vio que no había logrado aplastar la verdad persiguiendo [195] En esta situación, recurrió de nuevo al mismo plan de compromiso que había conducido a la gran apostasía y a la formación de la iglesia de Roma. Indujo a los cristianos a aliarse, no ahora con los paganos, sino con aquellos que, por su adoración al dios de este mundo, verdaderamente demostraron ser idólatras. Satanás ya no podía ocultar la Biblia a la gente; se había puesto al alcance de todos. Pero llevó a miles a aceptar interpretaciones falsas y teorías poco sólidas, sin escudriñar las Escrituras para conocer la verdad por sí mismos. Había corrompido las doctrinas de la Biblia, y las tradiciones que iban a arruinar a millones estaban echando raíces profundas. La iglesia estaba manteniendo y defendiendo estas tradiciones, en lugar de contender por la fe una vez entregada a los santos.

Y aunque totalmente inconscientes de su condición y peligro, la iglesia y el mundo se acercaban rápidamente al período más solemne y trascendental de la historia de la tierra: el período de la revelación del Hijo del hombre. Ya tenía las señales que el mismo Cristo había prometido: el sol se vistió de tinieblas durante el día y la luna durante la noche, anunciando su venida cercana. Cuando Jesús señaló a sus seguidores estas señales, también predijo el estado existente de mundanidad y reincidencia, y advirtió del resultado a aquellos que rehusaban despertar de su descuidada seguridad: "Tienes nombre de que vives, y estás muerto." "Por tanto, si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti". [[Apocalipsis 3:1, 3.](#)]

[196]

Aquel que conoce el fin desde el principio, y que inspiró a los profetas y apóstoles a escribir la historia futura de las iglesias y de las naciones, estaba a punto de realizar otra reforma similar a la de los días de Lutero. El Señor levantó hombres para investigar su palabra, para examinar el fundamento sobre el cual se estaba construyendo el mundo cristiano, y para plantear la pregunta solemne: ¿Qué es la verdad? ¿Estamos construyendo sobre la roca o sobre arenas movedizas?

Dios vio que muchos de su pueblo profeso no estaban edificando para la eternidad; y en su cuidado y amor estaba a punto de enviar un mensaje de advertencia para despertarlos de su estupor y prepararlos para la venida de su Señor. La advertencia no debía confiarse a eruditos doctores en teología ni a ministros populares del evangelio. Si estos hubieran sido centinelas fieles, que escudriñaran las Escrituras con diligencia y oración, habrían sabido la hora de la noche; las profecías de Daniel y Juan les habrían revelado los grandes acontecimientos que estaban por suceder. Si hubieran seguido fielmente la luz ya dada, alguna estrella de resplandor celestial habría sido enviada para guiarlos a toda la verdad.

En el momento de la primera venida de Cristo, los sacerdotes y escribas de la ciudad santa, a quienes se confiaban los oráculos de Dios, deberían haber discernido los signos de los tiempos y proclamado la venida del Prometido. La profecía de Miqueas designó su lugar de nacimiento; [[Miqueas 5:2.](#)] Daniel especificó el tiempo de su advenimiento. [[Daniel 9:25](#)] Dios había confiado estas profecías a los líderes judíos; por tanto, no tenían excusa si no sabían y declaraban al [197] pueblo que la venida del Mesías estaba cerca. Su ignorancia era

el resultado de la negligencia pecaminosa.

Dios no envió a sus mensajeros a los palacios de los reyes, a las asambleas de los filósofos, o a las escuelas de los rabinos, para dar a conocer el hecho maravilloso de que el Redentor de los hombres estaba por aparecer sobre la tierra. Los judíos estaban construyendo monumentos para los profetas de Dios asesinados, mientras que por su deferencia a los grandes hombres de la tierra rendían homenaje a los siervos de Satan. Absortos en su ambiciosa lucha por el lugar y el poder entre los hombres, perdieron de vista los honores divinos que les ofrecía el Rey del Cielo.

¡ Con qué profundo y reverente interés deberían haber estado estudiando los ancianos de Israel el lugar, el tiempo, las circunstancias del mayor acontecimiento en la historia del mundo: la venida del Hijo de Dios para efectuar la redención del hombre! ¡Oh, por qué la gente no estaba velando y esperando estar entre los primeros en dar la bienvenida al Redentor del mundo! Pero he aquí, en Belén, dos viajeros cansados de las colinas de Nazaret recorren toda la longitud de la calle estrecha hasta el extremo oriental de la ciudad, buscando en vano un lugar de descanso y refugio para pasar la noche. No hay puertas abiertas para recibirlos . En una mísera choza preparada para el ganado, por fin encuentran refugio, y allí nace el Salvador del mundo.

Los ángeles celestiales habían visto la gloria que el Hijo de Dios compartía con el Padre antes de que existiera el mundo, y habían esperado con intenso interés su aparición en la tierra como un acontecimiento lleno de la mayor alegría para todos los pueblos. Los ángeles fueron designados para llevar las buenas nuevas a aquellos que estaban preparados para recibirlas, y quienes [198] gozosamente las darían a conocer a los habitantes de la tierra. Cristo se ha rebajado a tomar sobre sí la naturaleza del hombre; él debe soportar un peso infinito de aflicción al hacer de su alma una ofrenda por el pecado; sin embargo, los ángeles desean que, incluso en su humillación, el Hijo del Altísimo se presente ante los hombres con una dignidad y gloria acordes con su carácter. ¿Se reunirán los grandes hombres de la tierra en la capital de Israel para saludar su venida? ¿Le presentarán legiones de ángeles a la compañía expectante?

Un ángel visita la tierra para ver quiénes están preparados para recibir a Jesús. Pero no puede discernir señales de expectativa. No escucha ninguna voz de alabanza y triunfo de que el período de la venida del Mesías está cerca. El ángel se cierne por un tiempo sobre la ciudad elegida y el

templo donde la divina presencia se manifestó por siglos; pero incluso aquí es la misma indiferencia. Los sacerdotes, en su pompa y orgullo, están ofreciendo sacrificios contaminados en el templo. Los fariseos se dirigen a la gente con grandes voces, o hacen oraciones jactanciosas en las esquinas de las calles. No hay evidencia de que se espera a Cristo, y no hay preparación para el Príncipe de la vida.

Asombrado, el mensajero celestial está a punto de regresar al Cielo con la vergonzosa noticia, cuando descubre a un grupo de pastores que vigilan sus rebaños de noche y, mientras contemplan el cielo estrellado, contemplan la profecía de un Mesías por venir. a la tierra, y anhelando el advenimiento del Redentor del mundo.

Aquí hay una compañía a la que se le puede confiar el mensaje celestial. Y de repente apareció el ángel del Señor, anunciando la buena [199]

nueva de gran gozo. La gloria celestial inundó toda la llanura, se reveló una innumerable compañía de ángeles, y como si el gozo fuera demasiado grande para que un mensajero del cielo lo trajera, una multitud de voces prorrumpió en el himno que todas las naciones de los salvados día canta: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”.

¡Oh, qué lección es esta maravillosa historia de Belén! Cómo reprende nuestra incredulidad, nuestro orgullo y autosuficiencia. Cómo nos advierte que tengamos cuidado, no sea que por nuestra criminal indiferencia nosotros también dejemos de discernir las señales de los tiempos, y por lo tanto no sepamos el día de nuestra visitación. Es “a los que le buscan” que Cristo “aparecerá por segunda vez, sin pecado, para salvación”. [Hebreos 9:28.]

Jesús envía a su pueblo un mensaje de advertencia para prepararlo para su venida. Al profeta Juan se le dio a conocer la obra final del gran plan de redención del hombre. Vio a un ángel que volaba “por en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, y a toda nación y tribu y lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria; porque la hora de su Juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.” [Apocalipsis 14:6, 7.]

El ángel representado en la profecía entregando este mensaje, simboliza una clase de hombres fieles que, obedientes a los impulsos del Espíritu de Dios ya las enseñanzas de su palabra, proclaman esta advertencia a los habitantes de la tierra. Este mensaje no fue para ser comprometido

a los líderes religiosos del pueblo. No habían podido preservar [200] su conexión con Dios y habían rechazado la luz del Cielo; por lo tanto, no eran del número descrito por el apóstol Pablo: "Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Vosotros sois todos los hijos de la luz, y los hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas." [1 [Tsalonicenses 5:4](#), 5.]

Los atalayas sobre los muros de Sión deben ser los primeros en captar las nuevas del advenimiento del Salvador, los primeros en alzar la voz para proclamarlo cerca, los primeros en advertir al pueblo para que se prepare para su venida. Pero ellos estaban tranquilos, soñando con paz y seguridad, mientras el pueblo dormía en sus pecados. Jesús vio a su iglesia, como la higuera estéril, cubierta de hojas pretenciosas, pero desprovista de frutos preciosos. Había una observancia jactanciosa de las formas de la religión, mientras que faltaba el espíritu de verdadera humildad, penitencia y fe, que era lo único que podía hacer aceptable el servicio a Dios. En lugar de las gracias del Espíritu, se manifestaron soberbia, formalismo, vanagloria, egoísmo, opresión. Una iglesia reincidente cerró los ojos a los signos de los tiempos. Dios no los abandonó, ni permitió que su fidelidad fallara; pero ellos se apartaron de él, y se apartaron de su amor. Como se negaron a cumplir con las condiciones, sus promesas no se cumplieron con ellos.

El amor por Cristo y la fe en su venida se enfriaron. Tal es el resultado seguro de la negligencia en apreciar y mejorar la luz y los privilegios que Dios otorga. A menos que la iglesia siga su providencia inicial, aceptando cada rayo de luz, cumpliendo cada deber que pueda ser revelado, la religión inevitablemente degenerará [201] en la observancia de las formas, y el espíritu de piedad vital desaparecerá. Esta verdad ha sido repetidamente ilustrada en la historia de la iglesia. Dios requiere de su pueblo obras de fe y obediencia correspondientes a las bendiciones y privilegios concedidos. La obediencia exige un sacrificio e implica una cruz; y esta es la razón por la que tantos de los profesos seguidores de Cristo rehusaron recibir la luz del Cielo y, como los judíos de antaño, no supieron el tiempo de su visitación. [[Lucas 19:44](#).] Por su soberbia e incredulidad, el Señor los pasó por alto, y reveló su verdad a los hombres de vida humilde, que habían prestado atención a toda la luz que habían recibido.

[202]

Capítulo 13—William Miller

Un agricultor recto y de corazón honesto, que había sido inducido a dudar de la autoridad divina de las Escrituras, pero que deseaba sinceramente conocer la verdad, fue el hombre escogido por Dios para proclamar la cercanía de la segunda venida de Cristo. Como muchos otros reformadores, William Miller luchó contra la pobreza en sus primeros años de vida y, por lo tanto, aprendió las grandes lecciones de la energía y la abnegación. Su mente era activa y bien desarrollada, y tenía una gran sed de conocimiento. Aunque no había disfrutado de las ventajas de una educación universitaria, su amor por el estudio y un hábito de pensamiento cuidadoso y crítica cuidadosa lo convirtieron en un hombre de buen juicio y puntos de vista comprensivos.

Poseía un carácter moral intachable y una reputación envidiable, siendo generalmente estimado por su integridad, economía y benevolencia. En su niñez había estado sujeto a impresiones religiosas ; pero en su edad adulta temprana, siendo arrojado casi exclusivamente a la sociedad de los deístas, fue llevado a adoptar sus sentimientos, que continuó manteniendo durante unos doce años. Sin embargo, a la edad de treinta y cuatro años , el Espíritu Santo impresionó su corazón con el sentido de su condición de pecador. No encontró en su creencia anterior ninguna seguridad [203] de felicidad más

allá de la tumba. El futuro era oscuro y sombrío.

Refiriéndose después a sus sentimientos en ese momento, dijo:

“La aniquilación era un pensamiento frío y escalofriante, y la rendición de cuentas era una destrucción segura para todos. Los cielos eran como bronce sobre mi cabeza, y la tierra como hierro bajo mis pies. Eternidad, ¿qué era? Y la muerte, ¿por qué fue? Cuanto más razonaba, más lejos estaba de la demostración. Cuanto más pensaba, más dispersas eran mis conclusiones. Traté de dejar de pensar; pero mis pensamientos no serían controlados. Estaba verdaderamente desdichado, pero no entendía la causa. Murmuré y me quejé, pero no sabía de quién. Sabía que había algo malo, pero no sabía dónde ni cómo encontrar lo correcto. Me lamenté, pero sin esperanza.”

En este estado continuó durante algunos meses. “De repente”, dice, “el carácter de un Salvador quedó grabado vívidamente en mi mente.

Parecía que podría haber un ser tan bueno y compasivo como para expiar nuestras transgresiones y así salvarnos de sufrir la pena del pecado. Inmediatamente sentí lo encantador que debe ser un ser así, e imaginé que podía arrojarme a los brazos y confiar en la misericordia de tal Uno. Pero surgió la pregunta: ¿Cómo se puede probar que tal ser existe? Aparte de la Biblia, descubrí que no podía obtener evidencia de la existencia de tal Salvador, ni siquiera de un estado futuro”.

“Vi que la Biblia sí trajo a la vista al Salvador que yo necesitaba; y me quedé perplejo al descubrir cómo un libro sin inspiración podría desarrollar principios tan perfectamente adaptados a las necesidades de un mundo caído. Me vi obligado a admitir que las Escrituras deben ser una revelación [204] de Dios. Se convirtieron en mi deleite; y en Jesús encontré un amigo. El Salvador se convirtió para mí en el primero entre diez mil; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, ahora se convirtieron en lámpara a mis pies y lumbrera en mi camino. Mi mente se asentó y quedó satisfecha. Descubrí que el Señor Dios es una Roca en medio del océano de la vida. La Biblia ahora se convirtió en mi estudio principal, y puedo decir verdaderamente que la escudriñé con gran deleite. Encontré la mitad que nunca me dijeron. Me preguntaba por qué no había visto su belleza y gloria antes, y me maravilló que alguna vez podría haberlo rechazado. Encontré todo revelado que mi corazón podía desear, y un remedio para cada enfermedad del alma. Perdí todo gusto por otras lecturas y apliqué mi corazón para obtener sabiduría de Dios”.

Ahora profesaba públicamente su fe en la religión que había despreciado. Pero sus asociados incrédulos no tardaron en presentar todos esos argumentos que él mismo había aducido a menudo contra la autoridad divina de las Escrituras. Entonces no estaba preparado para responderles; pero razonó que si la Biblia es una revelación de Dios, debe ser consistente consigo misma; y que como fue dada para la instrucción del hombre, debe adaptarse a su entendimiento. Decidió estudiar las Escrituras por sí mismo y determinar si cada aparente contradicción no podía armonizarse.

Esforzándose por dejar de lado todas las opiniones preconcebidas y prescindiendo de los comentarios, comparó escritura con escritura con la ayuda de las referencias marginales y la concordancia. Prosiguió sus estudios de manera regular y metódica; comenzando con Génesis, [205] y leyendo versículo por versículo, no avanzó más rápido que el significado

de los varios pasajes tan desarrollados como para dejarlo libre de toda vergüenza. Cuando encontraba algo oscuro, tenía la costumbre de compararlo con cualquier otro texto que pareciera tener alguna referencia al asunto en consideración. Se permitía que cada palabra tuviera su relación adecuada con el tema del texto, y si su punto de vista armonizaba con cada pasaje colateral, dejaba de ser una dificultad. Así, cada vez que se encontraba con un pasaje difícil de entender, encontraba una explicación en alguna otra porción de las Escrituras. Mientras estudiaba con ferviente oración por la iluminación divina, se aclaró lo que antes parecía oscuro para su entendimiento. Experimentó la verdad de las palabras del salmista: “La exposición de tus palabras alumbra; da entendimiento a los simples.” [Salmo [119:130.](#)]

Después de dos años de cuidadosa investigación, quedó completamente satisfecho de que la Biblia es su propia intérprete; que es un sistema de verdades reveladas tan claras y sencillas que el viajero, aunque tonto, no tiene por qué errar; que “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”; [2 Timoteo [3:16.](#)] que “la profecía no fue en el tiempo antiguo traída por voluntad humana; pero los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”; [2 Pedro [1:21.](#)] que fue escrito “para nuestra enseñanza, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”. [Romanos [15:4.](#)]

[206]

Estudió con gran interés los libros de Daniel y Apocalipsis, empleando los mismos principios de interpretación que en las demás Escrituras, y descubrió, para su gran gozo, que los símbolos proféticos podían entenderse. Los ángeles del cielo guiaban su mente y abrían a su entendimiento profecías que siempre habían sido oscuras para el pueblo de Dios. Eslabón tras eslabón de la cadena de la verdad recompensaron sus esfuerzos; paso a paso trazó las grandes líneas de la profecía, hasta que llegó a la solemne conclusión de que en pocos años el Hijo de Dios vendría por segunda vez, en poder y gloria, y que los acontecimientos relacionados con esa venida y el fin de la prueba humana tendrían lugar alrededor del año 1843. [Para una declaración de Wm. La posición de Miller y una explicación de su decepción, véase el [Apéndice](#), nota 1.]

Profundamente impresionado por estas trascendentales verdades, sintió que era su deber dar la advertencia al mundo. El esperaba

encontrar la oposición de los impíos, pero confiaba en que todos los cristianos se regocijarían con la esperanza de encontrarse con el Salvador a quien profesaban amar. Su único temor era que, en su gran gozo ante la perspectiva de una liberación gloriosa, que se consumaría tan pronto, muchos recibirían la doctrina sin examinar suficientemente las Escrituras para demostrar su verdad. Por lo tanto, vaciló en presentarlo, no fuera a estar en error y ser el medio de engañar a otros. Fue así llevado a revisar las evidencias en apoyo de las conclusiones a las que había llegado, ya considerar cuidadosamente cada dificultad que se le presentaba. Encontró que las objeciones se desvanecían ante la luz de la palabra de Dios, como la niebla ante los rayos del sol. Cinco años pasados así, lo dejaron completamente convencido de la corrección de su posición. Y ahora el deber de dar a conocer a los demás lo que [207] creía que se enseñaba tan claramente en las Escrituras, se impuso con nueva fuerza sobre él. “Cuando estaba en mi negocio”, dijo, “ resonaba continuamente en mis oídos: Ve y cuéntale al mundo de su peligro. Este texto se me ocurría constantemente: 'Cuando digo al impío: ¡Oh impío, de cierto morirás! si no hablores para advertir al impío de su camino, el impío morirá por su iniquidad; mas su sangre demandaré de tu mano. Sin embargo, si adviertes al impío de su camino para que se aparte de él; si no se aparta de su camino, por su iniquidad morirá; pero tú has librado tu alma.' [Ezequiel 33:8, 9.] Sentí que si se podía advertir eficazmente a los inicuos, multitudes de ellos se arrepentirían; y que si no eran advertidos, su sangre podría ser requerida de mi mano.”

Comenzó a presentar sus puntos de vista en privado cuando tuvo la oportunidad, orando para que algún ministro sintiera su fuerza y se dedicara a su promulgación. Pero no pudo desterrar la convicción de que tenía un deber personal que cumplir al dar la advertencia. Las palabras estaban siempre recurriendo a su mente, “Ve y cuéntaselo al mundo; su sangre demandaré de tu mano. Durante nueve años esperó, con la carga todavía presionando su alma, hasta que en 1831 dio por primera vez públicamente las razones de su fe.

Así como Eliseo fue llamado después de seguir a sus bueyes por el campo, para recibir el manto de consagración al oficio profético, así lo fue Wm. Miller llamó a dejar su arado y abrir al pueblo los misterios del reino de Dios. Con estremecimiento emprendió su obra, [208] guiando a sus oyentes, paso a paso, a través del periplo profético.

ods a la segunda aparición de Cristo. Con cada esfuerzo ganó fuerza y coraje al ver el amplio interés despertado por sus palabras.

Aunque tenía poco del conocimiento de las escuelas, se volvió sabio porque se conectó con la Fuente de la sabiduría. Poseía fuertes poderes mentales, unidos con verdadera bondad de corazón, humildad cristiana, serenidad y dominio propio. Era un hombre de gran valía, que no podía dejar de inspirar respeto y estima dondequiera que se valoraran la integridad de carácter y la excelencia moral. Era atento y afable con todos, dispuesto a escuchar las opiniones de los demás ya sopesar sus argumentos. Sin pasión ni entusiasmo probó todas las teorías y doctrinas por la palabra de Dios; y su sano razonamiento y su conocimiento íntimo de las Escrituras le permitieron refutar el error y exponer la falsedad.

El Señor, en su gran misericordia, no trae juicios sobre la tierra sin dar aviso a sus habitantes por boca de sus siervos. Dice el profeta Amós: “Ciertamente el Señor Dios no hará nada sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”.

[Amós 3:7.] Cuando la iniquidad de los antediluvianos lo motivó a traer un diluvio de aguas sobre la tierra, primero les hizo saber su propósito, para que tuvieran oportunidad de volverse de sus malos caminos. Durante ciento veinte años resonó en sus oídos la advertencia de que se arrepintieran, para que no se manifestara la ira de Dios en su destrucción. Pero el mensaje les pareció un cuento ocioso, y no lo creyeron. De la incredulidad procedieron al escarnio y al desprecio, ridiculizando la advertencia como altamente improbable e indigna de su atención. Envalentonados por su maldad, se burlaron del mensajero de Dios, restaron importancia a sus súplicas e incluso lo acusaron de presunción. ¿Cómo se atreve un hombre a enfrentarse a todos los grandes hombres de la tierra? Si el mensaje de Noé era cierto, ¿por qué todo el mundo no lo vio y lo creyó? ¡La afirmación de un hombre contra la sabiduría de miles! No darían crédito a la advertencia, ni buscarían refugio en el arca.

Los burladores señalaron las cosas de la naturaleza, la sucesión invariable de las estaciones, los cielos azules que nunca habían llovido, los campos verdes refrescados por el suave rocío de la noche, y exclamaron: “¿Acaso él ¿No hablas parábolas?” Con desprecio declararon que el predicador de la justicia era un entusiasta salvaje; y ellos

continuaron, más ansiosos en su búsqueda del placer, más concentrados en sus malos caminos que nunca. Pero su incredulidad no impidió el evento predicho. Dios soportó su maldad por mucho tiempo, dándoles amplia oportunidad para el arrepentimiento; pero en el tiempo señalado, sus juicios cayeron sobre los que rechazaron su misericordia.

Cristo declara que existirá una incredulidad similar con respecto a su segunda venida. Como el pueblo de los días de Noé “no supo hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así”, en las palabras de nuestro Salvador, “será también la venida del Hijo del hombre”. [\[Mateo 24:39.\]](#)

Cuando el pueblo profeso de Dios se está uniendo con el mundo, viviendo como vive, y uniéndose a él en placeres prohibidos; cuando el [210] lujo del mundo se convierte en el lujo de la iglesia; cuando suenen las campanas de matrimonio, y todos anhelan muchos años de prosperidad mundana, entonces, repentinamente, como el relámpago que cae del cielo, llegará el fin de sus brillantes visiones y engañosas esperanzas.

Así como Dios envió a su siervo para advertir al mundo del diluvio venidero, también envió mensajeros escogidos para dar a conocer la proximidad del día del juicio final. Pero así como los contemporáneos de Noé se rieron para burlarse de las predicciones del solitario predicador de la justicia, así muchos en los días de Miller trataron sus palabras de advertencia.

En sus labores por las iglesias protestantes, Wm. Miller y sus compañeros se encontraron con un espíritu de odio y oposición un poco menos amargo que el que experimentó Lutero en Roma. Los romanistas en el tiempo de Lutero y los protestantes en el tiempo de Miller, fábulas, teorías falsas, formas y costumbres humanas, fueron recibidas y honradas en lugar de las enseñanzas de la palabra de verdad. En el siglo XVI la Iglesia Romana retuvo las Escrituras del pueblo; en el siglo XIX, cuando las Biblias se esparcen por todas partes como hojas de otoño, las iglesias protestantes enseñan que una parte importante de la palabra sagrada —y esa porción que trae a la vista verdades especialmente aplicables a nuestro tiempo— está sellada y no puede ser e

Los ministros y el pueblo han declarado que las profecías de Daniel y Juan son una colección de misterios que nadie podría entender o explicar. Pero el mismo título del libro de Apocalipsis contradice estas afirmaciones: “La revelación de Jesucristo, que Dios le dio [211] , para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y lo envió y lo manifestó por medio de su ángel a su siervo

Juan, que dio testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que vio. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.” [Apocalipsis 1:1-3.]

Dice el profeta: “Bienaventurado el que lee”; hay algunos que no leerán; la bendición no es para ellos. “Y los que oyen”—hay algunos, también, que rehúsan escuchar cualquier cosa concerniente a las profecías; la bendición no es para esta clase. “Y guardad las cosas que en él están escritas”: muchos se niegan a prestar atención a las advertencias e instrucciones contenidas en el Apocalipsis. Ninguno de estos puede reclamar la bendición prometida. Todos los que ridiculicen los temas de la profecía y se burlen de los símbolos aquí solemnemente dados, todos los que se nieguen a reformar sus vidas y a prepararse para la venida del Hijo del hombre, no serán bendecidos.

En vista del testimonio de la Inspiración, ¿cómo se atreven los ministros a enseñar que la Revelación es un misterio más allá del alcance del entendimiento humano ? Es un misterio revelado, un libro abierto. El estudio del Apocalipsis dirige la mente a las profecías de Daniel, y ambas presentan la instrucción más importante, dada por Dios a los hombres, acerca de los acontecimientos que tendrán lugar al final de la historia de este mundo.

A Juan se le abrieron escenas de profundo y emocionante interés en la experiencia de la iglesia. Vio la posición, los peligros, los conflictos, [212] y la liberación final del pueblo de Dios. Él registra los mensajes finales que han de madurar la cosecha de la tierra, ya sea como gavillas para el granero celestial o como haces de leña para los fuegos del último día. Se le revelaron temas de gran importancia especialmente para la última iglesia, a fin de que aquellos que se desviarán del error a la verdad pudieran ser instruidos acerca de los peligros y conflictos que les esperaban. Ninguno necesita estar en tinieblas con respecto a lo que viene sobre la tierra.

¿Por qué, entonces, esta ignorancia tan extendida acerca de una parte importante de la Sagrada Escritura? ¿Por qué esta renuencia general a investigar sus enseñanzas? Es el resultado de un estudiado esfuerzo del príncipe de las tinieblas por ocultar a los hombres aquello que revela sus engaños. Por eso, Cristo Revelador, previendo la guerra que se libraría contra el estudio de la Revelación, pronunció una bendición sobre todos los que leyeran, oyeren y observaren las palabras de la profecía.

Los que creían que el movimiento adventista era de Dios, avanzaron como Lutero y sus colaboradores, con sus Biblias en las manos, y con intrépida firmeza enfrentaron la oposición de los grandes maestros del mundo. Se demostró que muchos de los que el pueblo había buscado instrucción en cosas divinas eran ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios. Sin embargo, su misma ignorancia los hizo más decididos; no pudieron sostener su posición por las Escrituras, y fueron empujados a recurrir a los dichos y doctrinas de los hombres, a las tradiciones de los Padres.

Pero la palabra de Dios fue el único testimonio aceptado por los defensores de la verdad. “La Biblia y sólo la Biblia”, era su lema. La debilidad de todos los argumentos presentados contra ellos reveló a los adventistas la fortaleza del fundamento sobre el cual se asentaron. Al mismo tiempo, enfureció a sus oponentes, quienes, a falta de armas más fuertes, recurrieron al abuso personal. Graves doctores de la divinidad se burlaron de Wm. Miller como un adversario ignorante y débil. Debido a que explicó las visiones de Daniel y Juan, fue denunciado como un hombre de ideas fantasiosas, que hizo de las visiones y los sueños su pasatiempo. Las declaraciones más claras de los hechos bíblicos, que no podían ser controvertidas, fueron recibidas con el grito de herejía, ignorancia, estupidez e insolencia.

Muchas iglesias se abrieron a los enemigos de la fe adventista, mientras que se cerraron a sus amigos. Los sentimientos expresados por el doctor Eck con respecto a Lutero fueron los mismos que inspiraron a los ministros y al pueblo a negarse a escuchar a los adventistas. Dijo el paladín papal: “Estoy sorprendido de la humildad y modestia con que el reverendo doctor [Lutero] se compromete a oponerse, solo, a tantos ilustres Padres, afirmando así que sabe más de estas cosas que los soberanos pontífices, los concilios, los médicos y las universidades”. “Sería sorprendente, sin duda, que Dios hubiera ocultado la verdad a tantos santos y mártires hasta el advenimiento del reverendo padre”. Así pensaban los grandes y sabios hombres de los días de Noé, así argumentaban los opositores de Wm. Miller, y así todavía argumentan aquellos que se oponen a la proclamación de la fe adventista y los mandamientos de Dios.

Cuando Lutero fue acusado de predicar novedades, declaró: “Estas no son novedades que predico. Pero afirmo que las doctrinas [214] del cristianismo han sido perdidas de vista por aquellos cuyo deber especial

fue para preservarlos; por los sabios, por los obispos. De hecho, no dudo que la verdad todavía haya encontrado morada en unos pocos corazones.”

“Los pobres labradores y los niños simples en estos días entienden más de Jesucristo que el Papa, los obispos o los doctores”.

Cuando Wm. Miller fue acusado de mostrar desprecio por los doctores de la teología, señaló la palabra de Dios como el estándar por el cual todas las doctrinas y teorías deben ser probadas; y, sabiendo que tenía la verdad de su lado, siguió adelante en su trabajo sin desmayarse.

En cada época, Dios ha llamado a sus siervos a alzar la voz contra los errores y pecados prevalecientes de la multitud. Noé fue llamado a estar solo para advertir al mundo antediluviano. Moisés y Aarón estaban solos contra el rey y los príncipes, los magos y los sabios, y las multitudes de Egipto. Elías estaba solo cuando testificó contra un rey apóstata y un pueblo rebelde. Daniel y sus compañeros se enfrentaron solos a los decretos de poderosos monarcas. La mayoría suele encontrarse del lado del error y la falsedad.

El hecho de que los doctores de la divinidad tengan al mundo de su lado no prueba que estén del lado de la verdad y de Dios. La puerta ancha y el camino espacioso atraen a las multitudes, mientras que la puerta estrecha y el camino angosto son buscados solo por unos pocos.

Si los ministros y el pueblo realmente hubieran deseado conocer la verdad, y le hubieran dado a la doctrina adventista la atención ferviente y piadosa que exige su importancia, habrían visto que estaba en [215] armonía con las Escrituras. Si se hubieran unido a sus defensores en sus labores, habría resultado un avivamiento de la obra de Dios como el mundo nunca ha presenciado. Así como Whitefield y los Wesley fueron instados por el Espíritu Santo a despertar las iglesias formales y amantes del mundo de su tiempo, Wm. Miller se movió a proclamar la venida de Cristo y la necesidad de una obra de preparación. Su única ofensa fue la de abrir al mundo la “palabra profética segura, a la cual,” dice el apóstol Pedro, “hacéis bien en estar atentos, como a una lámpara que alumbra en un lugar oscuro”. [2 Pedro 1:19.] Instó a sus verdades a la gente, no con dureza, sino de una manera más suave y persuasiva que la empleada por otros reformadores.

La oposición que encontró fue muy similar a la que habían experimentado Wesley y sus compañeros de trabajo.

Que las iglesias populares de hoy recuerden que los hombres cuyos

la memoria que atesoran con reverencia soportó el mismo odio, desprecio y abuso de la prensa y el púlpito que se amontonaron sobre Wm. Molinero.

¿Por qué eran tan ofensivas para las iglesias la doctrina y la predicación de la segunda venida de Cristo? Cuando Jesús hizo saber a sus discípulos que debía separarse de ellos, dijo: "Voy a preparar un lugar para vosotros; y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis". [Juan 14:2, 3.] Cuando ascendió del Monte de los Olivos, el Salvador compasivo, previendo la soledad y el dolor de sus seguidores, comisionó ángeles para consolarlos con la seguridad [216] de que vendría de nuevo en persona, así como fue al cielo. Mientras los discípulos miraban fijamente hacia arriba para ver por última vez a aquel a quien amaban, su atención fue captada por las palabras: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." [Hechos 1:11.] La esperanza se encendió de nuevo por el mensaje de los ángeles. Los discípulos "volvieron a Jerusalén con gran alegría, y estaban continuamente en el templo, alabando y bendiciendo a Dios". [Lucas 24:52, 53.] No se regocijaban porque Jesús había sido separado de ellos y se les dejaba luchar con las pruebas y tentaciones del mundo, sino por la seguridad de los ángeles de que vendría otra vez.

Los que realmente aman al Salvador no pueden dejar de saludar con gozo un mensaje fundado en la palabra de Dios, Aquel en quien se centran sus esperanzas de vida eterna viene de nuevo, no para ser insultado, despreciado y rechazado, como en su primera venida. , sino en poder y gloria, para redimir a su pueblo. El anuncio de la venida de Cristo debe ser ahora, como cuando lo hicieron los ángeles a los pastores de Belén, buenas nuevas de gran gozo. No puede haber evidencia más concluyente de que las iglesias se han apartado de Dios que la irritación y la animosidad provocadas por este mensaje enviado por el Cielo.

Son los que no aman al Salvador los que desean que se quede lejos, y reciben con entusiasmo el testimonio de los siervos infieles: "Mi Señor tarda en venir". [Mateo 24:48.] Mientras se niegan a escudriñar las Escrituras para saber si estas cosas son así, [217] se aferran a toda fábula que postergará la venida de Cr

el futuro distante, o hacerlo espiritual, cumplido en la destrucción de Jerusalén, o teniendo lugar en la muerte.

Una y otra vez hizo Wm. Miller instó a que si su doctrina fuera falsa, se le debería mostrar su error de las Escrituras. En un discurso a los cristianos de todas las denominaciones, escribió: “¿Qué hemos creído que no se nos mandó creer por la palabra de Dios, que vosotros mismos permitís que sea la regla y la única regla de nuestra fe y práctica? ¿Qué hemos hecho que debería provocar denuncias tan virulentas contra nosotros desde el púlpito y la prensa, y darles una causa justa para excluarnos (a los adventistas) de sus iglesias y compañerismo?” “Si estamos equivocados, por favor muéstranos en qué consiste nuestro error. Muéstranos por la palabra de Dios que estamos en el error; ya hemos tenido suficientes burlas; eso nunca podrá convencernos de que estamos equivocados; solo la palabra de Dios puede cambiar nuestros puntos de vista. Nuestras conclusiones se han formado deliberadamente y con oración, como hemos visto la evidencia en las Escrituras”.

En una fecha posterior declaró: “He sopesado con franqueza las objeciones presentadas contra estos puntos de vista; pero no he visto argumentos sustentados en las Escrituras que, en mi opinión, invalidaran mi posición. No puedo, por lo tanto, abstenerme conscientemente de buscar a mi Señor, o de exhortar a mis semejantes, cuando tenga la oportunidad, a estar preparados para ese evento”.

En una carta a un amigo y colaborador, dijo así: “No podía [218] ver que debía hacer daño a mis semejantes, aun suponiendo que el evento no sucediera en el tiempo señalado; porque es mandato de nuestro Salvador buscarlo, velar, esperarlo y estar preparados. Entonces, si pudiera por cualquier medio, de acuerdo con la palabra de Dios, persuadir a los hombres a creer en un Salvador crucificado, resucitado y venidero, sentí que tendría una relación con el bienestar y la felicidad eternos de tales personas. No tenía ni un pensamiento distante de perturbar a nuestras iglesias, ministros, editores religiosos, o apartarme de los mejores comentarios bíblicos o reglas que habían sido recomendadas para el estudio de las Escrituras. E incluso hasta el día de hoy, mis opositores no han podido mostrar dónde me he apartado de cualquier regla establecida por nuestros antiguos escritores estándar de la fe protestante. Solo he interpretado las Escrituras de acuerdo con sus reglas”.

En lugar de argumentos de las Escrituras, los opositores de la fe adventista eligieron emplear el ridículo y la burla. El descuidado y

impíos, envalentonados por la posición de los maestros religiosos, recurrieron a epítetos oprobiosos, a ocurrencias viles y blasfemas, en sus esfuerzos por colmar de injurias a Wm. Miller y su obra. El hombre canoso que había dejado un hogar cómodo para viajar por sus propios medios de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, trabajando incesantemente para llevar al mundo la solemne advertencia del Juicio cercano, fue denunciado con sorna como un fanático, un mentiroso. , un bribón especu

Se empleó tiempo, medios y talentos en tergiversar y calumniar a los adventistas, en suscitar prejuicios contra ellos y exponerlos al desprecio público. Los ministros se ocuparon en recoger informes dañinos, fabricaciones absurdas y maliciosas, [219] y tratarlos desde el púlpito. Serios fueron los esfuerzos realizados para apartar la mente de la gente del tema de la segunda venida. Pero al tratar de aplastar al adventismo, el ministerio popular socavó la fe en la palabra de Dios. Se hizo parecer un pecado, algo de lo que los hombres deberían avergonzarse, estudiar las profecías que se relacionan con la venida de Cristo y el fin del mundo. Esta enseñanza convirtió a los hombres en infieles, y muchos se permitieron andar según sus propios deseos impíos. Entonces los autores del mal cargaron todo sobre los adventistas.

Los Wesley encontraron acusaciones similares de los ministros impíos amantes de la comodidad que constantemente interceptaban sus labores y buscaban destruir su influencia. Fueron declarados poco caritativos, y acusados de orgullo y vanidad, por no rendir homenaje a los maestros populares de su tiempo. Fueron acusados de escepticismo, de desorden público y de desacato a la autoridad. John Wesley devolvió sin temor estos cargos a quienes los formularon, demostrando que ellos mismos eran responsables de los mismos males de los que acusaban a los metodistas. De manera similar pueden ser refutados los cargos contra el adventismo.

La gran controversia entre la verdad y el error ha continuado de siglo en siglo desde la caída del hombre. Dios y los ángeles, y los que están unidos a ellos, han estado invitando, instando a los hombres al arrepentimiento, a la santidad y al Cielo; mientras que Satanás y sus ángeles, y los hombres inspirados por ellos, se han opuesto a todo esfuerzo por beneficiar y salvar a la raza caída. Wm. Miller estaba perturbando el reino de Satanás, [220] y el archienemigo buscaba no solo contrarrestar el efecto del mensaje, sino destruir al mismo mensajero. Como el padre Miller

hizo una aplicación práctica de la verdad de las Escrituras a los corazones de sus oyentes, la ira de los cristianos profesos se encendió contra él, así como la ira de los judíos se encendió contra Cristo y sus apóstoles. Los miembros de la iglesia incitaron a las clases más bajas y, en varias ocasiones, los enemigos tramaron quitarle la vida cuando debía abandonar el lugar de reunión. Pero los santos ángeles estaban en la multitud, y uno de ellos, en forma de hombre, tomó el brazo de este siervo del Señor y lo condujo a salvo de la multitud enojada. Su obra aún no había terminado, y Satanás y sus emisarios estaban defraudados en su propósito.

Comparando sus propias expectativas en cuanto al efecto de su predicación con la manera en que había sido recibida por el mundo religioso, Wm. Miller dijo: "Es cierto, pero no maravilloso, cuando nos familiarizamos con el estado y la corrupción de la era actual... que ~~me~~ encontrado con una gran oposición del púlpito y de la prensa religiosa profesa; y he sido instrumental, a través de la predicación de la doctrina del Advenimiento, para hacer bastante manifiesto que no pocos de nuestros maestros teológicos son infieles disfrazados. Ni por un momento puedo creer que negar la resurrección del cuerpo, o el regreso de Cristo a esta tierra, o un día de juicio aún futuro, sea menos infidelidad ahora de lo que fue en los días de la infiel Francia; y sin embargo, ¿quién no sabe que estas cosas son tan comunes como lo son los pulpitos y las prensas? ¿Y cuáles de estas preguntas no se niegan públicamente [221] en nuestros pulpitos y por los escritores y editores de los periódicos

"Seguramente, hemos caído en tiempos extraños. Por supuesto, esperaba que la doctrina de la pronta venida de Cristo sería opuesta por infieles, blasfemos, borrachos, jugadores y similares; pero no esperaba que los ministros del evangelio y los profesantes de la religión se unirían con personajes de la descripción anterior, en tiendas y lugares públicos, para ridiculizar la doctrina solemne del segundo advenimiento. Muchos que no eran profesores de religión me han afirmado estos hechos, y dicen que los han visto y han sentido que se les helaba la sangre.

"Estos son algunos de los efectos que se producen al predicar esta doctrina solemne y conmovedora entre nuestros fariseos de la actualidad. ¿Es posible que tales ministros y miembros estén obedeciendo a Dios, y velando y orando por su gloriosa aparición, mientras se unen a estos burladores en sus comentarios profanos e impíos?

Si Cristo viene, ¿dónde deben aparecer? ¡y qué terrible cuenta tendrán en esa tremenda hora!”

Corresponde a los siervos de Dios sufrir la oposición y el oprobio de sus contemporáneos. Ahora, como en el tiempo de nuestro Salvador, los hombres construyen los sepulcros y cantan las alabanzas de los profetas muertos, mientras persiguen a los mensajeros vivos del Altísimo. Wm. Miller fue despreciado y odiado por los impíos e incrédulos; pero su influencia y sus labores fueron una bendición para el mundo. Bajo su predicación, miles de pecadores fueron convertidos, los descarriados fueron rescatados y multitudes fueron guiadas a estudiar las Escrituras y encontrar en ellas una belleza y gloria antes desconocidas.

[222]

Capítulo 14—El mensaje del primer ángel

La profecía del mensaje del primer ángel, presentada en [Apocalipsis 14](#), encontró su cumplimiento en el movimiento adventista de 1840-1844. Tanto en Europa como en América, los hombres de fe y de oración se sintieron profundamente conmovidos cuando se les llamó la atención sobre las profecías y, al rastrear el registro inspirado, vieron evidencia convincente de que el fin de todas las cosas estaba cerca. El Espíritu de Dios instó a sus siervos a dar la advertencia. Por todas partes difundió el mensaje del evangelio eterno: “Temed a Dios, y dadle gloria; porque la hora de su Juicio ha llegado.” [Apocalipsis [14:7](#).]

Dondequiera que habían penetrado los misioneros, se enviaban las buenas nuevas del pronto regreso de Cristo. En diferentes tierras se encontraron cuerpos aislados de cristianos que, únicamente por el estudio de las Escrituras, habían llegado a creer que la venida del Salvador estaba cerca. En algunas partes de Europa, donde las leyes eran tan opresivas como para prohibir la predicación de la doctrina adventista, los niños pequeños se sintieron impulsados a declararla, y muchos escucharon la solemne advertencia.

A Wm. Miller y sus colaboradores se les dio a predicar el mensaje en América, y la luz encendida por sus labores brilló [\[223\]](#) a tierras lejanas. El testimonio de las Escrituras que apuntan a la venida de Cristo en 1843, despertó un interés generalizado. Muchos estaban convencidos de que los argumentos de los períodos proféticos eran correctos y, sacrificando su orgullo de opinión, recibieron con gozo la verdad. Algunos ministros dejaron de lado sus puntos de vista y sentimientos sectarios, dejaron sus salarios y sus iglesias, y se unieron para proclamar la venida de Jesús. Sin embargo, hubo muy pocos ministros que aceptarían este mensaje; por lo tanto, estaba en gran parte encomendado a humildes laicos. Los agricultores dejaron sus campos, los mecánicos sus herramientas, los comerciantes sus mercancías, los profesionales sus puestos; y, sin embargo, el número de trabajadores era pequeño en comparación con el trabajo a realizar. La condición de una iglesia impía y de un mundo que yacía en la iniquidad agobiaba las almas de los verdaderos atalayas, y ellos soportaron voluntariamente trabajos, privaciones y sufrimientos para poder

llamar a los hombres al arrepentimiento para salvación. Aunque Satanás se opuso, la obra avanzó con firmeza y la verdad adventista fue aceptada por muchos miles.

Por todas partes se oía el testimonio escrutador que advertía a los pecadores, tanto mundanos como miembros de iglesia, que huyeran de la ira venidera. Como Juan el Bautista, el precursor de Cristo, los predicadores clavaron el hacha en la raíz del árbol e instaron a todos a producir frutos dignos de arrepentimiento. Sus llamamientos conmovedores contrastaban marcadamente con las garantías de paz y seguridad que se escuchaban desde los púlpitos populares; y dondequiera que se dio el mensaje, conmovió a la gente. El testimonio sencillo y directo de las Escrituras, establecido por el poder del Espíritu Santo, trajo un peso de convicción que pocos pudieron resistir por completo. Los profesores de religión fueron despertados de su falsa [224] seguridad. Vieron sus reincidencias, su mundanalidad e incredulidad, su orgullo y egoísmo. Muchos buscaron al Señor con arrepentimiento y humillación. Los afectos que durante tanto tiempo se habían aferrado a las cosas terrenales ahora se fijaron en el Cielo. El Espíritu de Dios descansó sobre ellos, y con corazones ablandados y subyugados se unieron para hacer sonar el clamor: "Temed a Dios, y dadle gloria; porque la hora de su Juicio ha llegado."

Los pecadores preguntaban con llanto: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" Aquellos cuyas vidas habían sido marcadas por la deshonestidad estaban ansiosos por hacer restitución. Todos los que encontraron paz en Cristo anhelaban ver a otros compartir la bendición. Los corazones de los padres se volvieron hacia sus hijos, y los corazones de los hijos hacia sus padres. Las barreras del orgullo y la reserva fueron barridas. Se hicieron sinceras confesiones y los miembros de la familia trabajaron por la salvación de los más cercanos y queridos. A menudo se escuchaba el sonido de una ferviente intercesión. Por todas partes había almas en profunda angustia, suplicando a Dios. Muchos lucharon toda la noche en oración por la seguridad de que sus propios pecados fueran perdonados, o por la conversión de sus familiares o vecinos. Esa fe ferviente y determinada obtuvo su objeto. Si el pueblo de Dios hubiera continuado siendo tan importuno en oración, presionando sus peticiones ante el propiciatorio, estaría en posesión de una experiencia mucho más rica que la que tiene ahora. Hay muy poca oración, muy poca convicción real de pecado; y la falta de una fe viva deja a muchos desprovistos de la gracia provista tan abundantemente.

Todas las clases acudían a las reuniones adventistas. ricos y pobres, [225]

altos y bajos, estaban, por diversas causas, ansiosos de escuchar por sí mismos la doctrina de la segunda venida. El Señor controló el espíritu de oposición mientras sus siervos explicaban las razones de su fe. A veces el instrumento era débil; pero el Espíritu de Dios dio poder a su verdad. La presencia de santos ángeles se sentía en estas asambleas, y muchos se sumaban diariamente a los creyentes. Mientras se repetían las evidencias de la pronta venida de Cristo, grandes multitudes escuchaban en un silencio sin aliento las palabras solemnes. El cielo y la tierra parecían acercarse. El poder de Dios se sentiría sobre los ancianos, los jóvenes y los de mediana edad. Los hombres buscaban sus hogares con alabanzas en los labios, y el alegre sonido resonaba en el aire tranquilo de la noche. Ninguno de los que asistieron a esas reuniones podrá jamás olvidar esas escenas del más profundo interés.

La proclamación de un tiempo definido para la venida de Cristo suscitó gran oposición de muchas personas de todas las clases, desde el ministro en el púlpito hasta el pecador más temerario que se atrevía al cielo. “¡Nadie sabe el día ni la hora!” [Ver [Apéndice](#), [nota 2](#).] se escuchó tanto del ministro hipócrita como del escarnecedor audaz. Cerraron los oídos a la clara y armoniosa explicación del texto por parte de quienes señalaban el final de los períodos proféticos y las señales que el mismo Cristo había anunciado como señales de su advenimiento. Muchos que profesaban amar al Salvador, declararon que no tenían oposición a la predicación de su venida; simplemente se opusieron al tiempo definido. El ojo que todo lo ve de Dios lee sus corazones.

[226] No querían oír hablar de la venida de Cristo para juzgar al mundo con justicia. Habían sido siervos infieles, sus obras no soportarían la inspección del Dios que escudriña el corazón, y temían encontrarse con su Señor. Al igual que los judíos en el momento de la primera venida de Cristo, no estaban preparados para recibir a Jesús. Satanás y sus ángeles se regocijaron y lanzaron la burla a la cara de Cristo y de los santos ángeles, que su pueblo profeso tenía tan poco amor por él que no deseaban su aparición.

Vigilantes infieles obstaculizaron el progreso de la obra de Dios. A medida que la gente se despertaba y comenzaba a preguntar por el camino de la salvación, estos líderes se interpusieron entre ellos y la verdad, buscando calmar sus temores interpretando falsamente la palabra de Dios. En esta obra, Satanás y los ministros no consagrados se unieron, clamando, Paz, paz, cuando Dios no había hablado paz. Como los fariseos en los días de Cristo,

muchos rehusaron entrar ellos mismos en el reino de los cielos, ya los que estaban entrando, se lo impidieron. La sangre de estas almas será requerida de su mano.

Dondequiera que se proclamó el mensaje de la verdad, los más humildes y devotos de las iglesias fueron los primeros en recibirlo.

Aquellos que estudiaron la Biblia por sí mismos no pudieron sino ver el carácter antibíblico de los puntos de vista populares de la profecía, y dondequiera que la gente no fuera engañada por los esfuerzos del clero para tergiversar y pervertir la fe, dondequiera que escudriñaran la palabra de Dios por sí mismos, la doctrina adventista solo necesitaba ser comparada con las Escrituras para establecer su autoridad divina.

Muchos fueron perseguidos por sus hermanos incrédulos. en orden [227] para conservar su posición en la iglesia, algunos consintieron en guardar silencio con respecto a su esperanza; pero otros sintieron que la lealtad a Dios les prohibía ocultar así las verdades que él les había encomendado.

No pocos fueron apartados de la comunión de la iglesia sin otra razón que la de expresar su creencia en la venida de Cristo. Muy preciosas para los que soportaron la prueba de su fe fueron las palabras del profeta: "Vuestros hermanos que os aborrecían, que os echaban fuera por causa de mi nombre, dijeron: Sea glorificado el Señor. Pero él aparecerá para vuestro gozo, y ellos serán avergonzados". [Isaías 66:5.]

Los ángeles de Dios observaban con el más profundo interés el resultado de la advertencia. Cuando las iglesias como cuerpo rechazaron el mensaje, los ángeles se apartaron de ellas con tristeza. Sin embargo, había en las iglesias muchos que aún no habían sido probados con respecto a la verdad adventista. Muchos fueron engañados por sus esposos, esposas, padres o hijos, y se les hizo creer que era un pecado escuchar las herejías que enseñaban los adventistas. Se ordenó a los ángeles que velaran fielmente por estas almas; porque aún había de brillar sobre ellos otra luz procedente del trono de Dios.

Con indecible deseo los que habían recibido el mensaje esperaban la venida de su Salvador. Se acercaba el momento en que esperaban encontrarse con él. Se acercaron a esta hora con una tranquila solemnidad. Descansaron en dulce comunión con Dios, una prenda de la paz que sería suya en el brillante más allá. Ninguno de los que experimentó esta esperanza y confianza puede olvidar aquellas preciosas [228] horas de espera. La mayor parte de los asuntos mundanos se dejaron de lado durante unas pocas semanas. Los creyentes examinaron cuidadosamente cada pensamiento y

emoción de sus corazones como si estuvieran en sus lechos de muerte y en unas pocas horas para cerrar sus ojos sobre las escenas terrenales. No se hicieron “túnicas de ascensión”; [Ver [Apéndice](#), nota 3.] pero todos sintieron la necesidad de evidencia interna de que estaban preparados para encontrarse con el Salvador; sus vestiduras blancas eran pureza de alma, caracteres limpiados del pecado por la sangre expiatoria de Cristo.

Dios diseñó para probar a su pueblo. Su mano cubrió un error en el cómputo de los períodos proféticos. [Ver [Apéndice](#), nota 1.] Los adventistas no descubrieron el error, ni fue descubierto por los más eruditos de sus oponentes. Este último dijo: “Tu cálculo de los períodos proféticos es correcto. Un gran evento está a punto de ocurrir ; pero no es lo que predice el Sr. Miller; es la conversión del mundo, y no la segunda venida de Cristo”.

El tiempo de la espera pasó, y Cristo no apareció para la liberación de su pueblo. Los que con sincera fe y amor habían buscado a su Salvador, experimentaron un amargo chasco.

Sin embargo, el Señor había cumplido su propósito: había probado los corazones de aquellos que profesaban estar esperando su venida. Había entre ellos muchos que no habían sido impulsados por un motivo más elevado que el miedo. Su profesión de fe no había afectado sus corazones ni sus vidas. Cuando el evento esperado no se llevó a cabo, estas personas declararon que no estaban desilusionadas; nunca habían creído [229] que Cristo vendría. Fueron de los primeros en ridiculizar a los
dolor de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y toda la hueste celestial miraron con amor y simpatía a los probados y fieles pero desilusionados. Si se hubiera descorrido el velo que separa el mundo visible del invisible , se habría visto a los ángeles acercándose a estas almas firmes y protegiéndolas de los dardos de Satanás.

Capítulo 15—El mensaje del segundo ángel

[230]

Las iglesias que rehusaron recibir el mensaje del primer ángel, rechazaron la luz del Cielo. Ese mensaje fue enviado en misericordia para despertarlos a ver su verdadera condición de mundanalidad y reincidencia, y buscar una preparación para encontrarse con su Señor. Dios siempre ha requerido que su pueblo permanezca separado del mundo, para que no se dejen seducir por su lealtad a él. Liberó a los israelitas de la esclavitud en Egipto porque no quería que la idolatría que los rodeaba los corrompiera. Los hijos de este mundo son los hijos de las tinieblas. Su atención no está dirigida al Sol de Justicia, sino que está centrada en ellos mismos y en los tesoros de la tierra. Cegados por el dios de este mundo, no tienen una percepción justa de la gloria y majestad del Dios verdadero. Mientras disfrutaban de sus regalos, se olvidan de los reclamos del Dador. Los tales han optado por caminar en la oscuridad, y son guiados por el príncipe de los poderes de las tinieblas. No aman ni disfrutan las cosas divinas, porque no discernen su valor o hermosura. Se han alejado de la luz de Dios, y su entendimiento se vuelve tan confuso respecto a lo que es justo, verdadero y santo, que las cosas del [231]

Espíritu de Dios son locura para ellos.

Fue para separar a la iglesia de Cristo de la influencia corruptora del mundo que se dio el mensaje del primer ángel. Pero con la multitud, incluso de cristianos profesos, los lazos que los unían a la tierra eran más fuertes que las atracciones hacia el cielo. Eligieron escuchar la voz de la sabiduría mundana y se apartaron del mensaje de verdad que escudriña el corazón.

Pedro, al escribir inspirado por el Espíritu Santo, describió la manera en que se recibiría el mensaje de la segunda venida de Cristo : “En los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa? de su venida? porque desde que los padres durmieron, todas las cosas permanecen como estaban desde el principio de la creación. Por esto voluntariamente ignoran, que por la palabra de Dios los cielos fueron desde el principio, y la tierra firme

fuera del agua y en el agua; por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están guardados por la misma palabra, reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.” [2 [Pedro 3:3-7.](#)]

Los que perecieron en las aguas del diluvio tuvieron la oportunidad de escapar. Todos fueron instados a buscar refugio en el arca; pero las multitudes se negaron a prestar atención a la advertencia. Entonces, cuando se dio el mensaje del primer ángel, todos los que escucharon fueron invitados a recibirlo y compartir la bendición para seguir su aceptación; pero muchos se burlaron y rechazaron el llamado. Uno [232] se volvió a su hacienda, otro a su mercadería, y de nada de esto se preocuparon. La inspiración declara que cuando los antediluvianos rechazaron las palabras de Noé, el Espíritu de Dios dejó de contender con ellos. Así que cuando los hombres ahora desprecian las advertencias que Dios en misericordia les envía, su Espíritu después de un tiempo deja de despertar convicción en sus corazones. Dios da luz para ser apreciada y obedecida, no para ser despreciada y rechazada. La luz que él envía se convierte en tinieblas para aquellos que la desprecian. Cuando el Espíritu de Dios deja de imprimir la verdad en el corazón de los hombres, todo oír es en vano, y toda predicación es en vano.

Cuando las iglesias rechazaron el consejo de Dios al rechazar el mensaje adventista, el Señor las rechazó. El primer ángel fue seguido por un segundo, proclamando: “Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”. [[Apocalipsis 14:8](#)] Este mensaje fue entendido por los adventistas como un anuncio de la caída moral de las iglesias como consecuencia de su rechazo del primer mensaje. La proclamación, “Ha caído Babilonia”, se dio en el verano de 1844, y como resultado, unos cincuenta mil se retiraron de estas iglesias.

El término Babilonia, derivado de Babel y que significa confusión, se aplica en las Escrituras a las diversas formas de religión falsa o apóstata. Pero el mensaje que anuncia la caída de Babilonia debe aplicarse a algún cuerpo religioso que alguna vez fue puro y se ha corrompido. No puede ser la Iglesia romana a la que se refiere aquí; porque esa iglesia ha estado en una condición caída por muchos siglos. Pero [233] cuán apropiada es la figura aplicada a las iglesias protestantes, todas profesando derivar sus doctrinas de la Biblia, pero divididas en casi innumerables sectas. La unidad por la que oró Cris

no existe. En lugar de un Señor, una fe, un bautismo, hay innumerables credos y teorías en conflicto. La fe religiosa aparece tan confusa y discordante que el mundo no sabe qué creer como verdad. Dios no está en todo esto; es obra del hombre, obra de Satanás.

En [Apocalipsis 17](#), Babilonia se representa como una mujer, figura que se utiliza en las Escrituras como símbolo de una iglesia. Una mujer virtuosa representa una iglesia pura, una mujer vil una iglesia apóstata. Se dice que Babilonia es una ramera; y el profeta la vio ebria de la sangre de los santos y de los mártires. La Babilonia así descrita representa a Roma, esa iglesia apóstata que tan cruelmente ha perseguido a los seguidores de Cristo. Pero Babilonia la ramera es la madre de las hijas que siguen su ejemplo de corrupción. Así se representan aquellas iglesias que se aferran a las doctrinas y tradiciones de Roma y siguen sus prácticas mundanas, y cuya caída se anuncia en el mensaje del segundo ángel.

La estrecha relación de la iglesia con Cristo está representada bajo la figura del matrimonio. El Señor había unido a su pueblo a sí mismo por un pacto solemne, él prometía ser su Dios, y ellos se comprometían a ser suyos y solo suyos. Pablo dijo, dirigiéndose a la iglesia: "Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo". [\[2 Corintios 11:2.\]](#) Pero cuando su confianza y afecto se apartaron de él, y ella buscó [\[234\]](#) la vanidad, y permitió que el amor a las cosas mundanas la apartara de Dios, ella perdió los privilegios incluidos en esta peculiar y sagrada relación. El apóstol Santiago llama "adúlteros y adúlteras" a los que se asimilan al mundo. [\[Santiago 4:4.\]](#)

Una profesión de religión se ha vuelto popular en el mundo. Gobernantes, políticos, abogados, doctores, comerciantes, se unen a la iglesia como un medio para asegurar el respeto y la confianza de la sociedad y promover sus propios intereses mundanos. Así buscan cubrir todas sus transacciones injustas bajo una profesión de cristianismo. Los diversos cuerpos religiosos, reforzados por la riqueza y la influencia de estos mundanos bautizados, hacen una apuesta aún mayor por la popularidad y el patrocinio. En las populares avenidas se levantan espléndidas iglesias, adornadas de la manera más extravagante. Los adoradores se visten con atuendos costosos y de moda. Se paga un salario alto por un ministro talentoso para entretener y atraer a la

mons no debe tocar los pecados populares, sino hacerse suaves y agradables para los oídos elegantes. Así, los pecadores de moda se inscriben en los registros de la iglesia, y los pecados de moda se ocultan bajo un pretexto de piedad. Dios mira estos cuerpos apóstatas y las declara hijas de una ramera. Para asegurarse el favor y el apoyo de los grandes hombres de la tierra, han roto sus votos solemnes de lealtad y fidelidad al Rey de los Cielos.

El gran pecado que se le imputa a Babilonia es que “hizo beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”.

Esta [235] copa de embriaguez que ella presenta al mundo, representa las falsas doctrinas que ella ha aceptado como resultado de su conexión ilícita con los grandes de la tierra. La amistad con el mundo corrompe su fe y, a su vez, ejerce una influencia corruptora sobre el mundo al enseñar doctrinas que se oponen a las declaraciones más claras de la palabra de Dios.

Entre estas falsas doctrinas destaca la del milenio temporal, mil años de paz espiritual y prosperidad, en los que el mundo se convertirá, antes de la venida de Cristo.

Este canto de sirena ha adormecido a miles de almas sobre el abismo de la ruina eterna.

La doctrina de la inmortalidad natural del alma ha abierto el camino para la obra astuta de Satanás a través del espiritismo moderno; y además de los errores romanos, purgatorio, oraciones de difuntos, invocación de santos, etc., que han brotado de esta fuente, ha llevado a muchos protestantes a negar la resurrección y el Juicio, y ha dado lugar a la repugnante herejía de la eterna tormento, y el peligroso engaño del Universalismo.

E incluso más peligrosas y más extendidas que estas son las suposiciones de que la ley de Dios fue abolida en la cruz, y que el primer día de la semana es ahora un día santo, en lugar del sábado del cuarto mandamiento.

Cuando los maestros fieles exponen la palabra de Dios, surgen hombres eruditos, ministros que profesan entender las Escrituras, que denuncian la sana doctrina como herejía, y así apartan a los que buscan la verdad. Si no fuera porque el mundo está irremediablemente intoxicado con el vino de Babilonia, las verdades claras y cortantes de la palabra de Dios convencerían y convertirían a las multitudes. El pecado de la impenitencia del mundo está a la puerta de la iglesia.

Dios envió a su pueblo profeso un mensaje que habría corregido los males que los separaban de su favor. Se había producido un estado de unión, fe y amor entre los que de todas las denominaciones de la cristiandad recibieron la doctrina adventista; y si las iglesias en general hubieran aceptado la misma verdad, se habrían obtenido los mismos benditos resultados. Pero Babilonia rechazó con desdén los últimos medios que el Cielo tenía reservados para su restauración, y luego, con mayor avidez, se volvió a buscar la amistad del mundo.

Los que predicaron el primer mensaje no tenían el propósito ni la expectativa de causar divisiones en las iglesias o de formar organizaciones separadas. “En todas mis labores”, dijo Wm. Miller, “Nunca tuve el deseo o la idea de establecer un interés separado del de las denominaciones existentes, o de beneficiar a una a expensas de la otra. Pensé en beneficiar a todos. Suponiendo que todos los cristianos se regocijaban ante la perspectiva de la venida de Cristo, y que aquellos que no pudieran ver como yo no amarían menos a los que abrazaran esta doctrina, no concebí que alguna vez habría necesidad de reuniones separadas. Todo mi objetivo era el deseo de convertir las almas a Dios, notificar al mundo de un Juicio venidero e inducir a mis semejantes a hacer esa preparación de corazón que les permitirá encontrarse con su Dios en paz. La gran mayoría de los que se convirtieron bajo mis labores se unieron a las diversas iglesias [237] existentes. Cuando las personas acudían a mí para preguntarme sobre su deber, siempre les decía que fueran a donde se sintieran como en casa; y nunca favorecí a ninguna denominación en mi consejo para tales.”

Por un tiempo muchas de las iglesias dieron la bienvenida a sus labores; pero como decidieron en contra de la verdad adventista, desearon suprimir toda agitación sobre el tema. Los que habían aceptado la doctrina quedaron así colocados en una posición de gran prueba y perplejidad. Amaban sus iglesias y no querían separarse de ellas; pero como fueron ridiculizados y oprimidos, negados el privilegio de hablar de su esperanza, o de asistir a la predicación sobre la venida del Señor, muchos finalmente se levantaron y se sacudieron el yugo que se les había

En los días de la Reforma, el amable y piadoso Melancton declaró: “No hay otra iglesia que la asamblea de los que tienen la palabra de Dios, y que son purificados por ella”. Los adventistas, viendo que las iglesias rechazaban el testimonio de la palabra de Dios, no pudieron

ya no los consideren como constituyentes de la iglesia de Cristo, “columna y baluarte de la verdad”; y cuando comenzó a proclamarse el mensaje: “Ha caído Babilonia”, se sintieron justificados para separarse de su conexión anterior.

Desde el rechazo del primer mensaje, se ha producido un triste cambio en las iglesias. Así como la verdad es despreciada, el error es recibido y apreciado. El amor a Dios y la fe en su palabra se han enfriado. Las iglesias han ofendido al Espíritu del Señor, y éste se ha retirado en gran medida. Las palabras del profeta Ezequiel [238] son terriblemente aplicables: “Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón, y han puesto delante de su rostro el tropiezo de su iniquidad. ¿Debería ser preguntado por ellos? “Yo, el Señor, responderé al que viniere conforme a la multitud de sus ídolos”. [Ezequiel 14:3, 4.] Los hombres no pueden inclinarse ante ídolos de madera y piedra, pero todos los que aman las cosas del mundo y se complacen en la injusticia han levantado ídolos en sus corazones. La mayoría de los cristianos profesos están sirviendo a otros dioses además del Señor. Se atesora el orgullo y el lujo, se levantan ídolos en el santuario, y sus lugares santos están contaminados.

En la antigüedad, el Señor declaró a sus siervos acerca de Israel: “Los líderes de este pueblo los hacen errar, y los que son guiados por ellos son destruidos”. [Isaías 9:16.] “Los profetas profetizan mentira, y los sacerdotes gobiernan por medio de ellos, ya mi pueblo le encanta que así sea; y ¿qué haréis al final de esto? [Jeremías 5:31.] “Porque desde el menor de ellos hasta el mayor de ellos, todos son dados a la avaricia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos hacen mentira.” [Jeremías 6:13.] La iglesia judía, una vez tan altamente favorecida por el Señor, se convirtió en un asombro y un oprobio por la negligencia en mejorar las bendiciones que se les concedían. El orgullo y la incredulidad los llevaron a la ruina. Pero estas escrituras no se aplican solo al antiguo Israel. Aquí se describen el carácter y la condición de muchas iglesias nominalmente cristianas. Aunque en posesión de bendiciones mucho mayores que las concedidas a los judíos, están siguiendo los pasos de ese pueblo; y cuanto mayor es [239] la luz y los privilegios otorgados, mayor es la culpa de aquellos que permitirles pasar sin mejorar.

El cuadro que el apóstol Pablo ha trazado del pueblo profeso de Dios en los últimos días es una descripción triste pero fiel de

las iglesias populares de nuestro tiempo. “Teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella”, “amadores de los deleites más que de Dios”, “amadores de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios”, [2 [Timoteo 3:2-7.](#)]—ésta son algunas especificaciones del oscuro catálogo que ha dado. Y en vista de las frecuentes y sorprendentes revelaciones de crímenes, incluso entre aquellos que ministran en cosas santas, ¿quién se atreve a afirmar que hay un pecado enumerado por el apóstol que no se oculta bajo una profesión de cristianismo?

“¿Pero qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia?” “¿Y qué concordia tiene Cristo con Belial?” “¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois templo del Dios viviente; como ha dicho Dios: Habitaré en ellos y andaré en ellos; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Salid pues de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo, y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso. ” [2 [Corintios 6:14-18.](#)]

A la proclamación del mensaje del primer ángel, el pueblo de Dios estaba en Babilonia; y muchos verdaderos cristianos todavía se encuentran en su comunión. No pocos que nunca han visto las verdades especiales para este tiempo están insatisfechos con su posición actual y anhelan una luz más clara. Buscan en vano la imagen de [240] Cristo en la iglesia. A medida que las iglesias se aparten cada vez más de la verdad y se alíen más estrechamente con el mundo, llegará el momento en que los que temen y honran a Dios ya no podrán permanecer en relación con ellas. Aquellos que “no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”, serán dejados para recibir un “poder engañoso” y para “crear una mentira”. [2 [Tesalonicenses 2:11, 12.](#)] Entonces se manifestará nuevamente el espíritu de persecución. Pero la luz de la verdad brillará sobre todos aquellos cuyos corazones estén abiertos para recibirla, y todos los hijos del Señor que todavía están en Babilonia, prestarán atención al llamado: “Salid de ella, pueblo mío”.

[241]

Capítulo 16—El tiempo de demora

Cuando el año 1843 [Ver [Apéndice](#), nota 4.] murió completamente sin la presencia de Jesús, los que habían esperado con fe su venida quedaron por un tiempo en duda y perplejidad. Pero a pesar de su decepción, muchos continuaron escudriñando las Escrituras, examinando nuevamente las evidencias de su fe y estudiando cuidadosamente las profecías para obtener más luz. El testimonio bíblico en apoyo de su posición parecía claro y concluyente. Señales que no podían ser confundidas apuntaban a la venida de Cristo como cercana. Los creyentes no podían explicar su desilusión; sin embargo, se sintieron seguros de que Dios los había guiado en su experiencia pasada.

Su fe fue grandemente fortalecida por la aplicación directa y forzosa de aquellas escrituras que establecían un tiempo de espera. Ya en 1842, el Espíritu de Dios se había movido sobre Charles Fitch para diseñar el cuadro profético, que los adventistas generalmente consideraban como el cumplimiento del mandato dado por el profeta Habacuc, de “escribir la visión y aclararla sobre tablas”. .” Nadie, sin embargo, vio entonces el tiempo de demora, que se presentó en la misma [242] profecía. Después de la desilusión, se hizo evidente el significado completo de esta escritura. Así habla el profeta: “Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que la lea. Porque la visión tardará aún por un tiempo, mas al fin hablará, y no mentirá: aunque tardare, espéralo; porque ciertamente vendrá, no tardará.” [Habacuc 2:2, 3.]

Una porción de la profecía de Ezequiel también fue una fuente de mucha fortaleza y consuelo para los creyentes: “Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, ¿qué refrán tienes en la tierra de Israel, que dice: El se prolongan los días, y se desvanece toda visión? Diles pues: Así ha dicho Jehová el Señor: “Se acercan los días, y el efecto de toda visión”. “Hablaré, y la palabra que hablaré se cumplirá; no se prolongará más.” “Los de la casa de Israel dicen: La visión que él ve es para muchos días, y él profetiza de los tiempos que vendrán.

lejos. Por tanto, díles: Así ha dicho Jehová el Señor: Ninguna de mis palabras se prolongará más, sino que se cumplirá la palabra que he hablado". [Ezequiel 12:21-25, 27, 28.]

Los que esperaban se regocijaron porque Aquel que conoce el fin desde el principio había mirado a través de los siglos y, previendo su desilusión, les había dado palabras de valor y esperanza. Si no hubiera sido por tales porciones de las Escrituras, que mostraban que estaban en el camino correcto, su fe habría fallado en esa hora de prueba.

En la parábola de las diez vírgenes, [Mateo 25](#), la experiencia de los adventistas está ilustrada por los incidentes de un matrimonio oriental. [243] "Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo".

"Mientras tardaba el novio, todas se adormecieron y se durmieron". El movimiento generalizado bajo la proclamación del primer mensaje respondió a la salida de las vírgenes, mientras que el paso del tiempo de espera, el chasco y la demora fueron representados por la tardanza del novio. Pasado el tiempo definido, los verdaderos creyentes aún estaban unidos en la creencia de que el fin de todas las cosas estaba cerca; pero pronto se hizo evidente que estaban perdiendo, hasta cierto punto, su celo y devoción, y estaban cayendo en el estado denotado en la parábola por el sueño de las vírgenes durante el tiempo de espera.

Por esta época, comenzó a aparecer el fanatismo. Algunos que profesaban ser celosos creyentes en el mensaje rechazaron la palabra de Dios como la única guía infalible y, alegando ser guiados por el Espíritu, se entregaron al control de sus propios sentimientos, impresiones e imaginaciones. Hubo algunos que manifestaron un celo ciego e intolerante, denunciando a todos los que no sancionarían su proceder. Sus ideas y ejercicios fanáticos no encontraron la simpatía del gran cuerpo de adventistas; sin embargo, sirvieron para traer oprobio a la causa de la verdad.

Satanás buscaba por este medio oponerse y destruir la obra de Dios. La gente se había sentido muy conmovida por el movimiento adventista, miles de pecadores se habían convertido y hombres fieles se estaban entregando a la obra de proclamar la verdad, incluso en el tiempo de demora. El príncipe del mal perdía a sus súbditos; [244] y para afrentar la causa de Dios, procuraba engañar a los que profesaban la fe y llevarlos al extremo.

Entonces sus agentes estaban listos para aprovechar cada error, cada falla, cada acto impropio, y presentarlo ante la gente bajo la luz más exagerada, para volver odiosos a los adventistas y su fe. Así, cuanto mayor fuera el número de personas a las que pudiera congregarse para que hicieran profesión de la fe adventista mientras su poder controlaba sus corazones, mayor ventaja obtendría llamando la atención sobre ellos como representantes de todo el cuerpo de creyentes.

Satanás es un acusador de los hermanos, y es su espíritu el que inspira a los hombres a estar atentos a los errores y defectos del pueblo del Señor, ya ponerlos en evidencia, mientras que sus buenas obras pasan desapercibidas. Siempre está activo cuando Dios está obrando por la salvación de las almas. Cuando los hijos de Dios vienen a presentarse ante el Señor, Satanás viene también entre ellos. En cada avivamiento está listo para traer a aquellos que no están santificados de corazón y desequilibrados de mente. Cuando han aceptado algunos puntos de la verdad y se han ganado un lugar entre los creyentes, trabaja a través de ellos para introducir teorías que engañarán a los incautos. Ningún hombre es probado como un verdadero cristiano porque se encuentra en compañía de los hijos de Dios, incluso en la casa de adoración y alrededor de la mesa del Señor. Satanás está frecuentemente allí en las ocasiones más solemnes, en la forma de aquellos a quienes puede usar como sus agentes.

El gran engañador profesará cualquier cosa para ganar adeptos. Pero si pretende ser convertido, si él, si fuera [245] posible, entrara en el Cielo y se asociara con los ángeles, su carácter no cambiaría. Mientras que los verdaderos adoradores estarían inclinados en adoración ante su Hacedor, él estaría tramando maldad contra la causa y el pueblo de Dios, ideando medios para atrapar almas, considerando el método más exitoso de sembrar cizaña.

Satanás disputa cada centímetro de terreno por el que avanza el pueblo de Dios en su jornada hacia la ciudad celestial. En toda la historia de la iglesia, ninguna reforma se ha llevado adelante sin encontrar serios obstáculos. Así fue en los días de Pablo. Dondequiera que el apóstol levantaba una iglesia, había algunos que profesaban recibir la fe, pero que traían herejías que, si se recibían, eventualmente desplazarían el amor a la verdad. Lutero sufrió gran perplejidad y angustia por el proceder de personas fanáticas que pretendían que Dios había hablado directamente a través de ellas, y que por lo tanto ponían sus propias ideas y opiniones por encima del testimonio de

las Escrituras Muchos que carecían de fe y de experiencia, pero que tenían bastante autosuficiencia y amaban oír y decir algo nuevo, fueron engañados por las pretensiones de los nuevos maestros, y se unieron a los agentes de Satanás en su obra de desgarrar abajo lo que Dios había movido a Lutero a construir. Los Wesley también, y otros que bendijeron al mundo por su influencia y su fe, se encontraron a cada paso con las artimañas de Satanás al empujar a los que eran demasiado entusiastas, desequilibrados y no santificados al fanatismo de todos los grados.

Wm. Miller no simpatizaba con aquellas influencias que condujeron al fanatismo. Declaró, con Martín Lutero, que todo espíritu debe ser probado por la palabra de Dios: “El diablo tiene gran poder sobre la [246] mente de algunos en el día de hoy. ¿Y cómo sabremos de qué clase de espíritu son? La Biblia responde: ‘Por sus frutos los conoceréis.’” “Hay muchos espíritus que han salido por el mundo; y se nos ordena probar los espíritus. El espíritu que no nos lleva a vivir sobria, justa y piadosamente en este mundo presente, no es el espíritu de Cristo. Estoy cada vez más convencido de que Satanás tiene mucho que hacer en estos movimientos salvajes”. “Muchos de nosotros, que pretenden ser totalmente santificados, están siguiendo las tradiciones de los hombres, y aparentemente son tan ignorantes de la verdad como otros que no tienen tales pretensiones, y no son ni la mitad de modestos”. “El espíritu de error nos apartará de la verdad; y el Espíritu de Dios nos guiará a la verdad. Pero, decís, un hombre puede estar en el error y pensar que tiene la verdad. ¿Entonces que? Respondemos: El Espíritu y la palabra concuerdan. Si un hombre se juzga a sí mismo por la palabra de Dios, y encuentra una perfecta armonía a través de toda la palabra, entonces debe creer que tiene la verdad; pero si encuentra que el espíritu por el cual es guiado no armoniza con todo el tenor de la ley o el libro de Dios, entonces que camine con cuidado, no sea que caiga en la trampa del diablo.” “A menudo he obtenido más evidencia de piedad interna de una mirada encendida, una mejilla mojada y una expresión ahogada, que de todo el ruido de la cristiandad”.

Los enemigos de la Reforma cargaron todos los males del fanatismo sobre los mismos que trabajaban más fervientemente contra él. Los opositores del movimiento adventista siguieron un curso similar. Y no contentos con tergiversar y exagerar los errores de extremistas y fanáticos, hicieron circular informes desfavorables [247] que no tenían la menor apariencia de verdad. Estas personas estaban movidas por el prejuicio y el odio. Su paz fue perturbada

por el anuncio de Cristo a la puerta. Temían que pudiera ser cierto, pero esperaban que no lo fuera, y ese era el secreto de su guerra contra los adventistas y su fe.

El hecho de que unos cuantos fanáticos se abrieron camino en las filas de los adventistas no es más una razón para decidir que el movimiento no era de Dios, que la presencia de fanáticos y engañadores en la iglesia en los días de Pablo o Lutero una excusa suficiente para descartar o ridiculizando su trabajo. Que el pueblo de Dios se despierte del sueño y comience con fervor la obra de arrepentimiento y reforma, que escudriñen las Escrituras para aprender la verdad tal como es en Jesús, que se consagren enteramente a Dios, y la evidencia no será queriendo que Satanás siga activo y vigilante. Con todo el engaño posible manifestará su poder, llamando en su ayuda a todos los ángeles caídos de su reino.

No fue la proclamación del mensaje de Adviento lo que creó fanatismo y división. Estos aparecieron en el verano de 1844, cuando los adventistas estaban en un estado de duda y perplejidad en cuanto a su posición real. La predicación del primer mensaje en 1843 y del clamor de medianoche en 1844 tendieron directamente a reprimir el fanatismo y la disensión. Los que participaron en estos solemnes movimientos estaban en armonía; sus corazones estaban llenos de amor el uno por el otro, y por Jesús, a quien esperaban ver pronto. La única fe, la única bendita esperanza, los levantó por encima del control de cualquier influencia humana y resultó ser un escudo contra los ataques de Satanás.

Capítulo 17—El clamor de medianoche

[248]

“Mientras tardaba el novio, todas se adormecieron y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: He aquí viene el novio; salid a su encuentro. Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas”. [\[Mateo 25:5-7.\]](#)

En el verano de 1844, los adventistas descubrieron el error en su cálculo anterior de los períodos proféticos y se establecieron en la posición correcta. Los 2300 días de [Daniel 8:14](#), que todos creían que se extendía hasta la segunda venida de Cristo, se pensaba que terminaría en la primavera de 1844; pero ahora se vio que este período se extendía hasta el otoño del mismo año, [Ver [Apéndice](#), nota 1.] y las mentes de los adventistas estaban fijadas en este punto como el momento de la aparición del Señor . La proclamación del mensaje de este tiempo fue un paso más en el cumplimiento de la parábola de las bodas, cuya aplicación a la experiencia de los adventistas ya se había visto claramente. Así como en la parábola el clamor se elevó a medianoche anunciando la llegada del novio, así en el cumplimiento, a mitad de camino entre la primavera de 1844, cuando se supuso por primera vez que terminarían los 2300 días, y el otoño de 1844, momento en el cual más tarde se descubrió que [\[249\]](#) realmente iban a cerrarse, se levantó tal clamor, con las mismas palabras de la Escritura: “He aquí, viene el Esposo; salid a recibirle ”.

Como un maremoto, el movimiento barrió la tierra. Fue de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, y en lugares remotos del país, hasta que el pueblo de Dios que esperaba se despertó por completo. Ante esta proclama, el fanatismo desapareció, como la escarcha temprana ante el sol naciente. Los creyentes encontraron una vez más su posición, y la esperanza y el coraje animaron sus corazones. La obra estuvo libre de esos extremos que siempre se manifiestan cuando hay excitación humana sin la influencia controladora de la palabra y el Espíritu de Dios. Fue similar en carácter a aquellas temporadas de humillación y regreso al Señor que entre el antiguo Israel siguió a los mensajes de reprensión de sus siervos. Tenía las características que marcan la

obra de Dios en cada época. Hubo poca alegría extática, sino más bien una profunda búsqueda del corazón, confesión del pecado y abandono del mundo. Una preparación para el encuentro con el Señor fue la carga de los espíritus agonizantes. Hubo oración perseverante y consagración sin reservas a Dios.

Dijo Wm. Miller, al describir esa obra: “No hay una gran expresión de alegría; es decir, como suprimida para una ocasión futura, cuando todo el Cielo y la tierra se regocijarán juntamente con un gozo inefable y glorioso. No hay gritos; eso también está reservado para el grito del Cielo. Los cantores guardan silencio; están esperando para unirse a las huestes angélicas, el coro del Cielo. No se utilizan ni se necesitan argumentos; todos parecen convencidos de que tienen la verdad. No hay choque de sentimientos; todos son de un solo corazón y de una misma mente.”

[250] De todos los grandes movimientos religiosos desde los días de los apóstoles, ninguno ha estado más libre de la imperfección humana y de las artimañas de Satanás que el del otoño de 1844. Incluso ahora, después de un lapso de cuarenta años, todos los que participaron en ese movimiento y que se han mantenido firmes sobre la plataforma de la verdad, todavía sienten la santa influencia de esa bendita obra, y dan testimonio de que fue de Dios.

A la llamada, “Viene el Esposo; salid a recibirle”, los que esperaban “se levantaron y arreglaron sus lámparas”; estudiaron la palabra de Dios con una intensidad de interés antes desconocida. Se enviaron ángeles del cielo para despertar a los que se habían desanimado y prepararlos para recibir el mensaje. La obra no se basó en la sabiduría y el saber de los hombres, sino en el poder de Dios. No fueron los más talentosos, sino los más humildes y devotos, los primeros en escuchar y obedecer el llamado. Los agricultores dejaron sus cultivos en pie en los campos, los mecánicos dejaron sus herramientas y con lágrimas y regocijo salieron a dar el aviso. Los que anteriormente habían liderado la causa fueron de los últimos en unirse a este movimiento. Las iglesias en general cerraron sus puertas contra eso, y una gran multitud que tenía el testimonio vivo se retiró de su conexión. En la providencia de Dios, este clamor se unió al mensaje del segundo ángel y dio poder a esa obra.

El clamor de medianoche no se basó tanto en argumentos, aunque la prueba de las Escrituras fue clara y concluyente. Iba con él un poder impulsor que movía el alma. No hubo duda, ningún [251] cuestionamiento.

Con ocasión de la entrada triunfal de Cristo en

Jerusalén, el pueblo que se había reunido de todas partes de la tierra para celebrar la fiesta, acudió en masa al Monte de los Olivos, y al unirse a la multitud que escoltaba a Jesús, captaron la inspiración de la hora y ayudaron a aumentar el grito. , “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” [Mateo [21:9.](#)] De la misma manera, los incrédulos que acudían a las reuniones adventistas — algunos por curiosidad, otros simplemente para ridiculizar— sintieron el poder convincente del mensaje: “¡Aquí viene el Esposo!”.

En ese tiempo había fe que traía respuestas a la oración, fe que respetaba la recompensa de la recompensa. Como aguaceros sobre la tierra sedienta, el Espíritu de gracia descendió sobre los buscadores fervientes. Los que esperaban encontrarse pronto cara a cara con su Redentor sintieron un gozo solemne que era indecible. El poder suavizante y subyugante del Espíritu Santo derretió el corazón, mientras ola tras ola de la gloria de Dios se extendía sobre los creyentes fieles.

Cuidadosa y solemnemente los que recibieron el mensaje llegaron hasta el momento en que esperaban encontrarse con su Señor. Cada mañana sentían que era su primer deber asegurar la evidencia de su aceptación por parte de Dios. Sus corazones estaban íntimamente unidos y oraban mucho con y por los demás. A menudo se reunían en lugares apartados para tener comunión con Dios, y la voz de intercesión ascendía al cielo desde los campos y arboledas. La seguridad de la aprobación del Salvador les era más necesaria que su alimento diario, y si una nube oscurecía sus mentes, no descansaban hasta que se *disipaba* . Al sentir el testimonio de la gracia perdonadora, anhelaron contemplar a Aquel a quien amaban sus almas.

Pero de nuevo estaban destinados a la decepción. Pasó el tiempo de la espera, y su Salvador no aparecía. Con confianza inquebrantable habían esperado su venida, y ahora se sentían como María, cuando, llegando a la tumba del Salvador y encontrándola vacía, exclamó llorando: “Se han llevado a mi Señor, y no sé adónde lo han llevado”. lo han puesto.” [Juan [20:13.](#)]

Un sentimiento de asombro, un temor de que el mensaje pudiera ser verdadero, había servido por un tiempo como restricción para el mundo incrédulo. Después del paso del tiempo, esto no desapareció de inmediato; no se atrevieron a triunfar sobre los defraudados; pero como no se vieron señales de la ira de Dios, se recobraron de sus temores y reanudaron sus reproches y burlas. Una clase numerosa que había profesado creer en

la pronta venida del Señor, renunciaron a su fe. Algunos que habían tenido mucha confianza estaban tan profundamente heridos en su orgullo que sentían ganas de huir del mundo. Como Jonás, se quejaron de Dios y prefirieron la muerte a la vida. Aquellos que habían basado su fe en las opiniones de otros, y no en la palabra de Dios, ahora estaban igualmente listos para intercambiar sus puntos de vista. Los burladores ganaron a los débiles y cobardes para sus filas, y todos se unieron para declarar que ya no podía haber más temores ni expectativas. El tiempo había pasado, el Señor no había venido y el mundo podría permanecer igual por miles de años.

[253] Los creyentes fervientes y sinceros lo habían dejado todo por Cristo y habían compartido su presencia como nunca antes. Como creían, habían dado su última advertencia al mundo y, esperando ser recibidos pronto en la compañía de su divino Maestro y los ángeles celestiales, se habían apartado en gran medida de la multitud incrédula. Con intenso deseo habían orado: “Ven, Señor Jesús, y ven pronto”. Pero él no había venido. Y ahora, asumir de nuevo la pesada carga de las preocupaciones y perplejidades de la vida, y soportar las burlas y las burlas de un mundo burlón, fue ciertamente una terrible prueba de fe y paciencia.

Sin embargo, esta desilusión no fue tan grande como la que experimentaron los discípulos en el momento de la primera venida de Cristo. Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, sus seguidores creyeron que estaba a punto de ascender al trono de David y liberar a Israel de sus opresores. Con grandes esperanzas y gozosas anticipaciones competían entre sí para honrar a su Rey. Muchos extendieron sus prendas de vestir exteriores como una alfombra en su camino, o esparcieron ante él las frondosas ramas de la palma. En su alegría entusiasta se unieron en la aclamación alegre: “¡Hosanna al Hijo de David!” Cuando los fariseos, perturbados y enojados por este estallido de alegría, quisieron que Jesús reprendiera a sus discípulos, él respondió: “Si estos callaran, las piedras gritarían inmediatamente”. [Lucas 19:40.] La profecía debe cumplirse. Los discípulos estaban cumpliendo el propósito de Dios; sin embargo, estaban condenados a una amarga decepción. Pero habían pasado algunos días antes de que fueran testigos de la muerte agonizante del Salvador, y [254] lo pusieran en la tumba. Sus expectativas no se habían realizado en un solo particular, y sus esperanzas murieron con Jesús. Hasta que su Señor no salió triunfante de la tumba.

todo había sido predicho por la profecía, y “que Cristo debió haber padecido y resucitado de entre los muertos”. [\[Hechos 17:3.\]](#) De la misma manera se cumplió la profecía en los mensajes del primer y segundo ángel. Fueron dados en el momento oportuno, y cumplieron la obra que Dios dispuso realizar por medio de ellos.

El mundo había estado observando, esperando que si pasaba el tiempo y Cristo no aparecía, todo el sistema adventista sería abandonado. Pero mientras muchos, bajo fuerte tentación, cedieron en su fe, hubo algunos que se mantuvieron firmes. No pudieron detectar ningún error en su cómputo de los períodos proféticos. El más capaz de sus oponentes no había logrado derrocar su posición. Ciertamente, había habido un fracaso en cuanto al evento esperado, pero incluso esto no pudo quebrantar su fe en la palabra de Dios. Cuando Jonás proclamó en las calles de Nínive que dentro de cuarenta días la ciudad sería destruida, el Señor aceptó la humillación de los ninivitas y extendió su período de prueba; sin embargo, el mensaje de Jonás fue enviado por Dios, y Nínive fue probada de acuerdo con su voluntad. Los adventistas creían que Dios los había guiado de la misma manera a advertir al mundo del Juicio venidero y, a pesar de su desilusión, se sintieron seguros de que habían llegado a una crisis muy importante.

Se consideraba que la parábola del siervo malo se aplicaba a aquellos que deseaban postergar la venida del Señor: “Si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi Señor tarda en venir; y [\[255\]](#) comenzará a herir a sus consiervos, ya comer y beber con los borrachos; vendrá el Señor de aquel siervo en el día que no espera, y a la hora que no sabe, y lo cortará en dos, y le pondrá su parte con los hipócritas.”

[\[Mateo 24:48-51.\]](#)

Los sentimientos de los que se aferraron a la verdad adventista se expresan en las palabras de Wm. Miller: “Si tuviera que volver a vivir mi vida, con la misma evidencia que tenía entonces, para ser honesto con Dios y los hombres, tendría que hacer lo que he hecho”. “Espero haber limpiado mis vestidos de la sangre de las almas; Siento que, en la medida de lo posible, me he librado de toda culpa en su condena”.

“Aunque dos veces he sido defraudado”, escribió este hombre de Dios, “todavía no estoy abatido ni desanimado”. “Mi esperanza en la venida de Cristo es tan fuerte como siempre. Sólo he hecho lo que, después de años de sobria consideración, sentí que era mi deber solemne hacer. Si me he equivocado, es

ha estado del lado de la caridad, el amor al prójimo y mi convicción del deber hacia Dios". "Una cosa sí sé, nada he predicado sino lo que creía; y la mano de Dios ha estado conmigo, su poder se ha manifestado en la obra, y se ha hecho mucho bien." "Muchos miles, según toda apariencia humana, han sido hechos estudiar las Escrituras por la predicación de la época; y por este medio, mediante la fe y la aspersión de la sangre de Cristo, han sido reconciliados con Dios." "Nunca cortejé las sonrisas de los orgullosos, ni me acobardé cuando el mundo frunció el ceño. No compraré ahora [256] su favor, ni iré más allá del deber p Jamás buscaré mi vida en sus manos, ni me asustaré, espero, de perderla, si Dios en su buena providencia así lo ordena."

Dios no abandonó a su pueblo; su Espíritu moraba todavía con aquellos que no negaban temerariamente la luz que habían recibido y denunciaban el movimiento adventista. El apóstol Pablo, mirando a lo largo de los siglos, había escrito palabras de aliento y advertencia para los probados que esperaban en esta crisis: "No desechéis, pues, vuestra confianza, que tiene grande recompensa de galardón. Porque os es necesaria la paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, podáis recibir la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Ahora bien, el justo por la fe vivirá; pero si alguno retrocede, mi alma no se complacerá en él.

Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que creen para salvación del alma." [Hebreos [10:35-39](#).]

Las personas aquí a las que se dirige estaban en peligro de naufragar en la fe. Habían hecho la voluntad de Dios siguiendo la guía de su Espíritu y su palabra; sin embargo, no podían entender su propósito en su experiencia pasada, ni podían discernir el camino que tenían delante, y estaban tentados a dudar si Dios realmente los había estado guiando. En este momento las palabras eran especialmente aplicables: "Ahora el justo por la fe vivirá". Cuando la brillante luz del clamor de medianoche brilló en su camino, y vieron las profecías abiertas y las señales que se cumplieron rápidamente que anunciaban que la venida de Cristo estaba cerca, los adventistas habían caminado, por así decirlo, por la vista. Pero ahora, doblegados por las esperanzas frustradas, solo podían mantenerse firmes por la fe en Dios y en su palabra. El mundo burlón decía: "Has sido engañado. Renuncia a tu fe y di que el movimiento adventista era de Satanás". Pero la palabra

retroceda, mi alma no se complacerá en él.” Renunciar a su fe ahora, y negar el poder del Espíritu Santo que había acompañado el mensaje, sería retroceder hacia la perdición.

Fueron alentados a la firmeza por las palabras de Pablo: “ No desechéis, pues, vuestra confianza”; “necesitáis paciencia”; “porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará.” Su único proceder seguro era atesorar la luz que ya habían recibido de Dios, aferrarse a sus promesas y continuar escudriñando las Escrituras, y esperar pacientemente y velar para recibir más luz.

[258]

Capítulo 18—El santuario

La escritura que por encima de todas las demás había sido tanto el fundamento como el pilar central de la fe adventista era la declaración: “Hasta dos mil trescientos días; entonces el santuario será purificado.” [Daniel 8:14.] Estas habían sido palabras familiares para todos los creyentes en la pronta venida del Señor. En labios de miles se repitió con gozo esta profecía como consigna de su fe. Todos sintieron que de los acontecimientos que allí se presentaban dependían sus más brillantes expectativas y sus más preciadas esperanzas. Se había demostrado que estos días proféticos terminaban en el otoño de 1844. Al igual que el resto del mundo cristiano, los adventistas de entonces sostenían que la tierra, o alguna porción de ella, era el santuario, y que la purificación del santuario era la purificación de la tierra por los fuegos del último gran día. Entendieron que esto ocurriría en la segunda venida de Cristo. De ahí la conclusión de que Cristo regresaría a la tierra en 1844.

Pero llegó el tiempo señalado, y el Señor no apareció. Los creyentes sabían que la palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debe estar equivocada; pero donde estaba el error? Muchos [259] cortaron temerariamente el nudo de la dificultad al negar que los 2300 días terminaron en 1844. No se podía dar ninguna razón para esta posición, excepto que Cristo no había venido en el momento de la expectativa. Argumentaron que si los días proféticos hubieran terminado en 1844, entonces Cristo habría venido a limpiar el santuario mediante la purificación de la tierra por fuego; y que por no haber venido, los días no hubieran podido acabarse.

Aceptar esta conclusión era renunciar al cómputo anterior de los períodos proféticos y envolver toda la cuestión en confusión. Fue una entrega deliberada de posiciones que habían sido alcanzadas a través del estudio ferviente y devoto de las Escrituras, por mentes iluminadas por el Espíritu de Dios y corazones ardiendo con su poder viviente; posiciones que habían resistido las críticas más profundas y la oposición más amarga de religiosos populares y hombres sabios del mundo, y que se habían mantenido firmes contra las fuerzas combinadas

de erudición y elocuencia, y las burlas y vituperios por igual de los honorables y los bajos. Y todo este sacrificio se hizo para mantener la teoría de que la tierra es el santuario.

Dios había guiado a su pueblo en el gran movimiento adventista; su poder y gloria habían acompañado la obra, y no permitiría que terminara en tinieblas y desilusión, para ser reprochada como una excitación falsa y fanática. No dejaría su palabra envuelta en la duda y la incertidumbre. Aunque la mayoría de los adventistas abandonaron su cómputo anterior de los períodos proféticos y, en consecuencia, negaron la corrección del movimiento basado en ellos, algunos no estaban dispuestos [260] a renunciar a puntos de fe y experiencia sustentados por las Escrituras y por el testimonio especial del Espíritu de Dios. Creían que habían adoptado sólidos principios de interpretación en su estudio de las Escrituras, y que era su deber aferrarse a las verdades ya adquiridas y seguir el mismo curso de investigación bíblica. Con oración ferviente revisaron su posición y estudiaron las Escrituras para descubrir su error. Como no podían ver ningún error en su explicación de los períodos proféticos, fueron inducidos a examinar más de cerca el tema del santuario. [Ver [Apéndice](#), nota 5.]

En su investigación aprendieron que el santuario terrenal, edificado por Moisés por mandato de Dios, según el modelo que se le mostró en el monte, era “figura del tiempo presente, en el cual se ofrecían ofrendas y sacrificios”; que sus dos lugares santos eran “modelos de cosas en los cielos”; que Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es “ministro del santuario, y del verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”; que “Cristo no entró en el lugar santo hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios”. [[Hebreos 9:9, 23; 8:2; 9:24.](#)]

El santuario en el cielo, en el que Jesús ministra en nuestro favor, es el gran original, del cual el santuario construido por Moisés fue una copia. Dios puso su Espíritu sobre los constructores del santuario terrenal. La habilidad artística desplegada en su construcción fue una manifestación de la sabiduría divina. Las paredes tenían la apariencia de oro macizo, reflejando en todas direcciones la luz de las siete lámparas del [261] candelabro de oro. La mesa de los panes y el altar del incienso brillaban como oro bruñido. La espléndida cortina que se formó

el techo, adornado con figuras de ángeles en azul, púrpura y escarlata, se sumó a la belleza de la escena. Y más allá del segundo velo estaba la santa shekinah, la manifestación visible de la gloria de Dios, ante la cual sólo el sumo sacerdote podía entrar y vivir. El incomparable esplendor del tabernáculo terrenal reflejaba a la visión humana las glorias de ese templo celestial donde Cristo, nuestro precursor, ministra por nosotros ante el trono de Dios.

Así como el santuario en la tierra tenía dos departamentos, el santo y el santísimo, así también hay dos lugares santos en el santuario del cielo. Y el arca que contiene la ley de Dios, el altar del incienso y otros instrumentos de servicio que se encuentran en el santuario de abajo, tienen también su contrapartida en el santuario de arriba. En una santa visión, al apóstol Juan se le permitió entrar en el Cielo, y allí vio el candelero y el altar del incienso, y cuando "se abrió el templo de Dios", también vio "el arca de su testamento". [[Apocalipsis 4:5; 8:3; Apocalipsis 11:19.](#)]

Aquellos que buscaban la verdad encontraron pruebas indiscutibles de la existencia de un santuario en el Cielo. Moisés hizo el santuario terrenal según un modelo que le fue mostrado. Pablo declara que ese patrón era el verdadero santuario que está en el Cielo. Juan testifica que lo vio en el Cielo.

En el templo del cielo, la morada de Dios, su trono está establecido en justicia y juicio. En el lugar santísimo está [262] su ley, la gran regla de justicia por la que todos los hombres son probados. El arca que guarda las tablas de la ley está cubierta con el propiciatorio, ante el cual Cristo aboga por su sangre en favor del pecador. Así se representa la unión de la justicia y la misericordia en el plan de la redención humana. Esta unión solo la sabiduría infinita podría concebir, y el poder infinito lograr; es una unión que llena todo el Cielo de asombro y adoración. Los querubines del santuario terrenal que miran con reverencia hacia el propiciatorio, representan el interés con el que las huestes celestiales contemplan la obra de la redención. Este es el misterio de la misericordia en el que los ángeles desean mirar: que Dios puede ser justo mientras justifica al pecador arrepentido y renueva su relación con la raza caída; que Cristo pudo rebajarse para levantar multitudes innumerables del abismo de la ruina, y vestirlos con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia, para unirse con ángeles que nunca han caído, y morar para siempre en la presencia de D

Al término de los 2300 días, en 1844, no había existido ningún santuario en la tierra durante muchos siglos; por lo tanto, el santuario en el Cielo debe ser el que se menciona en la declaración: “Hasta dos mil trescientos días; entonces el santuario será purificado.” Pero, ¿cómo podría necesitar limpieza un santuario en el Cielo? Volviendo de nuevo a las Escrituras, los estudiantes de profecía aprendieron que la purificación no era una remoción de impurezas físicas, porque debía llevarse a cabo con sangre y, por lo tanto, debía ser una purificación del pecado. Así dice el apóstol: “Era, pues, necesario que los patrones de las cosas en los Cielos fueran purificados con estos [la sangre de [263] animales]; sino las cosas celestiales mismas con mejores sacrificios que estos [incluso la preciosa sangre de Cristo].” [Hebreos 9:23.] Para obtener un mayor conocimiento de la purificación a la que apunta la profecía, era necesario entender el ministerio del santuario celestial. Esto sólo podía aprenderse de la ministración del santuario terrenal; porque Pablo declara que los sacerdotes que oficiaban allí servían “a imagen y sombra de las cosas celestiales”. [Hebreos 8:5.]

El ministerio del santuario terrenal constaba de dos divisiones: los sacerdotes ministraban diariamente en el lugar santo, mientras que una vez al año el sumo sacerdote hacía una obra especial de expiación en el lugar santísimo, para la purificación del santuario. Día tras día, el pecador arrepentido traía su ofrenda a la puerta del tabernáculo y, poniendo su mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos así figurativamente al sacrificio inocente. Luego se sacrificaba el animal y el sacerdote llevaba la sangre o la carne al lugar santo. Así el pecado fue, en figura, transferido al santuario. Tal fue el trabajo que se avanzó a lo largo del año. La continua transferencia de los pecados al santuario hacía necesaria una obra adicional de ministración para su remoción. El décimo día del séptimo mes, el sumo sacerdote entraba en el aposento interior, o lugar santísimo, al que se le prohibía, bajo pena de muerte, entrar en cualquier otro momento. La purificación del santuario que luego se realizaba completaba la ronda anual de servicio.

En el gran día de expiación, dos cabritos de las cabras fueron [264] traídos a la puerta del tabernáculo, y se echaron suertes sobre ellos, “una suerte para el Señor, y la otra suerte para el macho cabrío expiatorio”. El macho cabrío sobre el que cayera la suerte por el Señor debía ser sacrificado como ofrenda por el pecado

para la gente. Y el sacerdote debía traer su sangre dentro del velo, y rociarla sobre el propiciatorio, y delante del propiciatorio. “Y él hará expiación por el lugar santo, a causa de la inmundicia de los hijos de Israel, ya causa de sus transgresiones en todos sus pecados; y así hará con el tabernáculo de reunión que queda entre ellos en medio de su inmundicia.” [Levítico 16:8, 16.]

“Y Aarón pondrá sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones en todos sus pecados, poniéndolos sobre la cabeza del macho cabrío, y enviará él por la mano de un hombre apto en el desierto; y el macho cabrío llevará sobre sí todas sus iniquidades a una tierra no habitada.” [Levítico 16:21, 22.] El chivo expiatorio no volvió más al campamento de Israel, y el hombre que lo conducía debía lavarse a sí mismo y a su ropa con agua antes de regresar al campamento.

Toda la ceremonia estaba diseñada para impresionar a los israelitas con la santidad de Dios y su aborrecimiento del pecado y, además, para mostrarles que no podían entrar en contacto con el pecado sin contaminarse. Se requería que cada hombre afligiera su alma mientras esta obra de expiación avanzaba. Todos los asuntos quedaron a un lado, y toda la congregación de Israel pasó el día en solemne humillación ante Dios, con oración, ayuno y un profundo escudriñamiento del corazón.

[265]

Del servicio típico se pueden aprender verdades importantes acerca de la expiación. Se aceptó un sustituto en lugar del pecador; pero el pecado no fue cancelado por la sangre de la víctima. Así se proporcionó un medio por el cual fue trasladado al santuario. Mediante la ofrenda de sangre, el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba su culpa en la transgresión y expresaba su deseo de perdón por medio de la fe en un Redentor venidero; pero aún no estaba enteramente liberado de la condenación de la ley. En el día de la expiación, el sumo sacerdote, habiendo tomado una ofrenda de la congregación, entraba en el lugar santísimo con la sangre de esta ofrenda general, y la rociaba sobre el propiciatorio, directamente sobre la ley, para satisfacer su reclamación (es. Luego, en su carácter de mediador, tomó sobre sí los pecados y los llevó fuera del santuario. Colocando sus manos sobre la cabeza del chivo expiatorio, confesó sobre él todos estos pecados, transfiriéndolos así figura

de sí mismo a la cabra. Entonces la cabra se los llevó, y fueron considerados como separados para siempre del pueblo.

Tal fue el servicio realizado “a ejemplo y sombra de las cosas celestiales”. Y lo que se hizo en tipo en el ministerio de lo terrenal, se hace en realidad en el ministerio de lo celestial.

Después de su ascensión, nuestro Salvador comenzó su obra como nuestro sumo sacerdote.

Pablo dice: “Cristo no entró en el Lugar Santísimo hecho de mano, figura del verdadero; sino al cielo mismo, para presentarse ahora en la presencia de Dios por nosotros.” [Hebreos 9:24.] En armonía con el servicio típico, comenzó su ministerio en el lugar santo, [266] y al terminar los días proféticos en 1844, como lo predijo el profeta Daniel, entró en el lugar santísimo para realizar la última división de su solemne obra: purificar el santuario.

Así como los pecados del pueblo fueron transferidos antiguamente, en figura, al santuario terrenal por la sangre de la ofrenda por el pecado, así nuestros pecados son, de hecho, transferidos al santuario celestial por la sangre de Cristo. Y así como la limpieza típica de lo terrenal se llevó a cabo mediante la eliminación de los pecados por los cuales había sido contaminado, así la limpieza real de lo celestial debe realizarse mediante la eliminación o borrado de los pecados que están allí registrados. Esto requiere un examen de los libros de registro para determinar quiénes, mediante el arrepentimiento del pecado y la fe en Cristo, tienen derecho a los beneficios de su expiación. La purificación del santuario implica, por tanto, una obra de Juicio investigador. Esta obra debe realizarse antes de la venida de Cristo para redimir a su pueblo; porque cuando él venga, su recompensa estará con él para dar a cada uno conforme a sus obras.

[Apocalipsis 22:12.]

Así, los que siguieron en la luz progresiva de la palabra profética vieron que en lugar de venir a la tierra al final de los 2300 días en 1844, Cristo entró entonces en el lugar santísimo del santuario celestial, en la presencia de Dios, para realizar la obra final de expiación, preparatoria para su venida.

Se vio, también, que mientras la ofrenda por el pecado señalaba a Cristo como un sacrificio, y el sumo sacerdote representaba a Cristo como un mediador, el chivo expiatorio tipificaba a Satanás, el autor del pecado, sobre quien caerán los pecados del verdaderamente penitente. finalmente ser colocado. Cuando el sumo sacerdote, [267] en virtud de la sangre de la ofrenda por el pecado, quitaba los pecados del santuario, los colocaba sobre el chivo expiatorio. Cuando Cristo,

en virtud de su propia sangre, quita los pecados de su pueblo del santuario celestial al final de su ministerio, los colocará sobre Satanás, quien, en la ejecución del juicio, debe llevar la pena final. El chivo expiatorio fue enviado a una tierra no habitada, para nunca más volver a la congregación de Israel. Así será desterrado para siempre Satanás de la presencia de Dios y de su pueblo, y será borrado de la existencia en la destrucción final del pecado y de los pecadores.

Capítulo 19—Una puerta abierta y otra cerrada

[268]

El tema del santuario fue la llave que abrió el misterio del chasco, mostrando que Dios había guiado a su pueblo en el gran movimiento adventista. Abrió a la vista un sistema completo de verdad, conectado y armonioso, y reveló el deber presente al sacar a la luz la posición y la obra del pueblo de Dios.

Después de que pasó el tiempo de la expectativa, en 1844, los adventistas todavía creían que la venida del Salvador estaba muy cerca; sostenían que habían llegado a una crisis importante y que la obra de Cristo como intercesor del hombre ante Dios había cesado. Habiendo dado la advertencia del Juicio cercano, sintieron que su obra por el mundo había terminado, y perdieron la carga de su alma por la salvación de los pecadores, mientras que la burla atrevida y blasfema de los impíos les pareció otra evidencia de que el Espíritu de Dios había sido retirado de los que rechazaban su misericordia. Todo esto les confirmó en la creencia de que el tiempo de gracia había terminado o, como lo expresaron entonces, “la puerta de la misericordia estaba cerrada”. [Ver [Apéndice](#), nota 6.]

Pero una luz más clara llegó con la investigación de la cuestión del santuario. Ahora se vio la aplicación de aquellas palabras de Cristo en el Apocalipsis, dirigidas a la iglesia en este mismo tiempo: “Estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de [269] David, el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre; Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar.” [Revelación [3:7](#), 8.] Aquí se pone a la vista tanto una puerta abierta como una puerta cerrada. Al final de los 2300 días proféticos en 1844, Cristo cambió su ministerio del lugar santo al lugar santísimo. Cuando, en el ministerio del santuario terrenal, el sumo sacerdote en el día de la expiación entraba en el lugar santísimo, la puerta del lugar santo estaba cerrada, y la puerta del lugar santísimo estaba abierta. Así, cuando Cristo pasó del lugar santísimo al lugar santísimo del santuario celestial, la puerta o ministerio del primer departamento se cerró y la puerta o ministerio del segundo se abrió. Cristo había terminado una parte de su obra como nuestro

intercesor, para entrar en otra parte de la obra; y todavía presentó su sangre ante el Padre en favor de los pecadores. “He aquí” , declara, “he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar”.

Los que por fe siguen a Jesús en la gran obra de la expiación , reciben los beneficios de su mediación a favor de ellos; pero los que rechazan la luz que trae a la vista esta obra de ministración, no se benefician de ello. Los judíos que rechazaron la luz dada en la primera venida de Cristo y se negaron a creer en él como el Salvador del mundo, no pudieron recibir el perdón a través de él. Cuando Jesús en su ascensión entró por su propia sangre en el santuario celestial para derramar sobre sus discípulos las bendiciones de su mediación, los judíos [270] quedaron en total oscuridad, para continuar con sus sacrificios y ofrendas inútiles. El servicio de tipos y sombras había cesado. Aquella puerta por la que antes los hombres habían encontrado acceso a Dios, ya no estaba abierta. Los judíos se habían negado a buscarlo de la única manera en que entonces podía ser encontrado, a través del ministerio en el santuario del Cielo. Por lo tanto, no encontraron comunión con Dios. Para ellos la puerta estaba cerrada. No tenían conocimiento de Cristo como el verdadero sacrificio y el único mediador ante Dios; por lo tanto, no podían recibir los beneficios de su mediación.

La condición de los judíos incrédulos ilustra la condición de los negligentes e incrédulos entre los cristianos profesos, que ignoran voluntariamente la obra de nuestro misericordioso Sumo Sacerdote. En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, se requería que todo Israel se reuniera alrededor del santuario y de la manera más solemne humillara sus almas ante Dios, para que pudieran recibir el perdón de sus pecados, y no ser separado de la congregación. Cuánto más esencial en este antitípico día de expiación es que entendamos la obra de nuestro Sumo Sacerdote y sepamos qué deberes se requieren de nosotros.

Los hombres no pueden rechazar impunemente las advertencias que Dios, en su misericordia, les envía. Un mensaje fue enviado desde el Cielo al mundo en los días de Noé, y su salvación dependía de la manera en que trataran ese mensaje. Debido a que rechazaron la advertencia, el Espíritu de Dios fue apartado de esa raza pecadora, y perecieron en las aguas del diluvio. En tiempos de Abraham, la misericordia cesó de *interceder* por los culpables habitantes de Sodoma, y todos excepto Lot

esposa y dos hijas fueron consumidas por el fuego enviado del cielo. Así en los días de Cristo. El Hijo de Dios declaró a los judíos incrédulos de esa generación: “Vuestra casa os es dejada desierta”. [[Mateo 23:38.](#)] Mirando hacia los últimos días, el mismo poder infinito declara, concerniente a aquellos que “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos,” “Por esto Dios les enviará un poder engañoso, para que crean la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.” [2 [Tesalonicenses 2:10-12.](#)] A medida que rechazan las enseñanzas de su palabra, Dios retira su Espíritu y los deja en los engaños que aman.

Pero Cristo todavía intercede en favor del hombre, y la luz será dada a aquellos que la buscan. Aunque esto no fue entendido al principio por los adventistas, luego quedó claro cuando las escrituras que definen su verdadera posición comenzaron a abrirse ante ellos.

El paso del tiempo en 1844 fue seguido por un período de gran prueba para aquellos que todavía tenían la fe adventista. Su único alivio, en lo que respecta a determinar su verdadera posición, fue la luz que dirigía sus mentes al santuario de arriba. Como se ha dicho, los adventistas estuvieron unidos por un corto tiempo en la creencia de que la puerta de la misericordia estaba cerrada. Esta posición pronto fue abandonada. Algunos renunciaron a su fe en su cálculo anterior de los períodos proféticos y atribuyeron a agentes humanos o satánicos la poderosa influencia del Espíritu Santo que había acompañado al movimiento adventista. Otra clase sostuvo firmemente que el Señor los había guiado en su experiencia pasada; y mientras esperaban, velaban y oraban para conocer [272] la voluntad de Dios, vieron que su gran Sumo Sacerdote había emprendido otra obra de ministerio, y, siguiéndolo por fe, fueron inducidos a comprender también la obra final de la iglesia, y estaban preparados para recibir y dar al mundo la advertencia del tercer ángel de [Apocalipsis 14.](#)

[273]

Capítulo 20—El mensaje del tercer ángel

Cuando Cristo entró en el lugar santísimo del santuario celestial para realizar la obra final de la expiación, encomendó a sus siervos el último mensaje de misericordia para dar al mundo. Tal es la advertencia del tercer ángel de [Apocalipsis 14](#). Inmediatamente después de su proclamación, el profeta ve al Hijo del hombre viniendo en gloria para segar la cosecha de la tierra.

Como se predijo en las Escrituras, el ministerio de Cristo en el lugar santísimo comenzó a la terminación de los días proféticos en 1844. A este tiempo se aplican las palabras del Revelador: “El templo de Dios fue abierto en el cielo, y se vio en su templo el arca de su testamento.” [[Apocalipsis 11:19](#)] El arca del testamento de Dios está en el segundo departamento del santuario. Cuando Cristo entró allí para ministrar en favor del pecador, se abrió el templo interior y se mostró el arca de Dios. A los que por fe contemplaron al Salvador en su obra de intercesión, se les reveló la majestad y el poder de Dios. Mientras la estela de su gloria llenaba el templo, la luz del lugar santísimo se derramaba sobre su pueblo que esperaba en la tierra.

Por la fe habían seguido a su Sumo Sacerdote desde el lugar santo hasta el [lugar santísimo](#), y lo vieron implorando su sangre delante del arca de Dios. Dentro de esa arca sagrada está la ley del Padre, la misma que fue pronunciada por el mismo Dios en medio de los truenos del Sinaí, y escrita con su propio dedo sobre las tablas de piedra. No se ha anulado ningún mandato; no se ha cambiado ni una jota ni una tilde. Aunque Dios le dio a Moisés una copia de su ley, preservó el gran original en el santuario de arriba. Rastreando sus santos preceptos, los buscadores de la verdad encontraron, en el seno mismo del decálogo, el cuarto mandamiento, tal como fue proclamado por primera vez: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no harás en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu ganado, ni tu extranjero. que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra.

en ellos es, y descansó el séptimo día; por tanto, el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó.” [Éxodo [20:8-11.](#)]

El Espíritu de Dios impresionó el corazón de estos estudiantes de su palabra. Se les instó a la convicción de que habían transgredido ignorantemente el cuarto mandamiento al ignorar el día de descanso del Creador. Comenzaron a examinar las razones para observar el primer día de la semana en lugar del día que Dios había santificado. No pudieron encontrar evidencia en las Escrituras de que el cuarto mandamiento había sido abolido, o que el Sábado había sido cambiado; la bendición que primero santificó el séptimo día nunca había sido quitada. Habían estado buscando honestamente conocer y hacer la voluntad de Dios, y ahora, al verse transgresores de su ley, [275] el dolor llenó sus corazones. Inmediatamente demostraron su lealtad a Dios al santificar su sábado.

Muchos y serios fueron los esfuerzos hechos para derrocar su fe. Nadie podía dejar de ver que si el santuario terrenal era una figura o modelo del celestial, la ley depositada en el arca en la tierra era una transcripción exacta de la ley en el arca en el Cielo, y que una aceptación de la verdad concerniente al celestial santuario involucraba un reconocimiento de las demandas de la ley de Dios, y la obligación del sábado del cuarto mandamiento. Aquí estaba el secreto de la oposición amarga y resuelta a la exposición armoniosa de las Escrituras que ponía de manifiesto el ministerio de Cristo en el santuario celestial. ¡Cuán duro trataron los hombres de cerrar la puerta que Dios había abierto, y de abrir la puerta que él había cerrado! Pero “El que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre”, había declarado: “He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, y nadie puede cerrarla”. [[Apocalipsis 3:7, 8.](#)] Cristo había abierto la puerta, o ministerio, del lugar santísimo, la luz brillaba desde esa puerta abierta del santuario en el cielo, y se mostró que el cuarto mandamiento estaba incluido en la ley interior. el arca; lo que Dios había establecido, nadie lo podía trastornar.

Aquellos que habían aceptado la luz concerniente a la mediación de Cristo y la perpetuidad de la ley de Dios, encontraron que estas eran las verdades presentadas en el tercer mensaje. [Ver [Apéndice, nota 7.](#)] El ángel declara: “Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”. Esta declaración está precedida por una [276] solemne y temible advertencia: “Si alguno adora a la bestia y a su

imagen, y recibe su marca en la frente o en la mano, beberá del vino de la ira de Dios, que está echado puro en el cáliz de su ira". [Apocalipsis 14:9, 10.] Fue necesaria una interpretación de los símbolos empleados para comprender este mensaje. ¿Qué representaba la bestia, la imagen y la marca? De nuevo los que buscaban la verdad volvieron al estudio de las profecías.

En el libro de Apocalipsis, bajo los símbolos de un gran dragón rojo, una bestia parecida a un leopardo y una bestia con cuernos semejantes a los de un cordero, [Ap. euforia 12 y 13.] son traídos a la vista aquellos gobiernos terrenales que están especialmente ocupados en pisotear la ley de Dios y perseguir a su pueblo. Su guerra se lleva adelante hasta el final de los tiempos.

El pueblo de Dios, simbolizado por una mujer santa y sus hijos, está en gran minoría. En los últimos días sólo existe un remanente. Juan habla de ellos como aquellos que "guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo". [Apocalipsis 12:17.]

A través de los grandes poderes controlados por el paganismo y el papado, simbolizados por el dragón y la bestia parecida a un leopardo, Satanás destruyó durante muchos siglos a los testigos fieles de Dios. Bajo el dominio de Roma, fueron torturados y asesinados durante más de mil años; pero el papado fue finalmente privado de su fuerza y forzado a desistir de la persecución. [Apocalipsis 13:3, 10.] En ese momento, el profeta [277] vio surgir un nuevo poder, representado por la bestia con cuernos semejantes a los de un cordero. La apariencia de esta bestia y la manera de su ascenso parecen indicar que el poder que representa es diferente a los que se muestran bajo los símbolos anteriores. Los grandes reinos que han gobernado el mundo obtuvieron su dominio por conquista y revolución, y fueron presentados al profeta Daniel como bestias de presa, levantándose cuando los "cuatro vientos del cielo se batieron sobre el gran mar". [Daniel 7:2.] Pero se ve a la bestia con cuernos como un cordero "subiendo de la tierra"; [Apocalipsis 13:11.] lo que significa que en lugar de derrocar a otros poderes para establecerse, la nación así representada surgió en un territorio previamente desocupado y creció paulatina y pacíficamente.

Aquí hay una figura sorprendente del surgimiento y crecimiento de nuestra propia nación. Y los cuernos de cordero, emblemas de inocencia y mansedumbre, representan bien el carácter de nuestro gobierno, expresado en sus dos principios fundamentales, el republicanismo y el protestantismo.

Los exiliados cristianos que primero huyeron a América buscaron asilo contra la opresión real y la intolerancia sacerdotal, y determinaron establecer un gobierno sobre el amplio fundamento de la libertad civil y religiosa. Estos principios son el secreto de nuestro poder y prosperidad como nación. Millones de otras tierras han buscado nuestras costas, y Estados Unidos se ha elevado a un lugar entre las naciones más poderosas de la tierra.

Pero los severos trazos del lápiz profético revelan un cambio en esta pacífica escena. La bestia con cuernos semejantes a los de un cordero habla con voz de dragón y “ejerce todo el poder de la primera bestia delante de ella”. El espíritu de persecución manifestado por el paganismo y [278] el papado ha de ser revelado de nuevo. La profecía declara que este poder dirá “a los que moran en la tierra, que hagan una imagen de la bestia”. [\[Apocalipsis 13:14.\]](#) La imagen se hace a la primera bestia o bestia semejante a un leopardo, que es la que se presenta en el mensaje del tercer ángel. Por esta primera bestia se representa a la Iglesia Romana, un cuerpo eclesiástico revestido de poder civil, que tiene autoridad para castigar a todos los disidentes. La imagen de la bestia representa otro cuerpo religioso revestido de un poder similar. La formación de esta imagen es obra de esa bestia cuyo apacible ascenso y apacibles profesiones la convierten en un símbolo tan llamativo de los Estados Unidos. Aquí se encuentra una imagen del papado. Cuando las iglesias de nuestra tierra, uniéndose en los puntos de fe que tienen en común, influyan en el Estado para que haga cumplir sus decretos y sostenga sus instituciones, entonces la América protestante habrá formado una imagen de la jerarquía romana. Entonces la verdadera iglesia será asaltada por la persecución, como lo fue el antiguo pueblo de Dios. Casi todos los siglos proporcionan ejemplos de lo que el fanatismo y la malicia pueden hacer con el pretexto de servir a Dios protegiendo los derechos de la Iglesia y el Estado. Las iglesias protestantes que han seguido los pasos de Roma al formar alianzas con los poderes mundanos han manifestado un deseo similar de restringir la libertad de conciencia. En el siglo XVII, miles de ministros inconformistas sufrieron bajo el gobierno de la Iglesia de Inglaterra. La persecución siempre sigue al favoritismo religioso por parte de los gobiernos seculares.

La bestia con cuernos parecidos a los de un cordero manda “a todos, tanto pequeños como [279] grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, para recibir una marca en su mano derecha, o en su frente; y que nadie pueda comprar ni vender, sino

el que tuviese la marca, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.” [Apocalipsis [13:16](#), 17.] Esta es la marca acerca de la cual el tercer ángel pronuncia su advertencia. Es la marca de la primera bestia, o papado, y por lo tanto debe buscarse entre las características distintivas de ese poder. El profeta Daniel declaró que la Iglesia Romana, simbolizada por el cuerno pequeño, debía pensar en cambiar los tiempos y las leyes, [[Daniel 7:25](#)]. mientras que Pablo lo llamó el hombre de pecado, [[2 Tesalonicenses 2:3](#), 4.] que debía exaltarse a sí mismo por encima de Dios. Sólo cambiando la ley de Dios podía el papado exaltarse por encima de Dios; cualquiera que con entendimiento guardara la ley así cambiada estaría dando supremo honor al poder por el cual se hizo el cambio. Tal acto de obediencia a las leyes papales sería una señal de lealtad al Papa en lugar de Dios.

El papado ha intentado cambiar la ley de Dios. El segundo mandamiento, que prohibía la adoración de imágenes, se eliminó de la ley, y el cuarto mandamiento se modificó para autorizar la observancia del primero en lugar del séptimo día como sábado. Pero los papistas aducen como razón para omitir el segundo mandamiento, que es innecesario, ya que está incluido en el primero, y que están dando la ley exactamente como Dios la diseñó para que se entendiera. Este no puede ser el cambio predicho por el profeta. Se trae a la vista un cambio intencional y deliberado: “Él pensará en [\[280\]](#) cambiar los tiempos y las leyes”. El cambio en el cuarto mandamiento cumple exactamente la profecía. Para este cambio la única autoridad reclamada es la de la iglesia. Aquí el poder papal se sitúa abiertamente por encima de Dios.

La afirmación tan a menudo presentada de que Cristo cambió el sábado es refutada por sus propias palabras. En su sermón del monte declaró: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; No he venido a destruir, sino a cumplir. Porque de cierto os digo, que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los haga y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos.” [[Mateo 5:17-19](#).]

Los católicos romanos reconocen que el cambio del sábado fue hecho por su iglesia; y citan este cambio como evidencia de

la autoridad de la iglesia para legislar en cosas divinas, y declarar que los protestantes, al observar el sábado así cambiado, están reconociendo su poder. La Iglesia Romana no ha renunciado a su pretensión de supremacía; y cuando el mundo y las iglesias protestantes aceptan un sábado creado por ella, mientras rechazan el sábado bíblico, virtualmente admiten esta suposición. Pueden reclamar la autoridad de los apóstoles y Padres para el cambio; pero al hacerlo, ignoran el principio mismo que los separa de Roma: que “la Biblia, y sólo la Biblia, es la religión de los protestantes”. Los papistas pueden ver que se están engañando a sí mismos, cerrando voluntariamente los ojos a los hechos del caso. A medida que la institución dominical gana favor, [281] se regocija, sintiéndose seguro de que eventualmente traerá a todo el mundo protestante bajo el estandarte de Roma.

El cuarto mandamiento, que Roma se ha esforzado en dejar de lado, es el único precepto del decálogo que señala a Dios como el Creador de los cielos y de la tierra, y así distingue al Dios verdadero de todos los dioses falsos. El sábado fue instituido para conmemorar la obra de la creación y así dirigir la mente de los hombres hacia el Dios vivo y verdadero. El hecho de su poder creativo se cita a lo largo de las Escrituras como prueba de que el Dios de Israel es superior a las deidades paganas. Si siempre se hubiera guardado el día de reposo, los pensamientos y afectos del hombre se habrían dirigido a su Hacedor como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría existido un idólatra, un ateo o un incrédulo.

Esa institución que apunta a Dios como el Creador es un signo de su legítima autoridad sobre los seres que ha creado. El cambio del sábado es el signo o marca de la autoridad de la Iglesia Romana. Aquellos que, entendiendo las demandas del cuarto mandamiento, eligen observar el sábado falso en lugar del verdadero, están rindiendo homenaje a ese poder por el cual es el único que lo ordena. El cambio en el cuarto mandamiento es el cambio señalado en la profecía, y la observancia del sábado falsificado es la recepción de la marca. Pero los cristianos de generaciones pasadas observaron el primer día, suponiendo que estaban guardando el sábado bíblico, y hay en las iglesias de hoy muchos que honestamente creen que el domingo es el sábado designado por Dios. Ninguno de estos ha recibido [282] la marca de la bestia. Hay verdaderos cristianos en cada iglesia, sin excepción de la comunión católica romana. La pru

La pregunta no llega hasta que la observancia del domingo sea impuesta por ley, y el mundo esté iluminado en cuanto a la obligación del verdadero día de reposo. Hasta que el asunto no se plantee así claramente ante el pueblo, y se les lleve a elegir entre los mandamientos de Dios y los mandamientos de los hombres, no recibirán la marca de la bestia los que continúen en transgresión .

La amenaza más temible jamás dirigida a los mortales está contenida en el mensaje del tercer ángel. Ese debe ser un pecado terrible que provoca la ira de Dios sin mezcla de misericordia. No se debe dejar a los hombres en tinieblas con respecto a este importante asunto; la advertencia contra este pecado debe ser dada al mundo antes de la visitación de los juicios de Dios, para que todos puedan saber por qué han de ser infligidos, y tengan oportunidad de escapar de ellos.

En el tema de la gran contienda se desarrollan dos clases distintas y opuestas . Una clase “adorará a la bestia ya su imagen, y recibirá su marca”, y así traerá sobre sí los terribles juicios amenazados por el tercer ángel. La otra clase, en marcado contraste con el mundo, “guarda los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”.

[Apocalipsis 14:9, 12.] Aunque los poderes de la tierra reúnen sus fuerzas para obligar a “todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos”, a recibir la marca de la bestia, el pueblo de Dios sí lo hace. no recibirlo. El profeta de Patmos contempla a “los que habían alcanzado

[283] la victoria sobre la bestia, y sobre su imagen, y sobre su marca, y sobre el número de su nombre, de pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios, ” [Apocalipsis 15:2.] y cantando el cántico de Moisés y del Cordero.

Tales fueron las trascendentales verdades que se abrieron ante aquellos que recibieron el mensaje del tercer ángel. Al repasar su experiencia desde la primera proclamación de la segunda venida hasta el transcurso del tiempo en 1844, vieron que su desilusión se explicaba y que la esperanza y el gozo animaban de nuevo sus corazones. La luz del santuario iluminó el pasado, el presente y el futuro, y supieron que Dios los había guiado con su infalible providencia. Ahora, con nuevo valor y una fe más firme, se unieron para dar la advertencia del tercer ángel.

La obra de la reforma del sábado que se llevará a cabo en los últimos días se presenta claramente en la profecía de Isaías: “Así ha dicho Jehová: Guardad derecho, y haced justicia; porque mi salvación está cerca de

venga, y se manifieste mi justicia. Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo del hombre que se aferra a ello; que guarda el día de reposo para no profanarlo, y guarda su mano de hacer mal alguno.” “Los hijos del extranjero, que se unen al Señor, para servirle, y para amar el nombre del Señor, para ser sus siervos, todos los que guardan el día de reposo para no profanarlo, y se aferran a mi pacto; aun a ellos llevaré a mi santo monte, y los alegraré en mi casa de oración.” [Isaías 56:1, 2, 6, 7.]

Estas palabras se aplican en la era cristiana, como lo muestra el contexto : “Dice el Señor Dios, que recoge a los desterrados de Israel: Sin embargo , juntaré a otros junto a él, además de los que están reunidos a él”. [284] [Isaías 56:8.] Aquí se prefigura la reunión de los gentiles por el evangelio. Y sobre aquellos que entonces honran el sábado, se pronuncia una bendición. Así, la obligación del cuarto mandamiento se extiende más allá de la crucifixión, resurrección y ascensión de Cristo, hasta el momento en que sus siervos prediquen a todas las naciones el mensaje de las buenas nuevas.

El Señor manda por el mismo profeta: “Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos”. [Isaías 8:16.] El sello de la ley de Dios se encuentra en el cuarto mandamiento. Sólo este, de los diez, trae a la vista tanto el nombre como el título del Legislador. Lo declara ser el Creador de los cielos y la tierra, y así muestra su pretensión de reverencia y adoración por encima de todos los demás. Aparte de este precepto, no hay nada en el decálogo que muestre por quién se da la autoridad de la ley. Cuando el sábado fue cambiado por el poder papal, el sello fue quitado de la ley. Los discípulos de Jesús están llamados a restaurarlo, exaltando el sábado del cuarto mandamiento a la posición que le corresponde como memorial del Creador y signo de su autoridad.

“A la ley y al testimonio”. Si bien abundan las doctrinas y teorías contradictorias, la ley de Dios es la única norma infalible a la que deben someterse todas las opiniones, doctrinas y teorías. Dice el profeta: “Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. [Isaías 8:20.]

De nuevo, se da el mandato: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su transgresión, ya la casa de Jacob sus pecados”. No es el mundo impío, sino aquellos [285] a quienes el Señor designa como “mi pueblo”, los que deben ser reprendidos

por sus transgresiones. Él declara además: “Sin embargo, me buscan cada día y se deleitan en conocer mis caminos, como nación que hizo justicia y no abandonó la ordenanza de su Dios”. [Isaías 58:1, 2.] Aquí se presenta una clase que se cree justa y parece manifestar gran interés en el servicio de Dios; pero la severa y solemne reprensión del Escrutador de corazones prueba que están pisoteando los preceptos divinos.

El profeta señala así la ordenanza que ha sido abandonada: “Los cimientos de muchas generaciones levantarás; y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar. Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo; y llamad al día de reposo delicia, santo del Señor, glorioso; y lo honrarás, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu propia voluntad, ni hablando tus propias palabras; entonces te deleitarás en el Señor.” [Isaías 58:12, 13.] Esta profecía también se aplica en nuestro tiempo. La ruptura se hizo en la ley de Dios cuando el poder romano cambió el sábado.

Pero ha llegado el momento de restaurar esa institución divina. Hay que reparar la brecha, y levantar el cimiento de muchas generaciones .

Con peculiar adecuación puede llamarse al sábado el fundamento de muchas generaciones. Santificado por el descanso y la bendición del Creador, fue guardado por Adán en su inocencia en el santo Edén; por Adán, caído [286] pero arrepentido, cuando fue expulsado de su estado feliz. Lo guardaron todos los patriarcas, desde Abel hasta el justo Noé, Abraham y Jacob. Cuando el pueblo escogido estaba en cautiverio en Egipto, muchos, en medio de la idolatría reinante, perdieron el conocimiento de la ley de Dios; pero cuando el Señor libró a Israel, proclamó su ley con terrible grandeza a la multitud reunida, para que pudieran conocer su voluntad, y temerle y obedecerle para siempre.

Desde ese día hasta el presente, el conocimiento de la ley de Dios se ha preservado en la tierra, y se ha guardado el sábado del cuarto mandamiento. Aunque el hombre de pecado logró pisotear el día de reposo, aun en el período de su supremacía había, escondidas en lugares secretos, almas fieles que honraban el día de descanso del Creador.

Desde la Reforma, ha habido en cada generación testigos de Dios para defender la norma del antiguo día de reposo.

Aunque a menudo en medio de oprobio y persecución, se ha dado un testimonio constante de esta verdad. Desde 1844, en cumplimiento de la profecía del mensaje del tercer ángel, se ha llamado la atención del mundo hacia el verdadero sábado, y un número cada vez mayor está volviendo a la observancia del día santo de Dios.

[287]

Capítulo 21—El tercer mensaje rechazado

Cuando los primeros que recibieron el mensaje del tercer ángel vieron la belleza y la armonía del sistema de la verdad que se abrió a su entendimiento, desearon que la luz que les parecía tan preciosa se impartiera a todos los cristianos; y no podían dejar de creer que sería aceptado con alegría. Pero las verdades que los colocarían en discrepancia con el mundo no eran bienvenidas por muchos que decían ser seguidores de Cristo. La obediencia al cuarto mandamiento requería un sacrificio del cual la mayoría, incluso los adventistas, se retractaron.

A medida que se presentaban las demandas del sábado, muchos de los que habían soportado oprobio y persecución por la fe adventista comenzaron a razonar desde el punto de vista mundano. Dijeron ellos: “Siempre hemos guardado el domingo, nuestros padres lo guardaron, y muchos hombres buenos y piadosos han muerto felices guardándolo. Si ellos tenían razón, nosotros también. La observancia de este nuevo sábado nos sacaría de la armonía con el mundo y no tendríamos ninguna influencia sobre ellos. ¿Qué puede esperar lograr una pequeña compañía que guarda el séptimo día contra todo el mundo que guarda el domingo?” Fue con argumentos similares que los [288] judíos se esforzaron por justificar su rechazo a Cristo. Sus padres habían sido aceptados por Dios al presentar las ofrendas de sacrificio, y ¿por qué los hijos no podían hallar salvación siguiendo el mismo proceder? Entonces, en la época de Lutero, los papistas razonaron que los verdaderos cristianos habían muerto en la fe católica y, por lo tanto, que la religión era suficiente para la salvación. Tal razonamiento resultaría una barrera eficaz para todo avance en la fe o práctica religiosa.

Muchos insistieron en que la observancia del domingo había sido una doctrina establecida y una costumbre muy difundida de la iglesia durante muchos siglos. Contra este argumento se demostró que el sábado y su observancia eran más antiguos y más difundidos, incluso tan antiguos como el mundo mismo, y que tenían la sanción tanto de los ángeles como de Dios. Cuando se echaron los cimientos de la tierra, cuando alabaron todas las estrellas del alba, y todos los hijos de Dios dieron voces de júbilo, entonces fue echado el

fundamento del sábado. [Job 38:6, 7; Génesis 2:1-3.] Bien puede esta institución exigir nuestra reverencia: no fue ordenada por ninguna autoridad humana, y no se basa en ninguna tradición humana; fue establecida por el Anciano de días, y mandada por su eterna palabra.

Cuando se llamó la atención del pueblo sobre el tema de la reforma del sábado, los ministros populares pervirtieron la palabra de Dios, dando a su testimonio tales interpretaciones que aquietarían mejor las mentes inquisitivas. Y aquellos que no escudriñaron las Escrituras por sí mismos se contentaron con aceptar las conclusiones de los ministros. Por medio de argumentos, sofismas, las tradiciones de los Padres y la autoridad de la iglesia, los opositores se esforzaron por derribar la verdad. Sus defensores fueron llevados a sus Biblias para defender la validez del cuarto **mandamiento**. Hombres humildes, armados únicamente con la palabra de la verdad, enfrentaron y resistieron los ataques de los hombres de saber. Con sorpresa e ira, los ministros populares encontraron su elocuente sofisma impotente contra el razonamiento simple y directo de hombres que tenían muy poco del saber de las escuelas.

En ausencia de un testimonio bíblico a su favor, muchos preguntaron con incansable persistencia, olvidando cómo se había empleado el mismo razonamiento contra Cristo y sus apóstoles: “¿Por qué nuestros grandes hombres no entienden esta cuestión del sábado? Pero pocos creen como tú, e incluso estos son personas sin educación. No puede ser que tengas razón y que todos los hombres de saber del mundo estén equivocados.

Para refutar tales argumentos, bastaba citar las enseñanzas de las Escrituras y la historia de los tratos del Señor con su pueblo en todas las épocas. Dios obra a través de aquellos que escuchan y obedecen su voz, aquellos que, si es necesario, dirán verdades desagradables, aquellos que no temen reprender los pecados populares. La razón por la que no escoge con más frecuencia a hombres eruditos y de alta posición es que confían en sus credos, teorías y sistemas teológicos, y no sienten la necesidad de que Dios les enseñe. Solo aquellos que tienen una conexión personal con la Fuente de la sabiduría pueden entender o explicar las Escrituras. Los hombres que tienen poco conocimiento de las escuelas están llamados a declarar la verdad, no porque sean ignorantes, sino porque no son demasiado autosuficientes para ser enseñados por Dios. Aprenden en la escuela de Cristo, y su humildad y obediencia los hacen grandes. Al confiarles el conocimiento de su verdad, Dios les confiere [290]

ellos un honor, en comparación con el cual el honor terrenal y la grandeza humana se reducen a la insignificancia.

Como la mayoría de los adventistas rechazaron las verdades concernientes al santuario y la ley de Dios, muchos también renunciaron a su fe en el movimiento adventista y adoptaron puntos de vista erróneos y conflictivos de las profecías que se aplicaban a esa obra. Algunos fueron inducidos al error de fijar el tiempo repetidamente. La luz del tercer mensaje les habría mostrado que ningún período profético se extiende hasta la venida de Cristo; que no se predice el tiempo exacto de su venida. Pero, apartándose de la luz, continuaron fijando una y otra vez para que viniera el Señor, y con la misma frecuencia fueron defraudados.

Cuando la iglesia de Tesalónica recibió puntos de vista erróneos acerca de la venida de Cristo, el apóstol Pablo les aconsejó que probaran cuidadosamente sus esperanzas y anticipaciones con la palabra de Dios. Les citó profecías que revelaban los acontecimientos que tendrían lugar antes de la venida de Cristo, y les mostró que no tenían motivos para esperararlo en su día. "Nadie os engañe en ninguna manera", son sus palabras de advertencia. Si se entregan a expectativas que no están sancionadas por las Escrituras, serán conducidos a un curso de acción erróneo; el chasco los expondría a la burla de los incrédulos, y estarían en peligro de ceder al desánimo, y se verían tentados a dudar de las verdades esenciales para su salvación. La amonestación del apóstol a los tesalonicenses contiene una lección importante para los que viven en los últimos días. Muchos adventistas han sentido que a menos que pudieran fijar su fe en un tiempo definido para la venida del Señor, no podrían ser celosos y diligentes en la obra de preparación. Pero a medida que sus esperanzas se despiertan una y otra vez, solo para ser destruidas, su fe recibe tal conmoción que se vuelve casi imposible para ellos quedar impresionados por las grandes verdades de la profecía. Cuanto más frecuentemente se fija un tiempo definido para la segunda venida, y cuanto más ampliamente se enseña, mejor se adapta a los propósitos de Satanás. Después de que ha pasado el tiempo, provoca el ridículo y el desprecio de sus defensores, y así arroja reproches sobre el verdadero movimiento del tiempo de 1843 y 1844. Aquellos que persisten en este error finalmente fijarán una fecha demasiado lejana en el futuro para el futuro. de Cristo Así serán llevados a descansar en una falsa seguridad, y muchos no serán desengañados hasta que sea

La historia del antiguo Israel es una sorprendente ilustración de la experiencia pasada del cuerpo adventista. Dios guió a su pueblo en el movimiento adventista, así como guió a los hijos de Israel desde Egipto. En el gran chasco, su fe fue probada como lo fue la de los hebreos en el Mar Rojo. Si todavía hubieran confiado en la mano guía que había estado con ellos en su experiencia pasada, habrían visto la salvación de Dios. Si todos los que habían trabajado unidos en la obra en 1844 hubieran recibido el mensaje del tercer ángel y lo hubieran proclamado en el poder del Espíritu Santo, el Señor habría obrado poderosamente con sus esfuerzos. Un torrente de luz habría sido derramado sobre el mundo. Años atrás los habitantes de la tierra habrían sido advertidos, la obra final completada, y Cristo habría venido para la redención de su pueblo.

No era la voluntad de Dios que Israel vagara cuarenta años [292] en el desierto; deseaba conducirlos directamente a la tierra de Canaán y establecerlos allí como un pueblo santo y feliz. Pero “no pudieron entrar a causa de su incredulidad”. [Hebreos 3:19.] Por su rebelión y apostasía, perecieron en el desierto, y otros fueron levantados para entrar en la tierra prometida. De la misma manera, no era la voluntad de Dios que la venida de Cristo se demorara tanto y su pueblo permaneciera tantos años en este mundo de pecado y dolor. Pero la incredulidad los separó de Dios. Como rehusaron hacer la obra que él les había encomendado, se levantaron otros para proclamar el mensaje. En misericordia para con el mundo, Jesús retrasa su venida, para que los pecadores puedan tener la oportunidad de escuchar la advertencia y encontrar en él un refugio antes de que se derrame la ira de Dios .

Ahora, como en épocas anteriores, la presentación de una verdad que reprende los errores y pecados de los tiempos, suscitará una tormenta de oposición. “Todo el que hace lo malo aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean censuradas”. [Juan 3:20.] Los que no pueden sustentar su posición con las Escrituras están obstinadamente decididos a que la sostengan a toda costa, y con un espíritu malicioso atacan el carácter y los motivos de los que defienden la verdad impopular. Aunque muy incrédulos en cuanto a la palabra segura de la profecía, manifiestan la mayor credulidad al aceptar cualquier cosa que vaya en detrimento de la integridad cristiana de aquellos que se atreven a

reprende los pecados de moda. Este espíritu aumentará más y más a medida que nos acerquemos al final de los tiempos.

[293] ¿Y cuál es nuestro deber en vista de esto? ¿Concluiremos que la verdad no debe ser presentada, ya que su efecto es tan a menudo despertar a los hombres a evadir o resistir sus pretensiones?—No; no tenemos más razón para retener el testimonio de la palabra de Dios porque despierta oposición que la que tenía Martín Lutero. Lutero se declaró a sí mismo urgido, compelido por el Espíritu de Dios, a luchar contra los males de su tiempo; y de la misma manera deben trabajar aquellos que aún llevan adelante la obra de reforma. A los siervos de Dios en este tiempo se dirige el mandato: “Alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su transgresión, ya la casa de Jacob sus pecados”.

Los verdaderos seguidores de Cristo no esperan que la verdad se haga popular. Estando convencidos de su deber, aceptan deliberadamente la cruz, y así eliminan el mayor obstáculo para la recepción de la verdad, el único argumento que sus defensores nunca han podido refutar. Son los servidores del mundo débiles e ineficientes los que piensan que es digno de elogio no tener principios en las cosas religiosas. Debemos elegir lo correcto porque es correcto, y dejar las consecuencias con Dios. A los hombres de principios, fe y audacia, el mundo les debe sus grandes reformas. Tales hombres deben llevar adelante la obra de reforma para este tiempo.

Así dice el Señor: “Oídmelo, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley; No temáis el oprobio de los hombres, ni tengáis miedo de sus ultrajes. Porque como a vestido los comerá polilla, y como a lana los comerá gusano; pero mi justicia permanecerá para siempre, y mi salvación de generación en generación.” [Isaías [51:7](#), 8.]

Capítulo 22—Reavivamientos modernos

[294]

El carácter y la tendencia de los avivamientos modernos ha despertado no poca ansiedad en las mentes reflexivas de todas las denominaciones. Muchos de los avivamientos que han ocurrido durante los últimos cuarenta años no han dado evidencia de la obra del Espíritu de Dios. La luz que arde por un tiempo, pronto se extingue, dejando la oscuridad más densa que antes. Los renacimientos populares se llevan a cabo con demasiada frecuencia apelando a la imaginación, excitando las emociones, complaciendo el amor por lo nuevo y sorprendente. Los convertidos así ganados no tienen más deseo de escuchar las verdades bíblicas, ni más interés en el testimonio de los profetas y apóstoles que el que tiene el lector de novelas. A menos que un servicio religioso tenga algo de carácter sensacional, no tiene atractivo para ellos. Un mensaje que apela a la razón desapasionada, no despierta respuesta. Las claras advertencias de la palabra de Dios, relacionadas directamente con sus intereses eternos, caen como en los oídos de los muertos.

Los conversos no se renuevan de corazón ni cambian de carácter. No renuncian a su orgullo y amor al mundo. No están más dispuestos a negarse a sí mismos, a tomar la cruz y seguir al manso y humilde Jesús que antes de su conversión. En un avivamiento genuino, cuando el Espíritu de Dios convenza a la conciencia, se escuchará la pregunta ferviente y ansiosa : “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Y esto no sólo por un día. En toda alma verdaderamente convertida, la relación con Dios y con las cosas eternas será el gran tema de la vida. Pero, ¿dónde, en las iglesias populares de hoy, está la profunda convicción de pecado? ¿Dónde está el espíritu de consagración a Dios? El espíritu que controla el mundo gobierna en la iglesia. La religión se ha convertido en el deporte de los incrédulos y los escépticos porque muchos de los que llevan su nombre ignoran sus principios. El poder de la piedad casi se ha apartado de las iglesias. La unión del corazón con Cristo es una cosa rara ahora. La mayoría de los miembros de la iglesia no conocen otro vínculo que el que los une a un cuerpo organizado de cristianos profesos. El amor por el placer y la sed de excitación prevalecen en todas partes. Las comidas campestres, las obras de teatro de la iglesia, las ferias de la iglesia, las casas elegantes, la exhibición personal, han desterrado los pensamientos.

de Dios. Las tierras, los bienes y las ocupaciones mundanas absorben la mente, y las cosas de interés eterno apenas reciben una atención pasajera.

Los amantes del placer pueden tener sus nombres en los registros de la iglesia, pueden destacarse como sabios mundanos; pero no tienen conexión con Cristo del Calvario. El apóstol Pablo describe una clase que es “amadora de los placeres más que de Dios; teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella.” Acerca de ellos dice: “A los tales apártate”. [2 Timoteo 3:4, 5.] No te dejes engañar por ellos, no imites sus prácticas.

A pesar de la declinación generalizada de la fe y la piedad [296] en las iglesias, el Señor todavía tiene hijos honestos entre ellas; y antes de que sus juicios sean castigados sobre la tierra, muchos ministros y miembros laicos se separarán de estos cuerpos y recibirán gustosamente las verdades especiales para este tiempo. El enemigo de las almas desea obstaculizar esta obra, y antes de que llegue el momento de tal movimiento, despertará lo que parece ser un gran interés religioso en las iglesias.

Se regocijarán de que Dios está obrando maravillosamente por ellos, cuando la obra es la de otro espíritu. Bajo un disfraz religioso, Satanás extenderá su influencia sobre la tierra. Él espera engañar a muchos haciéndolos pensar que Dios todavía está con las iglesias.

Muchos de los avivamientos que han ocurrido desde 1844, en las iglesias que han rechazado la verdad adventista, son de carácter similar a los movimientos más extensos que se presenciarán en el futuro.

La excitación manifestada está bien adaptada para engañar a los incautos; sin embargo, nadie necesita ser engañado. A la luz de la palabra de Dios no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos religiosos. La historia de los tratos de Dios con su pueblo en el pasado testifica que su Espíritu no se derrama sobre aquellos que descuidan o se oponen a las advertencias que les envían sus siervos. Y por la regla que Cristo mismo ha dado: "Por sus frutos los conoceréis", es evidente que estos movimientos no son obra del Espíritu de Dios.

La doctrina bíblica de la conversión se ha perdido casi por completo de vista. Cristo declaró a Nicodemo: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. El corazón debe ser renovado por la gracia divina, el hombre debe tener una nueva vida desde lo alto, o su profesión de piedad no servirá de nada.

[297] El apóstol Pablo, al relatar su experiencia, presenta una verdad importante en cuanto a la obra que debe realizarse en la conversión. Él dice,

“Estaba vivo sin la ley una vez”, no sintió condenación; “pero cuando vino el mandamiento”, cuando la ley de Dios fue urgida en su conciencia, “el pecado revivió, y yo morí”. [Romanos 7:9.] Entonces se vio a sí mismo pecador, condenado por la ley divina. Fíjense, fue Pablo, y no la ley, quien murió. Él dice, además, “Yo no conocí el pecado, sino por la ley; porque no había conocido la lujuria, si la ley no hubiera dicho : No codiciarás”. [Romanos 7:7.] “El mandamiento que estaba ordenado para vida, lo hallé para muerte.” [Romanos 7:10.] La ley que prometía vida al obediente, declaraba muerte al transgresor. “Por tanto”, dice, “la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”. [Romanos 7:12.]

Cuán amplio el contraste entre estas palabras de Pablo y las que vienen de muchos de los púlpitos de hoy. A la gente se le enseña que la obediencia a la ley de Dios no es necesaria para la salvación; que solo tienen que creer en Jesús, y están a salvo. Sin la ley, los hombres no tienen convicción de pecado y no sienten necesidad de arrepentimiento. Al no ver su condición perdida como violadores de la ley de Dios, no sienten su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo como su única esperanza de salvación.

La ley de Dios es un agente en toda conversión genuina. No puede haber verdadero arrepentimiento sin convicción de pecado. Las Escrituras declaran que “el pecado es infracción de la ley” [1 Juan 3:4] y que “por la ley es el conocimiento del pecado”. [Romanos 3:20.] A fin de ver su culpa, el pecador debe probar su carácter mediante la gran [298] norma de justicia de Dios. Para descubrir sus defectos, debe mirarse en el espejo de los estatutos divinos. Pero mientras la ley revela sus pecados, no proporciona ningún remedio. Sólo el evangelio de Cristo puede ofrecer perdón. Para ser perdonado, el pecador debe ejercitar el arrepentimiento hacia Dios, cuya ley ha sido transgredida, y la fe en Cristo, su sacrificio expiatorio. Sin un verdadero arrepentimiento, no puede haber una verdadera conversión. Muchos son engañados aquí, y con demasiada frecuencia toda su experiencia resulta ser un engaño. Es por eso que tantos que se unen a la iglesia nunca se han unido a Cristo.

“La mente carnal es enemistad contra Dios; porque no está sujeto a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo.” [Romanos 8:7.] En el nuevo nacimiento, el corazón se renueva por la gracia divina y se pone en armonía con Dios al someterse a su ley. Cuando este poderoso cambio ha tenido lugar en el pecador, ha pasado

de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y la rebelión a la obediencia y la lealtad. La antigua vida de alienación de Dios ha terminado; ha comenzado la nueva vida de reconciliación, de fe y de amor. Entonces “la justicia de la ley” “se cumplirá en nosotros que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. [[Romanos 8:4.](#)]

La doctrina de la santificación, o santidad perfecta, que ocupa un lugar destacado en algunos de los movimientos religiosos de la época, se encuentra entre las causas que han hecho que los avivamientos modernos sean tan ineficaces. La verdadera santificación es una doctrina bíblica. El apóstol Pablo declaró [299] a la iglesia de Tesalónica: “Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación”. [[1 Tesalonicenses 4:3.](#)] Y de nuevo oró: “El mismo Dios de paz os santifique por completo; y ruego a Dios que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” [[1 Tesalonicenses 5:23.](#)] Pero la santificación ahora tan ampliamente defendida no es la que se presenta en las Escrituras. Es falso en teoría y peligroso en sus resultados prácticos.

Sus defensores enseñan que la ley de Dios es un yugo doloroso. y que por la fe en Cristo, los hombres son liberados de toda obligación de guardar los mandamientos de su Padre. La santificación bíblica es una conformidad a la voluntad de Dios, alcanzada por la obediencia a su ley, por medio de la fe en su Hijo. Nuestro Salvador oró por sus discípulos: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.” [Juan [17:17.](#)] No hay santificación genuina sino a través de la obediencia a la verdad; y el salmista declara: “Tu ley es la verdad”. [[Salmo 119:142.](#)] La ley de Dios es la única norma de perfección moral. Esa ley fue ejemplificada en la vida de Cristo. Él dice: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. [[Juan 15:10.](#)] Y el apóstol Juan afirma: “El que dice que permanece en él, debe también andar como él anduvo”. Y otra vez, “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos”. [[1 Juan 2:6; 5:3.](#)] Los que aman a Dios amarán también sus mandamientos. El corazón verdaderamente santificado está en armonía con los preceptos divinos; porque son “santos, justos y buenos”.

Sólo cuando la ley de Dios es puesta a un lado, y los hombres no tienen [300] normas de rectitud, ni medios para detectar el pecado, que los mortales descarriados pueden reclamar la santidad perfecta. Pero que nadie se engañe con la creencia de que Dios los aceptará y los bendecirá mientras violan deliberadamente uno de sus requisitos. La comisión de un pecado conocido silencia la voz testigo del Espíritu, y separa el

alma de Dios. Jesús no puede morar en el corazón que desprecia la ley divina. Dios honrará a aquellos que lo honran. “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; porque el pecado es infracción de la ley.” “Todo aquel que permanece en él, no peca; cualquiera que peca [quebranta la ley] no le ha visto ni le ha conocido.” [1 [Juan 3:4, 6.](#)] Aunque Juan en sus epístolas trata tan ampliamente sobre el amor, no duda en revelar el verdadero carácter de esa clase que afirma ser santificada mientras vive en transgresión de la ley de Dios: “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y la verdad no está en él.” [1 [Juan 2:4.](#)]

Muchos creen que la santificación se logra instantáneamente. “Cree solamente”, dicen ellos, “y la bendición es tuya”. No se supone que se requiera ningún esfuerzo adicional por parte del receptor. Pero la Biblia enseña que la santificación es progresiva. El cristiano sentirá los impulsos del pecado, pero mantendrá una guerra constante contra él. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une a la fuerza divina, y la fe exclama: “Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”. [1 [Corintios 15:57.](#)] Pablo exhorta a sus hermanos: “Ocupaos en vuestra propia salvación con temor y temblor”; [1 [Filipenses 2:12.](#)] [301] y acerca de sí mismo declara: “Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. [1 [Filipenses 3:14.](#)] Los pasos sucesivos para alcanzar la santificación bíblica se nos presentan en las palabras de Pedro: “Poniendo toda diligencia, añadid a vuestra fe virtud; ya la virtud, conocimiento; y al conocimiento, templanza; ya la templanza, paciencia; ya la paciencia, piedad; ya la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, la caridad.” “Por tanto, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque si hacéis estas cosas, no caeréis jamás.” [2 [Pedro 1:5-7](#), 10.] Esta es una obra diaria, que continúa mientras dure la vida.

La santificación espuria lleva consigo un espíritu jactancioso y farisaico que es ajeno a la religión de la Biblia. La mansedumbre y la humildad son los frutos del Espíritu. El profeta Daniel fue un ejemplo de verdadera santificación. Su larga vida estuvo llena de noble servicio a su Maestro. Era un hombre “muy amado” [Daniel [10:11.](#)] del Cielo, y se le concedieron honores que rara vez se han concedido a los mortales. Sin embargo, su pureza de carácter e inquebrantable

fidelidad fueron igualados sólo por su humildad y contrición. En lugar de afirmar ser puro y santo, este honrado profeta se identificó con los realmente pecadores de Israel, mientras suplicaba ante Dios en favor de su pueblo: “No presentamos nuestras súplicas delante de ti por nuestras justicias, sino por tus grandes misericordias. .” “Hemos pecado, hemos hecho lo malo”. Y “por nuestros pecados y por las iniquidades de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo han sido hechos oprobio”.

[302] Él declara: “Estaba hablando, orando y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo”. [Daniel 9:18, 15, 16, 20]. Y cuando más tarde apareció el Hijo de Dios en respuesta a sus oraciones para darle instrucción, él declara: “Mi hermosura se volvió en mí en corrupción, y retuve sin fuerza.” [Daniel 10:8.]

Los que verdaderamente buscan perfeccionar el carácter cristiano nunca se entregarán al pensamiento de que no tienen pecado. Cuanto más se espacien sus mentes en el carácter de Cristo, y cuanto más se acerquen a su imagen divina, más claramente discernirán su perfección inmaculada, y más profundamente sentirán sus propias debilidades y defectos. Aquellos que afirman estar sin pecado, dan evidencia de que están lejos de ser santos. Es porque no tienen un verdadero conocimiento de Cristo que pueden verse a sí mismos como un reflejo de su imagen. Cuanto mayor es la distancia entre ellos y su Salvador, más justos aparecen a sus propios ojos.

La santificación expuesta en las Escrituras abarca todo el ser: espíritu, alma y cuerpo. Pablo oró por los tesalonicenses, que su “todo espíritu, alma y cuerpo sea preservado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. De nuevo escribe para ser mentirosos: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”. [Romanos 12:1.] A los judíos se les ordenó ofrecer en sacrificio a Dios sólo aquellos animales que estuvieran libres de enfermedades. Por lo tanto, los cristianos están obligados a conservar todas sus facultades en las mejores condiciones posibles para el servicio del Señor. Pedro dice: “Absteneos [303] de los deseos carnales que luchan contra el alma”. [1 Pedro 2:11.] La palabra de Dios sólo hará una débil impresión sobre aquellos cuyas facultades están entorpecidas por cualquier gratificación pecaminosa. El corazón no puede conservar la consagración a Dios mientras se complacen los apetitos y pasiones animales a expensas de la salud y la vida. Pablo escribe a los Corintios: “Limpiémonos de toda contaminación de la carne

y espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.” [2 [Corintios 7:1](#).] Y con los frutos del Espíritu —“amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre”— clasifica la templanza. [[Gálatas 5:22](#), 23.]

A pesar de estas declaraciones inspiradas, cuántos profesos cristianos están debilitando sus poderes en la búsqueda de ganancias o el culto a la moda; cuántos están degradando su hombría divina por la glotonería, por beber vino, por el placer prohibido. Y la iglesia, en lugar de reprender, con demasiada frecuencia alienta el mal apelando al apetito, al deseo de ganancia o al amor de los placeres, para llenar su tesorería, que el amor por Cristo es demasiado débil para suplir. Si Jesús entrara en las iglesias de hoy, y contemplara las fiestas y el tráfico profano que allí se lleva a cabo en nombre de la religión, ¿no expulsaría a esos profanadores, como expulsó a los cambistas del templo?

El apóstol Santiago declara que la sabiduría de lo alto es “primeramente pura”. Si se hubiera encontrado con aquellos que toman el precioso nombre de Jesús en labios contaminados por el tabaco, aquellos cuyo aliento y persona están contaminados por su mal olor, y que contaminan el aire del cielo y obligan a todos a inhalar el veneno, si el apóstol entrado en contacto con una práctica tan opuesta a la pureza del evangelio, [304] ¿no la habría denunciado como “terrenal, sensual, diabólica”? Los esclavos del tabaco, reclamando la bendición de la entera santificación, hablan de su esperanza del Cielo; pero la palabra de Dios declara claramente que “no entrará en ella cosa inmunda”. [[Revelación 21:27](#).]

“¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque sois comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” [1 [Corintios 6:19](#), 20.] Aquel cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo, no será esclavo de un hábito pernicioso. Sus poderes pertenecen a Cristo, quien lo ha comprado a precio de sangre. Su propiedad es del Señor. ¿Cómo podría ser inocente al dilapidar este capital confiado? Los cristianos profesos gastan anualmente una suma inmensa en indulgencias inútiles y perniciosas, mientras las almas perecen por la palabra de vida. Dios es robado en diezmos y ofrendas, mientras ellos ofrecen sobre el altar de la lujuria destructora más de lo que dan para aliviar a los pobres o p

apoyo del evangelio. Si todos los que profesan ser seguidores de Cristo fueran verdaderamente santificados, todo canal de gastos innecesarios se convertiría en la tesorería del Señor, y los cristianos darían un ejemplo de templanza, abnegación y sacrificio propio. Entonces serían la luz del mundo.

El mundo está entregado a la autoindulgencia. Los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida controlan a las masas del pueblo. Pero los seguidores de Cristo tienen un llamado más santo. “Salid [305] de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.” [2 [Corintios 6:17](#), 18.]

Es privilegio y deber de todo cristiano mantener una estrecha unión con Cristo y tener una rica experiencia en las cosas de Dios. Entonces su vida será fructífera en buenas obras. Cuando leemos las vidas de hombres que han sido eminentes por su piedad, a menudo consideramos que sus experiencias y logros están fuera de nuestro alcance. Pero este no es el caso. Cristo dijo: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto”. “Como el pámpano no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”. “El que permanece en mí, y yo en él, ése lleva mucho fruto”.

[[Juan 15:8](#), 4, 5.] Los profetas y apóstoles no perfeccionaron el carácter cristiano por medio de un milagro. Usaron los medios que Dios había puesto a su alcance, y todos los que hagan un esfuerzo similar obtendrán un resultado similar.

Pablo se dirigió a sus hermanos de Corinto como “los santificados en Cristo Jesús”; y dio gracias a Dios porque en todo fueron enriquecidos por él, “en toda palabra y en todo conocimiento”, de modo que se quedaron atrás en ningún don. [[1 Corintios 1:2](#), 5, 7.] En su epístola a los colosenses, expone los gloriosos privilegios otorgados a los hijos de Dios. Dijo el apóstol: “No cesamos de orar por vosotros, y de desear que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, siendo fructíferos en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos [306] con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad con gozo”. [[Colosenses 1:9-11](#).] Tales son los frutos de la santificación bíblica.

Al dejar de lado las demandas de la ley de Dios, la iglesia ha perdido vista de las bendiciones del evangelio. La conversión bíblica y la santificación , un cambio radical de corazón y una transformación de carácter, es la gran necesidad de las iglesias de hoy. Avivamientos en los que los hombres convertirse en miembros de la iglesia sin una verdadera convicción de pecado, sin arrepentimiento y sin reconocer las demandas de la ley de Dios, son causa de debilidad para la iglesia, y ocasión de tropezando con el mundo.

[307]

Capítulo 23—El juicio investigador

“Estuve mirando”, dice el profeta Daniel, “hasta que fueron echados los tronos, y se sentó el Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura; su trono era como llama de fuego, y sus ruedas como fuego abrasador. Una corriente de fuego brotó y salió de delante de él; mil miles le servían, y diez mil veces diez mil estaban delante de él; el Juicio fue puesto, y los libros fueron abiertos.” “Y he aquí, uno como el Hijo del hombre vino con las nubes del cielo, y vino al Anciano de días, y lo trajeron cerca delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es un dominio eterno, que nunca pasará.” [Daniel 7:9, 10, 13, 14.]

Así se presentó a la visión del profeta la apertura del Juicio investigador. La venida de Cristo aquí descrita no es su segunda venida a la tierra. Viene al Anciano de días en el Cielo para recibir dominio, gloria y un reino, que le será dado al final de su obra mediadora. Es esta venida, [308] y no su segundo advenimiento a la tierra, lo que fue predicho en la profecía que tendría lugar al final de los 2300 días, en 1844. Acompañado por una nube de ángeles celestiales, nuestro gran Sumo Sacerdote entra en el santo de los santos, y aparece en la presencia de Dios para participar en los últimos actos de su ministerio a favor del hombre, para realizar la obra del Juicio investigador, y para hacer una expiación por todos los que se muestra que tienen derecho a su beneficios.

“Fueron juzgados los muertos”, dice Juan, “por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”. [Revelación 20:12.] Los ángeles de Dios han llevado un registro fiel de la vida de todos, y serán juzgados según sus obras. En vista de este Juicio, Pedro exhortó a los hombres de Israel: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, cuando vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio; y e

enviará a Jesús”, “a quien el cielo debe recibir hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que Dios ha hablado por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo”. [Hechos 3:19-21.]

Cristo mismo declara: “El que venciere, será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.” [Apocalipsis 3:5.] De nuevo dijo a sus discípulos: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos”. [Mateo 10:32, 33.]

La vida de todos los que han creído en Jesús pasa en solemne revisión [309] ante Dios Comenzando con los primeros que vivieron sobre la tierra, nuestro Abogado examina los casos de cada generación sucesiva y termina con los vivos. Cada nombre es mencionado, cada caso investigado de cerca. Se aceptan nombres, se rechazan nombres. De época en época, todos los que verdaderamente se han arrepentido del pecado, y por fe reclamaron la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, han tenido el perdón escrito en sus nombres en los libros del Cielo, y en la obra final del Juicio sus pecados son borrados. y ellos mismos son tenidos por dignos de la vida eterna.

El interés más profundo manifestado entre los hombres en las decisiones de los tribunales terrenales representa débilmente el interés manifestado en los tribunales celestiales cuando los nombres anotados en el libro de la vida se presentan en revisión ante el Juez de toda la tierra. El Intercesor divino presenta la súplica de que a todos los que de entre los hijos de los hombres caídos hayan vencido por medio de la fe en su sangre, se les perdonen sus transgresiones, que sean restaurados a su hogar en el Edén y coronados como coherederos con él hasta el “primer dominio.” [Miqueas 4:8.] Satanás, en su empeño por engañar y tentar a nuestra raza, había pensado frustrar el plan divino en la creación del hombre; pero Cristo ahora pide que este plan se lleve a cabo como si el hombre nunca hubiera caído. Pide para su pueblo no sólo perdón y justificación plena y completa, sino una participación en su gloria y un asiento en su trono.

Mientras Jesús intercede por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa ante Dios de transgresores. El gran engañador [310] ha tratado de conducirlos al escepticismo, de hacerles perder la confianza en Dios, separarse de su amor y quebrantar su ley. Ahora él

señala sus caracteres defectuosos, su semejanza con Cristo que ha deshonrado a su Redentor, todos los pecados que él los ha tentado a cometer, y por eso los reclama como sus súbditos.

Jesús no excusa sus pecados, sino que muestra su penitencia y fe, y, pidiendo perdón por ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: “Los conozco por su nombre. Los tengo grabados en las palmas de mis manos. ‘Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y contrito, oh Dios, no despreciarás’” [Salmo 51:17]. Y al acusador de su pueblo declara: “Jehová te reprenda, oh Satanás; aun el Señor que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es esto un tizón arrebatado del fuego? [Zacarías 3:2.] Cristo colocará su propio sello sobre sus fieles, a fin de presentarlos a su Padre “una iglesia gloriosa, que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante”. Sus nombres están inscritos en el libro de la vida, y acerca de ellos está escrito: “Andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos.”

Aquellos que son reconocidos y aprobados por Dios, por lo tanto, no son reconocidos ni honrados por el mundo. Los mismos nombres que se toman en los labios de Jesús como pertenecientes a sus propios hijos e hijas, coherederos con el Rey de gloria, honrado entre los ángeles celestiales, son a menudo los que los impíos pronuncian con desprecio y burla. Las almas firmes a quienes Jesús se deleita en honrar son [311] por causa de él difamadas, encarceladas, asaltadas, perseguidas y asesinadas. El pueblo de Dios debe vivir por fe. Deben mirar hacia el más allá y elegir los honores divinos y la recompensa de la recompensa por encima de cualquier ganancia o preferencia terrenal. Mientras continúa el tiempo de prueba, deben esperar que el mundo no los conozca, “porque no le conoció a él”.

Grandes y pequeños, altos y bajos, ricos y pobres, serán juzgados “por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”. Día tras día, pasando a la eternidad, lleva su carga de registros para los libros del Cielo. Las palabras una vez dichas, los hechos una vez hechos, nunca se pueden recordar. Los ángeles de Dios han registrado tanto el bien como el mal. El conquistador más poderoso sobre la tierra no puede recuperar el registro de ni un solo día. Nuestros actos, nuestras palabras, incluso nuestros motivos más secretos, todos tienen su peso para decidir nuestro destino para bien o para mal. Aunque puedan ser olvidados por nosotros, serán

dar su testimonio para justificar o condenar. Ellos van antes que nosotros al Juicio.

Se examinará el uso que se haga de cada talento. ¿Hemos mejorado el capital que Dios nos ha confiado? ¿Recibirá el Señor a los suyos con usura en su venida? No se atribuye ningún valor a la mera profesión de fe en Cristo; nada se cuenta como genuino sino el amor que se muestra por las obras.

Así como los rasgos del semblante se reproducen con maravillosa exactitud en la cámara del artista, así se delinea fielmente el carácter en los libros anteriores. Si los cristianos fueran tan lícitos para estar sin mancha en los registros celestiales como para ser representados sin mancha en el cuadro, cuán diferente parecería la historia de su vida.

¿Podría el velo que separa lo visible de lo invisible [312] el mundo sea barrido hacia atrás, y los hijos de los hombres contemplen un ángel registrando cada palabra y acción para encontrarlos nuevamente en el Juicio, cuántas palabras que se pronuncian diariamente permanecerían sin ser dichas; cuántas acciones quedarían sin hacer. Cuando todos los detalles de la vida aparecen en los libros que nunca contienen una entrada falsa, muchos encontrarán demasiado tarde que el registro testifica en su contra. Allí se revela su egoísmo oculto. Está el registro de los deberes incumplidos para con sus semejantes, del olvido de las demandas del Salvador. Allí verán con qué frecuencia se le dio a Satanás el tiempo, el pensamiento y la fuerza que pertenecieron a Cristo. Triste es el registro que los ángeles llevan al Cielo. Los seres inteligentes, profesos seguidores de Cristo, están absortos en la adquisición de posesiones mundanas o en el disfrute de los placeres terrenales. El dinero, el tiempo y la fuerza se sacrifican por la ostentación y la autoindulgencia; pero pocos son los momentos dedicados a la oración, al escudriñamiento de las Escrituras, a la humillación del alma ya la confesión de los pecados.

Satanás inventa planes innumerables para ocupar nuestras mentes a fin de que no se detengan en la misma obra con la que deberíamos estar mejor familiarizados. El archi-engañador odia las grandes verdades que traen a la vista un sacrificio expiatorio y un Mediador todopoderoso. Sabe que con él ahora todo depende de que distraiga la mente de Jesús y de su verdad.

Aquellos que deseen compartir los beneficios de la mediación del Salvador no deben permitir que nada interfiera con su deber de perfeccionar la santidad.

en el temor de Dios. Las horas que antes se dedicaban al placer, a la ostentación, [313] o a la búsqueda de ganancias, ahora deben dedicarse a un estudio ferviente y con oración de la palabra de verdad. El tema del santuario y el Juicio investigador debe ser claramente entendido por el pueblo de Dios. Todos necesitan un conocimiento por sí mismos de la posición y obra de su gran Sumo Sacerdote. De lo contrario, les será imposible ejercer la fe esencial en este momento, u ocupar el puesto que Dios les ha designado para ocupar.

Debemos dar testimonio de las grandes verdades que Dios nos ha confiado. El santuario en el Cielo es el centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres. Conciérne a cada alma que vive sobre la tierra. Abre a nuestra vista el plan de redención, llevándonos hasta el final de los tiempos, y revelando el resultado triunfante de la contienda entre la justicia y el pecado. Es de suma importancia que todos los que han recibido la luz, tanto viejos como jóvenes, investiguen a fondo estos temas, y sean capaces de dar respuesta a todo aquel que les pregunte razón de la esperanza que hay en ellos.

La intercesión de Cristo en favor del hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte comenzó la obra que, después de su resurrección, ascendió para completar en el Cielo. Por fe debemos entrar dentro del velo, “donde entró por nosotros el precursor”. Allí se refleja la luz de la cruz del Calvario. Allí podemos obtener una visión más clara de los misterios de la redención. La salvación del hombre se logra a un costo infinito para el Cielo; el sacrificio hecho está a la altura de las exigencias más amplias de la ley de Dios quebrantada. Jesús ha [314] abierto el camino hacia el trono del Padre, y por su mediación puede presentarse ante Dios el sincero deseo de todos los que a él acuden en fe.

“El que encubre sus pecados no prosperará; pero el que los confiesa y los abandona alcanzará misericordia.” [Proverbios [28:13](#).] Si los que ocultan y excusan sus faltas pudieran ver cómo Satanás se regocija sobre ellos, cómo se burla de Cristo y de los santos ángeles con ellos, se apresurarían a confesar sus pecados y a desecharlos. Satanás está continuamente tratando de engañar a los seguidores de Cristo con su sofisma fatal para que sus rasgos defectuosos de carácter les hagan imposible vencer. Pero Jesús intercede por ellos con sus manos heridas,

su cuerpo magullado; y declara a todos los que le siguen: “ Te basta mi gracia”. “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí; porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. porque mi yugo es suave y mi carga ligera”. [Mateo 11:29, 30.] Ninguno, pues, considere incurables sus defectos. Dios dará fe y gracia para vencerlos.

Todos los que quieren que sus nombres sean retenidos en el libro de la vida, deben ahora, en los pocos días restantes de su probación, afligir sus almas ante Dios con dolor por el pecado y verdadero arrepentimiento. Debe haber un profundo y fiel escudriñamiento del corazón. El espíritu ligero y frívolo al que se entrega la mayoría de los cristianos profesos debe ser desechado. Hay una guerra ferviente ante todos los que deseen subyugar las malas tendencias que luchan por el dominio.

Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de la expiación. Trascendentales son los intereses involucrados. el [315] El juicio está pasando ahora en el santuario de arriba. Cuarenta años ha estado en progreso este trabajo. Pronto, nadie sabe cuándo, pasará a los casos de los vivos. En la terrible presencia de Dios, nuestras vidas deben ser revisadas. En este momento, por encima de todos los demás, corresponde a toda alma prestar atención a la amonestación del Salvador: “Velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo”. “Mirad que os venga de repente os halle durmiendo”. [Marcos 13:33, 35, 36.]

“Por tanto, si no velas, vendré sobre ti como ladrón; y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.” [Revelación 3:3.] Cuán peligrosa es la condición de aquellos que, cansados de su guardia, se vuelven hacia las atracciones del mundo. Mientras el hombre de negocios está absorto en la búsqueda de la ganancia, mientras el amante de los placeres busca la indulgencia, mientras la hija de la moda se arregla sus adornos, puede ser que en esa hora el Juez de toda la tierra pronuncie la sentencia, “Fuiste pesado en la balanza, y fuiste hallado falto”.

Cada alma que ha pronunciado el nombre de Cristo tiene un caso pendiente en el tribunal celestial. Es la semana de la corte con nosotros, y la decisión que se tome en cada caso será final.

[316]

Capítulo 24—El origen del mal

Para muchas mentes, el origen del pecado y la razón de su existencia son una fuente de gran perplejidad. En su interés por estas cuestiones, se descuidan las verdades claramente reveladas en la palabra de Dios y esenciales para la salvación ; y el hecho de que las Escrituras no dan ninguna explicación se aprovecha como excusa para rechazar las palabras de las Sagradas Escrituras.

Es imposible explicar el origen del pecado, o dar una razón de su existencia. Es un intruso, de cuya existencia no se puede dar ninguna razón. Es misterioso, inexplicable; excusarlo, es defenderlo . Si se pudiera excusar, si se mostrara una causa para su existencia, dejaría de ser pecado. Nuestra única definición de pecado es la que se da en la palabra de Dios; es “la transgresión de la ley”.

El pecado se originó con él, quien, después de Cristo, estaba en lo más alto en el favor de Dios, y lo más alto en poder y gloria entre los habitantes del Cielo. Antes de su caída, Lucifer era el querubín protector, santo e inmaculado. El profeta de Dios declara: “Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad”. [\[Ezequiel 28:15.\]](#) La paz y la alegría, en perfecta sumisión a la voluntad del Cielo, existían en toda la hueste angélica. El amor a Dios [\[317\]](#) era supremo, el amor mutuo era imparcial. Tal fue la condición que existió durante siglos antes de la entrada del pecado.

Pero sobre este estado feliz se produjo un cambio. Dice el profeta, dirigiéndose al príncipe del mal: “Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor”. [\[Ezequiel 28:17.\]](#) Aunque Dios había creado a Lucifer noble y hermoso, y lo había exaltado a un alto honor entre la hueste angélica , no lo había colocado fuera de la posibilidad del mal. Estaba en el poder de Satanás, si él eligió hacerlo, pervertir estos dones. Podría haber permanecido en el favor de Dios, amado y honrado por toda la multitud angélica, presidiendo en su exaltada posición con cuidado generoso y desinteresado, ejerciendo sus nobles poderes para bendecir a otros y glorificar a su Hacedor. Pero, poco a poco, comenzó a buscar su propio honor y a emplear sus poderes para llamar la atención y ganar elogios.

a él mismo. También llevó gradualmente a los ángeles sobre los que gobernaba a que le sirvieran, en lugar de dedicar todos sus poderes al servicio de su Creador. Este proceder pervirtió su propia imaginación y pervirtió a aquellos que cedieron implícitamente a su autoridad.

Los concilios celestiales advirtieron a Lucifer que cambiara su rumbo. El Hijo de Dios le advirtió y le rogó que no se aventurara a deshonorar así a su Hacedor y a traer ruina sobre sí mismo. Pero en lugar de ceder, Satanás manifestó a los que lo amaban que había sido juzgado injustamente, que no se respetaba su dignidad y que se iba a cercenar su libertad.

Que Cristo lo considere como necesitado de ser corregido, y [318] presumiera asumir el puesto de superior, despertó en él un espíritu de resistencia, y encargó al Hijo de Dios el designio de humillarlo ante los ángeles. Por tergiversación de las palabras de Cristo, por prevaricación y falsedad directa, Satanás se ganó la simpatía de los ángeles bajo su control, y se unieron a él en rebelión contra la autoridad del Cielo.

Hasta el final, se negó a reconocer que su propio proceder merecía censura. Cuando se hizo evidente la consecuencia de su desafección, y se decretó que, junto con todos sus simpatizantes, debía ser desterrado para siempre de la morada de la bienaventuranza, el archi-engañador echó toda la culpa a Cristo. De común acuerdo, Satanás y sus huestes declararon que si no hubieran sido reprendidos, la rebelión nunca habría ocurrido, y así responsabilizaron a Cristo por su conducta. Así obstinados y desafiantes en su deslealtad, buscando en vano derrocar el gobierno de Dios, pero afirmando blasfemamente ser ellos mismos víctimas inocentes del poder opresivo, el archi-rebelde y todos sus simpatizantes fueron finalmente desterrados del Cielo.

La rebelión en el Cielo fue impulsada por el mismo espíritu que inspira la rebelión en la tierra. Satanás ha continuado con los hombres la misma política que siguió con los ángeles. Su espíritu ahora reina en los hijos de desobediencia. Hay un odio constante a la reprensión y una disposición a rebelarse contra ella. Cuando Dios envía a los malhechores un mensaje de advertencia o corrección, Satanás los lleva a justificarse ya buscar la simpatía de los demás. En lugar de cambiar su [319] proceder equivocado, manifiestan gran indignación contra el que reprende, como si él fuera la única causa de la dificultad. Desde los días de los justos

Abel a nuestro tiempo, tal es el espíritu que se ha mostrado hacia aquellos que se atreven a condenar el pecado.

Satanás había suscitado simpatía a su favor al representar que Dios lo había tratado injustamente al otorgarle el honor supremo a Cristo. Antes de que fuera sentenciado al destierro del cielo, se demostró con claridad convincente que su conducta estaba equivocada, y se le concedió la oportunidad de confesar su pecado y someterse a la autoridad de Dios como justo y recto. Pero optó por llevar sus puntos a toda costa. Para sustentar su acusación de la injusticia de Dios hacia él, recurrió a la tergiversación, incluso de las palabras y los actos del Creador.

Aquí, por un tiempo, Satanás tuvo la ventaja; y se regocijaba en su superioridad arrogante, en este respecto, a los ángeles del cielo, e incluso a Dios mismo. Mientras que Satanás puede emplear el fraude y la sofistería para lograr sus objetivos, Dios no puede mentir; mientras que Lucifer, como la serpiente, puede elegir un curso tortuoso, girando, retorciéndose, deslizándose, para ocultarse, Dios se mueve sólo en una línea directa, directa. Satanás se había disfrazado con un manto de falsedad, y por un tiempo fue imposible arrancar la cubierta, de modo que se pudiera ver la horrible deformidad de su carácter. Debe dejarse que se revele en sus obras crueles, astutas y malvadas.

No fue inmediatamente destronado cuando se aventuró por primera vez a complacer el espíritu de descontento e insubordinación, ni siquiera cuando [320] comenzó a presentar su falsa pretensión y representaciones mentirosas ante los ángeles leales. Largo tiempo estuvo retenido en el Cielo. Una y otra vez se le ofreció el perdón a condición de arrepentimiento y sumisión. Los esfuerzos que sólo Dios podía hacer se hicieron para convencerlo de su error y restaurarlo en el camino de la rectitud. Dios preservaría el orden de los cielos, y si Lucifer hubiera estado dispuesto a volver a su lealtad, humilde y obediente, habría sido restablecido en su oficio como querubín protector. Pero como obstinadamente justificó su proceder, y sostuvo que no tenía necesidad de arrepentimiento, se hizo necesario que el Señor de los Cielos vindicara su justicia y el honor de su trono; y Satanás y todos los que simpatizaban con él fueron expulsados.

Por la misma tergiversación del carácter de Dios que había practicado en el cielo, haciendo que se le considerara severo y tiránico, Satanás indujo al hombre a pecar. Y habiendo logrado así

Hasta ahora, declaró que las restricciones injustas de Dios habían llevado a la caída del hombre, como lo habían llevado a su propia rebelión.

Pero el Eterno mismo proclama su carácter: "El Señor Dios, misericordioso y clemente, lento para la ira y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia por millares, que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, y que de ninguna manera limpiará el culpable." [Éxodo 34:6, 7.]

En el destierro de Satanás del cielo, Dios declaró su justicia y mantuvo el honor de su trono. Pero cuando el hombre hubo pecado al ceder a los engaños de este espíritu apóstata, Dios dio una evidencia de su amor al entregar a su Hijo unigénito para [321] morir por la raza caída. En la expiación se revela el carácter de Dios. El poderoso argumento de la cruz demuestra a todo el universo que Dios no fue en modo alguno responsable por el curso de pecado que Lucifer había elegido; que no fue una retirada arbitraria de la gracia divina, ni una deficiencia en el gobierno divino, lo que le inspiró el espíritu de rebelión.

En la contienda entre Cristo y Satanás, durante el ministerio terrenal del Salvador, se desenmascaró el carácter del gran engañador. Nada podría haber desarraigado tan eficazmente a Satanás de las mentes y los afectos de los ángeles celestiales y de todo el universo leal como lo hizo su cruel guerra contra el Redentor del mundo. La audaz blasfemia de su exigencia de que Cristo le rindiera homenaje, su presuntuosa osadía al llevarlo a la cima de la montaña y al pináculo del templo, la malicia que se revela al instarlo a arrojarlo desde la vertiginosa altura, la insomne malicia que lo persiguió de un lugar a otro, inspirando los corazones de los sacerdotes y de la gente a rechazar su amor, y al final a elevar el grito "¡Crucifícalo! ¡Crucifícale!"—todo esto excitó el asombro y la indignación del universo.

Fue Satanás quien provocó el rechazo de Cristo por parte del mundo. El príncipe del mal ejerció todo su poder y astucia para destruir a Jesús; porque vio que la misericordia y el amor del Salvador, su compasión y ternura compasiva, estaban representando al mundo el carácter de Dios. Satanás impugnó todas las pretensiones del Hijo de Dios y empleó a hombres como sus agentes para llenar la vida del Salvador de sufrimiento y tristeza. El sofisma y la falsedad con que había pretendido entorpecer la obra de Jesús, el odio manifestado a través de los ni

de desobediencia, sus crueles acusaciones contra Aquel cuya vida fue de una bondad sin igual, todo brotó de una profunda venganza. Los fuegos reprimidos de la envidia y la malicia, el odio y la venganza, estallaron en el Calvario contra el Hijo de Dios, mientras todo el Cielo contemplaba la escena con silencioso horror.

Consumado el gran sacrificio, Cristo ascendió a lo alto, rehusando la adoración de los ángeles hasta que hubo preferido la petición: “Aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo”. [Juan 17:24.] Entonces, con un amor y un poder inexpresables, salió la respuesta del trono del Padre: “Adórenle todos los ángeles de Dios”. [Hebreos 1:6.] Ni una mancha cayó sobre Jesús. Terminó su humillación, se completó su sacrificio, se le dio un nombre que está sobre todo nombre.

Ahora la culpa de Satanás se presentó sin excusa. Sus acusaciones mentirosas contra el carácter y el gobierno divinos aparecieron en su verdadera luz. Había acusado a Dios de buscar meramente la exaltación de sí mismo al exigir sumisión y obediencia de sus criaturas, y había declarado que mientras el Creador exigía la abnegación de todos los demás, él mismo no practicaba la abnegación ni hacía ningún sacrificio. Ahora se vio que para la salvación de una raza caída y pecadora, el Gobernante del universo había hecho el mayor sacrificio que Dios podía hacer. Se vio, también, que mientras Lucifer había abierto la puerta para la entrada del pecado, por su deseo de honor y supremacía, Cristo, para destruir el pecado, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte.

[323] Dios había manifestado su aborrecimiento de los principios de la rebelión. Todo el Cielo vio revelada su justicia, tanto en la condenación de Satanás como en la redención del hombre. Lucifer había declarado que la ley de Dios era de tal carácter que su castigo no podía ser perdonado y, por lo tanto, todo transgresor debía ser excluido para siempre del favor del Creador. Él había afirmado que la raza pecadora estaba más allá de la redención y, por lo tanto, era su presa legítima. Pero la muerte de Cristo fue un argumento a favor del hombre que no se podía dejar de lado. Sufrió la pena de la ley. Dios fue justo al permitir que su ira cayera sobre Aquel que era igual a él, y el hombre quedó libre para aceptar la justicia de Cristo, y por una vida de penitencia y humillación para triunfar como el Hijo de Dios había triunfado sobre el poder de Satán.

La ley de Dios permanece plenamente vindicada. Él es justo y, sin embargo, el que justifica a todos los que creen en Jesús. Nada menos que este plan de expiación podría convencer a todo el universo de la justicia de Dios.

En la ejecución final del juicio se verá que no existe causa de pecado. Cuando el Juez de toda la tierra le pregunte a Satanás: “¿Por qué te has rebelado contra mí y me has robado los súbditos de mi reino?” el autor del mal no puede dar excusa. Toda boca se cerrará, y todas las huestes rebeldes se quedarán sin habla ante el gran tribunal.

[324] **Capítulo 25—Enemistad entre el hombre y Satanás**

“Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. [Génesis 3:15.] La sentencia divina pronunciada contra Satanás después de la caída del hombre, fue también una profecía, abarcando todas las edades hasta el fin de los tiempos, y prefigurando el gran conflicto que enfrentaría a todas las razas de hombres que habrían de vivir sobre la tierra.

Dios declara: “Pondré enemistad”. Esta enemistad no es naturalmente entretenida. Cuando el hombre transgredía la ley divina, su naturaleza se volvía mala y estaba en armonía, y no en desacuerdo, con Satanás. Naturalmente, no existe enemistad entre el hombre pecador y el autor del pecado. Ambos se volvieron malvados a través de la apostasía. El apóstata nunca descansa, excepto cuando obtiene simpatía y apoyo al inducir a otros a seguir su ejemplo. Por eso, los ángeles caídos y los hombres malvados se unen en un compañerismo desesperado. Si Dios no se hubiera interpuesto especialmente, Satanás y el hombre se habrían aliado contra el Cielo; y en lugar de albergar enemistad contra Satanás, toda la familia humana se habría unido en oposición a Dios.

[325] Satanás tentó al hombre a pecar, como había hecho que los ángeles se rebelaran, para así poder asegurar su cooperación en su guerra contra el Cielo. No hubo disensión entre él y los ángeles caídos en cuanto a su odio hacia Cristo; mientras que en todos los demás puntos había discordia, estaban firmemente unidos en oposición a la autoridad del Gobernante del universo. Pero cuando Satanás oyó la declaración de que debía existir enemistad entre él y la mujer, y entre su simiente y la simiente de ella, supo que sus esfuerzos por depravar la naturaleza humana serían interrumpidos; que de alguna manera el hombre iba a poder resistir su poder.

La gracia que Cristo implanta en el alma crea la enemistad contra Satanás. Sin esta gracia convertidora y poder renovador, el hombre continuaría cautivo de Satanás, un siervo siempre listo para cumplir sus órdenes. Pero el nuevo principio en el alma crea conflicto donde

hasta ahora había sido la paz. El poder que imparte Cristo capacita al hombre para resistir al tirano y al usurpador. Quien se ve que aborrece el pecado en lugar de amarlo, quien resiste y vence esas pasiones que han imperado en su interior, muestra la operación de un principio totalmente desde arriba.

El antagonismo que existe entre el espíritu de Cristo y el espíritu de Satanás se mostró de manera más sorprendente en la recepción de Jesús por parte del mundo. No fue tanto porque apareciera sin riquezas mundanas, pompa o grandeza, que los judíos fueron inducidos a rechazarlo. Vieron que poseía un poder que compensaría con creces la falta de estas ventajas externas. Pero la pureza y la santidad de Cristo provocaron contra él el odio de los impíos. Su vida de [326] abnegación y devoción sin pecado fue un reproche perpetuo para un pueblo orgulloso y sensual. Fue esto lo que provocó la enemistad contra el Hijo de Dios. Satanás y los ángeles malos se unieron a los hombres malos. Todas las energías de la apostasía conspiraron contra el campeón de la verdad.

La misma enemistad se manifiesta hacia los seguidores de Cristo como se manifestó hacia su Maestro. Quienquiera que vea el carácter repulsivo del pecado y, con la fuerza de lo alto, resista la tentación, seguramente despertará la ira de Satanás y sus súbditos. El odio a los principios puros de la verdad, y el reproche y la persecución de sus defensores, existirán mientras permanezcan el pecado y los pecadores. Los seguidores de Cristo y los siervos de Satanás no pueden armonizar. La ofensa de la cruz no ha cesado. "Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución". [2 [Timoteo 3:12.](#)]

Los agentes de Satanás trabajan constantemente bajo su dirección para establecer su autoridad y edificar su reino en oposición al gobierno de Dios. Con este fin, buscan engañar a los seguidores de Cristo y disuadirlos de su lealtad. Al igual que su líder, malinterpretan y pervierten las Escrituras para lograr su objetivo. Así como Satanás se esforzó por arrojar oprobio a Dios, así sus agentes buscan difamar al pueblo de Dios. El espíritu que dio muerte a Cristo mueve a los impíos a destruir a sus seguidores. Todo esto está prefigurado en esa primera profecía: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya". Tal es la obra que se llevará adelante en el gran conflicto entre Cristo y Satanás hasta el fin del tiempo.

Satanás convoca a todas sus fuerzas y arroja todo su poder en [327]

el combate ¿Por qué no encuentra mayor resistencia? ¿Por qué los soldados de Cristo están tan somnolientos e indiferentes? Porque no se dan cuenta del peligro. Hay muy poca enemistad contra Satanás y sus obras, porque hay una gran ignorancia en cuanto a su poder y malicia, y la vasta extensión de su guerra contra Cristo y su iglesia. Las multitudes están engañadas aquí. No saben que su enemigo es un poderoso general, que controla las mentes de los ángeles malos, y que con planes bien maduros y hábiles movimientos está luchando contra Cristo para impedir la salvación de las almas. Entre los cristianos profesos, e incluso entre los ministros del evangelio, apenas se escucha una referencia a Satanás, excepto quizás una mención incidental en el púlpito. Pasan por alto las evidencias de su continua actividad y éxito; descuidan las muchas advertencias de su sutileza; parecen ignorar su existencia misma.

Mientras que los hombres ignoran sus artificios, este enemigo vigilante les sigue la pista en todo momento. Está invadiendo su presencia en cada departamento del hogar, en cada calle de nuestras ciudades, en las iglesias, en los consejos, en los tribunales de justicia, desconcertando, engañando, seduciendo, arruinando por todas partes las almas y los cuerpos de hombres, mujeres, e hijos, separando familias, sembrando odio, emulación, contienda, sedición, asesinato. Y el mundo cristiano parece considerar estas cosas como si Dios las hubiera designado, y deben existir.

Satanás está continuamente tratando de vencer al pueblo de Dios [328] derribando las barreras que los separan del mundo. El antiguo Israel fue tentado a pecar cuando se aventuró en una asociación prohibida con los paganos. De manera similar, el Israel moderno es descarriado. “El dios de este mundo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”. [2 Corintios 4:4.] Todos los que no son seguidores decididos de Cristo son siervos de Satanás.

En el corazón no regenerado hay amor por el pecado y una disposición para apreciarlo y excusarlo. En el corazón renovado hay odio al pecado y resistencia resuelta contra él. Cuando los cristianos eligen la sociedad de los impíos e incrédulos, se exponen a la tentación. Satanás se oculta a la vista y sigilosamente pasa su vendaje sobre sus ojos. No pueden ver que tal compañía está calculada para hacerles daño, y mientras todo el tiempo se asimilan al mundo en carácter, palabras y acciones, se están volviendo más

y más ciego. La familiaridad con el pecado inevitablemente hace que parezca menos repulsivo. El que elige asociarse con los siervos de Satanás pronto deja de temer a su amo.

El tentador a menudo trabaja con más éxito a través de aquellos de los que menos se sospecha que están bajo su control. Muchos prevalecen en la opinión de que todo lo que parece cortesía o refinamiento debe, en algún sentido, pertenecer a Cristo. Nunca hubo un error mayor. Estas cualidades deberían adornar el carácter de todo cristiano, pues ejercerían una poderosa influencia a favor de la verdadera religión; pero deben ser consagrados a Dios, o son un poder para el mal. Muchos [329] que son afables e inteligentes, y que no se rebajarían a lo que comúnmente se considera un acto inmoral, no son más que instrumentos pulidos en las manos de Satanás. El carácter insidioso y engañoso de su influencia y ejemplo los convierte en enemigos más peligrosos para la causa de Cristo que aquellos que son poco atractivos, toscos, toscos y degradados.

Mediante la oración ferviente y la dependencia de Dios, Salomón obtuvo la sabiduría que suscitó el asombro y la admiración del mundo. Pero cuando se apartó de la Fuente de su fuerza y siguió adelante confiando en sí mismo, cayó presa de la tentación. Entonces, los maravillosos poderes conferidos al más sabio de los reyes, sólo lo convirtieron en un agente más eficaz del adversario de las almas.

Mientras que Satanás está constantemente tratando de cegar sus mentes al hecho, que los cristianos nunca olviden que “no luchan contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra espíritus inicuos [margen] en lugares altos.” [Efesios 6:12.] La advertencia inspirada está resonando a lo largo de los siglos hasta nuestro tiempo: “Sed sobrios, velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.” [1 Pedro 5:8.] “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.” [Efesios 6:11.]

Desde los días de Adán hasta nuestros días, nuestro gran enemigo ha estado ejerciendo su poder para oprimir y destruir. Ahora se está preparando para su última campaña contra la iglesia. Todos los que busquen seguir a Jesús entrarán en conflicto con este enemigo implacable. Cuanto más [330] el cristiano imite el Modelo divino, más seguramente se convertirá en blanco de los ataques de Satanás. Todos los que están activamente

comprometidos con la causa de Dios, buscando desvelar los engaños del maligno y presentar a Cristo ante el pueblo, podrán unirse al testimonio de Pablo, en el que habla de servir al Señor con toda humildad de espíritu, con muchas lágrimas y tentaciones.

Satanás atacó a Cristo con sus más feroces y sutiles tentaciones; pero fue rechazado en todos los conflictos. Esas batallas se libraron en nuestro nombre; esas victorias nos permiten conquistar . Cristo dará fuerza a todos los que la busquen. Ningún hombre sin su propio consentimiento puede ser vencido por Satanás. El tentador no tiene poder para controlar la voluntad o forzar el alma a pecar. Puede angustiar, pero no puede contaminar. Él puede causar agonía, pero no corrupción.

El hecho de que Cristo haya vencido debe inspirar valor a sus seguidores para pelear varonilmente la batalla contra el pecado y Satanás.

Capítulo 26—La agencia de los espíritus malignos

[331]

La existencia de Satanás y la agencia de los espíritus malignos son hechos plenamente establecidos tanto por el Antiguo como por el Nuevo Testamento. Desde los días de Adán hasta Moisés, ya través de todas las edades posteriores hasta Juan, el último escritor de los evangelios, se reconoce a Satanás como un agente personal activo, el originador del mal, el enemigo de Dios y del hombre. Es cierto que la imaginación y la superstición han dado su propio matiz a estos hechos, y los han relacionado con leyendas y tradiciones de naciones paganas, judías y aun cristianas; pero como se revelan en la palabra de Dios, son de la mayor solemnidad e importancia. La conexión del mundo visible con el invisible, el ministerio de los ángeles de Dios y la agencia de los ángeles malos están inseparablemente entrelazados con la historia humana. Se nos habla de la caída de los ángeles de su pureza, de Lucifer su líder, el instigador de la rebelión, de su confederación y gobierno, de sus diversas órdenes, de su gran inteligencia y sutileza, y de sus maliciosos designios contra la inocencia y felicidad de los hombres. Se nos habla de Uno más poderoso que el enemigo caído, Uno por cuya autoridad el poder de Satanás es limitado y controlado; y se nos dice, también, del castigo preparado para el autor de la iniquidad.

Durante el tiempo en que Cristo estuvo sobre la tierra, los malos espíritus [332] manifestó su poder de la manera más llamativa. ¿Y por qué fue esto?—Cristo había venido a participar en el plan ideado para la redención del hombre, y Satanás, por lo tanto, decidió afirmar su derecho a controlar el mundo. Había logrado establecer la idolatría en todas partes de la tierra excepto en la tierra de Palestina. A la única tierra que no había cedido completamente al dominio del tentador, Cristo vino a derramar sobre la gente la luz del Cielo. Aquí dos poderes rivales reclamaron la supremacía. Jesús estaba extendiendo sus brazos de amor, invitando a todos los que querían encontrar el perdón y la paz en él. Las huestes de la oscuridad entendieron que si su misión tenía éxito, su gobierno pronto terminaría. Satanás se enfureció como un león encadenado y exhibió desafiantemente su poder sobre los cuerpos y las almas de los hombres.

El hecho de que los hombres han sido poseídos por demonios se establece claramente en el Nuevo Testamento. Las personas así afligidas no sufrían simplemente enfermedades por causas naturales. Cristo tenía un entendimiento perfecto de lo que estaba tratando, y reconoció la presencia directa y la agencia de los malos espíritus.

Un ejemplo sorprendente de su número, poder y malignidad, y también del poder y la misericordia de Cristo, se da en el relato bíblico de la curación de los endemoniados en Gadara. Esos miserables maníacos, desdeñando toda moderación, retorciéndose, echando espuma, furiosos, llenaban el aire con sus gritos, se violentaban a sí mismos y ponían en peligro a todos los que se les acercaban. Sus cuerpos sangrantes y desfigurados y sus mentes distraídas presentaban un espectáculo muy **agradable** al príncipe de las tinieblas. Uno de los demonios que controlaba a los enfermos declaró: "Mi nombre es Legión; porque somos muchos." [Marca 5:9.] En el ejército romano una legión constaba de tres a cinco mil hombres. Las huestes de Satanás también están organizadas en compañías, y la única compañía a la que pertenecían estos demonios no era menos que una legión.

Por mandato de Jesús, los malos espíritus partieron de sus víctimas, dejándolas tranquilamente sentadas a los pies del Salvador, apacibles, inteligentes y mansas. Pero a los demonios se les permitió arrastrar una manada de cerdos al mar; y para los habitantes de Gadara, su pérdida superó las bendiciones que Cristo había otorgado, y se rogó al divino Sanador que partiera. Este fue el resultado que Satanás se propuso asegurar. Al echarle la culpa a Jesús, despertó los temores egoístas de la gente y les impidió escuchar sus palabras. Satanás está constantemente acusando a los cristianos como la causa de la pérdida, la desgracia y el sufrimiento, en lugar de permitir que el reproche caiga donde corresponde, sobre él y sus agentes.

Pero los propósitos de Cristo no fueron frustrados. Permitió que los espíritus malignos destruyeran la pira de cerdos como un reproche a aquellos judíos que, al criar estas bestias inmundas con el fin de obtener ganancias, habían transgredido el mandato de Dios. Si Cristo no hubiera refrenado a los demonios, se habrían sumergido en el mar, no solo los cerdos, sino también sus cuidadores y dueños. La preservación tanto de los guardianes como de los propietarios se debió únicamente a su misericordiosa interposición para su liberación. Además, se permitió que se llevara a cabo esta escena para que [334] los discípulos pudieran presenciar el cruel poder de Satanás sobre el ho

y bestia El Salvador deseaba que sus seguidores tuvieran conocimiento del enemigo que iban a encontrar, para que no fueran engañados y vencidos por sus artimañas. También fue su voluntad que la gente de esa región contemplara su poder para romper la esclavitud de Satanás y liberar a sus cautivos. Y aunque Jesús mismo partió, los hombres tan maravillosamente liberados, se quedaron para declarar la misericordia de su Benefactor.

En las Escrituras se registran otros casos de naturaleza similar. La hija de la mujer sirofenicia estaba gravemente enfadada con un demonio, a quien Jesús expulsó por su palabra. [Marcos 7:26-30.] Uno "endemoniado, ciego y mudo" [Mateo 12:22]. un joven que tenía un espíritu mudo, que muchas veces "lo echaba en el fuego y en las aguas, para destruirlo" [Marcos 9:17-27]. el maníaco, que, atormentado por "un espíritu de un demonio inmundo" [Lucas 4:33-36]. perturbaron la quietud del sábado en la sinagoga de Cafarnaúm, fueron todos sanados por el compasivo Salvador. En casi todos los casos, Cristo se dirigió al demonio como una entidad inteligente, ordenándole que saliera de su víctima y no lo atormentara más. Los adoradores en Cafarnaúm, al contemplar su gran poder, "estaban todos asombrados, y hablaban entre sí, diciendo: ¡Qué palabra es esta! porque con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen."

Los poseídos por demonios generalmente se representan en una condición de gran sufrimiento; sin embargo, hubo excepciones a esta regla. En aras de obtener un poder sobrenatural, algunos dieron la bienvenida a la [335] influencia satánica. Estos, por supuesto, no tenían conflicto con los demonios. De esta clase eran los que poseían el espíritu de adivinación: Simón el Mago, Elimas el hechicero y la doncella que siguió a Pablo y Silas en Filipos.

Nadie está en mayor peligro por la influencia de los malos espíritus que aquellos que, a pesar del directo y amplio testimonio de las Escrituras, niegan la existencia y la agencia del diablo y sus ángeles. Mientras ignoremos sus artimañas, tienen una ventaja casi inconcebible; muchos prestan atención a sus sugerencias mientras suponen que están siguiendo los dictados de su propia sabiduría. Por eso, a medida que nos acercamos al fin del tiempo, cuando Satanás va a obrar con el mayor poder para engañar y destruir, se propaga

en todas partes la creencia de que él no existe. Es su política ocultarse a sí mismo y su manera de trabajar.

No hay nada que el gran engañador tema tanto como que nos familiaricemos con sus artimañas. Para disimular mejor su verdadero carácter y propósitos, se ha hecho representar de tal manera que no suscite emociones más fuertes que el ridículo o el desprecio.

Le complace mucho que lo pinten como un objeto ridículo o repugnante, deforme, mitad animal y mitad humano. Le complace que su nombre sea utilizado en el deporte y la burla por parte de aquellos que se consideran inteligentes y bien informados.

Es porque se ha enmascarado a sí mismo con una habilidad consumada que la pregunta se hace tan ampliamente: "¿Existe realmente tal ser?" Es una evidencia de su éxito que las teorías que desmienten el más claro testimonio de las Escrituras sean tan generalmente recibidas en el mundo religioso. Y es porque Satanás puede controlar más fácilmente las mentes de aquellos que son inconscientes de su influencia que la palabra de Dios nos da tantos ejemplos de su obra maligna, revelando ante nosotros sus fuerzas secretas, y así poniéndonos en guardia contra su maldad. asaltos

El poder y la malicia de Satanás y su hueste podrían alarmarnos con razón, si no fuera porque podemos encontrar refugio y liberación en el poder superior de nuestro Redentor. Aseguramos cuidadosamente nuestras casas con cerrojos y cerrojos para proteger nuestra propiedad y nuestras vidas de los hombres malvados; pero rara vez pensamos en los ángeles malignos que buscan constantemente acceso a nosotros, y contra cuyos ataques no tenemos ningún método de defensa. Si se permiten, pueden distraer nuestras mentes, desordenar, atormentar nuestros cuerpos, destruir nuestras posesiones y nuestras vidas. Su único deleite está en la miseria y la destrucción. Terrible es la condición de aquellos que resisten las demandas divinas y ceden a las tentaciones de Satanás hasta que Dios los entrega al control de los malos espíritus. Pero los que siguen a Cristo están siempre a salvo bajo su cuidado. Ángeles que sobresalen en fuerza son enviados desde el cielo para protegerlos. El inicuo no puede atravesar la guardia que Dios ha puesto alrededor de su pueblo.

Capítulo 27—Las trampas de Satanás

[337]

A medida que el pueblo de Dios se acerca a los peligros de los últimos días, Satanás consulta fervientemente con sus ángeles acerca del plan más exitoso para derribar su fe. Ve que las iglesias populares ya están adormecidas por su poder engañoso. Mediante sofismas agradables y prodigios mentirosos puede continuar manteniéndolos bajo su control. Por lo tanto, ordena a sus ángeles que tiendan sus lazos especialmente a aquellos que esperan el segundo advenimiento de Cristo y se esfuerzan por guardar todos los mandamientos de Dios.

Dice el gran engañador: “Tenemos que vigilar a los que están llamando la atención del pueblo al sábado de Jehová; llevarán a muchos a ver las demandas de la ley de Dios; y la misma luz que revela el verdadero sábado, revela también el ministerio de Cristo en el santuario celestial, y muestra que la última obra para la salvación del hombre está ahora en marcha. Mantén las mentes de la gente en tinieblas hasta que termine esa obra, y aseguraremos al mundo ya la iglesia también.

“El sábado es la gran cuestión que ha de decidir el destino de las almas. Debemos exaltar el sábado de nuestra creación. Hemos hecho que sea aceptado tanto por los mundanos como por los miembros de la iglesia; ahora la iglesia debe ser guiada a unirse con el mundo en su apoyo. Debemos [338] obrar con señales y prodigios para cegar sus ojos a la verdad, y llevarlos a dejar de lado la razón y el temor de Dios, y seguir la costumbre y la tradición.

“Influiré en los ministros populares para que desvíen la atención de sus oyentes de los mandamientos de Dios. Lo que las Escrituras declaran ser una ley perfecta de libertad será representado como un yugo de servidumbre. El pueblo acepta las explicaciones de las Escrituras de sus ministros y no investiga por sí mismo. Por lo tanto, obrando a través de los ministros, puedo controlar a la gente según mi voluntad.

“Pero nuestra principal preocupación es silenciar a esta secta de los observadores del sábado. Debemos excitar la indignación popular contra ellos. Reclutaremos a grandes hombres y sabios mundanos de nuestro lado, e induciremos

aquellos en autoridad para llevar a cabo nuestros propósitos. Entonces el día de reposo que he establecido será impuesto por las leyes más severas y exigentes. Quienes las desprecien serán expulsados de las ciudades y aldeas, y sufrirán hambre y privaciones. Una vez que tengamos el poder, mostraremos que podemos hacerlo con aquellos que no se desviarán de su lealtad a Dios. Dirigimos a la Iglesia Romana a infligir prisión, tortura y muerte a aquellos que se negaron a ceder a sus decretos, y ahora que estamos armonizando a las iglesias protestantes y al mundo con este brazo derecho de nuestra fuerza, finalmente tendremos una ley para exterminar a todos los que no se someten a nuestra autoridad. Cuando la muerte se convierta en el castigo por violar nuestro sábado, entonces muchos de los que ahora están clasificados entre los que guardan los mandamientos se pasarán a nuestro lado.

[339] “Pero antes de proceder a estas medidas extremas, debemos ejercer toda nuestra sabiduría y sutileza para engañar y atrapar a aquellos que honran el verdadero día de reposo. Podemos separar a muchos de Cristo por la mundanalidad, la lujuria y el orgullo. Pueden pensar que están a salvo porque creen en la verdad, pero la complacencia del apetito o de las bajas pasiones, que confundirán el juicio y destruirán el discernimiento, causarán su caída.

“Ve, embriaga a los poseedores de tierras y dinero con los cuidados de esta vida. Presente el mundo ante ellos en su luz más atractiva, para que puedan depositar su tesoro aquí y fijar sus afectos en las cosas terrenales. Debemos hacer todo lo posible para evitar que aquellos que trabajan en la causa de Dios obtengan medios para usarlos contra nosotros. Mantener el dinero en nuestras propias filas. Cuantos más medios obtengan, más dañarán nuestro reino al quitarnos a nuestros siervos. Haz que se preocupen más por el dinero que por la edificación del reino de Cristo y la difusión de las verdades que odiamos, y no debemos temer su influencia; porque sabemos que toda persona egoísta y codiciosa caerá bajo nuestro poder y finalmente será separada del pueblo de Dios.

“A través de aquellos que tienen apariencia de piedad pero no conocen el poder, podemos ganar a muchos que de otro modo nos harían mucho daño. Los amantes de los placeres más que los amantes de Dios serán nuestros ayudantes más eficaces. Aquellos de esta clase que sean aptos e inteligentes servirán como señuelos para atraer a otros a nuestras trampas. Muchos no temerán su influencia, porque profesan la misma fe. Así conduciremos

les hizo llegar a la conclusión de que los requisitos de Cristo son menos estrictos de lo que una vez creyeron, y que por conformidad con el mundo [340] ejercerían una mayor influencia con los mundanos. Así se separarán de Cristo; entonces no tendrán fuerza para resistir nuestro poder, y dentro de poco estarán listos para ridiculizar su antiguo celo y devoción.

“Hasta que se dé el gran golpe decisivo, nuestros esfuerzos contra los que guardan los mandamientos deben ser incansables. Debemos estar presentes en todas sus reuniones. En sus grandes reuniones, especialmente nuestra causa sufrirá mucho, y debemos ejercer gran vigilancia y emplear todas nuestras artes de seducción para evitar que las almas escuchen la verdad y queden impresionadas por ella.

“Tendré sobre el terreno, como mis agentes, hombres que sostienen doctrinas falsas mezcladas con la verdad suficiente para engañar a las almas. También tendré presentes a los incrédulos, quienes expresarán dudas con respecto a los mensajes de advertencia del Señor a su iglesia. Si la gente leyera y creyera estas admoniciones, tendríamos pocas esperanzas de vencerlas. Pero si podemos desviar su atención de estas advertencias, permanecerán ignorantes de nuestro poder y astucia, y finalmente los aseguraremos en nuestras filas. Dios no permitirá que sus palabras sean menospreciadas con impunidad. Si podemos mantener a las almas engañadas por un tiempo, la misericordia de Dios se retirará y él las entregará a nuestro pleno control.

“Debemos causar distracción y división. Debemos destruir su ansiedad por sus propias almas y llevarlos a criticar, juzgar, acusar y condenarse unos a otros, y a cultivar el egoísmo y la enemistad. Por estos pecados, Dios nos desterró de su presencia; y todos los que sigan nuestro ejemplo encontrarán un destino similar”.

Las Escrituras declaran que en una ocasión, cuando los ángeles [341] de Dios vinieron a presentarse ante el Señor, Satanás también vino entre ellos, no para inclinarse ante el Rey Eterno, sino para promover sus propios designios maliciosos contra los justos. Con el mismo objeto asiste cuando los hombres se reúnen para adorar a Dios. Aunque oculto a la vista, trabaja con toda diligencia para controlar las mentes de los adoradores. Como un hábil general, traza sus planes de antemano. Al ver al mensajero de Dios escudriñando las Escrituras, toma nota del tema a presentar al pueblo. Luego emplea toda su astucia y astucia para controlar las circunstancias de tal manera que el mensaje no llegue a aquellos a quienes

él está engañando en ese mismo punto. El que más necesite la advertencia será instado a realizar alguna transacción comercial que requiera su presencia, o por algún otro medio se le impedirá escuchar las palabras que podrían resultarle un sabor de vida para vida.

Una vez más, Satanás ve a los siervos del Señor agobiados por la oscuridad espiritual que envuelve al pueblo. Él escucha sus fervientes oraciones pidiendo la gracia y el poder divinos para romper el hechizo de la indiferencia, el descuido y la indolencia. Luego, con celo renovado, ejerce sus artes. Él tienta a los hombres a la indulgencia del apetito o a alguna otra forma de gratificación propia, y así adormece sus sensibilidades, de modo que dejan de escuchar las cosas que más necesitan aprender.

Satanás sabe muy bien que todos aquellos a quienes pueda inducir a descuidar la oración y el escudriñamiento de las Escrituras serán vencidos por sus ataques. Por lo tanto, inventa todos los dispositivos posibles para absorber la mente.

[342] Ha habido siempre una clase que profesa la piedad y que, en lugar de perseguir el conocimiento de la verdad, tiene como religión buscar alguna falta de carácter o error de fe en aquellos con quienes no están de acuerdo. Tales son los ayudantes de la mano derecha de Satanás. Los acusadores de los hermanos no son pocos; y siempre están activos cuando Dios está obrando, y sus siervos le están rindiendo verdadero homenaje. Pondrán un tinte falso sobre las palabras y los actos de los que aman y obedecen la verdad.

Representarán a los siervos de Cristo más fervorosos, celosos y abnegados como engañados o engañadores. Es su trabajo tergiversar los motivos de todo acto verdadero y noble, hacer circular insinuaciones y despertar sospechas en las mentes de los inexpertos. De todas las formas imaginables buscarán hacer que lo que es puro y justo sea considerado como inmundo y engañoso. Y en esta obra los agentes de Satanás tienen su amo y sus ángeles para ayudarlos.

Pero nadie necesita ser engañado acerca de ellos. Puede verse fácilmente de quién son hijos, de quién son el ejemplo que siguen y de quién es el trabajo que realizan. "Por sus frutos los conoceréis". [Mateo 7:16.] Se parecen mucho a Satanás, el calumniador envenenado, el acusador de los hermanos.

Es el plan de Satanás traer a la iglesia elementos no sinceros y no regenerados que alentarán la duda y la incredulidad, y estorbarán a todos los que deseen ver avanzar la obra de Dios y avanzar con ella.

Muchos que no tienen verdadera fe en Dios o en su palabra, asienten a alguna

principios de verdad, y pasar como cristianos; y así se les permite introducir sus errores como doctrinas bíblicas.

La posición de que no tiene importancia lo que los hombres creen, es [343] uno de los engaños más exitosos de Satanás. Sabe que la verdad, recibida con amor a ella, santifica el alma del que la recibe; por lo tanto, constantemente busca sustituir teorías falsas, fábulas, otro evangelio. Desde el principio, los siervos de Dios han luchado contra los falsos maestros, no meramente como hombres viciosos, sino como inculcadores de falsedades que eran fatales para el alma. Elías, Jeremías, Pablo, se opusieron firme y valientemente a los que apartaban a los hombres de la palabra de Dios. Esa liberalidad que considera sin importancia una fe religiosa correcta, no halló favor entre estos santos defensores de la verdad.

Las interpretaciones vagas y fantasiosas de las Escrituras, y las muchas teorías contradictorias acerca de la fe religiosa, que se encuentran en el mundo cristiano, son obra de nuestro gran adversario para confundir las mentes de tal manera que no discernan la verdad. Y la discordia y división que existe entre las iglesias de la cristiandad se debe en gran medida a la costumbre prevaleciente de torcer las Escrituras para apoyar una teoría favorita. En lugar de estudiar cuidadosamente la palabra de Dios con humildad de corazón para obtener un conocimiento de su voluntad, muchos buscan sólo descubrir algo extraño u original.

Para sustentar doctrinas erróneas o prácticas no cristianas, aprovechan pasajes de la Escritura separados del contexto, tal vez citando la mitad de un solo versículo para probar su punto, cuando la porción restante mostraría que el significado es todo lo contrario.

Con la astucia de la serpiente, se atrincheran detrás de declaraciones inconexas construidas para satisfacer sus deseos carnales. Así [344] muchos pervierten voluntariamente la palabra de Dios. Otros, que tienen una imaginación activa, se apoderan de las figuras y símbolos de las Sagradas Escrituras, las interpretan a su gusto, sin tener en cuenta el testimonio de las Escrituras como su propio intérprete, y luego presentan sus extravagancias como las enseñanzas de la palabra de Dios.

Siempre que se emprende el estudio de las Escrituras sin un espíritu de oración, humilde y dócil, los pasajes más claros y sencillos, así como los más difíciles, serán arrancados de su verdadero significado. Los líderes papales seleccionan las porciones de las Escrituras que mejor sirven a su propósito, las interpretan según sus necesidades y luego las presentan.

éstos a la gente, mientras les niegan el privilegio de estudiar la Biblia, y entender sus sagradas verdades por sí mismos. A menos que la Biblia entera se le dé a la gente tal como se lee, sería mejor para ellos no tenerla en absoluto.

La Biblia fue diseñada para ser una guía para todos los que deseen familiarizarse con la voluntad de su Hacedor. Dios dio a los hombres la palabra segura de la profecía; ángeles y hasta el mismo Cristo vinieron a dar a conocer a Daniel y a Juan las cosas que deben suceder pronto. Esos asuntos importantes que conciernen a nuestra salvación no quedaron envueltos en el misterio. No fueron revelados de tal manera que dejaran perplejos y descarriados al honesto buscador de la verdad. Dijo el Señor por medio del profeta Habacuc: “Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que la lea”. [[Habacuc 2:2, 3.](#)] La palabra de Dios es clara para todos los que la estudian con un corazón que ora. Toda alma verdaderamente [[345](#)] honesta vendrá a la luz de la verdad. “La luz se siembra para los justos”. [[Salmo 97:11.](#)] Ninguna iglesia puede avanzar en santidad a menos que sus miembros busquen fervientemente la verdad como un tesoro escondido.

Por el grito de la liberalidad, los hombres quedan cegados ante las artimañas de su adversario, mientras que él está todo el tiempo trabajando firmemente para el logro de su objetivo. A medida que logra suplantar la palabra de verdad por especulaciones humanas, la ley de Dios queda a un lado, y las iglesias están bajo la esclavitud del pecado mientras afirman ser libres.

Para muchos, la investigación científica se ha convertido en una maldición; sus mentes finitas son tan débiles que pierden el equilibrio. No pueden armonizar sus puntos de vista de la ciencia con las declaraciones de las Escrituras, y piensan que la Biblia debe ser probada por su estándar de “ciencia falsamente llamada”. Así se desvían de la fe y son seducidos por el diablo. Los hombres se han esforzado por ser más sabios que su Creador; la filosofía humana ha intentado buscar y explicar misterios que nunca serán revelados, a través de las edades eternas. Si los hombres escudriñaran y entendieran lo que Dios ha dado a conocer acerca de sí mismo y de sus propósitos, obtendrían tal visión de la gloria, la majestad y el poder de Jehová, que se darían cuenta de su propia pequeñez y estarían contentos con lo que ha sido revelado para ellos y sus hijos.

Es una obra maestra de los engaños de Satanás mantener las mentes de los hombres investigando y conjeturando con respecto a lo que Dios no ha dado a conocer, y que no tiene la intención de que entendamos.

Así fue como el mismo Lucifer fue arrojado del Cielo. Se sintió [346] insatisfecho porque no le fueron confiados todos los secretos de los propósitos de Dios , y despreció por completo lo que le había sido revelado acerca de su propia obra en la elevada posición que le había sido asignada. Al despertar el mismo descontento en los ángeles bajo su mando, provocó su caída. Ahora trata de imbuir las mentes de los hombres con el mismo espíritu, y de inducirlos también a ignorar los mandatos directos de Dios.

Los que no están dispuestos a aceptar las verdades claras y cortantes de la Biblia, buscan continuamente fábulas agradables que aquieten sus conciencias. Cuanto menos espirituales, abnegadas y humillantes sean las doctrinas presentadas, mayor será el favor con que sean recibidas. Estas personas degradan las facultades intelectuales para servir a sus deseos carnales. Demasiado sabios en su propia presunción para escudriñar la palabra de Dios con contrición del alma y oración ferviente por la guía divina, no tienen protección contra el engaño. Satanás está listo para suplir el deseo del corazón, y en lugar de la verdad, oculta sus engaños. Fue así como el papado obtuvo su poder sobre la mente de los hombres; y al rechazar la verdad porque implica una cruz, los protestantes siguen el mismo camino. Todos los que descuidan la palabra de Dios para estudiar la conveniencia y la política, para que no estén en desacuerdo con el mundo, serán abandonados para recibir herejía condenable por verdad religiosa. El apóstol Pablo habla de una clase que no recibió el amor de la verdad para ser salvos." Él dice de éstos: "Por esto Dios les enviará un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia". [2 [Tesalonicenses 2:10-12.](#)] Con tal advertencia ante nosotros, nos conviene estar en guardia en cuanto a las doctrinas que recibimos.

Toda forma concebible de error será aceptada por aquellos que voluntariamente rechazan la verdad. Satanás tiene preparados diferentes engaños para llegar a diferentes mentes; y algunos que miran con horror un engaño, pronto recibirán otro.

Entre las agencias más exitosas del gran engañador están las doctrinas engañosas y las maravillas mentirosas del espiritismo. Disfrazado de ángel de luz, extiende sus redes donde menos se sospecha. Si los hombres estudiaran la palabra de Dios con ferviente oración para poder entender sus enseñanzas, no serían dejados en tinieblas para

recibir falsas doctrinas. Pero como rechazan la verdad, caen presa de estos engaños.

Otra herejía peligrosa es la doctrina que niega la divinidad de Cristo. Los hombres que no tienen un conocimiento experimental de Jesús, sin embargo, asumirán una apariencia de gran sabiduría, como si su juicio fuera incuestionable, y audazmente declararán que el Hijo de Dios no existió antes de su primera venida a este mundo. Esta posición contradice directamente las declaraciones más claras de nuestro Salvador acerca de sí mismo; sin embargo, es recibido con favor por una gran clase que afirma creer en las Escrituras. Con tales personas es una locura discutir. Ningún argumento, por concluyente que sea, convencerá a los que rechazan el testimonio directo del Hijo de Dios. “El hombre natural no recibe las cosas que son del Espíritu de Dios; porque para él son locura; [348] ni los puede conocer, porque se disciernen espiritualmente.” [1 Corintios 2:14.] Aquellos que persistentemente se aferran a tales errores, dan evidencia de su propia ignorancia de Dios y de su Hijo.

Otro error sutil y malicioso es la creencia que se difunde rápidamente de que Satanás no existe como ser personal; que el nombre se usa en las Escrituras simplemente para representar los malos pensamientos y deseos de los hombres.

La enseñanza tan ampliamente difundida desde los púlpitos populares, que la segunda venida de Cristo es su venida a cada individuo en el momento de la muerte, es un dispositivo para desviar las mentes de los hombres de su venida personal en las nubes del cielo. Durante años Satanás ha estado diciendo así: “He aquí, él está en las cámaras secretas”; y muchas almas se han perdido por aceptar este engaño.

Nuevamente, la sabiduría mundana enseña que la oración no es esencial. Los hombres de ciencia afirman que no puede haber una verdadera respuesta a la oración; que esto sería una violación de la ley, un milagro, y que los milagros no existen. El universo, dicen ellos, está gobernado por leyes fijas, y Dios mismo no hace nada contrario a estas leyes. Así representan a Dios como sujeto a sus propias leyes; como si la operación de las leyes divinas pudiera excluir la libertad divina. Tal enseñanza se opone al testimonio de las Escrituras. ¿No fueron milagros obrados por Cristo y sus apóstoles? El mismo Salvador compasivo vive hoy, y está tan dispuesto a escuchar la oración de fe como cuando caminaba visiblemente entre los hombres. Lo natural coopera con lo sobrenatural.

Es parte del plan de Dios concedernos, en respuesta a la oración de fe, lo que no nos daría si no lo hubiésemos pedido.

Innumerables son las doctrinas erróneas y las ideas fantasiosas que [349] están obteniendo entre las iglesias de la cristiandad. Es imposible estimar los malos resultados de remover uno de los hitos fijados por la palabra de Dios. Pocos de los que se aventuran a hacer esto, se detienen en el rechazo de una sola verdad. La mayoría sigue dejando de lado uno tras otro sus principios, hasta convertirse en verdaderos infieles.

Y este es el objeto que Satanás busca lograr. No hay nada que desee más que destruir la confianza en Dios y en su palabra. Satanás está a la cabeza del gran ejército de escépticos, y trabaja al máximo de su poder para atraer almas a sus filas.

Se está poniendo de moda dudar. Hay muchos que parecen sentir que es una virtud estar del lado de la incredulidad, el escepticismo y la infidelidad. Pero debajo de una apariencia de franqueza y humildad, se encontrará que tales personas están movidas por la confianza en sí mismas y el orgullo. Es una cosa terrible perder la fe en Dios o en su palabra.

La incredulidad fortalece a medida que se fomenta. Hay peligro en dar expresión a la duda aunque sea una sola vez; se siembra una semilla que produce una cosecha de su especie. Satanás nutrirá la cosecha en todo momento. Aquellos que se permiten hablar de sus dudas las encontrarán cada vez más confirmadas. Dios nunca quitará toda ocasión de duda. Él nunca obrará un milagro para eliminar la incredulidad cuando haya dado suficiente evidencia de fe.

Dios mira con desagrado a los que se bastan a sí mismos ya los incrédulos, que siempre dudan de sus promesas y desconfían de la seguridad de su gracia. Son árboles improductivos que extienden sus ramas oscuras a lo largo y ancho, bloqueando la luz del sol de otras [350] plantas y haciéndolas caer y morir bajo la sombra helada. La obra de la vida de estas personas aparecerá como un testimonio incesante contra ellos. Están sembrando semillas de duda y escepticismo que producirán una cosecha infalible.

Los seguidores de Cristo saben poco de los complots que Satanás y sus huestes traman contra ellos. Pero Aquel que está sentado en los cielos anulará todos estos dispositivos para el cumplimiento de sus designios profundos. El Señor permite que su pueblo sea sometido a la prueba de fuego de la tentación, no porque se complazca en su angustia y aflicción, sino porque este proceso es esencial para

victoria final Él no podía, de acuerdo con su propia gloria, protegerlos de la tentación; porque el objeto mismo de la prueba es prepararlos para resistir todas las tentaciones del mal.

Satanás es muy consciente de que el alma más débil que permanece en Cristo es más que un rival para las huestes de las tinieblas, y que, si se revelara abiertamente, sería enfrentado y resistido. Por lo tanto, busca alejar a los soldados de la cruz de su fuerte fortificación, mientras él yace en una emboscada con sus fuerzas, listo para destruir a todos los que se aventuran en su territorio. Ningún hombre está a salvo por un día o una hora sin oración. Especialmente debemos rogar al Señor por sabiduría para entender su palabra. Satanás es un experto en citar las Escrituras, dando su propia interpretación a pasajes con los que espera hacernos tropezar. Debemos estudiar la Biblia con humildad de corazón, sin perder nunca de vista nuestra dependencia de Dios. Si bien debemos protegernos constantemente contra las artimañas de Satanás, debemos orar con fe continuamente: “No nos dejes caer en tentación”.

Capítulo 28—El primer gran engaño

[351]

Con la historia más antigua del hombre, Satanás comenzó sus esfuerzos para engañar a nuestra raza. El que había incitado la rebelión en el Cielo deseaba traer a toda la creación a unirse con él en su guerra contra el gobierno de Dios. Su envidia y celos se excitaron al contemplar el hermoso hogar preparado para la feliz y santa pareja, e inmediatamente trazó sus planes para provocar su caída. Si se hubiera revelado en su verdadero carácter, habría sido rechazado de inmediato, porque Adán y Eva habían sido advertidos contra este peligroso enemigo; pero trabajó en la oscuridad, ocultando su propósito, para poder lograr su objeto más eficazmente.

Empleando como medio a la serpiente, entonces una criatura de apariencia fascinante, se dirigió a Eva: "¿Ha dicho Dios: No comeréis de todo árbol del jardín?" [Génesis 3:1.] Si Eva se hubiera abstenido de discutir con el tentador, habría estado a salvo; pero ella se aventuró a parlamentar con él y cayó víctima de sus artimañas. Es así que muchos todavía están superados. Dudan y discuten acerca de los requisitos de Dios, y en lugar de obedecer los mandatos divinos, aceptan las teorías humanas, que disfrazan las artimañas de Satanás.

"Dijo la mujer a la serpiente: Del fruto de la [352] podemos comer árboles del jardín; mas del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Y la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; porque sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal." [Génesis 3:2-5.] Eva cedió a la tentación, y por su influencia Adán también fue engañado. Aceptaron las palabras de la serpiente, que Dios no quiso decir lo que dijo; desconfiaron de su Creador, e imaginaron que les restringía la libertad, y que podían obtener gran luz y libertad transgrediendo su ley.

Pero, después de su pecado, ¿cuál fue el significado de las palabras: "El día que de él comieres, ciertamente morirás"?

¿Encontró que significaban, como Satanás le había hecho creer, que iba a ser conducido a un estado de existencia más exaltado? Entonces ciertamente se podía ganar mucho bien con la transgresión, y se demostró que Satanás era un benefactor de la raza. Pero Adán no entendió así la sentencia divina. Dios declaró que como castigo por su pecado, el hombre debería volver a la tierra de donde fue tomado: "Polvo eres, y al polvo volverás". [\[Génesis 3:19.\]](#) Las palabras de Satanás, "Tus ojos serán abiertos," probaron ser ciertas solo en este sentido: Después de que Adán y Eva hubieron desobedecido a Dios, sus ojos fueron abiertos para discernir su insensatez; conocieron el mal, y gustaron el amargo fruto de la transgresión.

[353] La inmortalidad había sido prometida a condición de la obediencia a los requisitos de Dios. Se perdió por la desobediencia, y Adán quedó sujeto a la muerte. No pudo transmitir a su posteridad lo que no poseía; y no habría habido esperanza para la raza caída, si Dios, por el sacrificio de su Hijo, no hubiera puesto la inmortalidad a su alcance. "La paga del pecado es muerte; mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro." [\[Romanos 6:23.\]](#) De ninguna otra manera se puede obtener. Pero todo hombre puede llegar a poseer esta bendición invaluable si cumple con las condiciones. Todos "los que, perseverando en hacer el bien, buscan gloria y honra e inmortalidad", recibirán la vida eterna. [\[Romanos 2:7.\]](#)

El que le prometió a Adán la vida en desobediencia fue el gran engañador. El primer sermón jamás predicado sobre la inmortalidad del alma fue predicado por la serpiente a Eva en el Edén: "No moriréis;" y esta declaración, que se basa únicamente en la autoridad de Satanás, se repite desde los púlpitos de la cristiandad, y la mayoría de la humanidad la recibe tan fácilmente como la recibieron nuestros primeros padres. La sentencia divina, "El alma que pecare, esa morirá,"

[\[Ezequiel 18:20.\]](#) se hace que signifique: El alma que pecare, no morirá, sino que vivirá eternamente. No podemos dejar de maravillarnos ante el extraño enamoramiento que vuelve a los hombres tan crédulos en cuanto a las palabras de Satanás, y tan incrédulos en cuanto a las palabras de Dios.

El fruto del árbol de la vida tenía el poder de perpetuar la vida. Si al hombre, después de su caída, se le hubiera permitido el libre acceso a ese árbol, habría vivido para siempre, y así el pecado habría sido inmortalizado.

Pero se colocó una espada llameante "para guardar el camino del árbol de la vida",

ya ninguno de la familia de Adán se le ha permitido pasar esa barrera y participar del fruto que da vida. Luego no hay pecador inmortal.

Pero después de la caída, Satanás ordenó a sus ángeles que hicieran un esfuerzo especial para fomentar la creencia en la inmortalidad natural del hombre; y cuando hubieron inducido al pueblo a recibir este error, lo indujeron a concluir que el pecador viviría en la miseria eterna. Ahora bien, el príncipe de las tinieblas, actuando a través de sus agentes, representa a Dios como un tirano vengativo, declarando que sumerge en el infierno a todos los que no le agradan, y les hace sentir su ira para siempre; y que mientras sufren una angustia indecible y se retuercen en las llamas eternas, su Creador los mira con satisfacción.

Así, el archienemigo viste con sus propios atributos al Creador y Benefactor de la humanidad. La crueldad es satánica. Dios es amor; y todo lo que creó fue puro, santo y hermoso, hasta que el primer gran rebelde introdujo el pecado. Satanás mismo es el enemigo que tienta al hombre a pecar, y luego lo destruye si puede; y cuando se ha asegurado de su víctima, entonces se regocija en la ruina que ha causado. Si se le permitiera, barrería a toda la raza en su red. Si no fuera por la interposición del poder divino, ningún hijo o hija de Adán escaparía.

Él está tratando de vencer a los hombres de hoy, como venció a nuestros primeros padres, sacudiendo su confianza en su Creador, y llevándolos a dudar de la sabiduría de su gobierno y la justicia de sus leyes. Satanás y sus emisarios representan a Dios incluso peor que [355] ellos mismos, para excusar su propia malignidad y rebelión.

El gran engañador se esfuerza por cambiar su propia crueldad horrible de carácter sobre nuestro Padre celestial, para que él mismo pueda aparecer como alguien muy agraviado porque no se someterá a un gobernador tan injusto. Presenta ante el mundo la libertad que pueden disfrutar bajo su apacible dominio, en contraste con la servidumbre impuesta por los severos decretos de Jehová. Así logra atraer a las almas lejos de su lealtad a Dios.

Cuán repugnante para toda emoción de amor y misericordia, e incluso para nuestro sentido de la justicia, es la doctrina de que los impíos muertos son atormentados con fuego y azufre en un infierno que arde eternamente, que por los pecados de una breve vida terrenal deben sufrir tortura mientras Dios viva. Sin embargo, esta doctrina ha sido generalmente incorporada en la

credos de la cristiandad. Dice un erudito doctor en teología: "La vista de los tormentos del infierno exaltará la felicidad de los santos para siempre. Cuando vean a otros que son de la misma naturaleza y nacidos en las mismas circunstancias, sumidos en tanta miseria, y ellos tan distinguidos, les hará sentir cuán felices son". Otro usa estas palabras: "Mientras el decreto de reprobación se ejecuta eternamente sobre los vasos de ira, el humo de su tormento ascenderá eternamente a la vista de los vasos de misericordia, quienes, en lugar de tomar parte de estos objetos miserables, serán decid, Amén, ¡Aleluya! ¡ Alabado sea el Señor!"

¿En qué parte de las páginas de la Palabra de Dios se expresan tales sentimientos ? Quienes los presenten pueden ser hombres cultos y hasta honestos; pero son engañados por los sofismas de Satanás. Los conduce [356] a malinterpretar expresiones fuertes de la Escritura, dando al lenguaje el tinte de amargura y malignidad que le pertenece a él, pero no a nuestro Creador.

¿Qué ganaría Dios si admitiéramos que se deleita en presenciar torturas incesantes; ¿Que lo obsequian con los gemidos , los gritos y las imprecaciones de las criaturas sufrientes a quienes sostiene en las llamas del infierno? ¿Pueden estos horribles sonidos ser música en los oídos de Infinite Love? Se insiste en que el infligir una miseria sin fin a los malvados mostraría el odio de Dios hacia el pecado como un mal que es ruinoso para la paz y el orden del universo. ¡Oh, terrible blasfemia! Como si el odio de Dios hacia el pecado fuera la razón por la que perpetúa el pecado. Porque, según la teología recibida, la tortura continua sin esperanza de misericordia enloquece a sus desdichadas víctimas, y a medida que derraman su furor en maldiciones y blasfemias, aumentan para siempre su carga de culpa. La gloria de Dios no se realza perpetuando así el pecado continuamente creciente a través de edades incesantes.

Está más allá del poder de la mente humana estimar el mal que ha sido forjado por la herejía del tormento eterno. La religión de la Biblia, llena de amor y bondad, y llena de compasión, está oscurecida por la superstición y revestida de terror.

Cuando consideramos con qué colores falsos ha pintado Satanás el carácter de Dios, ¿podemos asombrarnos de que nuestro Creador misericordioso sea temido, temido e incluso odiado? Las aterradoras visiones de Dios que se han difundido por el mundo desde las enseñanzas del púlpito han hecho que miles, sí, millones, de escépticos e incrédulos.

La teoría del tormento eterno es una de las falsas doctrinas que [357] constituyen el vino de las abominaciones de Babilonia, del cual ella hace beber a todas las naciones. Que los ministros de Cristo hayan aceptado esta herejía y la hayan proclamado desde el púlpito sagrado, es en verdad un misterio. Lo recibieron de Roma, como recibieron el sábado falso. Ciertamente, ha sido enseñado por grandes y buenos hombres; pero la luz sobre este tema no les había llegado como nos ha llegado a nosotros. Sólo eran responsables de la luz que brilló en su tiempo; somos responsables de lo que resplandece en nuestro día. Si nos apartamos del testimonio de la palabra de Dios y aceptamos las falsas doctrinas porque nuestros padres las enseñaron, caemos bajo la condenación pronunciada sobre Babilonia; estamos bebiendo del vino de sus abominaciones.

Una gran clase para quienes la doctrina del tormento eterno es repugnante es conducida al error opuesto. Ven que las Escrituras representan a Dios como un ser de amor y compasión, y no pueden creer que enviará a sus criaturas al fuego de un infierno eternamente ardiente. Pero, sosteniendo que el alma es naturalmente inmortal, no ven otra alternativa que concluir que toda la humanidad finalmente se salvará.

Muchos consideran que las amenazas de la Biblia están diseñadas simplemente para asustar a los hombres para que obedezcan, y no para que se cumplan literalmente. Así el pecador puede vivir en el placer egoísta, sin tener en cuenta los requisitos de Dios, y sin embargo esperar ser finalmente recibido en su favor. Tal doctrina, que presupone la misericordia de Dios, pero ignora su justicia, agrada al corazón carnal y anima a los impíos en su iniquidad.

Mostrar cómo los creyentes en la salvación universal tuercen las Escrituras [358] para sustentar sus dogmas destructores del alma, basta con citar sus propias declaraciones. En el funeral de un joven irreligioso, que murió instantáneamente en un accidente, un ministro universalista seleccionó como texto la declaración bíblica acerca de David: "Se consoló acerca de Amnón, viendo que había muerto". [2 Samuel 13:39.]

"Frecuentemente me preguntan", dijo el orador, "cuál será el destino de aquellos que dejan el mundo en pecado, mueren, tal vez, en un estado de embriaguez, mueren con las manchas escarlatas del crimen sin lavar de sus túnicas, o mueren ya que este joven murió, sin haber hecho nunca una profesión ni disfrutado de una experiencia de religión. Estamos contentos con las Escrituras; su respuesta resolverá el terrible problema. Amnón era extremadamente pecaminoso; no se arrepintió, lo emborracharon, y mientras estaba borracho lo mataron. David fue un profeta de Dios; él debe

haber sabido si sería bueno o malo para Amnón en el mundo venidero. ¿Cuáles fueron las expresiones de su corazón?—'El alma del rey David anhelaba ir a Absalón; porque se consoló acerca de Amnón, viendo que estaba muerto.' "¿Y cuál es la inferencia que se deduce de este lenguaje? ¿No es que el sufrimiento interminable no formaba parte de su creencia religiosa? Así lo concebimos; y aquí descubrimos un argumento triunfante en apoyo de la hipótesis más agradable, más ilustrada y más benévola de la pureza y la paz universales últimas. Se consoló al ver que su hijo había muerto. ¿Y por qué? Porque con el ojo de la profecía podía mirar hacia el futuro glorioso y ver a ese hijo [359] alejado de todas las tentaciones, liberado de la esclavitud y purificado de las corrupciones del pecado, y después de haber sido suficientemente hecho santo e iluminado, admitido en la asamblea de los espíritus ascendidos y jubilosos. Su único consuelo era que, al ser removido del presente estado de pecado y sufrimiento, su amado hijo había ido a donde los soplos más elevados del Espíritu Santo serían derramados sobre su alma oscurecida; donde su mente sería desplegada a la sabiduría del Cielo y los dulces éxtasis del amor inmortal, y así preparado con una naturaleza santificada para disfrutar del descanso y la sociedad de la herencia celestial.

"En estos pensamientos se entendería que creemos que la salvación del Cielo no depende de nada que podamos hacer en esta vida; ni sobre un cambio actual de corazón, ni sobre una creencia actual, o una profesión actual de religión."

Así, el ministro profeso de Cristo reitera la falsedad pronunciada por la serpiente en el Edén: "Ciertamente no moriréis". "El día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses". El más vil de los pecadores, el asesino, el ladrón y el adúltero, después de la muerte estarán preparados para entrar en la bienaventuranza inmortal.

¿Y de qué saca sus conclusiones este pervertidor de las Escrituras? De una sola frase que expresa la sumisión de David a la dispensación de la Providencia. Su alma "anhelaba ir a Absalón; porque se consoló acerca de Amnón, viendo que estaba muerto." Habiendo sido mitigado por el tiempo la intensidad de su dolor, sus pensamientos se volvieron de los muertos al hijo vivo, autodesterrado [360] por temor al justo castigo de su crimen. Y esta es la evidencia de que el incestuoso y borracho Amnón murió inmediatamente.

¡Transportado inmediatamente a las moradas de la bienaventuranza, allí para ser purificado y preparado para la compañía de los ángeles sin pecado! ¡Una fábula agradable en verdad, muy adecuada para gratificar el corazón carnal! Esta es la propia doctrina de Satanás, y hace su trabajo con eficacia. ¿Debería sorprendernos que, con tal instrucción, abunde la maldad? ¿No hay necesidad de contender ardientemente por la fe una vez dada a los santos?

El curso seguido por este falso maestro ilustra el de muchos otros. Algunas palabras de la Escritura están separadas del contexto, lo que en muchos casos mostraría que su significado es exactamente opuesto a la interpretación que se le da; y tales pasajes inconexos son pervertidos y usados como prueba de doctrinas que no tienen fundamento en la palabra de Dios. El testimonio citado como evidencia de que el borracho Amnón está en el Cielo, es una mera inferencia, directamente contradicha por la declaración clara y positiva de las Escrituras, que ningún borracho heredará el reino de Dios. Es así como los que dudan, los incrédulos y los escépticos convierten la verdad en mentira. Y multitudes han sido engañadas por sus sofismas, y han sido medidas para dormir en la cuna de la seguridad carnal.

Si las almas de todos los hombres pasan directamente al Cielo en la hora de la disolución, entonces bien podemos codiciar la muerte en lugar de la vida. Muchos han sido llevados por esta creencia a poner fin a su existencia. Cuando está abrumado por los problemas, la perplejidad y la desilusión, parece fácil romper el frágil hilo de la vida y remontarse hacia la bienaventuranza del mundo eterno.

Dios ha dado en su palabra abundante evidencia de que castigará a los transgresores de su ley. Sea testigo de la visitación de sus juicios [361] sobre los ángeles que no guardaron su primer estado, sobre los habitantes del mundo antediluviano, sobre el pueblo de Sodoma, sobre el Israel incrédulo. Su historia se registra para nuestra amonestación.

Consideremos lo que la Biblia enseña más acerca de los impíos y no arrepentidos, a quienes el Universalista coloca en el Cielo como ángeles santos y felices.

“Soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed , le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente”. Esta promesa es solo para aquellos que tienen sed. Sólo aquellos que sientan su necesidad del agua de vida y la busquen a costa de perder todo lo demás, serán provistos. “El que venciere heredará todas las cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo.” [Apocalipsis [21:6](#), 7.]

Aquí, también, se especifican las condiciones. Para heredar todas las cosas, debemos resistir y vencer el pecado.

“Ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios.”

[[Efesios 5:5](#), Rev. Ver.] “Seguid la paz con todos los hombres y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”. [[Hebreos 12:14](#).]

“Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y puedan entrar por las puertas en la ciudad. Porque fuera están los perros, los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira”.

[[Apocalipsis 22:14](#), 15.]

Dios ha dado a los hombres una declaración de su carácter: “Jehová Dios, misericordioso y clemente, lento para la ira y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia por millares, que perdona la iniquidad y la transgresión y el pecado, y que de ninguna manera absolver a los culpables.”

[[Éxodo 34:6](#), 7.] El poder y la autoridad del gobierno divino se emplearán para sofocar la rebelión; sin embargo, todas las manifestaciones de la justicia retributiva serán perfectamente consistentes con el carácter de Dios como un ser misericordioso, sufrido y benévolo.

Dios no fuerza la voluntad o el juicio de nadie. No se complace en una obediencia servil. Desea que las criaturas de sus manos lo amen porque es digno de amor. Él quiere que lo obedezcan porque tienen una apreciación inteligente de su sabiduría, justicia y benevolencia. Y todos los que tienen un concepto justo de estas cualidades lo amarán porque se sienten atraídos hacia él por la admiración de sus atributos.

Los principios de bondad, misericordia y amor enseñados y ejemplificados por nuestro Salvador son una copia de la voluntad y el carácter de Dios. Cristo declaró que no enseñaba nada excepto lo que había recibido de su Padre. Los principios del gobierno divino están en perfecta armonía con el precepto del Salvador: “Amad a vuestros enemigos”. Dios ejecuta justicia sobre los impíos, por el bien del universo, e incluso de aquellos sobre quienes se dirigen sus juicios. Los haría felices si pudiera hacerlo de acuerdo con las leyes de su gobierno y la justicia de su carácter. Los rodea con las señales de su amor, les da el conocimiento de su ley y los sigue con las ofrendas de su misericordia; pero desprecian su amor, invalidan su ley y rechazan su misericordia. mientras constantemente

recibiendo sus dones, deshonran al Dador; odian a Dios porque [363] saben que él aborrece sus pecados. El Señor tolera su perversidad; pero la hora decisiva llegará por fin, cuando se decidirá su destino. ¿Entonces encadenará a estos rebeldes a su lado? ¿Los obligará a hacer su voluntad?

Aquellos que han elegido a Satanás como su líder y han sido controlados por su poder, no están preparados para entrar en la presencia de Dios. El orgullo, el engaño, el libertinaje, la crueldad, se han fijado en sus caracteres. ¿Pueden entrar en el Cielo para morar para siempre con aquellos a quienes despreciaron y odiaron en la tierra? La verdad nunca será agradable a un mentiroso; la mansedumbre no satisfará la autoestima y el orgullo; la pureza no es aceptable para los corruptos; el amor desinteresado no parece atractivo para los egoístas. El destino de los malvados está fijado por su propia elección. Su exclusión del Cielo es voluntaria; es justo

Como las aguas del diluvio, los fuegos del gran día declaran el veredicto de Dios de que los malvados son incurables. No tienen disposición para someterse a la autoridad divina. Su voluntad ha sido ejercida en rebelión; y cuando la vida termina, es demasiado tarde para desviar la corriente de sus pensamientos en la dirección opuesta, demasiado tarde para volverse de la transgresión a la obediencia, del odio al amor.

En misericordia con el mundo, Dios borró a sus malvados habitantes en el tiempo de Noé. En misericordia destruyó a los corruptos habitantes de Sodoma. A través del poder engañoso de Satanás, los obradores de iniquidad obtienen simpatía y admiración, y así están constantemente induciendo a otros a la rebelión. Así fue en los días de Noé, y en los tiempos de Abraham y Lot; es así en nuestro tiempo. Es en misericordia del universo que Dios [364] finalmente destruirá a los que rechazan su gracia.

Pero la doctrina del tormento sin fin no tiene sanción en la Biblia. Juan en el Apocalipsis, describiendo el gozo y la gloria futuros de los redimidos, declara que escuchó todas las voces en el Cielo y en la tierra, y debajo de la tierra, alabando a Dios. No habrá seres perdidos en el infierno que mezclen sus gritos con los cantos de los salvados.

“La paga del pecado es muerte; mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” [Romanos 6:23.] Mientras que la vida es la herencia de los justos, la muerte es la porción de los impíos. La pena amenazada no es meramente la muerte temporal, pues todos deben

sufrir esto Es la muerte segunda, lo opuesto a la vida eterna. Dios no puede salvar al pecador en sus pecados; pero declara que los impíos, habiendo sufrido el castigo de su culpa, serán como si no hubieran sido. Dice un escritor inspirado: "Con diligencia considerarás su lugar, y no será". [Salmo 37:10.] Como consecuencia del pecado de Adán, la muerte pasó a toda la humanidad. Todos por igual bajan a la tumba. Pero a través de las provisiones del plan de salvación, todos serán sacados de sus tumbas. Entonces aquellos que no han obtenido el perdón de sus pecados deben recibir el castigo de la transgresión. Sufren castigos que varían en duración e intensidad según sus obras, pero que finalmente terminan en la muerte segunda. Cubiertos de infamia, se hunden en el olvido desesperado y eterno.

[365] Sobre el error fundamental de la inmortalidad natural descansa la doctrina de la conciencia en la muerte, doctrina, como el tormento eterno, opuesta a las enseñanzas de las Escrituras, a los dictados de la razón ya nuestros sentimientos de humanidad. Según la creencia popular, los redimidos en el Cielo conocen todo lo que sucede en la tierra, y especialmente la vida de los amigos que han dejado atrás. Pero, ¿cómo podría ser una fuente de felicidad para los muertos conocer los problemas de los vivos, ser testigos de los pecados cometidos por sus propios seres queridos y verlos soportar todas las penas, decepciones y angustias de la vida? ¿Cuánto de la bienaventuranza del Cielo sería disfrutado por aquellos que se cernían sobre sus amigos en la tierra? ¡Y qué repugnante es la creencia de que tan pronto como el aliento deja el cuerpo, el alma del impenitente es consignada a las llamas del infierno! ¡A qué profundidades de angustia deben ser sumergidos aquellos que ven a sus amigos pasar a la tumba sin estar preparados, para entrar en una eternidad de aflicción y pecado! Muchos han sido llevados a la locura por este pensamiento desgarrador.

¿Qué dicen las Escrituras acerca de estas cosas? David declara que el hombre no es consciente en la muerte. "Su aliento sale, él vuelve a su tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos." [Salmo 146:4.] Salomón da el mismo testimonio: "Los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben. "Su amor, su odio y su envidia ya han desaparecido; ni tendrán más parte para siempre en todo lo que se hace debajo del sol. "No hay

trabajo, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría, en el sepulcro, a donde vas.” [Eclesiastés 9:5, 6, 10.]

Cuando, en respuesta a su oración, la vida de Ezequías se prolongó quince años, el rey agradecido rindió a Dios un tributo de alabanza por [366] su gran misericordia. En este cántico dice la razón por la que se regocija así: “La tumba no puede alabarte; la muerte no puede celebrarte; los que descienden a la fosa no pueden esperar tu verdad. El viviente, el viviente, él te alabará, como yo lo hago hoy. El padre a los hijos dará a conocer tu verdad.” [Isaías 38:18, 19.] La teología popular representa a los justos muertos como en el cielo, entrados en bienaventuranza y alabando a Dios con una lengua inmortal; pero Ezequías no podía ver una perspectiva tan gloriosa en la muerte. Con sus palabras concuerda el testimonio del salmista: “En la muerte no hay memoria de ti; en el sepulcro, ¿quién te dará gracias? “Los muertos no alaban al Señor, ni ninguno de los que descienden al silencio”. [Salmo 6:5; 115:17.]

Pedro, hablando por medio del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, dijo: “Varones hermanos, permitidme hablaros libremente del patriarca David, que está muerto y sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. ” “Porque David no subió a los cielos.” [Hechos 2:29, 34.] El hecho de que David permanezca en la tumba hasta la resurrección prueba que los justos no van al cielo al morir. Es sólo a través de la resurrección, y en virtud del hecho de que Cristo ha resucitado, que David puede finalmente sentarse a la diestra de Dios.

Pablo declara: “Si los muertos no resucitan, tampoco resucitó Cristo. Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.” [1 Corintios 15:16-18.] Si durante cuatro mil años los justos habían ido directamente al Cielo al morir, ¿cómo podría decirse que perecen, [367] aunque nunca debería haber una resurrección?

Cuando estaba a punto de dejar a sus discípulos, Jesús no les dijo que pronto vendrían a él. “Voy a prepararles un lugar”, dijo. “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo”. [Juan 14:2, 3.] Y Pablo nos dice, además, que “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Entonces nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.” Y agrega

“Consolémonos unos a otros con estas palabras”. [1 [Tesalonicenses 4:16-18.](#)] Qué amplio el contraste entre estas palabras de consuelo y las del ministro citado anteriormente. Este último consoló a los afligidos amigos con la seguridad de que, por pecaminoso que pudiera haber sido el muerto, fue recibido entre los ángeles tan pronto como exhaló su vida aquí. Pablo señala a sus hermanos la futura venida del Señor, cuando las cadenas del sepulcro serán rotas y los “muertos en Cristo” serán resucitados a la vida eterna.

Antes de que alguien pueda entrar en las mansiones de los bienaventurados, sus casos deben ser investigados, y su carácter y sus hechos deben ser revisados ante Dios. Todos serán juzgados según las cosas escritas en los libros, y serán recompensados según hayan sido sus obras. Este Juicio no tiene lugar en la muerte. Fíjate en las palabras de Pablo: “Él ha señalado un día en el cual juzgará al mundo en [368] justicia por aquel varón a quien él ha ordenado; de lo cual ha dado seguridad a todos los hombres, resucitándole de entre los muertos.” [Hechos [17:31.](#)] Aquí el apóstol declaró claramente que se había fijado un tiempo específico, entonces futuro, para el Juicio del mundo.

Judas se refiere al mismo período: “A los ángeles que no guardaron su primer estado, sino que abandonaron su propia habitación, los ha reservado en cadenas eternas en tinieblas hasta el juicio del gran día”. Y nuevamente cita las palabras de Enoc: “He aquí, el Señor viene con diez mil de sus santos, para ejecutar juicio sobre todos”. [[Judas 6, 14, 15.](#)] Juan declara que “vio a los muertos, pequeños y grandes, de pie ante Dios, y los libros fueron abiertos”; “y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros.” [[Apocalipsis 20:12.](#)]

Pero si los muertos ya disfrutaban de la dicha del Cielo o se retuercen en las llamas del infierno, ¿qué necesidad hay de un Juicio futuro? Las enseñanzas de la palabra de Dios sobre estos importantes puntos no son oscuras ni contradictorias; pueden ser entendidos por las mentes comunes. Pero, ¿qué mente cándida puede ver sabiduría o justicia en la teoría actual? ¿Recibirán los justos, después de la investigación de sus casos en el Juicio, el elogio: “Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor”, cuando hayan estado morando en su presencia, quizás por largas edades ? ? ¿Son llamados los impíos del lugar de tormento para recibir la sentencia del Juez de toda la tierra: “Apartaos, malditos, a la eternidad

fuego"? ¡Oh solemne burla! vergonzosa acusación de la sabiduría y la justicia de Dios!

En ninguna parte de las Sagradas Escrituras se encuentra la afirmación de que [369] los justos van a su recompensa o los malvados a su castigo en la muerte. Los patriarcas y profetas no han dejado tal seguridad.

Cristo y sus apóstoles no han dado ninguna pista al respecto. La Biblia enseña claramente que los muertos no van inmediatamente al Cielo. Se les representa durmiendo hasta la resurrección. En el mismo día en que se suelta el cordón de plata y se rompe el cuenco de oro, perecen los pensamientos del hombre. Los que bajan a la tumba están en silencio. Ya no saben nada de lo que se hace debajo del sol. ¡ Bendito descanso para los justos cansados! El tiempo, ya sea largo o corto, no es más que un momento para ellos.

Duermen, son despertados por la trompeta de Dios a una inmortalidad gloriosa. A medida que son llamados a salir de su profundo sueño, comienzan a pensar en dónde cesaron. La última sensación fue la punzada de la muerte, el último pensamiento de que estaban cayendo bajo el poder de la tumba. Cuando se levanten de la tumba, su primer pensamiento alegre se hará eco en el grito triunfal: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Oh tumba, dónde está la victoria?"

[370]

Capítulo 29—Espiritualismo

La doctrina de la inmortalidad natural ha preparado el camino para el espiritismo moderno. Si los muertos son admitidos a la presencia de Dios y de los santos ángeles, y privilegiados con un conocimiento muy superior al que antes poseían, ¿por qué no habrían de regresar a la tierra para iluminar e instruir a los vivos? ¿Cómo pueden los que creen en la conciencia del hombre en la muerte rechazar lo que les llega como luz divina comunicada por espíritus glorificados? Aquí hay un canal considerado como sagrado, a través del cual Satanás trabaja para el cumplimiento de sus propósitos. Los ángeles caídos que cumplen sus órdenes aparecen como mensajeros del mundo de los espíritus. Mientras profesa poner a los vivos en comunicación con los muertos, Satanás ejerce su influencia hechizante sobre sus mentes.

Él tiene poder incluso para traer ante los hombres la apariencia de sus amigos difuntos. La falsificación es perfecta; el aspecto familiar, las palabras, el tono, se reproducen con maravillosa nitidez. Muchos se consuelan con la seguridad de que sus seres queridos disfrutan de la dicha del Cielo; y sin sospecha de peligro, dan oído a espíritus engañadores ya doctrinas de demonios.

Cuando se les ha hecho creer que los muertos realmente regresan [371] para comunicarse con ellos, Satanás hace aparecer a los que fueron a la tumba sin preparación. Pretenden ser felices en el Cielo, e incluso ocupar posiciones exaltadas allí; y así se enseña ampliamente el error de que no se hace diferencia entre el justo y el malvado. Los supuestos visitantes del mundo de los espíritus a veces emiten advertencias y advertencias que resultan ser correctas. Luego, a medida que se gana confianza, presentan doctrinas que socavan directamente la fe en las Escrituras. Con una apariencia de profundo interés por el bienestar de sus amigos en la tierra, insinúan los errores más peligrosos. El hecho de que afirmen algunas verdades, ya veces sean capaces de predecir acontecimientos futuros, da a sus afirmaciones una apariencia de fiabilidad; y sus falsas enseñanzas son aceptadas por las multitudes tan fácilmente, y creídas tan implícitamente, como si fueran

eran las verdades más sagradas de la Biblia. La ley de Dios es puesta a un lado, el Espíritu de gracia despreciado, la sangre del pacto es contada como cosa profana. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo y colocan incluso al Creador al nivel de ellos mismos. Así, bajo un nuevo disfraz, el gran rebelde aún lleva adelante su guerra contra Dios, que comenzó en el cielo y continuó sobre la tierra durante casi seis mil años.

Muchos se esfuerzan por explicar las manifestaciones espirituales atribuyéndolas totalmente al fraude y la prestidigitación por parte del médium. Pero si bien es cierto que los resultados del engaño a menudo se han presentado como manifestaciones genuinas, también ha habido exhibiciones notables de poder sobrenatural. El golpeteo misterioso con el que comenzó el espiritismo moderno no fue el resultado del engaño o la astucia humana, sino el trabajo directo de los ángeles malignos, [372] quienes introdujeron así uno de los engaños destructores del alma más exitosos. Muchos caerán en la trampa de la creencia de que el espiritismo es una impostura meramente humana; cuando se encuentren cara a cara con manifestaciones que no pueden dejar de considerar como sobrenaturales, serán engañados y serán inducidos a aceptarlas como el gran poder de Dios.

Estas personas pasan por alto el testimonio de las Escrituras acerca de las maravillas obradas por Satanás y sus agentes. Fue con la ayuda de Satanás que los magos de Faraón pudieron falsificar la obra de Dios. El apóstol Juan, al describir el poder obrador de milagros que se manifestará en los últimos días, declara: "Él hace grandes prodigios, de modo que hace descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres, y engaña a los que moran en él. en la tierra por medio de los milagros que tenía poder para hacer." [Revelación 13:13, 14.] Aquí no se presentan meras imposturas. Los hombres son engañados por los milagros que los agentes de Satanás tienen el poder de hacer, no los que pretenden hacer.

El mismo nombre de brujería ahora se desprecia. La afirmación de que los hombres pueden tener relaciones sexuales con espíritus malignos se considera una fábula de la Edad Media. Pero el espiritismo, que cuenta a sus conversos por cientos de miles, sí, por millones, que se ha abierto camino en los círculos científicos, que ha invadido las iglesias y ha encontrado el favor de los cuerpos legislativos, e incluso en las cortes de los reyes, este engaño gigantesco. no es más que un renacimiento en un nuevo disfraz de la brujería condenada y prohibida de antaño.

[373] Satanás engaña a los hombres ahora, como engañó a Eva en el Edén, despertando el deseo de obtener conocimiento prohibido. “Seréis como dioses”, declara, “sabiendo el bien y el mal”. Pero la sabiduría que imparte el espiritismo es la descrita por el apóstol Santiago, que “no desciende de lo alto, sino que es terrenal, sensual, diabólica”. [\[Santiago 3:15.\]](#)

El príncipe de las tinieblas tiene una mente magistral y adapta hábilmente sus tentaciones a hombres de toda variedad de condición y cultura. Él obra “con todo engaño de iniquidad” para obtener el control de los hijos de los hombres; pero sólo puede lograr su objeto si ceden voluntariamente a sus tentaciones. Aquellos que se colocan en su poder al complacer sus malos rasgos de carácter, poco se dan cuenta de dónde terminará su curso. El tentador logra su ruina y luego los emplea para arruinar a otros.

A los que se consideran cultos y refinados, Satanás se dirige excitando la imaginación a elevados vuelos en campos prohibidos, llevándolos a enorgullecerse tanto de su sabiduría superior que en sus corazones desprecian al Eterno. A esta clase, el gran engañador presenta el espiritismo en sus aspectos más refinados e intelectuales, y así logra atraer a muchos a su trampa. Aquel que pudo aparecer revestido con el resplandor de los serafines celestiales ante Cristo en el desierto de la tentación, viene a los hombres de la manera más atractiva, como un ángel de luz.

Apela a la razón mediante la presentación de temas elevados, [374] deleita la fantasía con escenas embelesadoras y atrae los afectos mediante sus elocuentes representaciones de amor y caridad. Aquel ser poderoso que podría llevar al Redentor del mundo a un monte muy alto, y traer ante sí todos los reinos de la tierra y la gloria de ellos, presentará sus tentaciones a los hombres de tal manera que pervertirá los sentidos de todos los que no estén protegidos por el poder divino.

Al autocomplaciente, al amante de los placeres, al sensual, se adaptan las formas más groseras del espiritismo; y multitudes aceptan con entusiasmo enseñanzas que los dejan en libertad para seguir las inclinaciones del corazón carnal. Satanás estudia todos los indicios de la fragilidad de la naturaleza humana, señala los pecados que cada individuo tiende a cometer, y luego se preocupa de que no falten oportunidades para gratificar la tendencia al mal. Él tienta a los hombres al exceso en lo que es en sí mismo lícito, haciéndolos debilitar por la intemperancia el poder físico, mental y moral. Él ha destruido y es

destruyendo a miles a través de la indulgencia de las pasiones, brutalizando así la naturaleza entera del hombre. Cuando a la gente se le hace creer que el deseo es la ley suprema, que la libertad es libertinaje y que el hombre es responsable sólo ante sí mismo, ¿quién puede extrañarse de que la corrupción y la depravación abunden por todas partes? Las riendas del dominio propio están puestas sobre el cuello de la lujuria, las facultades de la mente y el alma quedan sujetas a las propensiones animales, y Satanás arrastra con júbilo a sus redes a miles que profesan ser seguidores de Cristo.

Pero nadie necesita ser engañado por las afirmaciones mentirosas del espiritismo.

Dios ha dado al mundo suficiente luz para permitirles descubrir la trampa. Si no hubiera otra evidencia, debería ser suficiente para el [375] cristiano que los espíritus no hacen diferencia entre la justicia y el pecado, entre los más nobles y puros de los apóstoles de Cristo y los más corruptos de los siervos de Satanás. Al representar al más bajo de los hombres como en el cielo, y muy exaltado allí, Satanás virtualmente declara al mundo, no importa cuán malvados sean; no importa si usted cree o no cree en Dios y la Biblia. Vive como te plazca; El cielo es tu hogar.

Además, los apóstoles, personificados por estos espíritus mentirosos, contradicen lo que escribieron por dictado del Espíritu Santo cuando estaban en la tierra. Niegan el origen divino de la Biblia, y así arrancan el fundamento de la esperanza del cristiano, y apagan la luz que revela el camino al Cielo.

Satanás está haciendo creer al mundo que la Biblia es una mera ficción, o por lo menos un libro apropiado para la infancia de la raza, pero que ahora debe ser considerado con ligereza o descartado como obsoleto. Y para tomar el lugar de la palabra de Dios, presenta manifestaciones espirituales. Aquí hay un canal totalmente bajo su control; por este medio puede hacer creer al mundo lo que quiera. El libro que ha de juzgarlo a él ya sus seguidores lo pone en la sombra, justo donde quiere; al Salvador del mundo lo convierte en un hombre común y corriente. Y así como la guardia romana que vigilaba la tumba de Jesús difundió el falso informe que los sacerdotes y los ancianos pusieron en sus bocas para desmentir su resurrección, así los creyentes en las manifestaciones espirituales tratan de hacer parecer que no hay nada milagroso en las circunstancias de la resurrección. la vida de nuestro Salvador. Después de tratar así de poner a Jesús en un segundo plano, llaman la atención sobre sus propios milagros, [376] declarando que estos superan con mucho las obras de Cristo.

Dice el profeta Isaías: “Cuando os digan: Buscad a los que tienen espíritus familiares, ya los adivinos que miran furtivamente y que murmuran, ¿no debería un pueblo buscar a su Dios? por los vivos a los muertos? A la ley y al testimonio. Si no dijeren conforme a esta palabra, es porque no les ha amanecido.”

[[Isaías 8:19](#), 20.] Si los hombres hubieran estado dispuestos a recibir la verdad tan claramente declarada en las Escrituras, que los muertos nada saben, verían en las afirmaciones y manifestaciones del espiritismo la obra de Satanás con poder y señales . y prodigios mentirosos. Pero en lugar de ceder la libertad tan agradable al corazón carnal, y renunciar a los pecados que aman, las multitudes cierran los ojos a la luz y caminan rectos, sin importar las advertencias, mientras Satanás teje sus lazos a su alrededor, y se convierten en su presa “Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos”, por tanto, “Dios les enviará un poder engañoso, para que crean la mentira”. [[2 Tesalonicenses 2:10](#), 11.]

Aquellos que se oponen a las enseñanzas del espiritismo atacan, no sólo a los hombres, sino a Satanás y sus ángeles. Han entrado en una contienda contra principados y potestades y espíritus inicuos en los lugares altos. Satanás no cederá ni una pulgada de terreno a menos que sea rechazado por el poder de los mensajeros celestiales. El pueblo de Dios debería poder encontrarse con él, como lo hizo nuestro Salvador, con las palabras: “Escrito [377] está”. Satanás puede citar las Escrituras ahora como en los días de Cristo, y pervertirá sus enseñanzas para sustentar sus engaños. Pero las claras declaraciones de la Biblia proporcionarán armas poderosas en cada conflicto.

Los que estén de pie en este tiempo de peligro deben comprender el testimonio de las Escrituras acerca de la naturaleza del hombre y el estado de los muertos; porque en un futuro cercano muchos serán confrontados por los espíritus de los demonios personificando a amados parientes o amigos, y declarando las herejías más peligrosas. Estos visitantes atraerán nuestras más tiernas simpatías y obrarán milagros para sostener sus pretensiones. Debemos estar preparados para resistirlos con la verdad bíblica de que los muertos no saben nada, y que los que así aparecen son espíritus de demonios.

Justo ante nosotros está la “hora de la tentación que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”. [[Apocalipsis 3:10](#).] Todos aquellos cuya fe no está firmemente establecida en la palabra de

Dios será engañado y vencido. Pero para aquellos que buscan fervientemente el conocimiento de la verdad, haciendo así lo que pueden para prepararse para el conflicto, el Dios de la verdad será una defensa segura. “Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré”, es la promesa del Salvador. Preferiría enviar a todos los ángeles del cielo para proteger a su pueblo, que dejar que un alma que confía en él sea vencida por Satanás.

El profeta Isaías trae a la vista el temible engaño que caerá sobre los impíos, haciéndolos sentirse seguros de los juicios de Dios: “Hemos hecho pacto con la muerte, y con el infierno estamos de acuerdo. Cuando pase el turbión del azote, no llegará a nosotros; porque hemos hecho [378] la mentira nuestro refugio, y bajo la falsedad nos hemos escondido.” [Isaías 28:15.] En la clase aquí descrita se incluyen aquellos que en su terca impenitencia se consuelan con la seguridad de que no habrá castigo para el pecador; que toda la humanidad, no importa cuán corrupta sea, debe ser exaltada al Cielo para llegar a ser como los ángeles de Dios. Pero aún más enfáticamente son aquellos que hacen un pacto con la muerte y un acuerdo con el infierno, que renuncian a las verdades que el Cielo ha provisto como defensa para los justos en el día de la angustia, y aceptan el refugio de las mentiras ofrecidas por Satanás en su lugar, —las engañosas pretensiones del espiritismo.

Maravillosa más allá de toda expresión es la ceguera de la gente de esta generación. Miles rechazan la palabra de Dios como indigna de creer, y con gran confianza reciben los engaños de Satanás. Los escépticos y burladores denuncian con gran clamor el fanatismo de los que contienden por la fe de los profetas y apóstoles, y se divierten ridiculizando las solemnes declaraciones de las Escrituras acerca de Cristo y el plan de salvación, y la retribución que ha de pagarse. sobre los que rechazan la verdad. Afecta gran lástima por mentes tan estrechas, débiles y supersticiosas como para reconocer las demandas de Dios y obedecer los requisitos de su ley. Manifiestan tanta seguridad como si, de hecho, hubieran hecho un pacto con la muerte y un acuerdo con el infierno, como si hubieran erigido una barrera infranqueable e impenetrable entre ellos y la venganza de Dios. Nada puede despertar sus miedos. Tan completamente se han rendido al tentador, tan íntimamente unidos están con él, y [379]

tan completamente imbuidos de su espíritu, que no tienen poder ni inclinación para escapar de su lazo.

Durante mucho tiempo Satanás se ha estado preparando para su último esfuerzo por engañar al mundo. El fundamento de su obra fue puesto por la seguridad dada a Eva en el Edén: "Ciertamente no moriréis". "El día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal." Poco a poco ha preparado el camino para su obra maestra del engaño en el desarrollo del Espiritual. Todavía no ha alcanzado la plena realización de sus designios; pero se alcanzará en el último remanente del tiempo, y el mundo será arrastrado a las filas de este engaño. Están siendo adormecidos rápidamente en una seguridad fatal, para ser despertados solo por el derramamiento de la ira de Dios.

Dice el Señor Dios: "El juicio ajustaré a cordel, y la justicia a nivel; y granizo barrerá el refugio de la mentira, y aguas arrollarán el escondrijo. Y vuestro pacto con la muerte será anulado, y vuestro pacto con el infierno no permanecerá. Cuando pase el turbión del azote, seréis hollados por él". [[Isaías 28:17, 18.](#)]

Capítulo 30—Carácter y objetivos del papado [380]

El romanismo ahora es considerado por los protestantes con mucho más favor que en años anteriores. Hay una indiferencia creciente respecto a las doctrinas que separan a las iglesias reformadas de la jerarquía papal; está ganando terreno la opinión de que, después de todo, no diferimos tanto en puntos vitales como se ha supuesto, y que una pequeña concesión de nuestra parte nos llevará a un mejor entendimiento con Roma. Hubo una época en que los protestantes daban un gran valor a la libertad de conciencia que tan cara había Enseñaron a sus hijos a aborrecer el papado y sostuvieron que permanecer en paz con Roma sería deslealtad a Dios. Pero cuán diferentes son los sentimientos ahora expresados.

Los defensores del papado declaran que ha sido calumniada; y el mundo protestante se inclina a aceptar la declaración. Muchos insisten en que es injusto juzgar a la Iglesia romana de hoy por las abominaciones y los absurdos que marcaron su reinado durante los siglos de ignorancia y oscuridad. Excusan su horrible crueldad como resultado de la barbarie de la época y alegan que la civilización ha cambiado sus sentimientos.

¿Han olvidado estas personas la pretensión de infalibilidad por ocho [381] cien años prorrogados por este poder altivo? Lejos de renunciar a esta pretensión, la iglesia del siglo XIX la ha afirmado con mayor firmeza que nunca. Como Roma afirma que nunca ha errado, y nunca puede errar, ¿cómo puede renunciar a los principios que rigieron su curso en épocas pasadas?

La iglesia papal nunca renunciará a su pretensión de infalibilidad. Todo lo que ha hecho en su persecución de los que rechazan sus dogmas, lo tiene por justo; y ¿no repetiría ella los mismos actos, si se presentara la oportunidad? Que se eliminen las restricciones ahora impuestas por los gobiernos seculares, y que Roma sea reinstalada en su antiguo poder, y pronto habrá un resurgimiento de su tiranía y persecución.

Es cierto que hay verdaderos cristianos en la comunión católica romana. Miles en esa iglesia están sirviendo a Dios según la mejor luz que tienen. No se les permite el acceso a su palabra, y por lo tanto no discernen la verdad. Nunca han visto el contraste entre un servicio de corazón vivo y una ronda de meras formas y ceremonias. Pero Dios mira con ternura piadosa a estas almas, educadas como están en una fe engañosa e insatisfactoria.

Él hará que los rayos de luz penetren en la densa oscuridad que los rodea. Él les revelará la verdad tal como es en Jesús, y todavía tomarán su posición con su pueblo.

Pero el romanismo como sistema no está más en armonía con el evangelio de Cristo ahora que en cualquier período anterior de su historia.

Las [382] iglesias protestantes están en una gran oscuridad, o discernirían las señales de los tiempos. La Iglesia Romana es de largo alcance en sus planes y modos de operación. Ella está empleando todos los medios para extender su influencia y aumentar su poder en preparación para un conflicto feroz y decidido para recuperar el control del mundo, restablecer la persecución y deshacer todo lo que ha hecho el protestantismo. El catolicismo está ganando terreno en nuestro país por todos lados. Mira el número de sus iglesias y capillas. Mire sus colegios y seminarios, tan ampliamente patrocinados por los protestantes. Estas cosas deberían despertar la ansiedad de todos los que aprecian los principios puros del evangelio.

Los protestantes han manipulado y patrocinado el papado; han hecho compromisos y concesiones que los propios papistas se sorprenden al ver y no logran comprender. Los hombres están cerrando los ojos ante el carácter real del romanismo y los peligros que deben aprehenderse de su supremacía. La gente de nuestra tierra necesita despertarse para resistir los avances de este enemigo tan peligroso para la libertad civil y religiosa.

Muchos suponen que la religión católica no es atractiva y que su adoración es una ronda de ceremonias aburrida y estúpida. Aquí se equivocan. Si bien el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura grosera y torpe. El servicio religioso de la Iglesia Romana es un ceremonial de lo más impresionante. Su espléndida exhibición y solemnes ritos fascinan los sentidos del pueblo y silencian la voz de la razón y de la conciencia. El ojo está encantado. Magníficas iglesias, imponentes procesiones, altares dorados, santuarios enjorados, pinturas escogidas y

exquisita escultura apelación al amor por la belleza. El oído también está [383] cautivado. No hay nada que sobresalga de la música. Las ricas notas del órgano de tonos profundos, mezclándose con la melodía de muchas voces a medida que se eleva a través de las altas cúpulas y los pasillos con columnas de sus grandes catedrales, no pueden dejar de impresionar la mente con asombro y reverencia.

Este esplendor, pompa y ceremonia externos, que solo se burlan de los anhelos del alma enferma de pecado, es una evidencia de corrupción interna. La religión de Cristo no necesita tales atractivos para recomendarla. A la luz que brilla desde la cruz, el verdadero cristianismo parece tan puro y hermoso que las decoraciones externas solo ocultan su verdadero valor. Es la belleza de la santidad, un espíritu manso y apacible, lo que tiene valor ante Dios.

La brillantez del estilo no es un índice de pensamiento puro y elevado. Las más altas concepciones del arte, el más delicado refinamiento del gusto, a menudo brotan de mentes totalmente terrenales y sensuales. A menudo son empleados por Satanás para inducir a los hombres a olvidar las necesidades del alma, a perder de vista la vida inmortal futura, a alejarse de su Ayudador infinito y a vivir sólo para este mundo.

Una religión de cosas externas es atractiva para el corazón no renovado. La pompa y la ceremonia del culto católico tienen un poder seductor, hechizante, por el cual muchos son engañados; y llegan a considerar a la Iglesia Romana como la puerta misma del Cielo. Nadie está a prueba de su influencia sino aquellos que han plantado sus pies firmemente sobre el fundamento de la verdad, y cuyos corazones son renovados por el Espíritu de Dios. Miles que no tienen un conocimiento experimental de Cristo serán arrastrados a este engaño. Una forma de piedad [384] sin el poder es justo lo que desean. El romanista se siente en libertad de pecar, porque la iglesia reclama el derecho al perdón. Al que ama la complacencia propia, le agrada más confesarse con un semejante mortal que abrir el alma a Dios. Es más agradable a la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado. Es más fácil mortificar la carne con cilicio, ortigas y cadenas mortificantes que crucificar los deseos carnales. Pesado es el yugo que el corazón carnal está dispuesto a llevar antes que someterse al yugo de Cristo.

Hay una sorprendente similitud entre la iglesia de Roma y la iglesia judía en el momento de la primera venida de Cristo. Mientras los judíos pisoteaban en secreto todos los principios de la ley de Dios, exteriormente eran rigurosos en la observancia de sus preceptos, cargando

abatió con exacciones y tradiciones que hacían dolorosa y onerosa la obediencia. Así como los judíos profesaban reverenciar la ley, los romanistas afirman reverenciar la cruz. Exaltan el símbolo de los sufrimientos de Cristo, mientras niegan en su vida a quien representa.

Los papistas colocan cruces sobre sus iglesias, sobre sus altares y sobre sus vestiduras. Por todas partes se ve la insignia de la cruz. En todas partes es exteriormente honrado y exaltado. Pero las enseñanzas de Cristo están enterradas bajo una masa de tradiciones sin sentido, interpretaciones falsas y exacciones rigurosas. Las palabras del Salvador concernientes a los fanáticos judíos se aplican con mayor fuerza aún a los líderes romanos: "Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no los moverán [385] ni con un dedo." [Mateo 23:4.] Las almas conscientes se mantienen en constante terror, temiendo la ira de un Dios ofendido, mientras que los dignatarios de la iglesia viven en el lujo y el placer sensual.

Satanás instiga la adoración de imágenes, la invocación de santos y la exaltación del papa, para atraer la mente de la gente de Dios y de su Hijo. Para llevar a cabo su ruina, se esfuerza por desviar su atención de Aquel a través de quien sólo pueden encontrar la salvación. Él los dirigirá a cualquiera que pueda sustituir a Aquel que ha dicho: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". [Mateo 11:28.]

Es el esfuerzo constante de Satanás para tergiversar el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y los asuntos reales que están en juego en el gran conflicto. Por su sofisma ciega las mentes de los hombres y los asegura como sus agentes para la guerra contra Dios. Por concepciones pervertidas de los atributos divinos, las naciones paganas fueron inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurar el favor de la Deidad; y las más horribles crueldades han sido perpetradas bajo las diversas formas de idolatría. La Iglesia romana, uniendo las formas del paganismo y el cristianismo, y de manera similar tergiversando el carácter de Dios, ha recurrido a prácticas no menos crueles y repugnantes. En los días de la supremacía de Roma había instrumentos de tortura para obligar a aceptar sus doctrinas. Estaba en juego para aquellos que no cedieran a sus afirmaciones. Hubo masacres en una escala que nunca será conocida por los mortales. Los dignatarios de la iglesia estudia

Satanás, su amo, inventar medios para causar la mayor tortura posible [386] y no acabar con la vida de su víctima. El proceso infernal se repitió hasta el límite máximo de la resistencia humana, hasta que la naturaleza abandonó la lucha y la víctima saludó a la muerte como una dulce liberación.

Tal fue el destino de los oponentes de Roma. Tenía como adeptos la disciplina del flagelo, del hambre fulminante, de las austeridades corporales en todas las formas concebibles y angustiosas. Para asegurarse el favor del Cielo, los penitentes violaron las leyes de Dios al violar las leyes de la naturaleza. Se les enseñó a romper cada lazo que él ha formado para bendecir y alegrar la estancia terrenal del hombre. El cementerio contiene millones de víctimas que gastaron sus vidas en vanos esfuerzos por subyugar sus afectos naturales, por reprimir, como ofensivos a Dios, todo pensamiento y sentimiento de simpatía hacia su

Si deseamos comprender la determinada crueldad de Satanás, manifestada durante cientos de años, no entre aquellos que nunca oyeron hablar de Dios, sino en el corazón mismo y en toda la extensión de la cristiandad, solo tenemos que mirar la historia del romanismo. Y a medida que vemos cómo logra disfrazarse y realizar su obra a través de los líderes de la iglesia, podemos comprender mejor por qué tiene tanta antipatía hacia la Biblia. Si se lee ese libro, se revelará la misericordia y el amor de Dios; se verá que no impone a los hombres ninguna de estas pesadas cargas. Todo lo que pide es un corazón quebrantado y contrito, un espíritu humilde y obediente.

Cristo no da ejemplo en su vida de que hombres y mujeres se encierren en monasterios para hacerse aptos para el Cielo.

Nunca ha enseñado que el amor y la simpatía deben ser reprimidos. el [387]

El corazón del Salvador rebosaba de amor. Cuanto más se acerca el hombre a la perfección moral, más aguda es su sensibilidad, más aguda es su percepción del pecado y más profunda su simpatía por los afligidos.

El Papa afirma ser el vicario de Cristo. ¿Cómo se compara su carácter con el de nuestro Salvador? ¿Se supo alguna vez que Cristo envió a hombres a la prisión o al potro porque no le rindieron homenaje como el Rey del Cielo? ¿Se escuchó su voz condenando a muerte a quienes no lo aceptaron? Cuando fue menospreciado por la gente de un pueblo samaritano, el apóstol Juan se llenó de indignación y preguntó: "Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma, tal como lo hizo Elías?"

Jesús miró con piedad a su discípulo, y reprendió su duro

espíritu, diciendo: El Hijo del hombre no ha venido para destruir la vida de los hombres, sino para salvarlos. [Lucas 9:54, 56.] Cuán diferente del espíritu manifestado por Cristo es el de su profeso vicario.

La Iglesia Romana ahora presenta un frente justo al mundo, cubriendo con disculpas su historial de horribles crueldades. Ella se ha vestido con vestiduras semejantes a las de Cristo; pero ella no ha cambiado. Todos los principios del papado que existieron en épocas pasadas existen hoy. Las doctrinas ideadas en las edades más oscuras aún se mantienen. Que nadie se engañe. El papado que los protestantes ahora están tan dispuestos a abrazar y honrar es el mismo que gobernó el mundo en los días de la Reforma, cuando los hombres de Dios se pusieron de pie con peligro de sus vidas para exponer su iniquidad.

[388] Posee el mismo orgullo y presunción arrogante que se enseñoreaba de reyes y príncipes, y reclamaba las prerrogativas de Dios. Su espíritu no es menos cruel y despótico ahora que cuando aplastó la libertad humana y mató a los santos del Altísimo.

El papado es exactamente lo que la profecía declaró que sería: la apostasía de los últimos tiempos. Es parte de su política asumir el carácter que mejor cumplirá su propósito; pero bajo la apariencia variable del camaleón, oculta el veneno invariable de la serpiente. "No estamos obligados a mantener la fe y las promesas a los herejes", declara. ¿Deberá este poder, cuyo registro por mil años está escrito en la sangre de los santos, ser reconocido ahora como parte de la iglesia de Cristo?

No es sin razón que se ha presentado la afirmación de que el catolicismo es ahora casi como el protestantismo. Ha habido un cambio; pero el cambio está en los protestantes, no en los romanistas. De hecho, el catolicismo se parece al protestantismo que existe ahora; pero está muy alejado del protestantismo de los días de Cranmer, Ridley, Knox y otros reformadores.

Mientras las iglesias protestantes han estado buscando el favor del mundo, la falsa caridad les ha cegado los ojos. No ven mas que es justo creer bien de todo mal; y como resultado inevitable, finalmente creerán el mal de todo bien. En lugar de defender la fe que una vez fue entregada a los santos, ahora están, por así decirlo, disculpándose con Roma por su opinión poco caritativa de ella, pidiendo perdón por su intolerancia.

Una gran clase, incluso de aquellos que miran al romanismo con malos ojos, temen poco peligro de su poder e influencia.

Muchos insisten en que la oscuridad intelectual y moral que prevaleció durante la Edad Media favoreció la difusión de sus dogmas, supersticiones y opresión, y que la mayor inteligencia de los tiempos modernos, la difusión general del conocimiento y la creciente liberalidad en materia de religión, prohíben un renacimiento de la intolerancia y la tiranía. Se ridiculiza la sola idea de que tal estado de cosas existirá en esta era ilustrada. Es verdad que una gran luz intelectual, moral y religiosa está brillando sobre esta generación. En las páginas abiertas de la santa palabra de Dios, la luz del Cielo ha sido derramada sobre el mundo. Pero debe recordarse que cuanto mayor es la luz otorgada, mayor es la oscuridad de quienes la pervierten o la rechazan.

Un estudio devoto de la Biblia mostraría a los protestantes el verdadero carácter del papado, y les haría aborrecerlo y evitarlo; pero los hombres son tan sabios en su propia presunción que no sienten la necesidad de buscar humildemente a Dios para que puedan ser guiados a la verdad. Aunque se enorgullecen de su iluminación, ignoran tanto las Escrituras como el poder de Dios. Deben tener algún medio de aquietar sus conciencias; y buscan lo que es menos espiritual y humillante. Lo que desean es un método para olvidar a Dios que pase por un método para recordarlo. El papado está bien adaptado para satisfacer las necesidades de todos estos. Está preparado para dos clases de humanidad, que abarca casi todo el mundo: los que se salvarán por sus méritos y los que se salvarán en sus pecados. Aquí está el secreto de su poder.

Se ha demostrado que un día de gran oscuridad intelectual es favorable al éxito del papado. Todavía se demostrará que un día de gran luz intelectual es igualmente favorable para su éxito. [390]

En los siglos pasados, cuando los hombres estaban sin la palabra de Dios y sin el conocimiento de la verdad, tenían los ojos vendados y miles estaban atrapados, sin ver la red extendida a sus pies. En esta generación hay muchos cuyos ojos quedan deslumbrados por el resplandor de las especulaciones humanas, la "falsamente llamada ciencia"; no perciben la red y caen en ella tan fácilmente como si tuvieran los ojos vendados. Dios diseñó que las facultades intelectuales del hombre fueran un regalo de su Hacedor y se emplearan al servicio de la verdad y la justicia; pero cuando son idolatrados y colocados sobre el santuario de Satanás para ser empleados al servicio de una religión falsa, entonces la inteligencia puede causar mayor daño que la ignorancia.

En los movimientos que ahora se desarrollan en este país para asegurar el apoyo del Estado a las instituciones y usos de la iglesia, los protestantes están siguiendo los pasos de los papistas. Más aún, están abriendo la puerta para que el papado recupere en la América protestante la supremacía que ha perdido en el Viejo Mundo. Y lo que da mayor significado a este movimiento es el hecho de que el objeto principal contemplado es la imposición de la observancia del domingo, costumbre que se originó con Roma, y que ella reclama como el signo de su autoridad.

El espíritu del papado —el espíritu de conformidad con las costumbres mundanas, la veneración de las tradiciones humanas por encima de los mandamientos de Dios— está impregnando las iglesias protestantes y las conduce [391] a realizar la misma obra de exaltación dominical que el papado ha hecho antes que ellos. ¿Entendería el lector las agencias que se emplearán en el próximo concurso? No tiene más que rastrear el registro de los medios que Roma empleó para el mismo objeto en épocas pasadas. ¿Sabría cómo los papistas y los protestantes unidos tratarán a los que rechazan sus dogmas? Que vea el espíritu que Roma manifestó hacia el sábado y sus defensores.

Edictos reales, concilios humanos y ordenanzas eclesiásticas sostenidas por el poder secular, fueron los pasos por los cuales la fiesta pagana alcanzó su posición de honor en el mundo cristiano. La primera medida pública que impuso la observancia del domingo fue la ley promulgada [321 d. C.] por Constantino, dos años antes de su profesión de cristianismo. Este edicto requería que la gente de la ciudad descansara en el venerable día del sol, pero permitía a los campesinos continuar con sus actividades. Aunque originalmente era un estatuto pagano, el emperador lo hizo cumplir después de su aceptación nominal de la religión cristiana.

No demostrando el mandato real un sustituto suficiente de la autoridad divina, el obispo de Roma poco después confirió al domingo el título de día del Señor. Otro obispo, que también buscaba el favor de los príncipes, y que era el amigo especial y adulador de Constantino, presentó la afirmación de que Cristo había transferido el sábado al domingo. Ni un solo testimonio de las Escrituras fue presentado como prueba de la nueva doctrina. Las vestiduras sagradas con las que se vestía el sábado espurio eran de fabricación propia del hombre; pero sirvieron para [392] animar a los hombres a pisotear la ley de Dios. Todos los que deseaban ser honrados por el mundo aceptaban la fiesta popular.

A medida que el papado se estableció firmemente, continuó la obra de exaltación dominical. Durante un tiempo, la gente se dedicaba a labores agrícolas cuando no asistía a la iglesia, y el nombre de sábado aún se atribuía al séptimo día. Pero de manera constante y segura se efectuó un cambio. A los que ocupaban el cargo sagrado se les prohibía juzgar en cualquier controversia civil en domingo. Poco después, se ordenó a las personas de todos los rangos que se abstuvieran del trabajo común, bajo pena de multa para los hombres libres y azotes en el caso de los sirvientes. Más tarde se decretó que los ricos debían ser castigados con la pérdida de la mitad de sus bienes; y finalmente, que si todavía obstinados deben ser hechos esclavos. Las clases bajas iban a sufrir el destierro perpetuo.

Los milagros también fueron solicitados. Entre otras maravillas se informó que cuando un labrador que estaba a punto de arar su campo el domingo, limpió su arado con un hierro, el hierro se le quedó pegado en la mano, y durante dos años lo llevó consigo, "a su gran poder". gran dolor y vergüenza."

Más tarde, el Papa dio instrucciones de que el párroco debería amonestar a los violadores del domingo y desearles que vayan a la iglesia y recen sus oraciones, no sea que traigan una gran calamidad sobre ellos y sus vecinos. Un concilio eclesiástico presentó el argumento tan ampliamente utilizado de que debido a que las personas habían sido alcanzadas por un rayo mientras trabajaban en domingo, debía ser el día de reposo. "Es evidente", dijeron los prelados, "cuán grande fue el desagrado de Dios por su negligencia en este día". Se hizo entonces un llamamiento a [393] a los sacerdotes y ministros, reyes y príncipes, y a todo el pueblo fiel, "que se esfuercen y se esfuercen al máximo para que el día sea restaurado en su honor y, para el crédito de la cristiandad, más devotamente observado por hora de venir.

Como los decretos de los concilios resultaron insuficientes, se pidió a las autoridades seculares que emitieran un edicto que infundiera terror en los corazones de la gente y los obligara a abstenerse de trabajar los domingos. En un sínodo celebrado en Roma, todas las decisiones anteriores fueron reafirmadas con mayor fuerza y solemnidad. También se incorporaron a la ley eclesiástica y las autoridades civiles las hicieron cumplir en casi toda la cristiandad.

Aun así, la ausencia de autoridad bíblica para guardar el domingo ocasionó no poca vergüenza. El pueblo cuestionó el derecho de sus maestros a negar la declaración positiva de Jehová: "La

el séptimo día es sábado del Señor tu Dios", para honrar el día del sol. Para suplir la falta de testimonio bíblico, Satanás estaba listo con recursos. Un celoso defensor del domingo, que a finales del siglo XII visitó las iglesias de Inglaterra, fue resistido por fieles testigos de la verdad; y tan infructuosos fueron sus esfuerzos que partió del país por un tiempo, y buscó a su alrededor algunos medios para hacer cumplir sus enseñanzas. Cuando regresó, la falta fue suplida, y en sus trabajos posteriores tuvo mayor éxito. Trajo consigo un rollo que pretendía ser de Dios mismo, y que contenía el mandato necesario para la observancia del domingo, y terribles amenazas para aterrorizar a los desobedientes. Se decía que este precioso

documento, tan vil [394] una falsificación como la institución que apoyaba, había caído del cielo y se había encontrado en Jerusalén, sobre el altar de San Simeón, en el Gólgota. El palacio pontificio de Roma fue la fuente de donde procedía. Los fraudes y las falsificaciones para promover el poder y la prosperidad de la iglesia han sido considerados lícitos en todas las épocas por la jerarquía papal.

El rollo prohibía trabajar desde la hora novena, las tres de la tarde del sábado, hasta el amanecer del lunes; y su autoridad fue declarada confirmada por muchos milagros. Se informó que las personas que trabajaban más allá de la hora señalada sufrieron parálisis. Un molinero que intentaba moler su grano, vio que en lugar de harina salía un torrente de sangre, y la rueda del molino se detuvo, a pesar del fuerte torrente del agua. Una mujer que colocó la masa en el horno, la encontró cruda cuando la sacó, aunque el horno estaba muy caliente. Otro que tenía preparada masa para cocer a la hora novena, pero resolvió reservarla hasta el lunes, descubrió al día siguiente que había sido hecha hogazas y horneada por poder divino. Un hombre que horneó pan después de la hora novena el sábado, encontró, cuando lo partió a la mañana siguiente, que salía sangre. Mediante fabricaciones tan absurdas y supersticiosas, los defensores del domingo se esforzaron por establecer su carácter sagrado.

En Escocia, como en Inglaterra, se aseguró una mayor consideración por el domingo al unirle una porción del antiguo sábado. Pero el tiempo requerido para ser santificado variaba. Se promulgó una ley según la cual [395] el sábado a partir de las doce del mediodía debe ser considerado santo, y que nadie, desde ese momento hasta el lunes por la mañana, debe ocuparse en negocios mundanos.

Pero a pesar de todos los esfuerzos por establecer la santidad del domingo, los mismos papistas confesaron públicamente la autoridad divina del sábado y el origen humano de la institución por la cual había sido suplantado. En el siglo XVI, un concilio papal declaró claramente: "Que todos los cristianos recuerden que el séptimo día fue consagrado por Dios, y ha sido recibido y observado, no solo por los judíos, sino por todos los demás que pretenden adorar a Dios; aunque nosotros los cristianos hemos cambiado su sábado en el día del Señor." Los que manipulaban la ley divina no ignoraban el carácter de su obra. Se estaban colocando deliberadamente por encima de Dios.

Una ilustración llamativa de la política de Roma hacia los que honran el sábado se dio en la larga y sangrienta persecución de los valdenses. Otros sufrieron de manera similar por su fidelidad a la misma verdad. En medio de las tinieblas de la Edad Media, los cristianos de África Central fueron perdidos de vista y olvidados por el mundo, y durante muchos siglos disfrutaron de la libertad en el ejercicio de su fe. Pero al fin Roma se enteró de su existencia, y el emperador de Abisinia pronto fue engañado para que reconociera al Papa como vicario de Cristo. Siguieron otras concesiones. Se emitió un edicto que prohibía la observancia del sábado bajo las penas más severas. Pero la tiranía papal pronto se convirtió en un yugo irritante; y los abisinios determinaron partirla de sus cuellos. Después de una terrible lucha, los romanistas fueron desterrados de sus dominios y la [396] antigua fe fue restaurada. Las iglesias se regocijaron en su libertad y nunca olvidaron la lección que habían aprendido sobre el engaño, el fanatismo y el poder despótico de Roma. Dentro de su reino solitario estaban contentos de permanecer, desconocidos para el resto de la cristiandad.

Las iglesias de África celebraban el sábado como lo hacía la iglesia papal antes de su completa apostasía. Mientras guardaban el séptimo día en obediencia al mandamiento de Dios, se abstendían de trabajar el domingo conforme a la costumbre de la iglesia. Al obtener el poder supremo, Roma había pisoteado el sábado de Dios para exaltar el suyo propio; pero las iglesias de África, escondidas durante casi mil años, no participaron en esta apostasía.

Cuando se pusieron bajo el dominio de Roma, se vieron obligados a dejar de lado el sábado verdadero y exaltar el sábado falso; pero apenas habían recuperado

su independencia que volvieron a la obediencia al cuarto mandamiento.

Estos registros del pasado revelan claramente la enemistad de Roma hacia el verdadero sábado y sus defensores, y los medios que ella emplea para honrar la institución de su creación. La palabra de Dios enseña que estas escenas se repetirán cuando papistas y protestantes se unan para la exaltación del domingo. [\[Apocalipsis 13:11, 12.](#)

Ver [Apéndice](#), nota 8.] Durante casi cuarenta años, los reformadores del sábado han presentado este testimonio al mundo. En los acontecimientos que ahora tienen lugar se ve un rápido avance hacia el cumplimiento de la predicción.

Existe el mismo reclamo de autoridad divina para la observancia del domingo, [\[397\]](#) y la misma falta de evidencia bíblica, como en los días de la supremacía papal . Se repetirá la afirmación de que los juicios de Dios caen sobre los hombres por su violación del domingo-sábado. Ya se empieza a instar.

Maravillosa en su astucia y astucia es la Iglesia Romana. Ella puede leer lo que va a ser. Ella espera su momento, viendo que las iglesias protestantes le están rindiendo homenaje al aceptar el sábado falso, y que se están preparando para emplear los mismos medios que ella misma empleó en días pasados. Aquellos que rechacen la luz de la verdad aún buscarán la ayuda de este autodenominado poder infalible para exaltar una institución que se originó con ella. No es difícil conjeturar cuán prontamente acudirá en ayuda de los protestantes en esta obra. ¿Quién entiende mejor que el papado cómo tratar con aquellos que son desobedientes a la iglesia?

El mundo cristiano aprenderá lo que realmente es el romanismo, cuando sea demasiado tarde para escapar de la trampa. Ella está creciendo en silencio en el poder. Sus doctrinas están ejerciendo su influencia en las salas legislativas, en las iglesias y en los corazones de los hombres. Por toda la tierra está amontonando sus elevadas y macizas estructuras, en cuyos secretos recovecos se repetirán sus antiguas persecuciones. Está reforzando sus fuerzas de forma sigilosa e insospechada para promover sus propios fines cuando llegue el momento de atacar. Todo lo que ella desea es un terreno ventajoso, y pronto se le dará. En un futuro próximo veremos y sentiremos cuál es el propósito del elemento romano . Cualquiera que crea y obedezca la palabra de Dios incurrirá en vituperio y persecución.

Capítulo 31—El conflicto venidero

[398]

La nación más grande y más favorecida sobre la tierra es Estados Unidos. Una bondadosa Providencia ha protegido a este país y ha derramado sobre él las más selectas bendiciones del Cielo. Aquí han encontrado refugio los perseguidos y oprimidos. Aquí se ha enseñado la fe cristiana en su pureza. Este pueblo ha sido el destinatario de una gran luz y misericordias sin igual. Pero estos dones han sido pagados por la ingratitud y el olvido de Dios. El Infinito lleva cuentas con las naciones, y su culpa es proporcional a la luz rechazada. Un récord terrible ahora se encuentra en el registro del Cielo en contra de nuestra tierra; pero el crimen que colmará la medida de su iniquidad es el de invalidar la ley de Dios.

Entre las leyes de los hombres y los preceptos de Jehová vendrá el último gran conflicto de la controversia entre la verdad y el error. Ahora estamos entrando en esta batalla, una batalla no entre iglesias rivales que luchan por la supremacía, sino entre la religión de la Biblia y la religión de la fábula y la tradición. Las agencias que se unirán contra la verdad y la rectitud en esta contienda ahora están trabajando activamente.

La santa palabra de Dios, que nos ha sido transmitida en tal [399] costo del sufrimiento y la sangre, es poco valorado. La Biblia está al alcance de todos, pero son pocos los que realmente la aceptan como guía de vida. La infidelidad prevalece en un grado alarmante, no sólo en el mundo, sino en la iglesia. Muchos han llegado a negar doctrinas que son los mismos pilares de la fe cristiana. Los grandes hechos de la creación tal como los presentan los escritores inspirados, la caída del hombre, la expiación y la perpetuidad de la ley de Dios, son prácticamente rechazados por una gran parte del mundo que profesa ser cristiano. Miles de personas que se enorgullecen de su sabiduría e independencia consideran que es una evidencia de debilidad depositar una confianza implícita en la Biblia, y una prueba de un talento y una erudición superiores para criticar las Escrituras, y espiritualizar y explicar sus verdades más importantes. Muchos ministros están enseñando a su pueblo, y muchos

están instruyendo a sus estudiantes, que la ley de Dios ha sido cambiada o abrogada; y ridiculizan a aquellos que son tan simples como para reconocer todas sus pretensiones.

Al rechazar la verdad, los hombres rechazan a su Autor. Al pisotear la ley de Dios, niegan la autoridad del Legislador. Es tan fácil hacer un ídolo de falsas doctrinas y teorías como hacer un ídolo de madera o piedra. Satanás induce a los hombres a concebir a Dios con un carácter falso, con atributos que él no posee. Un ídolo filosófico está entronizado en el lugar de Jehová; mientras que el verdadero Dios, tal como se revela en su palabra, en Cristo y en las obras de la creación, es adorado por unos pocos. Miles deifican la naturaleza, mientras niegan al Dios de la naturaleza. Aunque en una forma diferente, la idolatría [400] existe en el mundo cristiano hoy en día tan ciertamente como existió entre el antiguo Israel en los días de Elías. El Dios de muchos hombres supuestamente sabios, de filósofos, poetas, políticos, periodistas, el Dios de los círculos refinados de moda, de muchos colegios y universidades, incluso de algunas instituciones teológicas, es poco mejor que Baal, el Dios-sol de Fenicia. .

Ningún error aceptado por el mundo cristiano golpea más audazmente contra la autoridad del Cielo, ninguno se opone más directamente a los dictados de la razón, ninguno es más pernicioso en sus resultados, que la doctrina moderna, que gana terreno tan rápidamente, de que la ley de Dios no es ya no es obligatorio para los hombres. Cada nación tiene sus leyes, que imponen respeto y obediencia; ¿Y el Creador de los cielos y de la tierra no tiene ley para gobernar a los seres que ha hecho? Supongamos que ministros prominentes enseñaran públicamente que los estatutos que gobiernan nuestra nación y protegen los derechos de sus ciudadanos no son obligatorios, que restringen las libertades del pueblo y, por lo tanto, no deben ser obedecidos; ¿Cuánto tiempo se toleraría a tales hombres en el púlpito? Pero, ¿es una ofensa más grave ignorar las leyes de los Estados y naciones que pisotear los preceptos divinos que son el fundamento de todo gobierno? Cuando se deja de lado la norma de justicia, se abre el camino para que el príncipe del mal establezca su dominio en la tierra.

Sería mucho más consistente que las naciones abolieran sus estatutos y permitieran que las personas hicieran lo que quisieran, que que el Gobernante del universo anulara su ley y dejara al mundo sin una norma para condenar a los culpables o justificar a los obedientes. . ¿Podríamos

¿Conoces el resultado de anular la ley de Dios? El experimento ha sido [401] probado. Terribles fueron las escenas representadas en Francia cuando el ateísmo se convirtió en el poder dominante. Entonces se demostró al mundo que deshacerse de las restricciones que Dios ha impuesto es aceptar el gobierno del más cruel de los tiranos.

Dondequiera que se dejen de lado los preceptos divinos, el pecado deja de parecer pecaminoso, o la justicia deseable. Los que se niegan a someterse al gobierno de Dios son totalmente incapaces de gobernarse a sí mismos. A través de sus perniciosas enseñanzas, el espíritu de insubordinación se implanta en el corazón de los niños y jóvenes, que son naturalmente impacientes por el control; y el resultado es un estado de sociedad sin ley y licencioso. Mientras se burlan de la credulidad de los que obedecen los requisitos de Dios, las multitudes aceptan con entusiasmo los engaños de Satanás. Ellos dan rienda suelta a la lujuria y practican los pecados que invocaron juicios sobre los paganos.

Que la restricción impuesta por la ley divina sea eliminada por completo, y las leyes humanas pronto serían ignoradas. Debido a que Dios prohíbe las prácticas deshonestas, la codicia, la mentira y el fraude, los hombres están dispuestos a pisotear sus estatutos como un obstáculo para su prosperidad mundana ; pero los resultados de desterrar estos preceptos serían tales como ellos no los anticipan. Si la ley no fuera vinculante, ¿por qué debería alguien temer transgredirla? La propiedad ya no estaría segura. Los hombres obtendrían las posesiones de su prójimo por medio de la violencia; y el más fuerte sería el más rico. La vida misma no sería respetada. Los que desprecian los mandamientos de Dios siembran desobediencia para cosechar desobediencia. El voto matrimonial ya no sería un baluarte sagrado para proteger a la familia. El que tiene el poder, si lo desea [402] , tomaría la esposa de su prójimo por violencia. El quinto mandamiento sería dejado de lado con el cuarto. Los hijos no dudarían en quitar la vida a sus padres, si al hacerlo pudieran obtener el deseo de sus corruptos corazones. El mundo civilizado se convertiría en una horda de ladrones y asesinos; y la paz, el descanso y la felicidad serían desterrados de la tierra.

La doctrina de que los hombres están liberados de la obediencia a los requisitos de Dios ya ha debilitado la fuerza de la obligación moral y ha abierto las compuertas de la iniquidad sobre el mundo. La anarquía, la disipación y la corrupción se están apoderando de nosotros como una marea abrumadora. En la familia, Satanás está obrando. Su bandera ondea,

incluso en hogares profesamente cristianos. Hay envidia, malas conjeturas, hipocresía, distanciamiento, emulación, lucha, traición de los encargos sagrados, complacencia de la lujuria. Todo el sistema de principios y doctrinas religiosas, que deberían formar el fundamento y el marco de la vida social, parece ser una masa tambaleante, a punto de caer en ruinas. Los más viles criminales, cuando son arrojados a la cárcel por sus delitos, a menudo son objeto de obsequios y atenciones, como si hubieran alcanzado una envidiable distinción. Se da la mayor publicidad a su carácter y crímenes. La prensa publica los detalles repugnantes del vicio, iniciando así a otros en la práctica del fraude, el robo y el asesinato; y Satanás se regocija en el éxito de sus planes infernales. El encaprichamiento por el vicio, el quitar la vida desenfrenadamente, el terrible aumento de la intemperancia y la iniquidad de todo orden y grado, deberían despertar a todos los que temen a Dios, a investigar qué se puede hacer para detener la marea del mal.

[403] Los tribunales de justicia son corruptos. Los gobernantes se mueven por el deseo de ganancia y el amor por los placeres sensuales. La intemperancia ha oscurecido las facultades de muchos, de modo que Satanás tiene un control casi total sobre ellos. Los juristas son pervertidos, sobornados, engañados. La embriaguez y el jolgorio, la pasión, la envidia, la deshonestidad de todo tipo, están representadas entre los que administran las leyes. "La justicia está lejos; porque la verdad ha caído en la calle, y la equidad no puede entrar."

La iniquidad y oscuridad espiritual que prevaleció bajo la supremacía de Roma fueron el resultado inevitable de su supresión de las Escrituras; pero ¿dónde se encuentra la causa de la infidelidad generalizada, el rechazo de la ley de Dios y la consiguiente corrupción, bajo el resplandor pleno de la luz del evangelio en una era de libertad religiosa? Ahora que Satanás ya no puede mantener al mundo bajo su control reteniendo las Escrituras, recurre a otros medios para lograr el mismo objetivo. Destruir la fe en la Biblia sirve a su propósito tanto como destruir la Biblia misma. Al introducir la creencia de que la ley de Dios no es vinculante, él induce a los hombres a transgredir con la misma eficacia que si fueran totalmente ignorantes de sus preceptos. Y ahora, como en épocas anteriores, ha trabajado a través de la iglesia para promover sus designios. Como las organizaciones religiosas de la época se han negado a escuchar las verdades impopulares que se presentan claramente en las Escrituras, han sembrado al voleo las semillas del escepticismo. Aferrándose al error papal de la inmortalidad natural y la conciencia del hombre en la muerte, rechazan la única defensa contra los engaños del espiritismo.

Esto no es todo. A medida que se insta a la gente a reclamar el cuarto mandamiento, los maestros populares descubren que allí se ordena la observancia del [404] séptimo día sábado; y como única manera de liberarse de un deber que no están dispuestos a cumplir, declaran que la ley de Dios ya no es vinculante. Así desecharon la ley y el día de reposo a la vez. A medida que se extienda la obra de la reforma del sábado, este rechazo de la ley divina para evitar las demandas del cuarto mandamiento se volverá casi universal. Sobre aquellos líderes religiosos cuyas enseñanzas han abierto la puerta a la infidelidad, al espiritismo y al desprecio de la santa ley de Dios, recae una terrible responsabilidad por la iniquidad que existe en el mundo cristiano.

Sin embargo, esta misma clase presentó la afirmación de que la corrupción que se propaga rápidamente se atribuye en gran medida a la profanación del llamado "sábado cristiano", y que la imposición de la observancia del domingo mejoraría mucho la moral de la sociedad. Combinando la reforma de la templanza con el movimiento dominical, se representan a sí mismos como trabajadores para promover los más altos intereses de la sociedad; y los que se niegan a unirse con ellos son denunciados como enemigos de la templanza y la reforma. Pero el hecho de que un movimiento para establecer el error esté relacionado con una obra que es en sí misma buena, no es un argumento a favor del error. Podemos disfrazar el veneno mezclándolo con comida saludable, pero no cambiamos s Por el contrario, se vuelve más peligroso, ya que es más probable que lo tomen desprevenido. Es uno de los dispositivos de Satanás para combinar con la falsedad la verdad suficiente para darle plausibilidad. Los líderes del movimiento dominical pueden abogar por reformas que la gente necesita, principios que están en armonía con la Biblia, sin embargo, mientras hay [405] con estos un requisito que es contrario a la ley de Dios, sus siervos no pueden unirse a ellos. Nada puede justificar que dejen de lado los mandamientos de Dios por los preceptos de los hombres.

A través de los dos grandes errores, la inmortalidad del alma y la santidad del domingo, Satanás llevará a la gente bajo sus engaños. Mientras que el primero sienta las bases del espiritismo, el segundo crea un vínculo de simpatía con Roma. El protestantismo aún extenderá su mano a través del abismo para agarrar la mano del espiritismo; se tenderá sobre el abismo para estrechar la mano del poderío romano;

y bajo la influencia de esta triple unión, nuestro país seguirá los pasos de Roma pisoteando los derechos de la conciencia.

El espiritismo ahora está cambiando su forma, velando algunas de sus características más objetables e inmorales, y asumiendo un disfraz cristiano. Antiguamente denunciaba a Cristo ya la Biblia; ahora profesa aceptar ambos. La Biblia se interpreta de una manera que es atractiva para el corazón no renovado, mientras que sus verdades solemnes y vitales se anulan. Se presenta un Dios de amor; pero su justicia, sus denuncias del pecado, los requisitos de su santa ley, todo se mantiene fuera de la vista. Fábulas agradables y fascinantes cautivan los sentidos de aquellos que no hacen de la palabra de Dios el fundamento de su fe. Cristo es tan verdaderamente rechazado como antes; pero Satanás ha cegado tanto los ojos de la gente que el engaño no se discierne.

A medida que el espiritismo se asimila más estrechamente al cristianismo nominal de la época, tiene mayor poder para engañar y atrapar. El mismo Satanás [406] se convierte, según el orden moderno de las cosas. Él aparecerá en el carácter de un ángel de luz. A través de la agencia del espiritismo, se obrarán milagros, los enfermos serán sanados y se realizarán muchas maravillas innegables. Y como los espíritus profesarán fe en la Biblia y expresarán respeto por el domingo, su obra será aceptada como una manifestación del poder divino.

La línea de distinción entre los cristianos profesantes y los impíos es ahora difícilmente distinguible. Los miembros de la iglesia aman lo que el mundo ama y están listos para unirse a ellos; y Satanás determina unirlos en un solo cuerpo y así fortalecer su causa barriendo a todos en las filas del espiritismo. Los papistas que se jactan de los milagros como una marca segura de la iglesia verdadera, serán fácilmente engañados por este poder que hace maravillas; y los protestantes, habiendo desechado el escudo de la verdad, también serán engañados. Los papistas, los protestantes y los mundanos aceptarán por igual la forma de la piedad sin el poder, y verán en esta unión un gran movimiento para la conversión del mundo y el comienzo del milenio largamente esperado.

A través del espiritismo, Satanás aparece como un benefactor de la raza, sanando las enfermedades de la gente y profesando presentar un nuevo y más exaltado sistema de fe religiosa; pero al mismo tiempo trabaja como destructor. Sus tentaciones están llevando multitudes a la ruina. La intemperancia destrona a la razón; siguen la indulgencia sensual, la lucha y el derramamiento de sangre. Satanás se deleita en la guerra; porque excita lo peor

pasiones del alma, y luego arrastra a la eternidad a sus víctimas empapadas de vicio y sangre. Su objeto es incitar a las naciones a la guerra [407] unas contra otras; porque él puede así desviar la mente de la gente de la obra de preparación para estar de pie en el día de Dios.

Satanás obra a través de los elementos también para recoger su cosecha de almas no preparadas. Ha estudiado los secretos de los laboratorios de la naturaleza, y usa todo su poder para controlar los elementos hasta donde Dios se lo permite. Cuando se le permitió afligir a Job, cuán rápidamente fueron arrasados los rebaños y las manadas, los siervos, las casas, los niños, una aflicción tras otra como en un momento. Es Dios quien protege a sus criaturas y las protege del poder del destructor.

Pero el mundo cristiano ha mostrado desprecio por la ley de Jehová; y el Señor hace exactamente lo que ha declarado que haría, retira sus bendiciones de la tierra, y quita su cuidado protector de aquellos que se rebelan contra su ley, y enseñan y obligan a otros a hacer lo mismo. Satanás tiene el control de todos aquellos a quienes Dios no protege especialmente. Favorecerá y prosperará a algunos para promover sus propios designios, y traerá problemas a otros, y hará creer a los hombres que es Dios quien los está afligiendo.

Mientras aparece a los hijos de los hombres como un gran médico que puede curar todas sus enfermedades, traerá enfermedades y desastres hasta que las ciudades populosas sean reducidas a la ruina y la desolación. Incluso ahora está en el trabajo. En accidentes y calamidades por mar y por tierra, en grandes conflagraciones, en feroces tornados y terribles granizadas, en tempestades, inundaciones, ciclones, maremotos y terremotos, en todo lugar y en mil formas, está Satanás ejerciendo su poder. Él barre la cosecha madura, y sigue el hambre y la angustia. [408]

Él imparte al aire una contaminación mortal, y miles perecen por la pestilencia. Estas visitas serán cada vez más frecuentes y desastrosas. La destrucción caerá sobre los habitantes del mundo. Las bestias del campo gemirán, y la tierra languidecerá.

Y entonces el gran engañador persuadirá a los hombres que los que sirven a Dios están causando estos males. La clase que ha provocado el desagrado del Cielo cargará todos sus problemas sobre los pocos fieles a quienes el Señor les ha enviado con mensajes de amonestación y reprensión. Se declarará que la nación está ofendiendo a Dios por la violación del domingo-sábado, que este pecado ha traído calamidades que no cesarán hasta que se deje de observar el domingo.

estrictamente, y que aquellos que presentan las demandas del cuarto mandamiento, destruyendo así la reverencia por el domingo, son alborotadores de la nación, impidiendo su restauración al favor divino y la prosperidad temporal. Así se repetirá la acusación lanzada antiguamente contra el siervo de Dios, y por motivos igualmente bien establecidos. “Y sucedió que cuando Acab vio a Elías, Acab le dijo: ¿Eres tú el que perturbas a Israel? Y él respondió: Yo no he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Jehová, y siguiendo a los baales”. [1 Reyes 18:17, 18.] A medida que la ira del pueblo sea excitada por acusaciones falsas, seguirá un proceder hacia los embajadores de Dios muy similar al que siguió el Israel apóstata hacia Elías.

[409] El poder obrador de milagros manifestado a través del espiritismo ejercerá su influencia contra aquellos que elijan obedecer a Dios antes que a los hombres. Los mensajes vendrán de los espíritus declarando que Dios los ha enviado para informar a los que rechazan el domingo que están en un error, y que las leyes de la tierra deben ser obedecidas como la ley de Dios. Lamentarán la gran maldad que hay en el mundo y apoyarán el testimonio de los maestros religiosos de que el estado degradado de la moral es causado por la profanación del domingo. Grande será la indignación que se suscitará contra todos los que se nieguen a aceptar su testimonio.

Los que honren el sábado bíblico serán denunciados como enemigos de la ley y el orden, por romper las restricciones morales de la sociedad, causar anarquía y corrupción e invocar los juicios de Dios sobre la tierra. Sus escrúpulos de conciencia se pronunciarán obstinación, terquedad y desprecio de la autoridad. Serán acusados de desafección hacia el gobierno. Los ministros que niegan la obligación de la ley divina presentarán desde el púlpito el deber de rendir obediencia a las autoridades civiles como lo ordena Dios. En las salas legislativas y los tribunales de justicia, los guardianes de los mandamientos serán censurados y tergiversados. Se dará un color falso a sus palabras; se pondrá la peor interpretación posible sobre sus motivos.

Las iglesias protestantes han rechazado los claros argumentos bíblicos en defensa de la ley de Dios, y anhelan tapar la boca de aquellos cuya fe no pueden derribar con la Biblia. Aunque ciegan sus propios ojos al hecho, ahora están adoptando un c

lo que conducirá a la persecución de aquellos que conscientemente [410] se niegan a hacer lo que está haciendo el resto del mundo cristiano, y reconocen las pretensiones del sábado papal.

Los dignatarios de la Iglesia y el Estado se unirán para sobornar, persuadir u obligar a todas las clases a honrar el domingo. La falta de autoridad divina será suplida por promulgaciones opresivas. La corrupción política está destruyendo el amor por la justicia y el respeto por la verdad, y para asegurarse el favor público, los legisladores ceden ante la demanda popular de una ley que imponga la observancia del domingo. La libertad de conciencia, que tanto sacrificio le ha costado a esta nación, ya no será respetada. En el conflicto que se avecina veremos ejemplificadas las palabras del profeta: "Y el dragón se enojó contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo. ." [Apocalipsis [12:17.](#)]

Nuestra tierra está en peligro. Se acerca el tiempo en que sus legisladores abjurarán tanto de los principios del protestantismo como para dar apoyo a la apostasía romana. El pueblo por el cual Dios ha obrado tan maravillosamente, fortaleciéndolo para deshacerse del yugo irritante del papismo, por un acto nacional dará vigor a la fe corrupta de Roma, y así despertará la tiranía que solo espera un toque para comenzar de nuevo en crueldad y despotismo. Con pasos rápidos ya nos estamos acercando a este período. Cuando las iglesias protestantes busquen el apoyo del poder secular, siguiendo así el ejemplo de esa iglesia apóstata, por oponerse a la cual sus antepasados soportaron la más feroz persecución, entonces habrá una apostasía nacional que terminará únicamente en la ruina nacional.

[411]

Capítulo 32—Las Escrituras, una salvaguarda

“A la ley y al testimonio. Si no dijeren conforme a esta palabra, es porque no les ha amanecido.” [Isaías 8:20.]

El pueblo de Dios es dirigido a las Escrituras como su salvaguarda contra la influencia de los falsos maestros y el engañoso poder de los espíritus de las tinieblas. Satanás emplea todos los medios posibles para evitar que los hombres obtengan un conocimiento de la Biblia; porque sus claras declaraciones revelan sus engaños. En cada reavivamiento de la obra de Dios, el príncipe del mal es despertado a una actividad más intensa; ahora está poniendo todo su empeño en una lucha final y desesperada contra Cristo y sus seguidores. El último gran engaño pronto se abrirá ante nosotros. El Anticristo va a realizar sus obras maravillosas ante nuestros ojos. Las falsificaciones se parecerán tanto a las verdaderas que será imposible distinguirlas excepto por las Sagradas Escrituras. Por su testimonio cada declaración y cada milagro debe ser probado.

Los que se esfuerzan por obedecer todos los mandamientos de Dios serán objeto de oposición y burla; su camino se hará muy difícil. Sólo pueden permanecer en Dios. Para soportar la prueba que les espera,

[412] deben comprender la voluntad de Dios revelada en su palabra; pueden

honrarlo sólo si tienen un concepto correcto de su carácter, gobierno y propósitos, y actúan de acuerdo con ellos. Sólo aquellos que han entrenado el intelecto para captar las verdades de la Biblia resistirán el último gran conflicto. A toda alma vendrá la prueba de la búsqueda:

¿Obedeceré a Dios antes que a los hombres? La hora decisiva está ahora a la mano. ¿Están nuestros pies plantados sobre la roca de la palabra inmutable de Dios? ¿Estamos preparados para mantenernos firmes en defensa de los mandamientos de Dios y la fe de Jesús?

Antes de su crucifixión, el Salvador explicó a sus discípulos que iba a morir y resucitar de la tumba; y los ángeles estaban presentes para grabar sus palabras en las mentes y los corazones. Pero los discípulos buscaban una liberación temporal del yugo romano, y no podían tolerar la idea de que Aquel en quien todas sus esperanzas estaban centradas sufriera una muerte ignominiosa. Las palabras

que necesitaban recordar fueron desterrados de sus mentes; y cuando llegó el tiempo de la prueba, los encontró desprevenidos. La muerte de Jesús destruyó completamente sus esperanzas como si no les hubiera advertido. Así en las profecías el futuro se abre ante nosotros tan claramente como se abrió a los discípulos por las palabras de Cristo. Los eventos relacionados con el cierre del tiempo de gracia y la obra de preparación para el tiempo de angustia, se presentan claramente. Pero las multitudes no tienen más comprensión de estas importantes verdades que si nunca hubieran sido reveladas. Satanás vigila para arrebatarnos toda impresión que los haría sabios para la salvación, y el tiempo de angustia los encontrará desprevenidos.

Cuando Dios envía a los hombres advertencias tan importantes que son [413] representado como proclamado por santos ángeles que vuelan en medio del cielo, requiere que toda persona dotada de facultades de razonamiento preste atención al mensaje. Los terribles juicios denunciados contra la adoración de la bestia y su imagen, [Apocalipsis 14:9-12.] deben conducir a todos a un estudio diligente de las profecías para saber qué es la marca de la bestia, y cómo deben evitar recibirla. Pero la masa del pueblo aparta el oído para no oír la verdad, y se vuelve a las fábulas. El apóstol Pablo declaró, mirando hacia los últimos días: "Llegará el tiempo cuando no soportarán la sana doctrina". [2 Timoteo 4:3.] Ese tiempo ha llegado completamente. Las multitudes no quieren la verdad bíblica, porque interfiere con los deseos del corazón pecaminoso y amante del mundo; y Satanás suministra los engaños que aman.

Pero Dios tendrá un pueblo sobre la tierra para mantener la Biblia, y sólo la Biblia, como norma de todas las doctrinas y base de todas las reformas. Las opiniones de los eruditos, las deducciones de la ciencia, los credos o decisiones de los concilios eclesiásticos, tan numerosos y discordantes como son las iglesias a las que representan, la voz de la mayoría, ninguno de ellos o todos ellos deben ser considerados como evidencia para o contra cualquier punto de fe religiosa. Antes de aceptar cualquier doctrina o precepto, debemos exigir un claro "Así dice el Señor" en su apoyo.

Satanás se esfuerza constantemente por atraer la atención hacia el hombre en lugar de Dios. Lleva al pueblo a mirar a los obispos, a los pastores, a los profesores de teología, como sus guías, en lugar de escudriñar las Escrituras para aprender por sí mismos su deber. Luego, controlando [4

las mentes de estos líderes puede influir en las multitudes según su voluntad.

Cuando Cristo vino a hablar las palabras de vida, la gente común lo escuchó con alegría; y muchos, aun de los sacerdotes y gobernantes, creyeron en él. Pero el jefe del sacerdocio y los principales hombres de la nación estaban decididos a condenar y repudiar sus enseñanzas. Aunque estaban desconcertados en todos sus esfuerzos por encontrar acusaciones en su contra, aunque no podían dejar de sentir la influencia del poder divino y la sabiduría acompañando sus palabras, sin embargo, se encerraron en el prejuicio; rechazaron la evidencia más clara de su Mesianismo, para no verse obligados a convertirse en sus discípulos. Estos opositores de Jesús eran hombres a quienes la gente había aprendido a reverenciar desde la infancia, ante cuya autoridad estaban acostumbrados a inclinarse implícitamente. “¿Cómo es”, preguntaron, “que nuestros gobernantes y escribas eruditos no creen en Jesús? ¿No lo recibirían estos hombres piadosos si fuera el Cristo? Fue la influencia de tales maestros lo que llevó a la nación judía a rechazar a su Redentor.

El espíritu que impulsó a esos sacerdotes y gobernantes todavía se manifiesta en muchos que hacen una alta profesión de piedad. Se niegan a examinar el testimonio de las Escrituras acerca de las verdades especiales para este tiempo. Señalan su propio número, riqueza y popularidad, y miran con desdén a los defensores de la verdad como pocos, pobres e impopulares, que tienen una fe que los separa del mundo.

Cristo previó que la indebida asunción de autoridad practicada [415] por los escribas y fariseos no cesaría con la dispersión de los judíos.

Tenía una visión profética de la obra de exaltar la autoridad humana para gobernar la conciencia, que ha sido una maldición tan terrible para la iglesia en todas las épocas. Y sus terribles denuncias de los escribas y fariseos, y sus advertencias a la gente para que no siguieran a estos líderes ciegos, quedaron registradas como una amonestación para las generaciones futuras.

Con las muchas advertencias contra los falsos maestros, ¿por qué la gente está tan dispuesta a encomendar la custodia de sus almas al clero? Hay hoy en día miles de profesantes de religión que no pueden dar otra razón para los puntos de fe que sostienen sino que fueron instruidos así por sus líderes religiosos. Pasan por alto las enseñanzas del Salvador casi desapercibidas, y depositan una confianza implícita en el

palabras de los ministros. ¿Pero son los ministros infalibles? ¿Cómo podemos confiar nuestras almas a su guía a menos que sepamos por la palabra de Dios que son portadores de luz? La falta de coraje moral para apartarse de los caminos trillados del mundo lleva a muchos a seguir los pasos de los sabios; y por su renuencia a investigar por sí mismos, se están atando irremediamente a las cadenas del error. Ven que la verdad para este tiempo se presenta claramente en la Biblia, y sienten el poder del Espíritu Santo asistiendo a su proclamación; sin embargo, permiten que la oposición del clero los aleje de la luz.

Aunque la razón y la conciencia estén convencidas, estas almas engañadas no se atreven a pensar diferente del ministro; y su juicio individual, sus intereses eternos, son sacrificados a la incredulidad, el orgullo y el prejuicio de otro.

Muchas son las formas de influencia humana a través de las cuales Satanás [416] trabaja para atar a sus cautivos. Él asegura a sí mismo multitudes uniéndolas con las cuerdas de seda del afecto a aquellos que son enemigos de la cruz de Cristo. Cualquiera que sea este apego, paterno, filial, conyugal o social, el efecto es el mismo; los que se oponen a la verdad gobiernan con poder despótico, y las almas mantenidas bajo su dominio no tienen suficiente coraje o independencia para obedecer sus propias convicciones del deber.

La verdad y la gloria de Dios son inseparables; es imposible para nosotros, con la Biblia a nuestro alcance, honrar a Dios con opiniones erróneas. Es el primer y más alto deber de todo ser racional aprender de las Escrituras qué es la verdad, y luego caminar en la luz y animar a otros a seguir su ejemplo. La ignorancia de la palabra de Dios es pecado, cuando se ha hecho toda provisión para que seamos sabios. Debemos estudiar la Biblia día tras día diligentemente, sopesando cada pensamiento y comparando escritura con escritura.

Con la ayuda divina, debemos formar nuestras opiniones por nosotros mismos, ya que debemos responder por nosotros mismos ante Dios.

Las verdades más claramente reveladas en la Biblia han sido envueltas en dudas y tinieblas por hombres eruditos, quienes, con una pretensión de gran sabiduría, enseñan que las Escrituras tienen un significado místico, secreto y espiritual que no es aparente en el lenguaje empleado. Estos hombres son falsos maestros. Fue a esa clase a la que Jesús declaró: "No conocéis las Escrituras, ni el poder de Dios". [Marcos 12:24.] El lenguaje de la Biblia debe ser explicado de acuerdo a su

[417] significado a menos que se emplee un símbolo o figura. Cristo ha dado la promesa: “El que quiera hacer la voluntad de él, conocerá la doctrina”. [Juan 7:17.] Si los hombres aceptaran la Biblia tal como se lee, si no hubiera falsos maestros que extraviaran y confundieran sus mentes, se llevaría a cabo una obra que alegraría a los ángeles y traería al redil de Cristo a miles y miles de personas que ahora están vagando en el error.

Debemos ejercer todos los poderes de la mente en el estudio de las Escrituras, y debemos esforzar el entendimiento para comprender, hasta donde los mortales puedan, las cosas profundas de Dios; sin embargo, no debemos olvidar que la docilidad y la sumisión de un niño es el verdadero espíritu del aprendiz. Las dificultades bíblicas nunca pueden ser superadas por los mismos métodos que se emplean para lidiar con problemas filosóficos. No debemos ocuparnos en el estudio de la Biblia con esa confianza en nosotros mismos con la que tantos entran en los dominios de la ciencia, sino con una plena dependencia en oración de Dios y un deseo sincero de aprender su voluntad. Debemos venir con un espíritu humilde y dócil para obtener conocimiento del gran YO SOY. De lo contrario, los ángeles malignos cegarán nuestras mentes y endurecerán nuestros corazones de tal manera que no seremos impresionados por la verdad.

Muchas porciones de las Escrituras que los eruditos pronuncian como un misterio, o pasan por alto como sin importancia, están llenas de consuelo e instrucción para el que ha sido instruido en la escuela de Cristo. Una de las razones por las que muchos teólogos no tienen una comprensión más clara de la palabra de Dios es que cierran los ojos a las verdades que no desean practicar.

[418] Una comprensión de la verdad bíblica no depende tanto del poder del intelecto llevado a la búsqueda como de la unicidad del propósito, el ferviente anhelo de justicia.

Nunca se debe estudiar la Biblia sin oración. Sólo el Espíritu Santo puede hacernos sentir la importancia de aquellas cosas fáciles de comprender, o impedirnos desgarrar verdades difíciles de comprender. Es el oficio de los ángeles celestiales preparar el corazón para comprender la palabra de Dios de tal manera que seamos encantados con su belleza, amonestados por sus advertencias, o animados y fortalecidos por sus promesas. Deberíamos hacer nuestra la petición del salmista: “Abre mis ojos, para que vea las maravillas de tu ley”. [Salmo 119:18.] Las tentaciones a menudo parecen irresistibles porque al descuidar la oración y el estudio de la Biblia, el tentado no puede recordar fácilmente las promesas de Dios y enfrentar a Satanás con la

armas de las escrituras. Pero los ángeles están alrededor de aquellos que están dispuestos a ser enseñados en las cosas divinas, y en el tiempo de gran necesidad, les traerán a la memoria las mismas verdades que se necesitan. Así, cuando el enemigo venga como río, el Espíritu del Señor levantará bandera contra él.

Todos los que valoran sus intereses eternos deben estar en guardia contra las incursiones del escepticismo. Los mismos pilares de la verdad serán asaltados. Es imposible mantener fuera del alcance de los sarcasmos y sofismas, las enseñanzas insidiosas y pestilentes, de la fidelidad moderna. Satanás adapta sus tentaciones a todas las clases. Ataca a los analfabetos con una broma o una mueca, mientras se enfrenta a los educados con objeciones científicas y razonamientos filosóficos, igualmente calculados para despertar la desconfianza o el desprecio de las Escrituras. Incluso los jóvenes de poca [419] experiencia se atreven a insinuar dudas acerca de los principios fundamentales del cristianismo. Y esta infidelidad juvenil, por superficial que sea, tiene su influencia. Muchos son así inducidos a burlarse de la fe de sus padres ya despreciar al Espíritu de gracia. Muchas vidas que prometían ser un honor para Dios y una bendición para el mundo, han sido arruinadas por el mal aliento de la infidelidad. Todos los que confían en las decisiones jactanciosas de la razón humana e imaginan que pueden explicar los misterios divinos y llegar a la verdad sin la ayuda de la sabiduría de Dios, están enredados en la trampa de Satanás.

Vivimos en el período más solemne de la historia de este mundo. El destino de las abundantes multitudes de la tierra está a punto de decidirse. Nuestro propio bienestar futuro y también la salvación de otras almas depende del curso que sigamos ahora. Necesitamos ser guiados por el Espíritu de verdad. Todo seguidor de Cristo debe preguntar fervientemente: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Necesitamos humillarnos ante el Señor, con ayuno y oración, y meditar mucho en su palabra, especialmente en las escenas del Juicio. Ahora debemos buscar una experiencia profunda y viva en las cosas de Dios. No tenemos un momento que perder. Eventos de vital importancia están ocurriendo a nuestro alrededor; estamos en el terreno encantado de Satanás. No durmáis, centinelas de Dios; el enemigo está al acecho cerca, listo en cualquier momento, si te relajas y te adormeces, para saltar sobre ti y convertirte en su presa.

Muchos son engañados en cuanto a su verdadera condición ante Dios. Se felicitan por las malas acciones que no [420] cometen, y se olvidan de enumerar las buenas y nobles acciones que

Dios requiere de ellos, pero que se han negado a cumplir. No es suficiente que sean árboles en el jardín de Dios. Deben responder a sus expectativas dando fruto. Él los hace responsables por su fracaso en lograr todo el bien que podrían haber hecho, a través de su gracia fortaleciéndolos. En los libros del Cielo están registrados como labradores de la tierra.

Cuando llegue el tiempo de la prueba, serán revelados aquellos que han hecho de la palabra de Dios su regla de vida. En verano no hay una diferencia notable entre los árboles de hoja perenne y otros árboles; pero cuando llegan las ráfagas de invierno, los árboles de hoja perenne permanecen sin cambios, mientras que otros árboles son despojados de su follaje. Así que el profesante de falso corazón ahora no puede ser distinguido del verdadero cristiano, pero el tiempo está sobre nosotros cuando la diferencia será evidente. Que surja la oposición, que se oiga la voz del dragón, que se encienda la persecución, y los tibios e hipócritas vacilarán y abandonarán la fe; pero el verdadero cristiano se mantendrá firme como una roca, su fe más fuerte, su esperanza más brillante que en días de prosperidad.

“Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de las naciones piadoso, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni en la silla de los escarnecedores se sienta. Pero su delicia está en la ley del Señor; y en su ley medita de día y de noche. Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo; su hoja tampoco se marchitará; y todo lo que hace prosperará.”

[\[Salmo 1:1-3.\]](#)

Capítulo 33—El fuerte pregón

[421]

“Vi a otro ángel descender del cielo, que tenía un gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó a gran voz, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. “Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas”.

[Apocalipsis 18:1, 2, 4.]

En esta escritura el anuncio de la caída de Babilonia, como hecho por el segundo ángel, [Apocalipsis 14:8.] se repite, con la mención adicional de las corrupciones que han estado entrando en las iglesias desde 1844. Aquí se describe una condición terrible del mundo religioso. Con cada rechazo de la verdad, las mentes de las personas se han vuelto más oscuras, sus corazones más tercos, hasta que se atrincheran en una infidelidad. Desafiando las advertencias que Dios les ha dado, continúan pisoteando uno de los preceptos del decálogo y persiguen a los que lo tienen por sagrado. Cristo es despreciado en el desprecio puesto sobre su palabra y su pueblo. A medida que las iglesias [i422] aceptan las enseñanzas del espiritismo, no se impone ninguna restricción real al corazón carnal, y la profesión de religión se convierte en un manto para ocultar la iniquidad. Una creencia en manifestaciones espirituales abre la puerta a espíritus seductores y doctrinas de demonios. La influencia de los ángeles malos se siente en las iglesias de todo el país.

De Babilonia en este tiempo se declara: "Sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus iniquidades". [Revelación 18:5.] Ha colmado la medida de su culpa, y la destrucción está a punto de caer sobre ella. Pero Dios todavía tiene un pueblo en Babilonia; y antes de la visitación de sus juicios, estos fieles deben ser llamados a salir, para que “no participen de sus pecados, ni reciban parte de sus plagas”. De ahí el movimiento simbolizado por el ángel que desciende del cielo, iluminando la tierra con su gloria y clamando

poderosamente con fuerte voz, anunciando los pecados de Babilonia. En conexión con su mensaje se escucha el llamado: "Salid de ella, pueblo mío". A medida que estas advertencias se unen al mensaje del tercer ángel, crece hasta convertirse en un fuerte pregón.

Terrible es la cuestión a la que el mundo ha de ser llevado. Los poderes de la tierra, unidos para hacer la guerra contra los mandamientos de Dios, decretarán que ningún hombre puede comprar ni vender, sino el que tiene la marca de la bestia, y, finalmente, que cualquiera que se niegue a recibir la marca será condenado a muerte . . . [Apocalipsis 13:15, 17.] La palabra de Dios declara: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, ese mismo beberá del vino de la [423] ira de Dios, que es derramada pura en el cáliz de su ira." [Apocalipsis 14:9, 10.] Pero a nadie se le hace sentir la ira de Dios hasta que la verdad se ha puesto en contacto con su mente y conciencia, y ha sido rechazada. Hay muchos en las iglesias de nuestro país que nunca, ni siquiera en esta tierra de luz y conocimiento, han tenido la oportunidad de escuchar las verdades especiales para este tiempo. La obligación del cuarto mandamiento nunca se les ha presentado en su verdadera luz. Jesús lee cada corazón y prueba cada motivo. El decreto no debe instar al pueblo a ciegas. Cada uno debe tener suficiente luz para tomar su decisión inteligentemente. El sábado será la gran prueba de lealtad; porque es el punto de la verdad especialmente controvertido.

Hasta ahora, aquellos que presentaron las verdades del tercer mensaje a menudo han sido considerados meros alarmistas. La predicción de que la Iglesia y el Estado se unirían para perseguir a los que guardan los mandamientos de Dios ha sido declarada infundada y absurda. Se ha declarado confiadamente que esta tierra nunca podrá volverse otra que lo que ha sido, la defensora de la libertad religiosa. Pero como la cuestión de hacer cumplir la observancia del domingo está muy agitada, se ve que se acerca el evento que tanto tiempo se dudaba y no se creía, y el tercer mensaje produce un efecto que no podría haber tenido antes.

En cada generación Dios ha enviado a sus siervos para reprender el pecado, tanto en el mundo como en la iglesia. Pero la gente desea que se les hable con suavidad, y la verdad pura y sin adornos no es aceptable.

Muchos reformadores, al emprender su obra, determinaron ejercer [424] gran prudencia al atacar los pecados de la iglesia y de la nación.

Esperaban, con el ejemplo de una vida cristiana pura, llevar a la gente de regreso a las doctrinas de la Biblia. Pero el Espíritu de Dios descendió sobre ellos como descendió sobre Elías, y no pudieron abstenerse de predicar las claras declaraciones de la Biblia, doctrinas que se habían resistido a presentar. Fueron impulsados a declarar celosamente la verdad y el peligro que amenazaba a las almas. Pronunciaron las palabras que el Señor les dio, sin temor a las consecuencias, y el pueblo se vio obligado a escuchar la advertencia.

Así será proclamado el mensaje del tercer ángel. Cuando llegue el momento de dar el fuerte pregón, el Señor obrará por medio de humildes instrumentos, guiando la mente de los que se consagran a su servicio. Los obreros serán calificados más por la unción de su Espíritu que por la preparación de las instituciones literarias. Los hombres de fe y oración se verán obligados a salir con santo celo, declarando las palabras que Dios les da. Los pecados de Babilonia serán descubiertos. Los terribles resultados de una unión de la Iglesia y el Estado, las incursiones del espiritismo, el progreso sigiloso pero rápido del poder papal, todo será desenmascarado. Por estas solemnes advertencias, la gente se conmoverá. Miles y miles nunca han escuchado palabras como estas. Con asombro escuchan el testimonio de que Babilonia es la iglesia, caída por sus errores y pecados, por su rechazo a la verdad que le fue enviada del Cielo. La gente acude a sus antiguos maestros con la ansiosa pregunta: ¿Son así estas cosas? Los ministros presentan fábulas, profetizan cosas suaves, para calmar sus temores y aquietar la conciencia despierta. Pero muchos rehúsan estar [425] satisfechos con la mera autoridad de los hombres, y demandan un claro "Así dice el Señor". El ministerio popular, como los fariseos de antaño, se llena de ira cuando se cuestiona su autoridad; denuncian el mensaje como si fuera de Satanás, e incitan a las multitudes amantes del pecado a injuriar y perseguir a los que lo proclaman.

A medida que la controversia se extiende a nuevos campos, y las mentes de la gente son llamadas a la ley pisoteada de Dios, Satanás se agita. El poder que acompaña al mensaje sólo enloquece a quienes se le oponen. El clero hizo esfuerzos casi sobrehumanos para apagar la luz, para que no brillara sobre sus rebaños. Por todos los medios a su alcance se esfuerzan por suprimir la discusión de estas cuestiones vitales. La iglesia apela al brazo fuerte del poder civil, y en esta obra se solicita a los papistas que acudan en ayuda de los protestantes.

El movimiento por la aplicación del domingo se vuelve más audaz y decidido. La ley se invoca contra los que guardan los mandamientos. Se les amenaza con multas y prisión, ya algunos se les ofrecen posiciones de influencia y otras recompensas y ventajas, como incentivos para que renuncien a su fe. Pero su firme respuesta es: "Muéstranos por la palabra de Dios nuestro error", la misma súplica que hizo Lutero en circunstancias similares. Los que son procesados ante los tribunales hacen una fuerte vindicación de la verdad, y algunos de los que los escuchan son inducidos a tomar su posición para guardar todos los mandamientos de Dios. Así se trae luz ante miles que de otro modo no sabrían nada de estas verdades.

La obediencia consciente a la palabra de Dios será tratada [426] como rebelión. Cegado por Satanás, el padre ejercerá dureza y severidad con el hijo creyente; el amo o la señora oprimirá al siervo que guarda los mandamientos. El afecto será enajenado; los niños serán desheredados y expulsados de sus hogares. Las palabras de Pablo se cumplirán literalmente: "Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución". [2 [Timoteo 3:12.](#)] Como los defensores de la verdad se niegan a honrar el domingo-sábado, algunos de ellos serán encarcelados, algunos serán exiliados, algunos serán tratados como esclavos. Para la sabiduría humana, todo esto ahora parece imposible; pero a medida que el Espíritu refrenador de Dios se retirará de los hombres, y estarán bajo el control de Satanás, quien odia los preceptos divinos, habrá acontecimientos extraños. El corazón puede ser muy cruel cuando se elimina el temor y el amor de Dios.

A medida que se acerca la tormenta, una gran clase que ha profesado fe en el tercer mensaje, pero que no ha sido santificado por medio de él, abandona su posición y se refugia bajo el estandarte de los poderes de las tinieblas. Al unirse con el mundo y participar de su espíritu, llegan a ver las cosas casi de la misma manera; y cuando se presenta la prueba, están preparados para elegir el lado fácil y popular. Hombres de talento y trato agradable, que una vez se regocijaron en la verdad, emplean sus poderes para engañar y extraviar las almas. Se convierten en los enemigos más acérrimos de sus antiguos hermanos. Cuando los observadores del sábado son llevados ante los tribunales para responder por su fe, estos apóstatas son los agentes más eficientes de Satanás para tergiversarlos y acusarlos, y para incitar a los gobernantes contra ellos mediante falsos informes e insinuaciones .

Los siervos del Señor han dado fielmente la amonestación, mirando [427] sólo a Dios y a su palabra. No han calculado fríamente las consecuencias para sí mismos. No han consultado sus intereses temporales, ni han buscado preservar su reputación o sus vidas. Sin embargo, cuando estalla sobre ellos la tormenta de la oposición y el reproche, quedan abrumados por la consternación; y algunos están listos para exclamar: "Si hubiéramos previsto las consecuencias de nuestras palabras, hubiéramos callado". Están rodeados de dificultades. Satanás los asalta con feroces tentaciones. El trabajo que han emprendido parece mucho más allá de su capacidad de realizar. Están amenazados de destrucción. El entusiasmo que los animaba se ha ido; sin embargo, no pueden volverse atrás. Luego, sintiendo su total impotencia, huyen al Poderoso en busca de fuerza. Recuerdan que las palabras que han dicho no eran de ellos, sino de Aquel que les ordenó dar la advertencia. Dios puso la verdad en sus corazones, y no pudieron dejar de proclamarla.

Las mismas pruebas fueron experimentadas por hombres de Dios en épocas pasadas. Wycliffe, Huss, Lutero, Tyndale, Baxter, Wesley, instaron a que todas las doctrinas fueran puestas a prueba por la Biblia, y declararon que renunciarían a todo lo que ella condenaba. Contra estos hombres, la persecución rugió con furia implacable; sin embargo, no cesaban de declarar la verdad. Cada uno de los diferentes períodos de la historia de la iglesia ha estado marcado por el desarrollo de alguna verdad especial, adaptada a las necesidades del pueblo de Dios en ese momento. Cada nueva verdad se ha abierto camino contra el odio y la oposición; los que fueron bendecidos [428] con su luz fueron tentados y probados. El Señor da una verdad especial para las personas en una emergencia. ¿Quién se atreve a negarse a publicarlo? Él ordena a sus siervos que presenten la última invitación de misericordia al mundo. No pueden permanecer en silencio, excepto con peligro de sus almas.

Los embajadores de Cristo no tienen nada que ver con las consecuencias. Deben cumplir con su deber y dejar los resultados con Dios.

A medida que la oposición se eleva a una altura más feroz, los siervos de Dios quedan perplejos de nuevo; porque les parece que ellos han traído la crisis. Pero la conciencia y la palabra de Dios les aseguran que su proceder es recto; y aunque las pruebas continúan, se fortalecen para soportarlas. La contienda se acerca y se agudiza, pero su fe y coraje aumentan con la emergencia. Su testimonio es: "No nos atrevemos a alterar la palabra de Dios, dividiendo su santa ley, llamando a unos

parte esencial y otra no esencial para ganar el favor del mundo. El Señor a quien servimos puede librarnos. Cristo ha vencido los poderes de la tierra; ¿Y tendremos miedo de un mundo ya conquistado?

La persecución en sus variadas formas es el desarrollo de un principio que existirá mientras exista Satanás, y el cristianismo tiene poder vital. Ningún hombre puede servir a Dios sin alistarse contra sí mismo con la oposición de las huestes de las tinieblas. Los ángeles malignos lo asaltarán, alarmados porque su influencia les está quitando la presa de las manos. Los hombres malvados, reprendidos por su ejemplo, se unirán con ellos para tratar de separarlo de Dios mediante tentaciones seductoras. Cuando estos no tienen éxito, entonces se emplea un poder apremiante para forzar la conciencia.

[429] Pero mientras Jesús siga siendo el intercesor del hombre en el santuario celestial, los gobernantes y el pueblo sentirán la influencia restrictiva del Espíritu Santo. Todavía controla, hasta cierto punto, las leyes del país. Si no fuera por estas leyes, la condición del mundo sería mucho peor de lo que es ahora. Si bien muchos de nuestros gobernantes son agentes activos de Satanás, Dios también tiene sus agentes entre los líderes de la nación. El enemigo mueve a sus siervos a proponer medidas que impedirían grandemente la obra de Dios; pero los estadistas que temen al Señor son influenciados por santos ángeles para oponer tales proposiciones con argumentos incontestables. Así, unos pocos hombres mantendrán bajo control una poderosa corriente del mal. Se reprimirá la oposición de los enemigos de la verdad para que el tercer mensaje pueda hacer su obra. Cuando se dé el fuerte pregón, atraerá la atención de estos líderes a través de los cuales el Señor está obrando ahora, y algunos de ellos lo aceptarán y permanecerán con el pueblo de Dios durante el tiempo de angustia.

El ángel que se une en la proclamación del tercer mensaje ha de iluminar toda la tierra con su gloria. Aquí se presenta una obra de alcance mundial y poder inusitado. El movimiento adventista de 1840-1844 fue una manifestación gloriosa del poder de Dios; el primer mensaje fue llevado a todas las estaciones misioneras del mundo, y en este país hubo el mayor interés religioso que se haya visto en tierra alguna desde la Reforma del siglo XVI; pero estos serán superados con creces por el poderoso movimiento bajo el fuerte pregón del tercer mensaje. el trabajo será

similar a la del día de Pentecostés. Los siervos de Dios, con el [430] rostro iluminado y resplandeciente de santa consagración, se apresuran de lugar en lugar a proclamar el aviso del Cielo. Por miles de voces, por toda la tierra, se dará el mensaje. Se obran milagros, los enfermos son sanados, y señales y prodigios siguen a los creyentes. Satanás también obra con prodigios mentirosos, aun haciendo descender fuego del cielo a la vista de los hombres. Así los habitantes de la tierra son llevados a tomar su posición.

El mensaje será llevado, como lo fue el clamor de medianoche de 1844, no tanto por argumentos como por la profunda convicción del Espíritu de Dios. Los argumentos han sido presentados. La semilla ha sido sembrada, y ahora brotará y dará fruto. Las publicaciones distribuidas por obreros misioneros han ejercido su influencia; sin embargo, a muchos cuyas mentes han quedado impresionadas se les ha impedido comprender plenamente la verdad o prestar obediencia. Ahora los rayos de luz penetran por todas partes, la verdad se ve en toda su claridad, y los honestos hijos de Dios cortan las ataduras que los han atado. Las conexiones familiares, las relaciones con la iglesia, son impotentes para detenerlos ahora. La verdad es más preciosa que todo lo demás. A pesar de los agentes combinados contra la verdad, un gran número se pone del lado del Señor.

[431]

Capítulo 34—El tiempo de angustia

“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; y en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro.” [Daniel [12:1](#).]

Cuando se cierra el tercer mensaje, la misericordia ya no intercede por los habitantes culpables de la tierra. El pueblo de Dios ha cumplido su obra; han recibido la lluvia tardía, o el refrigerio de la presencia del Señor, y están preparados para la hora de prueba que les espera. Los ángeles se apresuran de aquí para allá en el Cielo. Un ángel que regresa de la tierra anuncia que su obra ha terminado, que el sello de Dios [Ver [Apéndice](#), nota 9.] ha sido puesto sobre su pueblo. Entonces Jesús cesa su intercesión en el santuario de lo alto. Levanta las manos y dice a gran voz: Hecho está; y toda la hueste angélica se quita las coronas mientras hace el solemne anuncio: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.” [Apocalipsis [22:11](#)] Cada caso [432] ha sido decidido a vida o muerte. Cristo ha hecho la expiación por su pueblo y ha borrado sus pecados. El número de sus súbditos está compuesto; “el reino y el dominio y la grandeza de los reinos debajo de todo el cielo,” está a punto de ser dado a los herederos de la salvación, y Jesús va a reinar como Rey de reyes y Señor de s

Cuando sale del santuario, las tinieblas cubren a los habitantes de la tierra. En ese tiempo terrible, los justos deben vivir a la vista de un Dios santo sin intercesor. Se quita la restricción que ha estado sobre los impíos, y Satanás tiene el control completo de los finalmente impenitentes. El poder que acompaña a la última advertencia los ha enfurecido, y su ira se enciende contra todos los que han recibido el mensaje. El pueblo de Dios se sumerge entonces en esas escenas de aflicción y angustia descritas por el profeta como el tiempo de angustia de Jacob:—

“Así dice el Señor: Hemos oído una voz de temblor, de temor, y no de paz”. “Todos los rostros se vuelven pálidos. ¡Pobre de mí! porque aquel día es grande, tanto que ninguno como él: es aun el tiempo de la angustia de Jacob; pero será salvo de ella.” [Jeremías 30:5-7.]

La noche de angustia de Jacob, cuando luchaba en oración por la liberación de la mano de Esaú, [Génesis 32:24-30.] representa la experiencia del pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Debido al engaño practicado para asegurar la bendición de su padre, destinada a Esaú, Jacob había huido para salvar su vida, alarmado por las amenazas mortales de su hermano. Después de haber permanecido durante muchos años en el exilio, había partido, por mandato de Dios, para volver con sus mujeres e hijos, sus rebaños y manadas, a su país natal. Al llegar a los confines de la tierra, se sintió [433] aterrorizado por las noticias de que Esaú se acercaba a la cabeza de una banda de guerreros, sin duda empeñados en vengarse. La compañía de Jacob, desarmada e indefensa, parecía a punto de caer víctima indefensa de la violencia y la matanza. Y a la carga de la ansiedad y el miedo se añadió el peso aplastante del autorreproche; porque era su propio pecado lo que había traído este peligro. Su única esperanza estaba en la misericordia de Dios; su única defensa debe ser la oración. Sin embargo, no deja nada sin hacer por su parte para expiar el daño a su hermano y evitar el peligro amenazante. Así también los seguidores de Cristo, a medida que se acercan al tiempo de angustia, deben esforzarse por colocarse bajo la luz adecuada ante la gente, para desarmar los prejuicios y evitar el peligro que amenaza la libertad de conciencia.

Habiendo despedido a su familia para que no sean testigos de su angustia, Jacob se queda solo para interceder ante Dios. Confiesa su pecado y reconoce con gratitud la misericordia de Dios hacia él, mientras que con profunda humillación invoca el pacto hecho con sus padres y las promesas que se hizo a sí mismo en la visión nocturna en Betel y en la tierra de su destierro. Ha llegado la crisis de su vida; todo está en juego. En la oscuridad y soledad continúa orando y humillándose ante Dios. De repente, una mano se apoya en su hombro. Piensa que un enemigo busca su vida, y con toda la energía de la desesperación lucha con su agresor. Cuando el día comienza a despuntar, el extraño hace uso de su poder sobrehumano; al tocarlo, el hombre fuerte parece paralizado y cae, un suplicante impotente y lloroso, sobre el cuello de su misterioso antagonista. Jacob sabe [434] ahora que es el Ángel del pacto con quien ha estado

en conflicto. Aunque discapacitado y sufriendo el dolor más agudo, no renuncia a su propósito. Durante mucho tiempo ha soportado perplejidad, remordimiento y angustia por su pecado; ahora debe tener la seguridad de que es perdonado. El visitante divino parece a punto de partir; pero Jacob se aferra a él, suplicando una bendición. El ángel insta: "Déjame ir; porque amanece;" pero el patriarca exclama: "No te dejaré ir si no me bendices". ¡Qué confianza, qué firmeza y qué perseverancia se despliegan aquí! Si esto hubiera sido una afirmación jactanciosa y presuntuosa, Jacob habría sido destruido instantáneamente; pero la suya era la seguridad de quien confiesa su debilidad e indignidad, pero confía en la misericordia de un Dios que guarda el pacto.

"Él tuvo poder sobre el ángel, y prevaleció". [Oseas 12:4.]

A través de la humillación, el arrepentimiento y la entrega de sí mismo, este mortal pecador y errante prevaleció con la Majestad del Cielo. Había aferrado su mano temblorosa a las promesas de Dios, y el corazón del Amor Infinito no podía rechazar la súplica del pecador. Como evidencia de su triunfo, y para animar a otros a imitar su ejemplo, su nombre fue cambiado de uno que era un recordatorio de su pecado, a uno que conmemoraba su victoria. Y el hecho de que Jacob había prevalecido con Dios era una garantía de que prevalecería con los hombres.

Ya no temía encontrarse con la ira de su hermano; porque el Señor era su defensa.

[435] Satanás había acusado a Jacob ante los ángeles de Dios, reclamando el derecho de destruirlo a causa de su pecado; se había movido sobre Esaú para marchar contra él; y durante la larga noche de lucha del patriarca, Satanás se esforzó por imponerle un sentimiento de culpa, a fin de desanimarlo y romper su dominio sobre Dios. Jacob fue llevado casi a la desesperación; pero sabía que sin la ayuda del Cielo debía perecer. Se había arrepentido sinceramente de su gran pecado y apeló a la misericordia de Dios. Él no se desviaría de su propósito, sino que retuvo firmemente al Ángel, e insistió en su petición con gritos fervientes y agonizantes, hasta que prevaleció. Se enviaron mensajeros celestiales para conmover el corazón de Esaú, y su propósito de odio y venganza se cambió por afecto fraternal.

Así como Satanás influenció a Esaú para que marchara contra Jacob, así incitará a los malvados a destruir al pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Y así como acusó a Jacob, impulsará sus acusaciones contra el pueblo de Dios. Numera al mundo como sus súbditos; pero la pequeña compañía

los que guardan los mandamientos de Dios se resisten a su supremacía. Si pudiera borrarlos de la tierra, su triunfo sería completo. Ve que los santos ángeles los guardan, e infiere que sus pecados han sido perdonados; pero él no sabe que sus casos han sido decididos en el santuario de arriba. Tiene un conocimiento exacto de los pecados que los ha tentado a cometer, y los presenta ante Dios de la manera más exagerada, presentando a este pueblo como merecedor de ser excluido del favor de Dios. Declara que el Señor no puede en justicia perdonar sus pecados y, sin embargo, destruirlo a él y a sus ángeles. Los reclama como su presa y exige que sean entregados en sus manos para destruirlos.

Como Satanás acusa al pueblo de Dios a causa de sus pecados, el [436] El Señor le permite probarlos al máximo. Su confianza en Dios, su fe y firmeza, serán severamente probadas. Mientras revisan el pasado, sus esperanzas se hunden; porque en toda su vida pueden ver poco bien. Son plenamente conscientes de su debilidad e indignidad. Satanás se esfuerza por aterrorizarlos con el pensamiento de que sus casos no tienen remedio, que la mancha de su corrupción nunca será borrada. Espera destruir su fe de tal manera que cedan a sus tentaciones y se aparten de su lealtad a Dios.

Aunque el pueblo de Dios estará rodeado de enemigos que están decididos a destruirlos, la angustia que padecen no es el temor de persecución por causa de la verdad; temen que no se han arrepentido de todos sus pecados, y que por alguna falta en ellos mismos no podrán darse cuenta del cumplimiento de la promesa del Salvador: "Yo te guardaré de la hora de la tentación que ha de venir sobre el mundo entero". Si pudieran tener la seguridad del perdón, no retrocederían ante la tortura o la muerte; pero si resultaran indignos y perdieran la vida a causa de sus propios defectos de carácter, entonces se reprocharía el santo nombre de Dios.

Por todas partes oyen tramas de traición y ven la obra activa de la rebelión; y se despierta dentro de ellos un intenso deseo, un ferviente anhelo del alma, de que esta gran apostasía sea terminada, y la iniquidad de los inicuos llegue a su fin. Pero mientras le suplican a Dios que detenga la obra de rebelión, hay una punzada de auto-reproche de que ellos mismos no tienen más poder para resistir y hacer retroceder la poderosa marea del mal. Sienten que [437] si hubieran empleado siempre toda su capacidad en el servicio de Cr

avanzando de fuerza en fuerza, las fuerzas de Satanás tendrían menos poder para prevalecer contra ellas.

Ellos afligen sus almas ante Dios, señalando su pasado arrepentimiento de sus muchos pecados, y suplicando la promesa del Salvador: “Que tome mi fuerza, para que haga la paz conmigo, y hará la paz conmigo”. [Isaías 27:5.] Su fe no falla porque sus oraciones no sean contestadas inmediatamente. Aunque sufren la más aguda ansiedad, terror y angustia, no cesan en sus intercesiones. Se aferran a la fuerza de Dios como Jacob se apoderó del Ángel; y el lenguaje de sus almas es: “No te dejaré ir, a menos que me bendigas”.

Si Jacob no se hubiera arrepentido previamente de su pecado al obtener la primogenitura mediante fraude, Dios no habría escuchado su oración y misericordiosamente preservado su vida. Así que en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios tuviera pecados no confesados para presentarse ante ellos mientras están torturados por el miedo y la angustia, serían abrumados; la desesperación cortarían su fe, y no podrían tener confianza para rogar a Dios por liberación. Pero si bien tienen un profundo sentido de su indignidad, no tienen errores ocultos que revelar. Sus pecados han ido de antemano al Juicio, y han sido borrados; y no pueden traerlos a la memoria.

Satanás lleva a muchos a creer que Dios pasará por alto su infidelidad en los asuntos menores de la vida; pero el Señor muestra en su [438] trato con Jacob que de ningún modo sancionará ni tolerará el mal.

Todos los que se esfuerzan por excusar u ocultar sus pecados y permitir que permanezcan en los libros del Cielo, sin confesarlos ni perdonarlos, serán vencidos por Satanás. Cuanto más exaltada sea su profesión, y cuanto más honorable sea la posición que ocupan, más penosa es su conducta a los ojos de Dios, y más seguro el triunfo de su gran adversario. Los que demoran una preparación para el día de Dios no pueden obtenerla en el tiempo de angustia ni en ningún momento posterior. El caso de todos los tales es desesperado. Aquellos cristianos profesos que lleguen a ese último conflicto terrible sin estar preparados, en su desesperación, confesarán sus pecados con palabras de ardiente angustia, mientras que los inicuos se regocijarán por su angustia.

Sin embargo, la historia de Jacob es una garantía de que Dios no desechará a aquellos que han sido engañados, tentados y traicionados al pecado, sino que han regresado a él con verdadero arrepentimiento. Mientras Satanás

busca destruir esta clase, Dios enviará a sus ángeles para consolarlos y protegerlos en el tiempo del peligro. Los ataques de Satanás son feroces y decididos, sus engaños son terribles; pero el ojo del Señor está sobre su pueblo, y su oído escucha sus clamores. Grande es su aflicción, las llamas del horno parecen para consumirlos; mas el Refinador los sacará como oro refinado en fuego. El amor de Dios por sus hijos durante el período de su más severa prueba es tan fuerte y tierno como en los días de su más soleada prosperidad; pero es necesario que se pongan en el fuego del horno; su terrenalidad debe ser eliminada para que la imagen de Cristo se refleje perfectamente.

La temporada de aflicción y angustia que tenemos por delante requerirá una fe [439] que puede soportar el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no desfallecerá, aunque sea severamente probada. El período de prueba se concede a todos para prepararse para ese tiempo. Jacob prevaleció porque fue perseverante y decidido. Su victoria es una evidencia del poder de la oración importuna. Todos los que se aferren a las promesas de Dios como él lo hizo, y sean tan fervientes y perseverantes como lo fue él, tendrán éxito como él tuvo éxito. Los que no están dispuestos a negarse a sí mismos, a agonizar ante Dios, a orar larga y fervientemente por su bendición, no la obtendrán. Luchar con Dios, ¡cuán pocos saben lo que es! Cuán pocos han tenido alguna vez sus almas movidas en pos de Dios con intensidad de deseo hasta que todo poder esté al límite. Cuando olas de desesperación que ningún idioma puede expresar se apoderan del suplicante, cuán pocos se aferran con fe inquebrantable a las promesas de Dios.

Aquellos que ahora ejercen poca fe, corren el mayor peligro de caer bajo el poder de los engaños satánicos y el decreto para obligar a la conciencia. E incluso si soportan la prueba, serán sumidos en una mayor angustia y angustia en el tiempo de angustia, porque nunca se han acostumbrado a confiar en Dios. Las lecciones de fe que han descuidado, se verán obligados a aprender bajo una terrible presión de desánimo.

Ahora debemos familiarizarnos con Dios probando sus promesas. Los ángeles registran cada oración que es ferviente y sincera.

Preferimos prescindir de las gratificaciones egoístas que descuidar la comunión con Dios. La más profunda pobreza, la mayor abnegación, con su aprobación, es mejor que la riqueza, los honores, la comodidad y la amistad sin ella. Debemos tomar tiempo para orar. Si permitimos que nuestra mente [440]

absorbidos por los intereses mundanos, el Señor nos dé tiempo quitando de nosotros nuestros ídolos de oro, de casas o de tierras fértiles.

Los jóvenes no se dejarían seducir por el pecado si se negaran a entrar en cualquier camino, excepto en el que podrían pedir la bendición de Dios. Si los mensajeros que llevan la última advertencia solemne al mundo oraran por la bendición de Dios, no de una manera fría, apática y perezosa, sino con fervor y fe, como lo hizo Jacob, encontrarían muchos lugares donde podrían decir: "He visto a Dios cara a cara, y mi vida ha sido preservada". Serían contados en el Cielo como príncipes, con poder para prevalecer con Dios y con los hombres.

El tiempo de angustia como nunca fue, pronto se abrirá sobre nosotros; y necesitaremos una experiencia que ahora no poseemos, y que muchos son demasiado indolentes para obtener. A menudo sucede que el problema es mayor en la anticipación que en la realidad; pero esto no es cierto en el caso de la crisis que tenemos ante nosotros. La presentación más vívida no puede alcanzar la magnitud de la prueba. Y ahora, mientras el precioso Salvador está haciendo una expiación por nosotros, debemos buscar llegar a ser perfectos en Cristo. La providencia de Dios es la escuela en la que debemos aprender la mansedumbre y la humildad de Jesús. El Señor está siempre ante nosotros, no el camino que elegiríamos, que es más fácil y agradable para nosotros, sino los verdaderos objetivos de la vida. Nadie puede descuidar o aplazar esta obra sino con el más temible peligro para sus almas.

El apóstol Juan en visión escuchó una gran voz en el cielo que exclamaba: "¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque [441] el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo." [Apocalipsis [12:12](#).] Terribles son las escenas que provocan esta exclamación de la voz celestial. La ira de Satanás aumenta a medida que su tiempo se acorta, y su obra de engaño y destrucción llega a su culminación en el tiempo de angustia. La longanimidad de Dios ha terminado. El mundo ha rechazado su misericordia, despreciado su amor y pisoteado su ley. Los malvados han pasado el límite de su prueba, y el Señor retira su protección y los deja a merced del líder que han elegido. Satanás tendrá poder sobre aquellos que se han rendido a su control, y sumergirá a los habitantes de la tierra en un gran problema final. A medida que los ángeles de Dios dejan de contener los vientos feroces de la pasión humana, todos los elementos

de la contienda se soltará. El mundo entero se verá envuelto en una ruina más terrible que la que cayó sobre Jerusalén en la antigüedad.

Un solo ángel destruyó a todos los primogénitos de los egipcios, y llenó la tierra de luto. Cuando David ofendió a Dios al contar al pueblo, un ángel causó esa terrible destrucción por la cual su pecado fue castigado. El mismo poder destructivo que ejercen los santos ángeles cuando Dios lo ordena, lo ejercerán los malos ángeles cuando él lo permite. Hay fuerzas ahora listas, y solo esperando el permiso divino, para esparcir la desolación por todas partes.

Espectáculos aterradores de carácter sobrenatural pronto se revelarán en los cielos, como muestra del poder de los demonios obradores de milagros. Los espíritus de los demonios saldrán a los reyes de la tierra y al mundo entero. Gobernantes y súbditos serán igualmente engañados. Surgirán personas [442] haciéndose pasar por Cristo, y reclamando el título y el culto que pertenecen al Redentor del mundo. Realizarán maravillosos milagros de sanidad, y profesarán tener revelaciones del Cielo que contradicen el testimonio de las Escrituras.

Como acto culminante en el gran drama del engaño, el mismo Satanás intentará personificar a Cristo. La iglesia ha profesado por mucho tiempo considerar el advenimiento del Salvador como la consumación de sus esperanzas. Ahora el gran engañador hará parecer que Cristo ha venido. En diferentes partes de la tierra, Satanás se manifestará entre los hombres como un ser majestuoso de fulgor deslumbrante, semejante a la descripción del Hijo de Dios dada por Juan en el Apocalipsis.

[Revelación 1:13-15.] La gloria que lo rodea no es superada por nada que los ojos mortales hayan contemplado hasta ahora. El grito de triunfo resuena en el aire: “¡Cristo ha venido! ¡Cristo ha venido!”

El pueblo se postra en adoración ante él, mientras él levanta sus manos y pronuncia una bendición sobre ellos, como Cristo bendijo a sus discípulos cuando estuvo personalmente sobre la tierra. Su voz es suave y tenue, pero llena de melodía. En tono amable y

compasivo, presenta algunas de las mismas verdades celestiales y llenas de gracia que pronunció el Salvador; sana las enfermedades de la gente, y luego, en su carácter asumido de Cristo, afirma haber

cambiado el sábado por el domingo, y ordena a todos que santifiquen el día que él

Él declara que aquellos que persisten en santificar el séptimo día están

blasfemando su nombre al negarse a escuchar a sus ángeles enviados a ellos [443]

con luz y verdad. Este es el fuerte, casi dominando

engaño. Como los samaritanos que fueron engañados por Simón el Mago, las multitudes, desde el más pequeño hasta el más grande, prestan atención a estas hechicerías, diciendo: Este es “el gran poder de Dios”.

Pero el pueblo de Dios no será engañado. Las enseñanzas de este falso Cristo no están de acuerdo con las Escrituras. Su bendición se pronuncia sobre los adoradores de la bestia y su imagen, la misma clase sobre la cual la Biblia declara que se derramará la ira sin mezcla de Dios. Y, además, a Satanás no se le permite falsificar la forma del advenimiento de Cristo. Las Escrituras enseñan que “como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente; así será también la venida del Hijo del hombre”; [Mateo 24:27.] que él “viene con las nubes; y todo ojo le verá” [Apocalipsis 1:7.] que “con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo”; [1 Tesalonicenses 4:16.] que “vendrá en su gloria, y todos los santos ángeles con él” [Mateo 25:31.] y “enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos”.

[Mateo 24:31.] Aquellos que hayan recibido el amor de la verdad serán protegidos del poderoso engaño que tiene cautivo al mundo. Por el testimonio de las Escrituras detectarán al engañador en su disfraz.

A todos, llegará el tiempo de la prueba. Por el zarandeo de la tentación, el cristiano genuino será revelado. ¿Está ahora el pueblo de Dios tan firmemente establecido en su palabra que no cederá a [444] la evidencia de sus sentidos? ¿Se aferrarían ellos, en tal crisis, a la Biblia, y sólo a la Biblia? Satanás, si es posible, les impedirá obtener una preparación para estar de pie en ese día. Arreglará los asuntos de tal manera que obstruirá su camino, los enredará con tesoros terrenales, les hará llevar una carga pesada y fatigosa, para que sus corazones se sobrecarguen con los afanes de esta vida, y el día de la prueba pueda caer sobre ellos. como un ladrón

Satanás continuará actuando en una doble parte. Aparentando ser el dispensador de grandes bendiciones y verdades divinas, él, mediante sus prodigios mentirosos, mantendrá el mundo bajo su control; y al mismo tiempo se complacerá en su malignidad causando angustia y destrucción, y acusará al pueblo de Dios como la causa de las terribles convulsiones de la naturaleza y la lucha y el derramamiento de sangre entre los hombres que están desolando la tierra. Así excitará con mayor intensidad el espíritu de odio

y persecución contra ellos. Dios nunca fuerza la voluntad ni la conciencia; pero Satanás empleará las medidas más crueles para controlar las conciencias de los hombres y asegurarse la adoración para sí mismo. Y esta obra de compulsión es siempre a favor de los credos y leyes humanos, y en desafío a la santa ley de Dios.

En el último conflicto, el sábado será el punto especial de controversia en toda la cristiandad. Los gobernantes seculares y los líderes religiosos se unirán para imponer la observancia del domingo; ya medida que fracasan las medidas más suaves, se promulgarán las leyes más opresivas. Se exhortará a que no se tolere a los pocos que se oponen a una institución de la iglesia y a una ley del país, y finalmente se emitirá un decreto denunciándolos como merecedores del [445] castigo más severo y dando el pueblo libertad, después de cierto tiempo, para darle muerte. El romanismo en el Viejo Mundo y el protestantismo apóstata en el Nuevo seguirán un curso similar hacia aquellos que honran los preceptos divinos.

El pueblo de Dios entonces huirá de las ciudades y aldeas, y se juntará en compañías, habitando en los lugares más desolados y solitarios. Muchos encontrarán refugio en las fortalezas de las montañas. Como los cristianos de los valles del Piamonte, harán de las alturas de la tierra sus santuarios y darán gracias a Dios por las "munitiones de las rocas". Pero muchos de todas las naciones y todas las clases, altos y bajos, ricos y pobres, blancos y negros, serán arrojados a la servidumbre más injusta y cruel. Los amados de Dios pasan días agotadores, atados con cadenas, encerrados por las rejas de la prisión, sentenciados a ser asesinados, algunos aparentemente dejados morir de hambre en calabozos oscuros y repugnantes. Ningún oído humano está abierto para escuchar sus gemidos; ninguna mano humana está lista para prestarles ayuda.

¿Se olvidará el Señor de su pueblo en esta hora de prueba? ¿Olvidó al fiel Noé cuando los juicios cayeron sobre el mundo antediluviano? ¿Se olvidó de Lot cuando descendió fuego del cielo para consumir las ciudades de la llanura? ¿Olvidó a José rodeado de idólatras en Egipto? ¿Se olvidó de Elías cuando el juramento de Jezabel lo amenazó con el destino de los profetas de Baal? ¿Se olvidó de Jeremías en el pozo oscuro y lúgubre de su prisión? ¿Se olvidó de los tres dignos en el horno de fuego? o Daniel en el foso de los leones? Cristo no puede desamparar a los que son como la niña de sus ojos, [446] la compra de su preciosa sangre.

Aunque el pueblo de Dios soporta privaciones, e incluso sufre por falta de alimentos, no se les deja perecer. Mientras los juicios de Dios caen sobre la tierra, y los impíos mueren de hambre y sed, los ángeles proporcionan comida y agua a los justos. Dijo Jesús, en sus lecciones de fe a sus discípulos: “Considerad los cuervos; porque ni siembran ni siegan; que no tienen almacén ni granero; y Dios los alimenta; ¿Cuánto más sois vosotros que las aves?

[Lucas 12:24.] “¿No se venden dos pajarillos por un centavo? y uno de ellos no caerá en tierra sin vuestro Padre. Pero los mismos cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues, más valéis vosotros que muchos pajarillos.” [Mateo 10:29-31.]

Sin embargo, a la vista humana parecerá que el pueblo de Dios pronto debe sellar su testimonio con su sangre, como lo hicieron los mártires antes que ellos. Ellos mismos comienzan a temer que el Señor los ha dejado caer a manos de sus enemigos. Es un tiempo de terrible agonía. Día y noche claman a Dios por liberación. Los impíos se regocijan, y se oye el grito de burla: “¿Dónde está ahora vuestra fe? ¿Por qué no os libra Dios de nuestras manos, si en verdad sois su pueblo? Pero los que esperaban recuerdan a Jesús muriendo en la cruz del Calvario, ya los principales sacerdotes y gobernantes gritando en burla: “A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y le creeremos”. [Mateo 27:42.]

Como Jacob, todos están luchando con Dios. Sus semblantes expresan [447] su lucha interior. La palidez se asienta sobre cada rostro. Sin embargo, no cesan en su ferviente intercesión.

Si los hombres pudiesen ver con visión celestial, verían compañías de ángeles que sobresalen en fuerza estacionados alrededor de aquellos que han guardado la palabra de la paciencia de Cristo. Con ternura compasiva, los ángeles han sido testigos de su angustia y han escuchado sus oraciones. Están esperando la palabra de su Comandante para arrebatarnos de su peligro. Pero deben esperar todavía un poco más. El pueblo de Dios debe beber de la copa y ser bautizado con el bautismo. La misma demora, tan penosa para ellos, es la mejor respuesta a sus peticiones. A medida que se esfuerzan por esperar con confianza que el Señor obre, son inducidos a ejercitar la fe, la esperanza y la paciencia, que han ejercitado muy poco durante su experiencia religiosa. Sin embargo, por causa de los escogidos, el tiempo de angustia se acortará. El final llegará más rápido de lo que los hombres esperan. El trigo será recogido y atado en ga

para el granero de Dios; la cizaña será atada como haces de leña para los fuegos de destrucción.

Los centinelas celestiales, fieles a su cometido, continúan su vigilancia. En algunos casos, antes del tiempo especificado en el decreto, los enemigos se precipitarán sobre los que esperan para darles muerte. Pero ninguno puede pasar a los poderosos guardianes estacionados alrededor de cada alma fiel. Algunos son asaltados en su huida de las ciudades y aldeas; pero las espadas levantadas contra ellos se rompen y caen impotentes como la paja. Otros son defendidos por ángeles en forma de hombres de guerra.

En todas las edades Dios ha obrado por medio de santos ángeles para el socorro y la liberación de su pueblo. Los seres celestiales han tomado parte activa en los asuntos de los hombres. Han aparecido vestidos con vestiduras [448] que brillaban como el relámpago; han venido como hombres, vestidos de caminantes. Los ángeles se han aparecido en forma humana a los hombres de Dios. Han descansado, como cansados, bajo los robles al mediodía. Han aceptado las hospitalidades de los hogares humanos. Han actuado como guías para viajeros ignorantes. Ellos, con sus propias manos, han encendido los fuegos del altar. Han abierto las puertas de las cárceles y han puesto en libertad a los siervos del Señor. Vestidos con la panoplia del Cielo, vinieron a remover la piedra de la tumba del Salvador.

En forma de hombres, los ángeles a menudo están en las asambleas de los justos, y visitan las asambleas de los malvados, cuando iban a Sodoma, para hacer un registro de sus obras, para determinar si han pasado el límite de la paciencia de Dios. . El Señor se deleita en la misericordia; y por el bien de unos pocos que realmente le sirven, refrena las calamidades y prolonga la tranquilidad de las multitudes. Poco se dan cuenta los pecadores contra Dios de que están endeudados por sus propias vidas con los pocos fieles a quienes se deleitan en ridiculizar y oprimir.

Aunque los gobernantes de este mundo no lo saben, a menudo en sus consejos los ángeles han sido portavoces. Ojos humanos los han mirado; oídos humanos han escuchado sus llamados; labios humanos se han opuesto a sus sugerencias y ridiculizado sus consejos; manos humanas los han recibido con ultraje y ultraje. En la sala del consejo y el tribunal de justicia, estos mensajeros celestiales han demostrado un conocimiento íntimo de la historia humana; han demostrado ser más capaces de defender la causa de los oprimidos que sus [449] defensores más hábiles y elocuentes. Han derrotado propósitos y detenido males que hubieran retardado grandemente la obra de Dios,

y habría causado un gran sufrimiento a su pueblo. En la hora del peligro y la angustia, nunca olvidemos que “el ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende”.

[Salmo 34:7]

Con ferviente anhelo, el pueblo de Dios espera las señales de su Rey venidero. Mientras los vigilantes son abordados, “¿Qué hay de la noche?” la respuesta se da infaliblemente: “‘La mañana viene, y también la noche.’ La luz brilla sobre las nubes sobre las cimas de las montañas. Pronto habrá una revelación de Su gloria. El Sol de Justicia está a punto de brillar. La mañana y la noche vienen de la mano: la apertura del día sin fin para los justos, el establecimiento de la noche eterna para los impíos.”

A medida que los que luchan elevan sus peticiones ante Dios, el velo que los separa de lo invisible parece casi retirado. Los cielos resplandecen con el amanecer del día eterno y, como la melodía de los cantos de los ángeles, las palabras caen en el oído: “Manténganse firmes en su lealtad. La ayuda está llegando”. Cristo, el todopoderoso vencedor, extiende a sus cansados soldados una corona de gloria inmortal; y su voz sale de las puertas entreabiertas: “He aquí, yo estoy contigo. No tengas miedo. Conozco todos vuestros dolores; He llevado tus penas. No estás en guerra contra enemigos inexpertos. He peleado la batalla por vosotros, y en mi nombre sois más que vencedores.

El precioso Salvador enviará ayuda justo cuando la necesitemos. El [450] camino al Cielo está consagrado por sus huellas. Toda espina que hiere nuestros pies ha herido los suyos. Cada cruz que estamos llamados a llevar, Él la ha llevado delante de nosotros. El Señor permite los conflictos, para preparar el alma a la paz. Si no tuviéramos tormentas, ni sombras, no podríamos apreciar la luz del sol. El tiempo de angustia es una terrible prueba para el pueblo de Dios; pero es el momento de que todo verdadero creyente mire hacia arriba, y por fe pueda ver el arco de la promesa cercándolo.

“Los redimidos de Jehová volverán, y vendrán con cantos a Sion; y gozo perpetuo estará sobre su cabeza; obtendrán alegría y gozo; y la tristeza y el luto huirán. Yo, yo mismo, soy el que os consuela; ¿Quién eres tú para que tengas miedo del hombre que ha de morir, y del hijo del hombre que será hecho como la hierba? y te olvidas del Señor tu Hacedor; ... y has temido continuamente cada día a causa de la furia del opresor, como si estuvieras para destruir? ¿Y dónde está la furia del opresor?

El cautivo desterrado se apresura para que sea suelto, y para que no muera en la fosa, ni que le falte el pan. Pero yo soy el Señor tu Dios, que dividió el mar, cuyas olas bramaron. El Señor de los ejércitos es su nombre. y he puesto mis palabras en tu boca, y te he cubierto con la sombra de mi mano.”

“Por tanto, oye ahora esto, afligido y ebrio, pero no de vino: Así ha dicho tu Señor el Señor, y tu Dios, que aboga por la causa de su pueblo: He aquí he quitado de tu mano el cáliz del temblor, el heces de la copa de mi furor; no lo beberás más. Pero la pondré en manos de los que te afligen; que han dicho a tu alma: *Inclínate* para que pasemos ; y pusiste tu cuerpo como suelo y como calle a los que pasaban.” [Isaías [51:11-16](#), [21-23](#).]

El ojo de Dios, mirando a lo largo de los siglos, se fijó en la crisis que su pueblo enfrentará, cuando los poderes terrenales se dispondrán contra él. Como el exiliado cautivo, tendrán miedo a la muerte por inanición o por violencia. Pero el Santo que dividió el Mar Rojo delante de Israel, manifestará su gran poder y acabará con su cautiverio. “Serán míos, ha dicho Jehová de los ejércitos, en aquel día en que yo haga mis joyas; y los perdonaré, como el hombre perdona a su propio hijo que le sirve.” [Malaquías [3:17](#).] Si la sangre de los testigos fieles de Cristo fuera derramada en este tiempo, no sería como la sangre de los mártires, como la semilla sembrada para dar una cosecha para Dios. Su fidelidad no sería un testimonio para convencer a otros de la verdad; porque el corazón obstinado ha hecho retroceder las olas de la misericordia hasta que no regresen más. Si ahora se dejara que los justos cayeran presa de sus enemigos, sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas. Pero Cristo ha hablado: “Ven, pueblo mío, entra en tus aposentos, y cierra tras ti tus puertas; escóndete por un momento, hasta que pase la indignación. Porque he aquí, el Señor sale de su lugar para castigar a los habitantes de la tierra por su iniquidad.” [Isaías [26:20](#), [21](#).] Gloriosa será la liberación de aquellos que con paciencia le esperaron, y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.

[452]

Capítulo 35—La liberación del pueblo de Dios

Al llegar el tiempo señalado en el decreto contra el pueblo de Dios, los habitantes de la tierra se unen para destruir a los perturbadores de su paz. En una noche deciden asestar el golpe decisivo que silenciará para siempre la voz del reprensor. Los que esperan, en sus retiros solitarios, siguen suplicando la protección divina. Por todas partes, compañías de hombres armados, instados por huestes de ángeles malignos, se preparan para la obra de la muerte. Con gritos de triunfo, con burlas e imprecaciones, están a punto de abalanzarse.

Pero he aquí, una densa negrura, más profunda que la oscuridad de la noche, cae sobre la tierra. Luego, un arco iris, que brilla con la gloria del trono de Dios, se extiende por los cielos y parece rodear a cada grupo de oración. Las multitudes enojadas son repentinamente arrestadas. Sus gritos burlones se apagan. Los objetos de su furia asesina se olvidan. Con aterradores presentimientos contemplan el símbolo del pacto de Dios y anhelan ser protegidos de su abrumador resplandor.

Por el pueblo de Dios se oye una voz, clara y melodiosa, que dice: “Mira hacia arriba”, y, alzando los ojos al cielo, contemplan el [453] arco de la promesa. Las nubes negras y furiosas que cubrían el firmamento se separan y, como Esteban, miran fijamente al cielo y ven la gloria de Dios y al Hijo del hombre sentado en su trono. En su forma divina disciernen las marcas de su humillación; y de sus labios oyen la petición, presentada ante su Padre y los santos ángeles: “Aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo”. Nuevamente se escucha una voz, musical y triunfante, que dice: “¡Vienen! ¡vienen! santo, inocente e inmaculado. Han guardado la palabra de mi paciencia; andarán entre los ángeles;” y los labios pálidos y temblorosos de los que se han aferrado a su fe, lanzan un grito de victoria.

Es a medianoche que Dios manifiesta su poder para la liberación de su pueblo. El sol aparece brillando en su fuerza. Señales sorprendentes y prodigios siguen en rápida sucesión. Los malvados miran con

terror y asombro sobre la escena, mientras los justos contemplan con solemne gozo las señales de su liberación. Todo en la naturaleza parece salirse de su curso. Los arroyos dejan de fluir. Nubes oscuras y pesadas se elevan y chocan entre sí. En medio de los cielos enojados hay un espacio claro de gloria indescriptible, de donde viene la voz de Dios como el estruendo de muchas aguas, diciendo: " Hecho está".

Esa voz estremece los cielos y la tierra. Hay un fuerte terremoto. El firmamento parece abrirse y cerrarse. La gloria del trono de Dios parece resplandecer. Las montañas se estremecen como una caña en el viento, y las rocas irregulares están esparcidas por todos lados. Hay un rugido como de una tempestad que se acerca. El mar es azotado [454] con furia. Se oye el chillido del huracán, como la voz de los demonios en misión de destrucción. Toda la tierra se agita y se hincha como las olas del mar. Su superficie se está rompiendo. Sus mismos cimientos parecen estar cediendo. Las cadenas montañosas se están hundiendo.

Las islas habitadas desaparecen con su carga viva. Los puertos marítimos que se han vuelto como Sodoma por la maldad son tragados por las aguas furiosas. Grandes piedras de granizo, cada una "como del peso de un talento" [Apocalipsis 16:21], están haciendo su obra de destrucción. Las ciudades más orgullosas de la tierra están abatidas. Los palacios costosos, en los que los grandes hombres del mundo han prodigado sus riquezas para glorificarse a sí mismos, se están derrumbando ante sus ojos. Los muros de la prisión se rasgan y el pueblo de Dios, que ha estado en cautiverio por su fe, es liberado.

Se abren los sepulcros y "muchos de los que duermen en el polvo de la tierra" "despiertan, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua". [Daniel 12:2.] Todos los que han muerto en la fe bajo el mensaje del tercer ángel salen glorificados de la tumba, para oír el pacto de paz de Dios con los que han guardado su ley.

"También los que le traspasaron", los que se burlaron y se burlaron de las agonías de Cristo, y los más violentos opositores de su verdad y de su pueblo, son resucitados para contemplarlo en su gloria y para ver el honor que se le otorga a los leales y obedientes.

Nubes espesas todavía cubren el cielo; sin embargo, el sol de vez en cuando se abre paso, apareciendo como el ojo vengador de Jehová. Feroces relámpagos saltan de los cielos, envolviendo la tierra en una sábana de llamas. [455] Por encima del terrible rugido del trueno, voces, misteriosas y terribles,

declarar el destino de los impíos. Las palabras pronunciadas no son comprendidas por todos; pero son claramente entendidos por los falsos atalayas. Aquellos que un poco antes eran tan temerarios, tan jactanciosos y desafiantes, tan exultantes en su crueldad hacia el pueblo que guarda los mandamientos de Dios, ahora están abrumados por la consternación y temblando de miedo. Sus lamentos se escuchan por encima del sonido de los elementos. Los demonios reconocen la divinidad de Cristo y tiemblan ante su poder, mientras que los hombres suplican misericordia y se arrastran en un terror a

Dijeron los profetas de la antigüedad al contemplar en santa visión el día de Dios: "Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los habitantes de la tierra; porque el día del Señor viene, porque está cerca." "Y el Señor dará su voz delante de su ejército; porque su campamento es muy grande; porque fuerte es el que ejecuta su palabra; porque grande es el día del Señor, y muy terrible; ¿Y quién puede soportarlo? [[Joel 2:1, 11.](#)]" "Aullad; porque cercano está el día del Señor; vendrá como una destrucción del Todopoderoso." [[Isaías 13:6.](#)]" "Entra en la peña y escóndete en el polvo, por temor del Señor y por la gloria de su majestad. La altivez de los ojos del hombre será humillada, y la altivez de los hombres será abatida, y solo el Señor será exaltado en aquel día. Porque el día del Señor de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, y sobre todo engreído; y él será abatido." [[Isaías \[456\] 2:10-12.](#)]" "Aquel día arrojará el hombre a los topos ya los murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que se hizo cada uno para adorar; para entrar en las hendiduras de las peñas, y en las cumbres de los peñascos, por el temor del Señor, y por la gloria de su majestad, cuando se levante para hacer temblar la tierra." [[Isaías 2:20, 21.](#)]"

A través de una hendidura en las nubes, brilla una estrella cuyo brillo se multiplica por cuatro en contraste con la oscuridad. Habla esperanza y alegría a los fieles, pero severidad e ira a los transgresores de la ley de Dios. Aquellos que lo han sacrificado todo por Cristo ahora están seguros, escondidos como en el secreto del pabellón del Señor. Han sido probados, y ante el mundo y los despreciadores de la verdad han demostrado su fidelidad a Aquel que murió por ellos. Un cambio maravilloso se ha producido en aquellos que se han aferrado a su integridad ante la misma cara de la muerte. Han sido librados repentinamente de la tiranía oscura y terrible de los hombres transformados en demon

últimamente pálidos, ansiosos y demacrados, ahora están radiantes de asombro, fe y amor. Sus voces se elevan en un canto triunfal: "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, aunque tiemblen los montes a causa de su bravura."

[Salmo 46:1-3.]

Mientras estas palabras de santa confianza ascienden a Dios, las nubes retroceden y se ven los cielos estrellados, indeciblemente gloriosos en contraste con el firmamento negro y furioso a ambos lados. La gloria del Cielo brilla desde las puertas entreabiertas. Entonces aparece contra [457] el cielo una mano que sostiene dos tablas de piedra plegadas juntas. La mano abre las tablas, y allí se revelan los preceptos del decálogo, trazados como con una pluma de fuego. Las palabras son tan claras que todos pueden leerlas. Se despierta la memoria, la oscuridad de la superstición y la herejía se barre de toda mente, y las diez palabras de Dios, breves, comprensivas y autorizadas, se presentan a la vista de todos los habitantes de la tierra. ¡Maravilloso código! maravillosa ocasión!

Es imposible describir el horror y la desesperación de aquellos que han pisoteado los santos requisitos de Dios. El Señor les dio su ley; podrían haber comparado su carácter con él y aprendido sus defectos mientras aún había oportunidad para el arrepentimiento y la reforma; pero para asegurarse el favor del mundo, dejaron de lado sus preceptos y enseñaron a otros a transgredir. Han procurado obligar al pueblo de Dios a profanar su sábado. Ahora están condenados por esa ley que han despreciado. Con terrible claridad ven que no tienen excusa. Eligieron a quién servirían y adorarían. "Entonces os volveréis y discerniréis entre el justo y el impío, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve." [Malaquías 3:18.]

Los enemigos de la ley de Dios, desde los ministros hasta los más pequeños entre ellos, tienen una nueva concepción de la verdad y el deber. Ven demasiado tarde que el sábado del cuarto mandamiento es el sello del Dios vivo. Demasiado tarde ven la verdadera naturaleza de su espuria [458] sábado, y el fundamento arenoso sobre el cual han estado edificando. Descubren que han estado luchando contra Dios. Los maestros religiosos han conducido a las almas a la perdición mientras profesan guiarlas a las puertas del Paraíso. No será hasta el día de las cuentas finales

Sépase cuán grande es la responsabilidad de los hombres en el santo oficio, y cuán terribles son los resultados de su infidelidad. Solo en la eternidad podemos estimar correctamente la pérdida de una sola alma. Terrible será la suerte de aquel a quien Dios dijere: Apártate, siervo malo.

La voz de Dios se escucha desde el Cielo declarando el día y la hora de la venida de Jesús, y entregando el pacto eterno a su pueblo. Como repiques del trueno más fuerte, sus palabras ruedan a través de la tierra. El Israel de Dios está de pie escuchando, con los ojos fijos en lo alto. Sus rostros se iluminan con su gloria y resplandecen como el rostro de Moisés cuando descendió del Sinaí. Los impíos no pueden mirarlos. Y cuando se pronuncia la bendición sobre los que han honrado a Dios santificando su sábado, hay un potente grito de victoria.

Pronto aparece en el este una pequeña nube negra, de aproximadamente la mitad del tamaño de la mano de un hombre. Es la nube que envuelve al Salvador, y que a lo lejos parece envuelta en tinieblas. El pueblo de Dios sabe que esta es la señal del Hijo del hombre. En solemne silencio lo contemplan a medida que se acerca a la tierra, haciéndose más claro y más glorioso, hasta que se convierte en una gran nube blanca, cuya base es una gloria como fuego consumidor, y sobre ella el arco iris del pacto.

[459] Jesús cabalga como un poderoso conquistador, y los ejércitos del Cielo lo siguen. Con cantos de triunfo, un vasto séquito de santos ángeles lo escoltan en su camino. El firmamento parece lleno de formas brillantes, diez mil veces diez mil y miles de miles.

Ninguna pluma puede dibujar, ninguna mente humana concebir, la gloria de la escena. A medida que la nube viva se acerca aún más, se puede ver claramente a Jesús. No lleva una corona de espinas, pero una corona de gloria descansa sobre su frente santa. Su rostro resplandece como el sol del mediodía. Sobre su vestidura y sobre su muslo está escrito un nombre: "Rey de reyes y Señor de señores".

Ante él todos los rostros palidecen, y sobre aquellos a quienes Dios ha rechazado, cae la negrura de la desesperación. Los justos claman con temblor: "¿Quién podrá sostenerse en pie?" El canto de los ángeles cesa y hay un período de terrible silencio. Entonces se escucha la voz de Jesús que dice: "Mi gracia te basta". Los rostros de los justos se iluminan y la alegría llena todos los corazones. Y los ángeles tocan una nota más alta y cantan de nuevo, a medida que se acercan aún más a la tierra.

El Rey de reyes desciende sobre la nube, envuelto en llamas de fuego. La tierra tiembla delante de él, los cielos se enrollan como un rollo, y toda montaña y toda isla se mueven de su lugar. Dice el salmista: "Vendrá nuestro Dios, y no callará; un fuego lo devorará delante de él, y será muy tempestuoso en derredor de él. Convocará a los cielos desde arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo. Juntadme a mis santos; los que han hecho conmigo pacto con sacrificio. Y los cielos declararán su justicia; para [460]

Dios es juez mismo." [Salmo 50:3-6.]

"Y los reyes de la tierra, y los grandes, y los ricos, y los capitanes, y los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes, y dijo a los montes ya las rocas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de Aquel que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado, ¿y quién podrá sostenerse en pie? [Apocalipsis 6:15-17.]

Las bromas burlonas han cesado. Los labios mentirosos se silencian en el silencio. El estruendo de las armas, el tumulto de la batalla, "con ruido confuso, y vestidos revolcados en sangre" [Isaías 9:5]. está quieto. Ahora no se oye nada más que la voz de la oración y el sonido del llanto y el lamento. El clamor brota de labios tan recientemente burlones: "El gran día de su ira ha llegado; ¿Y quién podrá sostenerse en pie? Los malvados oran para ser cubiertos por las rocas de las montañas, en lugar de encontrarse con el rostro de Aquel a quien han despreciado y rechazado.

Los que se burlaron de Cristo en su humillación están en esa multitud. Con estremecedor poder vienen a sus mentes las palabras del Sufriente, cuando, conjurado por el sumo sacerdote, declaró solemnemente: "De aquí en adelante veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder del poder, y viniendo sobre las nubes del cielo". [Mateo 26:64.] Ahora contemplan a Cristo en su gloria, y aún no lo han visto sentado a la diestra de energía.

Esa voz que penetra en el oído de los muertos, ellos la conocen. cómo [461] a menudo tienen sus tonos lastimeros y tiernos que los llaman al arrepentimiento. Cuántas veces se ha oído en las conmovedoras súplicas de un amigo, de un hermano, de un Redentor. Para los que rechazan su gracia, ningún otro podría estar tan lleno de condenación, tan cargado de denuncia, como esa voz que ha suplicado durante tanto tiempo: "Volveos, volveos; porque ¿por qué moriréis?

¡Ojalá les fuera la voz de un extraño! Dice Jesús, “Yo llamé, y rehusaron; Extendí mi mano, y nadie miró. Pero vosotros habéis desechado todos mis consejos, y no quisisteis mi reprehensión.” [Proverbios 1:24, 25.] Esa voz despierta recuerdos que desearían borrar: se desprecian las advertencias, se rechazan las invitaciones, se menosprecian los privilegios.

Aquellos que se burlaron de su afirmación de ser el Hijo de Dios ahora están sin palabras. Está el altivo Herodes que se burló de su título real y pidió a los burlones soldados que lo coronaran rey. Están los mismos hombres que con manos impías colocaron sobre su forma el manto de púrpura, sobre su frente sagrada la corona de espinas, y en su mano inquebrantable el cetro mímico, y se inclinaron ante él en blasfema burla. Los hombres que golpearon y escupieron al Príncipe de la vida, ahora se apartan de su mirada penetrante y buscan huir de la abrumadora gloria de su presencia. Los que le clavaron los clavos en las manos y los pies, el soldado que le atravesó el costado, contemplan estas marcas con remordimiento.

Con terrible claridad los sacerdotes y gobernantes recuerdan los eventos del Calvario. Con horror estremecedor recuerdan cómo, moviendo [462] la cabeza en satánico júbilo, exclamaron: “Él salvó a otros; a sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel, que descienda ahora de la cruz, y le creeremos. Confío en Dios; que lo libre ahora, si lo quiere. [Mateo 27:42, 43.]

Vivamente recuerdan la parábola del Salvador de los labradores que se negaron a dar a su Señor el fruto de la viña, que abusaron de sus siervos y mataron a su hijo. Recuerdan, también, la sentencia que ellos mismos pronunciaron: El Señor de la viña destruirá miserablemente a esos hombres malvados. En el pecado y el castigo de esos hombres infieles, los sacerdotes y los ancianos ven su propio curso y su propia perdición justa. Y ahora se eleva un grito de agonía mortal. Más fuerte que el grito, “¡Crucifícalo! ¡Crucifícale! que resonó por las calles de Jerusalén, crece el clamor terrible y desesperado: “¡Él es el Hijo de Dios! ¡Él es el verdadero Mesías!”. Buscan huir de la presencia del Rey de reyes. En las profundas cavernas de la tierra, desgarradas por la guerra de los elementos, en vano intentan esconderse.

En la vida de todos los que rechazan la verdad, hay momentos en que la conciencia despierta, en que la memoria presenta el torturante recuerdo.

de una vida de hipocresía, y el alma es acosada por vanos pesares. Pero , ¿qué son éstos comparados con el remordimiento de aquel día en que “el temor vendrá como desolación”, cuando “la destrucción vendrá como un torbellino”?

[[Proverbios 1:27.](#)] Aquellos que habrían destruido a Cristo ya su pueblo fiel, ahora son testigos de la gloria que descansa sobre ellos. En medio de su terror, escuchan las voces de los santos que exclaman con alegría: “He aquí, este es nuestro Dios, lo hemos esperado y él nos salvará”. [[Isaías 25:9.](#)]

En medio del vaivén de la tierra, el relámpago y [463] el estruendo del trueno, la voz del Hijo de Dios llama a los santos dormidos. Mira las tumbas de los justos, luego, levantando las manos al cielo, clama: “¡Despertad, despertad, despertad, los que dormís en el polvo, y levantaos!” A lo largo y ancho de la tierra, los muertos oirán esa voz, y los que la oigan vivirán. Y toda la tierra resonará con las pisadas del gran ejército de toda nación, tribu, lengua y pueblo. Vienen de la prisión de la muerte, revestidos de gloria inmortal, clamando: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Oh tumba, dónde está la victoria?”

[[1 Corintios 15:55.](#)] Y los justos vivos y los santos resucitados unen sus voces en un largo y alegre grito de victoria.

Todos salen de sus tumbas con la misma estatura que cuando entraron en la tumba. Adán, que se encuentra entre la multitud resucitada, es de altura elevada y forma majestuosa, en estatura pero un poco por debajo del Hijo de Dios. Presenta un marcado contraste con la gente de generaciones posteriores; en este aspecto se muestra la gran degeneración de la raza. Pero todos se levantan de su último sueño profundo con la frescura y el vigor de la eterna juventud. En el principio, el hombre fue creado a semejanza de Dios, no solo en carácter, sino también en forma y rasgos. El pecado desfiguró y casi borró la imagen divina; pero Cristo vino a restaurar lo que se había perdido. Él cambiará nuestros cuerpos viles y los modelará a semejanza de su cuerpo glorioso. La forma mortal, corruptible , desprovista de belleza, una vez contaminada por el pecado, se vuelve perfecta, hermosa e inmortal. Todas las imperfecciones y deformidades quedan en la [464] tumba. Los redimidos llevan la imagen de su Señor. ¡Oh, maravillosa redención! largamente hablado, largamente esperado, contemplado con ansiosa anticipación, pero nunca completamente entendido.

Los justos vivos son transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos. A la voz de Dios fueron glorificados; ahora lo son

hechos inmortales, y con los santos resucitados son arrebatados para recibir a su Señor en el aire. Los amigos separados por la muerte durante mucho tiempo se unen, nunca más para separarse. Los niños pequeños son llevados por santos ángeles a los brazos de sus madres, y juntos, con cánticos de alegría, ascienden a la ciudad de Dios.

A cada lado del carro nublado hay alas, y debajo hay ruedas vivas; y mientras el carro rueda hacia arriba, las ruedas claman: “Santo”, y las alas, al moverse, claman: “Santo”, y el séquito de ángeles clama: “Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso”. Y el pueblo de Dios grita “¡Aleluya!” mientras el carro avanza hacia la Nueva Jerusalén.

Antes de entrar en la ciudad, los santos se disponen en un cuadrado hueco, con Jesús en medio. En altura supera tanto a los santos como a los ángeles. Su forma majestuosa y su hermoso semblante pueden ser vistos por todos en la plaza. Sobre las cabezas de los vencedores, el Salvador, con su propia diestra, coloca las coronas de gloria. Para cada santo hay una corona, con su nuevo nombre, y la inscripción: “Santidad al Señor”. En cada mano se coloca la palma del vencedor y el arpa brillante. Los ángeles al mando tocan la nota, y cada voz se eleva en agradecida alabanza, cada mano [465] toca las cuerdas del arpa con un toque hábil, despertando una dulce música en ricos y melodiosos acordes.

Ante la multitud redimida está la ciudad santa. Jesús abre de par en par las puertas de perlas, y entran las naciones que han guardado la verdad. Allí contemplan el Paraíso de Dios, el hogar de Adán en su inocencia. Entonces se escucha esa voz, más rica que cualquier música que jamás haya caído en oídos mortales, diciendo: “Tu conflicto ha terminado”. El semblante del Salvador brilla con un amor indecible cuando da la bienvenida a los redimidos al gozo de su Señor.

De repente resuena en el aire un exultante grito de adoración. Los dos Adams están a punto de conocerse. El Hijo de Dios está de pie con los brazos extendidos para recibir al padre de nuestra raza, el ser que él creó, que pecó contra su Hacedor, y por cuyo pecado las marcas de la crucifixión llevan en la forma del Salvador. Cuando Adán discierne las huellas de los crueles clavos, no cae sobre el seno de su Señor, sino que humillado se arroja a sus pies, clamando: “¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado!” tiernamente el

Salvador lo levanta y dirige su atención al hogar del Edén del que ha estado exiliado durante tanto tiempo.

Después de su expulsión del Edén, la vida de Adán en la tierra estuvo llena de tristeza. Cada hoja moribunda, cada víctima del sacrificio, cada plaga en el bello rostro de la naturaleza, cada mancha en la pureza del hombre, era un nuevo recordatorio de su pecado. Terrible fue la agonía del remordimiento cuando vio que la iniquidad abundaba y, en respuesta a sus reprensiones, enfrentó los reproches que se le hacían a sí mismo como la causa del pecado. Con paciente humildad soportó, durante casi mil años, la pena de la transgresión. Fielmente se arrepintió de su pecado y confió en [466] los méritos del Salvador prometido, y murió con la esperanza de una resurrección. El Hijo de Dios redimió el fracaso y la caída del hombre, y ahora, mediante la obra de la expiación, Adán es reinstalado en su primer dominio.

Transportado de alegría, contempla los árboles que una vez fueron su deleite, los mismos árboles de los que arrancó frutos cuando se regocijaba en la perfección de la inocencia y la santidad. Ve las enredaderas que sus propias manos han cultivado, las mismas flores que una vez amó cuidar. Su mente capta la realidad de la escena; comprende que éste es en verdad el Edén restaurado, mucho más hermoso ahora que cuando fue desterrado de él. El Salvador lo lleva al árbol de la vida, arranca el glorioso fruto y lo invita a comer. Mira a su alrededor y contempla a una multitud de su familia redimida, de pie en el Paraíso de Dios. Luego arroja su resplandeciente corona a los pies de Jesús y, cayendo sobre su pecho, abraza al Redentor. Toca el arpa de oro, y las bóvedas del cielo resuenan con el canto triunfal: "¡Digno, digno, digno es el Cordero que fue inmolado y vive de nuevo!" La familia de Adán retoma la melodía y arroja sus coronas a los pies del Salvador mientras se inclinan ante él en adoración.

Este reencuentro es presenciado por los ángeles que lloraron por la caída de Adán y se regocijaron cuando Jesús, después de su resurrección, ascendió al cielo, habiendo abierto la tumba para todos los que creyeran en su nombre. Ahora contemplan la obra de la redención cumplida, y unen sus voces en el cántico de alabanza.

Los elegidos del Salvador han sido educados y disciplinados en el [467] escuela de prueba. Caminaron por senderos angostos en la tierra; fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Jesús soportaron la oposición, el odio, la calumnia. Lo siguieron a través de conflictos dolorosos;

soportaron la abnegación y experimentaron amargas desilusiones. Por su propia dolorosa experiencia aprendieron la maldad del pecado, su poder, su culpa, su aflicción; y lo miran con aborrecimiento. Un sentido del sacrificio infinito hecho para su curación, los humilla ante sus propios ojos, y llena sus corazones con gratitud y alabanza que aquellos que nunca han caído no pueden apreciar. Aman mucho, porque se les ha perdonado mucho. Habiendo sido partícipes de los sufrimientos de Cristo, son aptos para ser partícipes con él de su gloria.

Los herederos de Dios han venido de los desvanes, de las chozas, de las mazmorras, de los cadalsos, de las montañas, de los desiertos, de las cuevas de la tierra, de las cavernas del mar. Pero ya no son débiles, afligidos, dispersos y oprimidos. De ahora en adelante deben estar siempre con el Señor. Se paran ante el trono vestidos con túnicas más ricas que las que jamás hayan usado los más honrados de la tierra.

Están coronados con diademas más gloriosas que las que alguna vez se colocaron sobre la frente de los monarcas terrenales. Los días de dolor y llanto han terminado para siempre. El Rey de gloria ha enjugado las lágrimas de todos los rostros; toda causa de dolor ha sido eliminada. En medio del aleteo de las ramas de las palmeras vierten un canto de alabanza, claro, dulce y armonioso; todas las voces retoman el acorde, hasta que el himno resuena [468] a través de las bóvedas del cielo: “Salvación a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”. Y todos los habitantes del Cielo responden con la adscripción: “Amén; bendición y gloria y sabiduría y acción de gracias y honor y poder y fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos.” [Apocalipsis 7:10, 12.]

El tema de la redención acaba de empezar a entenderse. Con nuestra comprensión finita podemos considerar con la mayor seriedad la vergüenza y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia, que se encuentran en la cruz; sin embargo, con el mayor esfuerzo de nuestras facultades mentales, no logramos captar su pleno significado. La longitud y la anchura, la profundidad y la altura del amor redentor son vagamente comprendidas. El plan de redención no se comprenderá plenamente, aun cuando los rescatados vean como son vistos y conozcan como son conocidos; pero a través de las edades eternas, la nueva verdad se revelará continuamente a la mente maravillada y encantada. Aunque las aflicciones, los dolores y las tentaciones de la tierra hayan terminado, y la causa eliminada, el pueblo de Dios siempre tendrá un conocimiento distinto e inteligente de lo que ha costado su salvación.

La cruz de Cristo será la ciencia y el canto de los redimidos por toda la eternidad. En Cristo glorificado contemplarán a Cristo crucificado. Nunca se olvidará que Aquel que podía comandar todos los poderes de la naturaleza, que con una palabra podía convocar a poderosos ángeles para que hicieran su voluntad y ejecutaran venganza sobre sus enemigos, el amado de Dios, la Majestad de los Cielos, se sometió a ultraje, tortura y muerte, para que los pecadores sean redimidos. Que el Hacedor de todos los mundos, el Árbitro de todos los destinos, deje a un lado su gloria, y [469] se humille por amor al hombre, siempre despertará la maravilla y la admiración del universo. Mientras las naciones de los salvos miran a su Redentor, y contemplan la gloria eterna del Padre brillando en su rostro; al contemplar su trono, que es desde el siglo y hasta el siglo, y saber que su reino no tendrá fin, prorrumpen en un cántico entusiasta: "Digno, digno es el Cordero que fue inmolado, y nos ha redimido para Dios por su ¡Tu sangre más preciosa !"

El misterio de la cruz explica todos los demás misterios. En la luz que brota del Calvario, los atributos de Dios que nos habían llenado de temor y asombro aparecen hermosos y atractivos. Se ve que la misericordia, la ternura y el amor de los padres se mezclan con la santidad, la justicia y el poder. Mientras contemplamos la majestad de su trono, alto y sublime, vemos su carácter en sus graciosas manifestaciones y comprendemos, como nunca antes, el significado de ese afectuoso título, Padre nuestro.

Se verá que Aquel que es infinito en sabiduría no podría idear ningún plan para nuestra salvación excepto el sacrificio de su Hijo. La compensación de este sacrificio es el gozo de poblar la tierra de seres redimidos, santos, felices e inmortales. El resultado del conflicto del Salvador con los poderes de las tinieblas es gozo para los redimidos, redundando en la gloria de Dios, por toda la eternidad. Y tal es el valor del alma, que el Padre se satisface con el precio pagado; y Cristo mismo, contemplando los frutos de su gran sacrificio, queda satisfecho.

[470]

Capítulo 36—La desolación de la tierra

“Por tanto, sus plagas vendrán en un día, muerte, llanto y hambre; y ella será completamente quemada con fuego; porque fuerte es el Señor Dios que la juzga. Y los reyes de la tierra, que han fornicado y vivido en deleites con ella, lamentarán y lamentarán por ella, cuando vean el humo de su incendio, estando lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay! ¡Ay de la gran ciudad Babilonia, de la poderosa ciudad! porque en una hora ha venido tu juicio. Y los mercaderes de la tierra llorarán y harán duelo por ella; porque nadie compra más sus mercaderías.” [Apocalipsis [18:8-11](#).] Tales son los juicios que caerán sobre Babilonia en el día de la visitación de la ira de Dios. Ha colmado la medida de su iniquidad; ha llegado su hora; ella está madura para la destrucción.

Cuando la voz de Dios vuelve el cautiverio de su pueblo, se produce un terrible despertar de aquellos que lo han perdido todo en el gran juego de la vida. Mientras continuaba el tiempo de prueba, fueron cegados por los engaños de Satanás y justificaron su curso de pecado. Los ricos se enorgullecían de su superioridad sobre los menos favorecidos; [471] pero habían obtenido sus riquezas violando la ley de Dios. Se habían olvidado de alimentar al hambriento, de vestir al desnudo, de tratar con justicia y de amar la misericordia. Habían buscado exaltarse a sí mismos y obtener el homenaje de sus semejantes. Ahora están despojados de todo lo que los hizo grandes, y quedan desvalidos e indefensos. Miran la destrucción de los ídolos que prefirieron antes que su Hacedor. Vendieron sus almas por riquezas y placeres terrenales, y no buscaron enriquecerse para con Dios. El resultado es que sus vidas son un fracaso; sus placeres se han convertido ahora en hiel, sus tesoros en corrupción. La ganancia de toda una vida desaparece en un momento. Los ricos lamentan la destrucción de sus grandes casas, la dispersión de su oro y plata. Pero sus lamentos son silenciados por el temor de que ellos mismos perezcan con sus ídolos.

Los malvados están llenos de arrepentimiento, no por su pecaminoso descuido de Dios y sus semejantes, sino porque Dios ha vencido. Se lamentan de que el resultado sea el que es; pero no se arrepienten de su maldad. No dejarían ningún medio sin intentar conquistar si pudieran.

El mundo ve a la misma clase de la que se han burlado y ridiculizado, y deseado exterminar, pasar ilesa a través de la tempestad, el terremoto y la pestilencia. El que es para los transgresores de su ley fuego devorador, es para su pueblo pabellón seguro.

El ministro que ha sacrificado la verdad para ganar el favor de los hombres, ahora discierne el carácter y la influencia de sus enseñanzas. Es evidente que un ojo omnisciente lo seguía mientras estaba de pie en el escritorio, mientras caminaba por las calles, mientras se mezclaba con los hombres en las diversas [472] escenas de la vida. Cada emoción del alma, cada línea escrita, cada palabra pronunciada, cada acto que llevó a los hombres a descansar en un refugio de falsedad, ha sido semilla de dispersión; y ahora, en las almas miserables y perdidas a su alrededor, contempla la cosecha.

Los ministros y el pueblo ven que no han sostenido la relación correcta con Dios. Ven que se han rebelado contra el Autor de toda ley justa y recta. La anulación de los preceptos divinos dio lugar a miles de manantiales de maldad, discordia, odio, iniquidad, hasta que la tierra se convirtió en un vasto campo de contiendas, un sumidero de corrupción. Este es el punto de vista que ahora aparece para aquellos que rechazaron la verdad y eligieron apreciar el error. Ningún lenguaje puede expresar el anhelo que sienten los desobedientes y desleales por lo que han perdido para siempre, la vida eterna. Hombres a quienes el mundo ha adorado por sus talentos y elocuencia ahora ven estas cosas en su verdadera luz. Se dan cuenta de lo que han perdido por la transgresión, y caen a los pies de aquellos cuya fidelidad han despreciado y ridiculizado, y confiesan que Dios los ha amado.

El pueblo ve que ha sido engañado. Con vehemencia se acusan unos a otros de haberlos llevado a la destrucción; pero todos se unen para amontonar su más amarga condenación sobre los ministros. Pastores infieles han profetizado cosas suaves; han inducido a sus oyentes a anular la ley de Dios ya perseguir a los que quieren santificarla. Ahora, en su desesperación, estos maestros confiesan ante el mundo su obra de engaño. Las multitudes están llenas de furor. "¡Estamos perdidos!" claman, "y tú eres la causa de nuestra ruina"; y se vuelven [473]

sobre los falsos centinelas. Los mismos que alguna vez los admiraron más, pronunciarán las maldiciones más terribles sobre ellos. Las mismas manos que una vez los coronaron con laureles se levantarán para su destrucción. Las espadas que iban a matar al pueblo de Dios ahora se emplean para destruir a sus enemigos. En todas partes hay luchas y derramamiento de sangre.

La marca de la liberación ha sido puesta sobre aquellos “que gimen y claman por todas las abominaciones que se hacen”. Ahora sale el ángel de la muerte, representado en la visión de Ezequiel por los hombres con las armas de matanza, a quienes se da la orden: “Matad a todos, viejos y jóvenes, tanto criadas como niños y mujeres; pero no os acerquéis a ningún hombre en quien esté la marca; y comienza en mi santuario.” Dice el profeta: “Empezaron por los ancianos que estaban delante de la casa”. [Ezequiel 9:6.] La obra de destrucción comienza entre aquellos que profesan ser los guardianes espirituales del pueblo. Los falsos pastores son los primeros en caer. No hay nadie de quien compadecerse o de sobra. Hombres, mujeres, doncellas y niños pequeños perecen juntos.

“Jehová sale de su lugar para castigar a los moradores de la tierra por su iniquidad; la tierra descubrirá también su sangre, y no encubrirá más sus muertos.” [Isaías 26:21.] “Y esta será la plaga con que herirá Jehová a todo el pueblo que peleó contra Jerusalén: la carne de ellos se corromperá estando ellos sobre sus pies, y se consumirán sus ojos en sus cuencas, y su lengua se consumirá en sus boca. Y [474] acontecerá en aquel día que habrá entre ellos un gran tumulto procedente del Señor; y cada uno agarrará la mano de su prójimo, y su mano se levantará contra la mano de su prójimo.”

[Zacarías 14:12, 13.] En la loca contienda de sus propias pasiones feroces, y por el terrible derramamiento de la ira sin mezcla de Dios, caen los malvados habitantes de la tierra, sacerdotes, gobernantes y pueblo, ricos y pobres, encumbrados. y bajo “Y habrá muertos del Señor en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de la tierra; no serán lamentados, ni recogidos, ni enterrados.” [Jeremías 25:33.]

A la venida de Cristo, los impíos serán borrados de la faz de toda la tierra, consumidos por el espíritu de su boca, y destruidos por el resplandor de su gloria. Cristo lleva a su pueblo a

la ciudad de Dios, y la tierra es vaciada de sus habitantes. "He aquí, el Señor vacía la tierra, y la asola, y la trastorna, y dispersa a sus moradores."

"La tierra será enteramente vaciada y completamente saqueada; porque el Señor ha hablado esta palabra." "Porque traspasaron las leyes, cambiaron el derecho, quebrantaron el pacto sempiterno. Por tanto, la maldición devoró la tierra, y los que en ella habitan fueron asolados; por tanto, los habitantes de la tierra son quemados." [Isaías 24:1, 3, 5, 6.]

Toda la tierra aparece como un desierto desolado. Las ruinas de ciudades y pueblos destruidos por el terremoto, árboles arrancados de raíz, rocas irregulares arrojadas por el mar o arrancadas de la tierra misma, están esparcidas sobre su superficie, mientras que vastas cavernas marcan el lugar donde las montañas han sido arrancadas desde sus cimientos . . . Aquí va a ser [475] el hogar de Satanás con sus ángeles malignos durante mil años. Aquí estará confinado, para vagar arriba y abajo sobre la superficie rota de la tierra, y ver los efectos de su rebelión contra la ley de Dios. Durante mil años podrá disfrutar del fruto de la maldición que ha causado. Limitado solo a la tierra, no tendrá el privilegio de ir a otros planetas, para tentar y molestar a los que no han caído. Durante este tiempo, Satanás sufre extremadamente. Desde su caída su vida de intensa actividad ha desterrado la reflexión; pero ahora está privado de su poder, y se le permite contemplar el papel que ha desempeñado desde que se rebeló por primera vez contra el gobierno del Cielo, y mirar hacia adelante con temblor y terror al terrible futuro, cuando tendrá que sufrir por todos los males . que ha hecho, y ser castigado por los pecados que ha hecho cometer.

Gritos de triunfo ascienden de los ángeles y de los santos redimidos, para que no sean más irritados y tentados por Satanás, y que los habitantes de otros mundos sean librados de su presencia y tentaciones.

Durante los mil años entre la primera y la segunda resurrección, tiene lugar el Juicio de los impíos muertos. Los justos reinan como reyes y sacerdotes para Dios; y en unión con Cristo juzgan a los impíos, comparando sus actos con el libro de estatutos, la Biblia, y decidiendo cada caso según las obras hechas en el cuerpo. Entonces se reparte la parte que los impíos han de padecer, según sus obras; y está escrito contra sus nombres en

el libro de la muerte. Satanás también y los ángeles malos son juzgados por Cristo
y su gente

Capítulo 37—Terminó la controversia

[476]

Al final de los mil años, Cristo vuelve de nuevo a la tierra. Lo acompaña la hueste de los redimidos y lo asiste un séquito de ángeles. A medida que desciende con terrible majestad, ordena a los malvados muertos que se levanten para recibir su condenación. Vienen, una hueste poderosa, innumerables como las arenas del mar. ¡Qué contraste con los que resucitaron en la primera resurrección! Los justos se vistieron de juventud y belleza inmortales. Los malvados llevan las huellas de la enfermedad y la muerte.

Cada ojo en esa vasta multitud está vuelto para contemplar la gloria del Hijo de Dios. A una voz las huestes malvadas exclaman: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” No es el amor a Jesús lo que inspira esta expresión. La fuerza de la verdad insta a las palabras de los labios involuntarios. Así como los impíos fueron a sus tumbas, así salen, con la misma enemistad contra Cristo y el mismo espíritu de rebelión. No han de tener una nueva prueba en la que remediar los defectos de sus vidas pasadas. No se ganaría nada con esto. Una vida de transgresión no ha ablandado sus corazones. Una segunda prueba, si se les diera, estaría ocupada como la primera, en evadir [477] los requisitos de Dios y excitar la rebelión contra él.

Cristo desciende sobre el Monte de los Olivos, y cuando sus pies tocan la montaña, se parte en dos y se convierte en una vasta llanura. Entonces la Nueva Jerusalén, en su deslumbrante esplendor, desciende del Cielo. Mientras descansa sobre el lugar purificado y preparado para recibirlo, Cristo, con su pueblo y los ángeles, entra en la ciudad santa.

Ahora Satanás se prepara para una última y poderosa lucha por la supremacía. Mientras estaba privado de su poder y separado de su obra de engaño, el príncipe del mal estaba miserable y abatido; pero cuando los inicuos muertos resucitan, y él ve a las grandes multitudes de su lado, sus esperanzas reviven, y decide no ceder en el gran conflicto. Él reunirá a todos los ejércitos de los perdidos bajo su estandarte y, a través de ellos, se esforzará por ejecutar sus planes. Los impíos son cautivos de Satanás. Al rechazar a Cristo, han aceptado el gobierno del líder rebelde. Ellos

están listos para recibir sus sugerencias y cumplir sus órdenes. Sin embargo, fiel a su temprana astucia, no se reconoce a sí mismo como Satanás. Afirma ser el Príncipe que es el dueño legítimo del mundo, y cuya herencia le ha sido arrebatada ilegalmente. Se representa a sí mismo ante sus súbditos engañados como un redentor, asegurándoles que su poder los ha sacado de sus tumbas y que está a punto de rescatarlos de la tiranía más cruel. Habiendo sido eliminada la presencia de Cristo, Satanás hace maravillas para apoyar sus afirmaciones. Él fortalece a los débiles e inspira a todos con [478] su propio espíritu y energía. Se propone conducirlos contra el campamento de los santos y tomar posesión de la ciudad de Dios. Con regocijo diabólico, señala a los innumerables millones que han resucitado de entre los muertos, y declara que, como su líder, puede derribar la ciudad y recuperar su trono y su reino.

En esa vasta multitud hay multitudes de la raza longeva que existió antes del diluvio; hombres de elevada estatura e intelecto gigante, quienes, cediendo al control de los ángeles caídos, dedicaron toda su habilidad y conocimiento a la exaltación de sí mismos; hombres cuyas maravillosas obras de arte llevaron al mundo a idolatrar su genio, pero cuya crueldad e invenciones malvadas, profanando la tierra y desfigurando la imagen de Dios, hicieron que él las borrara de la faz de su creación. Hay reyes y generales que conquistaron naciones, hombres valientes que nunca perdieron una batalla, guerreros orgullosos y ambiciosos cuya llegada hacía temblar a los reinos. En la muerte estos no experimentaron ningún cambio. Al salir de la tumba, reanudan la corriente de sus pensamientos justo donde cesó. Los mueve el mismo deseo de conquista que los dominaba cuando cayeron.

Satanás consulta con sus ángeles, y luego con estos reyes y conquistadores y hombres poderosos. Consideran la fuerza y el número de su lado, y declaran que el ejército dentro de la ciudad es pequeño en comparación con el de ellos, y que puede ser vencido. Hacen sus planes para tomar posesión de las riquezas y la gloria de la Nueva Jerusalén. Todos inmediatamente comienzan a prepararse para la batalla. Los hábiles artesanos construyen implementos de guerra. Los líderes militares, famosos por su éxito, reúnen a las multitudes de hombres guerreros en compañías y divisiones.

[479] Por fin se da la orden de avanzar, y la innumerable hueste avanza , un ejército como nunca fue convocado por los conquistadores terrenales,

como las fuerzas combinadas de todas las edades desde que comenzó la guerra nunca podrían igualar. Satanás, el más poderoso de los guerreros, lidera la vanguardia y sus ángeles unen sus fuerzas para esta lucha final. Reyes y guerreros están en su séquito, y las multitudes lo siguen en vastas compañías, cada ejército bajo su líder designado. Con precisión militar, las apretadas filas avanzan sobre la superficie quebrada y desigual de la tierra hacia la ciudad de Dios. Por orden de Jesús, las puertas de la Nueva Jerusalén se cierran y los ejércitos de Satanás rodean la ciudad y se preparan para el ataque.

Ahora Cristo aparece de nuevo a la vista de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre un cimientado de oro bruñido, hay un trono, alto y sublime. Sobre este trono se sienta el Hijo de Dios, y alrededor de él están los súbditos de su reino. El poder y la majestad de Cristo ningún lenguaje puede describirlo, ninguna pluma puede retratarlo. La gloria del Padre Eterno está envolviendo a su Hijo. El resplandor de su presencia llena la ciudad de Dios y fluye más allá de las puertas, inundando toda la tierra con su resplandor.

Los más cercanos al trono son aquellos que una vez fueron celosos en la causa de Satanás, pero que, arrancados como tizones del fuego, han seguido a su Salvador con profunda e intensa devoción. Luego están los que perfeccionaron el carácter cristiano en medio de la falsedad y la infidelidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró nula, y los millones, de todas las edades, que fueron martirizados por su fe. Y más allá está la "gran multitud, la cual nadie [480] podía contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas," "delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas, y palmas en sus manos". Su guerra ha terminado, su victoria ganada.

Han corrido la carrera y alcanzado el premio. La rama de palma en sus manos es un símbolo de su triunfo, la túnica blanca un emblema de la justicia inmaculada de Cristo que ahora es de ellos.

Los redimidos elevan un canto de alabanza que resuena y resuena a través de las bóvedas del Cielo, "Salvación a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero". Y ángel y serafín unen sus voces en adoración. Al contemplar los redimidos el poder y la malignidad de Satanás, han visto, como nunca antes, que ningún poder sino el de Cristo podría haberlos hecho vencedores. En toda esa multitud resplandeciente no hay nadie que se atribuya la salvación a sí mismo, como si hubiera prevalecido por su propio poder y bondad.

se dice de lo que han hecho o sufrido; pero el tema central de cada cántico, la nota clave de cada himno, es: Salvación para nuestro Dios y para el Cordero.

En presencia de los habitantes reunidos de la tierra y del Cielo tiene lugar la coronación final del Hijo de Dios. Y ahora, investido de suprema majestad y poder, el Rey de reyes pronuncia sentencia sobre los rebeldes contra su gobierno, y ejecuta justicia sobre los que han transgredido su ley y oprimido a su pueblo.

Dice el profeta de Dios: “Vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo; y no se halló lugar para ellos. Y vi a los muertos, pequeños y [481] grandes, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.” [Apocalipsis 20:11, 12.]

Tan pronto como se abren los libros de registro y el ojo de Jesús contempla a los malvados, se dan cuenta de todos los pecados que han cometido. Ellos ven exactamente dónde sus pies se apartaron del camino de la pureza y la santidad, cuán lejos los han llevado el orgullo y la rebelión en la violación de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras que alentaron por la indulgencia en el pecado, las bendiciones pervertidas, los mensajeros de Dios despreciados, las advertencias rechazadas, las olas de misericordia rechazadas por el corazón obstinado e impenitente, todo parece como si estuviera escrito en letras de fuego. .

Sobre el trono se revela la cruz; y como una vista panorámica aparecen las escenas de la tentación y caída de Adán, y los pasos sucesivos en el gran plan de redención. el humilde nacimiento del Salvador; su vida temprana de sencillez y obediencia; su bautismo en el Jordán; el ayuno y la tentación en el desierto; su ministerio público, revelando a los hombres las bendiciones más preciosas del Cielo; los días colmados de obras de amor y misericordia, las noches de oración y vigilia en la soledad de las montañas; las tramas de envidia, odio y malicia que devolvieron sus beneficios; la terrible y misteriosa agonía en Getsemaní, bajo el peso aplastante de los pecados del mundo entero; su traición a manos de la turba asesina; los espantosos acontecimientos de aquella noche de horror: el prisionero que no opuso resistencia, abandonado por sus amados discípulos, rudamente llevado a toda prisa por las calles de Jerusalén; el Hijo de Dios exultante exhibido ante Anás, presentado en el alt

el palacio sacerdotal, en el tribunal de Pilato, ante el cobarde y cruel Herodes, burlado, insultado, torturado y condenado a muerte, todos están vívidamente retratados.

Y ahora, ante la multitud oscilante, se revelan las escenas finales: el paciente Sufriente recorriendo el camino hacia el Calvario; el Príncipe del Cielo colgado en la cruz; los sacerdotes altivos y la chusma burlona que se mofa de su agonía; las tinieblas sobrenaturales; la tierra agitada, las rocas abiertas, las tumbas abiertas, marcando el momento en que el Redentor del mundo entregó su vida.

El horrible espectáculo aparece tal como era. Satanás, sus ángeles y sus súbditos no tienen poder para apartarse de la imagen de su propia obra. Cada actor recuerda el papel que interpretó. Herodes, que mató a los niños inocentes de Belén para destruir al Rey de Israel; la vil Herodías, sobre cuya alma culpable descansa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilato, que sirve al tiempo; los soldados burlones; los sacerdotes y los gobernantes y la multitud enloquecida que gritaba: "¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!"—todos contemplan la enormidad de su culpa. En vano buscan esconderse de la divina majestad de Su rostro, que eclipsa la gloria del sol, mientras los redimidos arrojan sus coronas a los pies del Salvador, exclamando: "¡Él murió por mí!"

En medio de la multitud rescatada están los apóstoles de Cristo, el heroico Pablo, el ardiente Pedro, el amado y amoroso Juan, y sus hermanos de corazón sincero, y con ellos la gran multitud de mártires; mientras que fuera de los muros, con toda cosa vil y abominable, están aquellos por quienes [483] fueron perseguidos, encarcelados y asesinados. Está Nerón, ese monstruo de crueldad y vicio, contemplando la alegría y la exaltación de aquellos a quienes una vez torturó, y en cuya angustia extrema encontró satánico deleite. Su madre está allí para presenciar el resultado de su propio trabajo; ver cómo la impronta de carácter que transmitió a su hijo, las pasiones alentadas y desarrolladas por su influencia y ejemplo, han fructificado en crímenes que estremecieron al mundo.

Hay sacerdotes y prelados papistas, que pretendían ser embajadores de Cristo, pero emplearon el potro, el calabozo y la hoguera para controlar las conciencias de su pueblo. Están los orgullosos pontífices que se exaltaron por encima de Dios y se atrevieron a cambiar la ley del Altísimo. Esos supuestos padres de la iglesia tienen

cuenta que rendir a Dios de la que quisieran ser excusados. Demasiado tarde se les hace ver que el Omnisciente es celoso de su ley, y que de ninguna manera tendrá por inocente al culpable. Aprenden ahora que Cristo identifica su interés con el de su pueblo sufriente; y sienten la fuerza de sus propias palabras: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”.

Todo el mundo inicuo comparece ante el tribunal de Dios bajo el cargo de alta traición contra el gobierno del Cielo. No tienen a nadie que defienda su causa; no tienen excusa; y se pronuncia contra ellos la sentencia de muerte eterna.

[484] Ahora es evidente para todos que la paga del pecado no es la noble independencia y la vida eterna, sino la esclavitud, la ruina y la muerte. Los impíos ven lo que han perdido por su vida de rebelión. El peso mucho más excelente y eterno de la gloria fue despreciado cuando se les ofreció; pero qué deseable parece ahora. “Todo esto”, grita el alma perdida, “podría haberlo tenido; pero elegí poner estas cosas lejos de mí. ¡Oh, extraño enamoramiento! He cambiado la paz, la felicidad y el honor por la miseria, la infamia y la desesperación”. Todos ven que su exclusión del Cielo es justa. En sus vidas declararon: No queremos que este Jesús reine sobre nosotros.

Como en trance, los impíos han contemplado la coronación del Hijo de Dios. Ven en sus manos las tablas de la ley divina, los estatutos que han despreciado y transgredido. Son testigos del estallido de asombro, éxtasis y adoración de los salvados; y mientras la ola de la melodía barre las multitudes fuera de la ciudad, todos a una voz exclaman: “Maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos; y postrándose, adoran al Príncipe de la vida.

Satanás parece paralizado al contemplar la gloria y majestad de Cristo. El que una vez fue querubín protector, recuerda de dónde ha caído. Un brillante serafín, “hijo de la mañana”; ¡Qué cambiado, qué degradado! Del concilio donde una vez fue honrado, queda excluido para siempre. Ve a otro ahora de pie cerca del Padre, velando su gloria. Ha visto la corona colocada sobre la cabeza de Cristo por un ángel de elevada estatura y majestuosa presencia, y sabe que este oficio podría haber sido suyo.

[485] La memoria recuerda el hogar de su inocencia y pureza, la paz

y contenido que eran suyos hasta que se permitió murmurar contra Dios y envidiar a Cristo. Sus acusaciones, su rebelión, sus engaños para ganarse la simpatía y el apoyo de los ángeles, su terca persistencia en no hacer ningún esfuerzo por recuperarse cuando Dios le hubiera concedido el perdón, todo se presenta vívidamente ante él. Repasa su obra entre los hombres y sus resultados: la enemistad del hombre hacia su prójimo, la terrible destrucción de la vida, el ascenso y caída de reinos, el derrocamiento de tronos, la larga sucesión de tumultos, conflictos y revoluciones. Recuerda sus esfuerzos constantes para oponerse a la obra de Cristo y hundir al hombre cada vez más. Ve que sus planes infernales han sido impotentes para destruir a los que han puesto su confianza en Jesús. Cuando Satanás contempla su reino, el fruto de su trabajo, sólo ve fracaso y ruina. Ha hecho creer a las multitudes que la ciudad de Dios sería presa fácil; pero él sabe que esto es falso. Una y otra vez en el progreso de la gran controversia ha sido derrotado y obligado a ceder. Conoce demasiado bien el poder y la majestad del Eterno.

El objetivo del gran rebelde siempre ha sido justificarse a sí mismo y probar que el gobierno divino es responsable de la rebelión. A este fin ha empleado todo el poder de su gigantesco intelecto. Ha trabajado deliberada y sistemáticamente, y con un éxito maravilloso, llevando a grandes multitudes a aceptar su versión del gran conflicto que ha estado en curso durante tanto tiempo. Durante miles de años, este jefe de la conspiración ha convertido la falsedad en lugar de la verdad. Pero ahora [486] ha llegado el momento en que la rebelión será finalmente derrotada y se revelará la historia y el carácter de Satanás. En su último gran esfuerzo por destronar a Cristo, destruir a su pueblo y tomar posesión de la ciudad de Dios, el archi-engañador ha sido completamente desenmascarado. Los que se han unido a él ven el fracaso total de su causa. Los seguidores de Cristo y los ángeles leales contemplan todo el alcance de sus maquinaciones contra el gobierno de Dios. Él es el objeto del aborrecimiento universal.

Satanás ve que su rebelión voluntaria lo ha incapacitado para el Cielo. Ha entrenado sus poderes para la guerra contra Dios; la pureza, la paz y la armonía del Cielo serían para él una tortura suprema. Sus acusaciones contra la misericordia y la justicia de Dios ahora son silenciadas. El oprobio que se ha esforzado en arrojar sobre Jehová recae enteramente sobre él mismo. Y ahora Satanás se inclina y confiesa la justicia de su sentencia.

Cada cuestión de verdad y error en la controversia de larga data se aclara. La justicia de Dios permanece plenamente vindicada. Ante el mundo entero se presenta claramente el gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo en favor del hombre. Ha llegado la hora en que Cristo ocupa la posición que le corresponde, y es glorificado sobre principados y potestades y sobre todo nombre que se nombra.

Fue por el gozo puesto delante de él, que llevaría a muchos hijos a la gloria, que soportó la cruz y despreció la vergüenza. E inconcebiblemente grande como fue el dolor y la vergüenza, así de grande es el gozo y la gloria. Él mira a los redimidos, renovados [487] a su propia imagen, cada rostro reflejando la semejanza de su Rey.

En su perfecta pureza y gozo insuperable contempla el resultado de la aflicción de su alma, y queda satisfecho. Luego, con una voz que llega a las multitudes reunidas de justos y malvados, declara: “¡He aquí la compra de mi sangre! Por estos sufrí; por éstos yo morí; para que moren en mi presencia por los siglos de los siglos.” Y el canto de alabanza asciende de los que están vestidos de blanco alrededor del trono: “Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición”.

A pesar de que Satanás se ha visto obligado a reconocer la justicia de Dios ya inclinarse ante la supremacía de Cristo, su carácter permanece inmutable. El espíritu de rebelión, como un poderoso torrente, vuelve a estallar. Lleno de frenesí, decide no ceder ante la gran controversia. Ha llegado el momento de una última lucha desesperada contra el Rey de los Cielos. Se precipita en medio de sus súbditos y se esfuerza por inspirarlos con su propia furia y despertarlos a la batalla instantánea. Pero de todos los incontables millones a quienes ha atraído a la rebelión, ahora no hay ninguno que reconozca su supremacía. Su poder ha llegado a su fin. Los malvados están llenos del mismo odio a Dios que inspira a Satanás; pero ven que su caso no tiene remedio, que no pueden prevalecer contra Jehová. Su ira se enciende contra Satanás y los que han sido sus agentes en el engaño. Con la furia de los demonios se vuelven contra ellos, y sigue una escena de lucha universal.

[488] Entonces se cumplen las palabras del profeta: “La ira del Señor está sobre todas las naciones, y su furor sobre todos sus ejércitos; los ha destruido por completo, los ha entregado al matadero”.

[Isaías 34:2.] “Sobre los impíos hará llover brasas, fuego y azufre, y terrible tempestad: esta será la porción de su copa.” [Salmo 11:6. MARGEN.] Fuego desciende de Dios del cielo. La tierra está rota. Las armas escondidas en sus profundidades son extraídas. Llamas devoradoras brotaron de cada abismo bostezante. Las mismas rocas están en llamas. Ha llegado el día que arderá como un horno. [Malaquías 4:1.] Los elementos se derriten con gran calor, también la tierra, y las obras que en ella hay se queman. [2 Pedro 3:10.] El fuego de Tofet está “preparado para el rey”, el jefe de la rebelión; su montón es profundo y grande, y “el soplo de Jehová, como torrente de azufre, lo enciende”. [Isaías 30:33.] La superficie de la tierra parece una masa fundida, un vasto lago de fuego hirviendo. Es el tiempo del juicio y la perdición de los hombres impíos, “el día de la venganza del Señor, y el año de las retribuciones en el pleito de Sión”. [Isaías 34:8.]

Los impíos reciben su recompensa en la tierra. Ellos “serán estopa; y el día que viene los quemará, dice el Señor de los ejércitos.” Algunos se destruyen como en un momento, mientras que otros sufren muchos días. Todos son castigados según sus obras. Los pecados de los justos han sido transferidos a Satanás, el originador del mal, quien debe cargar con su castigo. Así se le hace sufrir no sólo por su propia rebelión, sino por todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios. Su castigo será mucho mayor que el de [489] aquellos a quienes ha engañado. Después de que perecieron todos los que cayeron por sus engaños, todavía vivirá y sufrirá. En las llamas purificadoras, los malvados son finalmente destruidos, raíz y rama: Satanás la raíz, sus seguidores las ramas. La justicia de Dios está satisfecha, y los santos y toda la hueste angélica dicen a gran voz, Amén.

Mientras la tierra está envuelta en el fuego de la venganza de Dios, los justos moran seguros en la ciudad santa. Sobre los que tuvieron parte en la primera resurrección, la segunda muerte no tiene poder. [Apocalipsis 20:6.] Mientras que Dios es para los impíos un fuego consumidor, para su pueblo es tanto un sol como un escudo. [Salmo 84:11.]

“Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron.” [Apocalipsis 21:1.] El fuego que consume a los impíos purifica la tierra. Todo rastro de la maldición es barrido. Ningún infierno eternamente ardiente mantendrá ante los rescatados las terribles consecuencias del pecado. Sólo queda un recordatorio: nuestra

Redentor siempre llevará las marcas de su crucifixión. Sobre su cabeza herida, sus manos y pies, están las únicas huellas de la obra cruel que el pecado ha forjado.

“Oh Torre del rebaño, la fortaleza de la hija de Sión, a ti vendrá, sí, el primer señorío.” [Miqueas 4:8.] El reino perdido por el pecado, Cristo lo ha recobrado, y los redimidos lo poseerán con él. “Los justos heredarán la tierra, y habitarán en ella para siempre”. [Salmo 37:29.] El temor de hacer que la herencia de los santos parezca demasiado material ha llevado a muchos a espiritualizar [490] las mismas verdades que nos llevan a considerar la nueva tierra como nuestro hogar. Cristo aseguró a sus discípulos que fue a prepararles mansiones. Los que aceptan las enseñanzas de la palabra de Dios no ignorarán por completo la morada celestial. Y, sin embargo, el apóstol Pablo declara: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”. [1 Corintios 2:9.] El lenguaje humano es inadecuado para describir la recompensa de los justos. Solo será conocido por aquellos que lo contemplen. Ninguna mente finita puede comprender la gloria del Paraíso de Dios.

En la Biblia, la herencia de los salvos se llama país. [Hebreos 11:14-16.] Allí el gran Pastor conduce a su rebaño a fuentes de aguas vivas. El árbol de la vida da su fruto cada mes, y las hojas del árbol son para el servicio de las naciones. Hay arroyos que fluyen siempre, claros como el cristal, y junto a ellos los árboles ondulantes proyectan sus sombras sobre los caminos preparados para los redimidos del Señor. Allí las extensas llanuras se hinchan hasta convertirse en colinas de belleza, y las montañas de Dios alzan sus elevadas cumbres. En esas llanuras apacibles, junto a esos arroyos vivos, el pueblo de Dios, peregrinos y errantes de tanto tiempo, encontrará un hogar.

Allí está la Nueva Jerusalén, “que tiene la gloria de Dios”, su luz “como una piedra preciosísima, como una piedra de jaspe, resplandeciente como el cristal”. [Apocalipsis 21:11.] Dice el Señor: “Me regocijaré en Jerusalén, y me gozaré en mi pueblo”. [Isaías 65:19.] “El tabernáculo de Dios está con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán [491] su pueblo, y Dios mismo estará con ellos, y será su Dios, y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos; y no habrá más muerte, ni dolor, ni llanto, ni habrá

más dolor; porque las primeras cosas pasaron.” [Revelación [21:3](#), 4.]

En la ciudad de Dios “no habrá noche”. Ninguno necesitará ni deseará el reposo. No habrá cansancio en hacer la voluntad de Dios y ofrecer alabanza a su nombre. Siempre sentiremos la frescura de la mañana, y siempre estaremos lejos de su final. “Y no necesitan vela, ni luz del sol; porque el Señor Dios los alumbra .” [Apocalipsis [22:5](#).] La luz del sol será reemplazada por un resplandor que no es dolorosamente deslumbrante, pero que supera inconmensurablemente el brillo de nuestro mediodía. La gloria de Dios y del Cordero inunda la ciudad santa con una luz inmarcesible. Los redimidos caminan en la gloria sin sol del día perpetuo.

“No vi ningún templo allí; porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son el templo de ella.” [Apocalipsis [21:22](#).] El pueblo de Dios tiene el privilegio de tener una comunión abierta con el Padre y el Hijo. Ahora “vemos a través de un espejo, oscuramente”. [[1 Corintios 13:12](#).] Vemos la imagen de Dios reflejada, como en un espejo, en las obras de la naturaleza y en su trato con los hombres; pero entonces lo veremos cara a cara, sin un velo que oscurezca entre ellos. Estaremos en su presencia, y contemplaremos la gloria de su rostro.

Allí, las mentes inmortales estudiarán con deleite infalible las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. No hay enemigo cruel y engañoso que tiente al olvido de Dios. Cada [\[492\]](#) facultad será desarrollada, cada capacidad aumentada. La adquisición de conocimiento no cansará la mente ni agotará las energías.

Allí pueden llevarse a cabo las empresas más grandiosas, alcanzarse las aspiraciones más elevadas, realizarse las más altas ambiciones; y todavía surgirán nuevas alturas para superar, nuevas maravillas para admirar, nuevas verdades para comprender, nuevos objetos para invocar los poderes de la mente , el alma y el cuerpo.

Y a medida que pasen los años de la eternidad, traerán revelaciones más ricas y gloriosas de Dios y de Cristo. A medida que el conocimiento es progresivo, también aumentarán el amor, la reverencia y la felicidad. Cuanto más aprendan los hombres de Dios, mayor será su admiración por su carácter. Cuando Jesús les presenta las riquezas de la redención y los asombrosos logros en el gran conflicto con Satanás, los corazones de los rescatados latén con mayor devoción, y tocan las arpas de oro con mano más firme; y diez mil veces di

miles de miles de voces se unen para engrosar el poderoso coro de alabanza.

“Y toda criatura que está en los cielos, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que están en el mar, y todo lo que en ellos hay, oí decir: Bendición y honra y gloria y poder sean al que está sentado en el trono y al Cordero por los siglos de los siglos.”

El pecado y los pecadores ya no existen; Todo el universo de Dios está limpio; y el gran conflicto ha terminado para siempre.

Apéndice

[493]

Nota 1. Página 206.—Los puntos de vista de William Miller en cuanto al tiempo exacto del segundo advenimiento se basaron en la profecía de [Daniel 8:14](#): “Hasta dos mil trescientos días; entonces el santuario será purificado.” Que un día en la profecía simbólica representa un año, véase [Números 14:34](#); [Ezequiel 4:6](#). Como el período de 2300 días proféticos, o años literales, se extendía mucho más allá del final de la dispensación judía, no podía referirse al santuario de esa dispensación.

El Sr. Miller sostuvo el punto de vista generalmente aceptado de que en la era cristiana la Tierra es el santuario, y por lo tanto concluyó que la purificación del santuario mencionada en [Daniel 8:14](#) representó la purificación de la tierra por fuego en la segunda venida de Cristo. El punto desde el cual contar los 2300 días se encuentra en [Daniel 9:24-27](#), lo cual es una explicación de la visión del capítulo 8. Se afirma que 70 semanas, o 490 años, están determinados, literalmente, cortados, como pertenecientes especialmente a los judíos. El único período del cual se podrían cortar las 70 semanas son los 2300 días, siendo ese el único período de tiempo mencionado en la visión del capítulo 8. Por lo tanto, las 70 semanas deben ser parte de los 2300 días, y los dos períodos deben comenzar. Las 70 semanas son declaradas por el ángel desde la salida del mandamiento para restaurar y edificar a Jerusalén. Entonces, si podemos ubicar correctamente este mandamiento, tenemos el punto de partida para el gran período de los 2300 días. La Biblia nos proporciona cuatro pruebas mediante las cuales podemos determinar cuándo se encuentra la fecha verdadera:—

1. Desde el momento en que se dio el mandamiento, 49 años serían testigos de la finalización de la calle y el muro de Jerusalén. [Daniel 9:25](#).

2. Treinta y dos semanas a partir de este tiempo, o, en total, 69 semanas, 483 años, debían extenderse hasta el Mesías Príncipe, o ^[494] la unción de Cristo por el Espíritu Santo en su bautismo, la palabra Mesías significando ungido

3. Sesenta y nueve semanas y media debían extenderse hasta la crucifixión : el cese del sacrificio y la oblación a la mitad de la semana.

[Versículo 27.](#)

4. El período completo de 70 semanas sería testigo de la confirmación completa del pacto con el pueblo de Daniel. Al final de este período, habiendo dejado los judíos de ser el pueblo escogido de Dios, el evangelio sería predicado a los gentiles.

En el séptimo de Esdras encontramos el decreto que buscamos. Fue emitido por Artajerjes, rey de Persia, en el año 457 a. C. En [Esdras 6:14](#) se dice que la casa del Señor en Jerusalén fue edificada “según el mandamiento [margen, decreto] de Ciro, Darío y Artajerjes, rey de Persia”. Los tres reyes hicieron una sola obra; fue comenzado por Ciro, continuado por Darío y completado por Artajerjes. La escritura cuenta esta acción como un decreto. Que los decretos posteriores fueron una continuación o finalización del de Ciro, véase [Esdras 6:1-14](#). Tomando el 457 aC como la fecha del mandamiento, se cumple cada especificación de la profecía concerniente a las 70 semanas. Para que el lector pueda ver lo razonable de la posición del Sr. Miller sobre los períodos proféticos, copiamos lo siguiente, que fue publicado en el Advent Herald, Boston, en marzo de 1850, en respuesta a un corresponsal:

“Es por el Canon de Ptolomeo que se fija el gran período profético de las setenta semanas. Este Canon sitúa el séptimo año de Artajerjes en el año 457 aC; y la precisión del Canon está demostrada por el acuerdo concurrente de más de veinte eclipses. Las setenta semanas datan de la salida de un decreto con respecto a la restauración de Jerusalén. No hubo decretos entre el séptimo y el vigésimo año de Artajerjes. Cuatrocientos noventa años, a partir del séptimo, deben comenzar en B.

C. 457 y terminan en el 34 d. C. Comenzando en el vigésimo, deben comenzar en el 444 a. C. y terminar en el 47 d. C. Como no ocurrió ningún evento en el 47 d. C. para marcar su terminación, no podemos contar desde el vigésimo; por lo tanto, debemos mirar al séptimo de Artajerjes.

No podemos cambiar esta fecha del 457 aC sin antes demostrar la inexactitud del Canon de Ptolomeo. Para ello, sería [495] necesario demostrar que el gran número de eclipses por los que se ha demostrado repetidamente su precisión, no han sido correctamente calculados; y tal resultado perturbaría cada cronológico

Como las 70 semanas y los 2300 días tienen un punto de partida común, el cálculo del Sr. Miller se verifica de un vistazo restando los 457 años aC de los 2300. Así,

$$\begin{array}{r} 2300 \\ 457 \\ \hline 1843 \text{ dC} \end{array}$$

457. 2300. finales de 1843.

Decreto dado.

2300. Los días terminan en 1844.

Al no haber percibido este hecho al principio el Sr. Miller y sus asociados, esperaban la venida de Cristo en 1843; de ahí la primera decepción y el aparente retraso. Fue el descubrimiento del tiempo correcto, en conexión con otros testimonios de las Escrituras, lo que condujo al movimiento conocido como el clamor de medianoche de 1844. Y hasta el día de hoy, el cómputo de los períodos proféticos coloca el cierre de los 2300 días en el otoño de 1844, se encuentra sin juicio político.

[496] Entonces surge la pregunta, si Wm. El cálculo del tiempo de Miller era correcto, ¿de dónde su decepción? Esto se debió a su error en cuanto al evento. La profecía dice: “Hasta dos mil trescientos días; entonces el santuario será purificado.” El Sr. Miller y sus asociados no entendieron el tema del santuario y su purificación. Aquí estaba el secreto de su decepción. Para una breve explicación de este punto importante, que muestra qué es el santuario y cómo su purificación, comenzando al final de los 2300 días en 1844, cumple la profecía de [Daniel 8:14](#), véase el capítulo 18, titulado “El Santuario”.

Entonces surge otra pregunta: “Si se equivocó en el evento, ¿no fue un error toda su obra?” Eso no sigue. Los discípulos de Cristo estaban completamente equivocados cuando entró cabalgando en Jerusalén, y lo aclamaron como rey con señales de victoria. Pensaron que entonces sería coronado rey en el trono de David. Pero no fue un error en ellos actuar de acuerdo a su creencia; al hacerlo cumplieron la profecía de [Zacarías 9:9](#), lo cual no habrían hecho si se hubieran dado cuenta de que iba al juicio y a la muerte. Pero esa escritura debe cumplirse, si fuera necesario hacer clamar a las piedras. [Lucas 19:37-40](#). De la misma manera parece que el Sr. Miller y sus asociados cumplieron la profecía y dieron una proclamación (véase [Apocalipsis 14:6](#), 7) que no habrían dado si hubieran entendido que se iban a hacer otras proclamaciones antes de la venida del Señor. [Apocalipsis 14:8-14](#).

Nota 2. Página 225.—Que a menudo se hace un mal uso del texto ([Mateo 24:36](#)), es evidente por el contexto. Una pregunta de los discípulos se refería a la señal de la venida de Cristo y del fin del mundo. Esta pregunta respondió Jesús. En [el versículo 29](#) dio señales, y dijo: “Cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas”. [Verso 33](#). No se debe hacer un dicho del Salvador para destruir otro. Aunque nadie sabe el día ni la hora, se nos instruye y requiere (porque está en imperativo) que sepamos cuándo está cerca, incluso a las puertas. Y además se nos enseña que será tan fatal para nosotros hacer caso omiso de su advertencia, y rehusar o descuidar saber, como lo fue para aquellos que vivieron en los días de Noé no saber cuándo vendría el diluvio. [Versículos 37-39](#). y [versos 44-51](#) mostrar a qué luz Cristo, cuando venga,

mirará y [497] recompensará a aquellos a quienes encuentre velando y enseñando su ve

los que lo niegan. “Bienaventurados aquellos siervos, a quienes el Señor, cuando venga, halle velando”. [Lucas 12:37](#).

Nota 3. Página 228.—La historia de que los adventistas hicieron túnicas para ascender “al encuentro del Señor en el aire”, fue inventada por aquellos que querían reprochar la causa. Se distribuyó con tanta diligencia que muchos lo creyeron; pero una cuidadosa investigación demostró su falsedad. Durante muchos años se ha ofrecido una gran recompensa por la prueba de que alguna vez ocurrió tal caso; pero la prueba no ha sido producida. Ninguno de los que amaba la aparición del Salvador ignoraba tanto las enseñanzas de las Escrituras como para suponer que las túnicas que ellos pudieran hacer serían necesarias para esa ocasión. El único manto que los santos necesitarán para encontrarse con el Señor será el de la justicia de Cristo. Véase [Apocalipsis 19:8](#).

Nota 4. Página 241.—Se consideró que el año 1843, durante el cual los adventistas al principio esperaban la venida de Cristo, se extendía hasta la primavera de 1844. La razón de esto, expresada brevemente, es la siguiente: Antiguamente el año no comenzaba en pleno invierno, como ahora, pero en la primera luna nueva después del equinoccio vernal. Por lo tanto, como el período de 2300 días comenzaba en un año contado por el método antiguo, se consideró necesario ajustarse a ese método hasta su fin. Por lo tanto, se consideró que 1843 terminaba en la primavera y no en el invierno.

Nota 5. Página 260.—Que la tierra es el santuario se infirió de aquellas escrituras que enseñan que la tierra será purificada y acondicionada para la morada eterna de los santos, según el diseño original del creador. Los adventistas entendieron esto tal como lo enseñaron Wesley y otros. Y sus pensamientos no se posaron en ninguna otra morada ni en ninguna otra cosa que necesitara limpieza. Las únicas escrituras que conocemos que se ofrecen a favor de que la tierra o cualquier morada del hombre se llame el santuario, refutan bastante la posición. Son solo tres en número, como sigue: —[Éxodo 15:17](#): “Los traerás

[al pueblo] adentro, y los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar, oh Señor, que tú has hecho para que mores en él, el santuario, oh Señor, que tus manos han establecido. ”

Sin tomar tiempo ni espacio para dar una exposición del texto, [498] es suficiente para el presente propósito señalar que refuta la idea de que la tierra es el santuario. Cualquiera que sea la construcción que pueda

ser colocado sobre el texto, enseña que la gente no estaba entonces en el santuario; pero estaban en la tierra. Luego se afirma que se refería a esa parte de la tierra a la que iban a ser llevados, a saber, Palestina. Esto es refutado por el segundo texto.

[Josué 24:26](#): “Y Josué escribió estas palabras en el libro de la ley de Dios, y tomó una gran piedra, y la puso allí debajo de una encina, que estaba junto al santuario de Jehová.”

La piedra y la encina estaban en Palestina, pero estaban junto al santuario del Señor, no en él. Y el otro texto es aún más restrictivo, e igualmente concluyente contra la inferencia a que aquí se hace referencia.

[Salmo 78:54](#): “Y los llevó [a su pueblo] al término de su santuario, a este monte que su diestra había ganado”.

El monte era el monte Moriah, sobre el cual se construyó el templo de Salomón; sin embargo, ser llevado a él se llama ser llevado “al límite de su santuario”. Así estos textos no prueban que la tierra sea el santuario, sino más bien lo contrario.

La oración de Josafat da la verdadera idea de la relación de esa tierra con el santuario: “¿No eres tú Dios nuestro, que echaste de delante de tu pueblo Israel a los moradores de esta tierra, y la diste a la descendencia de Abraham tu amigo para siempre? Y ellos habitaron en ella, y te han edificado en ella un santuario a tu nombre.” [2 crónicas 20:7, 8](#). Esto corresponde al orden en [Éxodo 25:8](#): “Y que me hagan un santuario; para que yo habite entre ellos.” En este mismo libro se da una minuciosa descripción del santuario, su erección y aprobación del Señor. El proceso de purificación del santuario se describe en [Levítico 16](#). Cuando los hijos de Israel poseyeron Canaán, Salomón edificó un templo, en el cual había un lugar santo y santísimo, y los utensilios del santuario móvil, que se hizo en el desierto de Arabia, fueron trasladados al templo. Este era entonces el santuario, la morada de la gloria de Dios sobre la tierra. Incluso un conocimiento parcial de las enseñanzas de las Escrituras sobre este tema justificará todo lo que el autor ha dicho al respecto en las páginas 260-67.

[499]

Nota 6. Página 268.—Casi todos los adventistas, incluido el Sr. Miller, creyeron, por un corto tiempo después de su decepción en 1844, que el mundo había recibido su última advertencia. Difícilmente podían pensar en otra cosa.

de otra manera, con su fe en el mensaje que habían dado: “La hora de su juicio ha llegado”. [Apocalipsis 14:6](#), 7. Naturalmente pensaron que esta proclamación debía cerrar la dispensación. Fueron tan incapaces de orientarse de inmediato como lo fueron los discípulos cuando su Señor, a quien habían aclamado como su rey al subir al trono, fue crucificado y sepultado. En ambos casos fueron incapaces de comprender su terrible decepción.

Pero pronto se renunció a la idea de que la obra del evangelio había terminado, excepto por algunos fanáticos que no querían ser aconsejados ni recibir instrucción. Pero la mayoría de los que renunciaron a ella y, sin embargo, mantuvieron su fe en la obra, continuaron creyendo que aquellos que vieron claramente la luz de la advertencia enviada por el cielo y la rechazaron persistentemente, fueron rechazados por el Señor. No hay más fanatismo en eso que en la creencia común de que aquellos judíos obstinados que continuaron rechazando la luz de la verdad avanzada enviada a esa generación, fueron rechazados por Dios.

Hubo una clase que pronto renunció a la idea de que “la puerta de la misericordia estaba cerrada”, porque descubrieron que se proclamarían otros mensajes después de esa declaración, la hora del juicio ha llegado; y que el del tercer ángel, el último, habría de ir a “muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”. Aprendieron que el juicio se sienta en los cielos antes de la venida del Señor; que el juicio de los justos se cumple plenamente mientras Jesús es todavía su abogado ante el trono del Padre; que la vida eterna se da instantáneamente a los santos cuando viene su Salvador, lo cual es prueba de que han sido juzgados y absueltos. A medida que las esperanzas de los discípulos revivieron, y se “gozaron cuando vieron al Señor”, y declararon su Mesianismo con una confianza aún mayor, así se regocijaron cuando descubrieron la verdad del mensaje del tercer ángel, que, para ellos, era como vida de entre los muertos. Con celo renovado y confianza fortalecida comenzaron de nuevo a proclamar la pronta venida del Señor.

Con la luz del tercer mensaje recibieron también luz sobre el santuario y su purificación, por lo cual entendieron que la [500] obra antitípica del día de la expiación, que se cumplía en el lugar santísimo, era la que se señalaba por el mensaje que habían dado. Vieron que había dos velos o puertas en el templo de Dios; [Hebreos 9:3](#); y que en ese tiempo uno era

cerrado y el otro fue abierto. Con ferviente celo y nueva esperanza predicaron estas verdades, e instaron a sus semejantes a buscar una entrada por la fe en el lugar santísimo dentro del segundo velo, donde nuestro gran Sumo Sacerdote ha ido a borrar los pecados de todos sus fieles, desde Abel hasta la actualidad. Su fe estaba en una puerta abierta que ningún hombre puede cerrar hasta que la obra en ella esté completamente hecha. En la obra de invitar a los pecadores a venir a esta puerta abierta, continúan hasta el presente; y esta será su obra hasta que Jesús mismo proclame: “El que es injusto, sea injusto todavía”; [Apocalipsis 22:11](#); es decir, hasta que se cierre el tiempo de gracia y termine el ministerio del evangelio .

Entre los primeros que enseñaron el tercer mensaje y la puerta abierta, estuvo el autor de este libro. Con su celo incansable, sus llamamientos fervientes y la luz clara del testimonio que dio, hizo mucho por promover la causa, corregir los errores del fanatismo, renovar las esperanzas de los abatidos y alegrar los corazones de los “rebaño pequeño” que amaba la aparición de su Salvador que vendría pronto.

Nota 7. Página 275.—Para un breve examen de puntos importantes en el mensaje del tercer ángel de [Apocalipsis 14:9-12](#), véase la nota 8. Este mensaje contiene la última advertencia que recibirán los hombres en prueba, ya que le sigue la venida del Hijo del hombre para segar la cosecha de la tierra, para “recoger el trigo en su granero”, y para echar los racimos de la vid de la tierra en el lagar de la ira de Dios. Ver [versículos 14-20](#). Es por eso que se da en un lenguaje tan fuerte, tan terrible de amenaza. La ira que denuncia sobre los adoradores de la bestia y su imagen está contenida en “las siete postreras plagas; porque en ellos se consuma la ira de Dios.” [Apocalipsis 15:1](#). Comparar [cap. 16:1](#), 2. Que la ira “se derrama sin mezcla”; porque entonces el juicio cae sobre los incorregibles sin misericordia, porque nuestro Salvador entonces habrá terminado su obra sacerdotal, y vendrá, no para ofrecer salvación, sino para tomar venganza sobre aquellos que no conocen a Dios, y que no obedecen al evangelio. [2 Tesalonicenses 1:6-9](#).

[501]

Pero el trono de Dios será claro, y los pecadores no tendrán excusa; porque las advertencias de las Escrituras se dan en lenguaje inequívoco. A los impíos el Señor dice: “Porque llamé, y rehusaron; Extendí mi mano, y nadie miró; mas vosotros habéis desechado todos mis consejos, y no quisisteis mi reprensión. Yo

también se reirá de vuestra calamidad; Me burlaré cuando venga vuestro temor; cuando vuestro temor venga como desolación, y vuestra destrucción venga como torbellino; cuando os sobrevenga angustia y angustia. Entonces me invocarán, y no responderé; **temprano** me buscarán, pero no me hallarán.” [Proverbios 1:24-28](#). Y la advertencia del último mensaje va a todo el mundo. También es clara y decisiva en su pronunciación. “Los mandamientos de Dios”, que hace cumplir, no son oscuros ni difíciles de entender. El cuarto dice: “El séptimo día es sábado del Señor tu Dios”. Este fue el día del Señor, su día santo, desde la creación del mundo. No reclama a ningún otro como suyo; no santificó a ningún otro; nunca ordenó que se observara a ningún otro. Aquellos que se apartan de una verdad tan clara, que rechazan una advertencia tan solemne, no tendrán respuesta que dar cuando el Señor les ordene partir.

Pero por terribles que sean estas palabras de amenaza, el mensaje se da en misericordia. Es un último esfuerzo de parte del Señor para despertar a los hombres a un sentido de su peligro; para inducirlos a volverse de sus malos caminos, de sus transgresiones de su santa ley, para que puedan tener vida eterna. El Señor no se complace en la muerte de los impíos; pero que el impío se aparte de su camino y viva. [Ezequiel 33:11](#). Pero si no quieren venir a él para que tengan vida; si eligen seguir a la multitud para hacer el mal, en lugar de andar en el camino de los mandamientos de Dios, entonces deben cargar con su iniquidad. Su sangre será sobre sus propias cabezas. Dios les da el poder de elegir y les advierte contra el mal que les espera. Contra todas sus súplicas, desprecian el espíritu de gracia y pisotean la preciosa sangre de Cristo que fue derramada por su redención.

Nota 8. Página 396.—Estas palabras se basan en la profecía de [Apocalipsis 13](#) y 14. Las personas con las que el autor se relaciona han enseñado durante años que todas las clases, excepto “el rebaño [502] pequeño”, se unirán para exaltar el domingo e imponerlo a todos mediante leyes estrictas. Puede ayudar al lector a comprender los puntos de la última parte del capítulo XXX. Para notar los hechos de la profecía en la que se basa esta idea.

1. La bestia de [Apocalipsis 13:1-10](#) se entiende que se refiere a la poder papal. Esta ha sido la opinión general de los protestantes.

2. “El mar” del cual surgió esta bestia es lo mismo que “el aguas” de [Apocalipsis 17:15](#), explicó que son “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”. El papado fue defendido por muchas naciones.

3. Esta bestia tiene las características de las cuatro bestias de Dan 7, que representan los cuatro imperios de Babilonia, Persia, Grecia y Roma. Es el heredero del poder ejercido por estos cuatro imperios sucesivamente.

4. La bestia de dos cuernos, [Apocalipsis 13:11-17](#), está en una localidad diferente, “subiendo de la tierra”; no por la conquista de naciones y pueblos, sino creciendo como una planta, fuera de la tierra. Esto representa a los estados unidos, una localidad fuera del dominio de “Todo el mundo”, como lo conocían los antiguos.

5. Esta bestia tiene dos cuernos, el civil y el eclesiástico. Que una iglesia está representada por un cuerno se prueba en [Daniel 7](#), el “cuerno pequeño” representando a la Iglesia Romana, incluso antes de que tuviera poder civil. Así también en [Apocalipsis 13](#). El dragón (Roma pagana) le dio a la bestia (la iglesia) su poder (poder civil), y asiento (ciudad de Roma), y gran autoridad.

6. La bestia de dos cuernos aparece en dos fases: con la mansedumbre de un cordero y la fiereza del dragón. Esto ya se ha demostrado, hasta cierto punto, en la inconsecuencia de enviar al mundo la doctrina de la igualdad de todos los hombres con respecto a los derechos naturales, el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, y defendiendo por ley todos los males de la esclavitud americana. También, profesando conceder el privilegio a todos de adorar a Dios según los dictados de sus propias conciencias, y luego persiguiendo a los bautistas y cuáqueros por seguir sus convicciones conscientes. Pero esto se mostrará más plenamente en el futuro, cuando el Congreso sea llamado a hacer leyes relativas a la religión.

7. La identidad de la “bestia de dos cuernos” se muestra además por sus maravillas; al engañar “a los moradores de la tierra con [503] las señales que él tenía poder para hacer a la vista de la bestia”.

[Apocalipsis 13:14](#). El espiritismo surgió en los Estados Unidos y ha ido a todo el mundo por medio de los médiums americanos.

8. Esta bestia hace que tanto “la tierra como sus moradores allí para adorar a la primera bestia.” Esto se puede referir fácilmente a las leyes que obligan a la observancia del domingo en lugar del sábado.

del Señor, el séptimo día. La institución del domingo-sábado se remonta directamente a la Iglesia Romana, la cual, de hecho, reclama el honor de haberla originado; y nadie ha podido disputar esta afirmación. El sábado de Jehová conmemora la creación de los cielos y la tierra, y se dio el mandamiento de su observancia para que la tierra y sus habitantes glorificaran al creador. La ley que obliga a la observancia del domingo-sábado anula el mandamiento de Dios, y la tierra y los que en ella habitan deben rendir homenaje al poder que la originó, reposando sobre ella. Los protestantes han atribuido varias instituciones al papado y les han aplicado esta profecía; pero en ninguno está la tierra, a diferencia de los que moran en la tierra, que adora ese poder, excepto en el descanso dominical impuesto sobre toda la tierra.

9. Y esto muestra suficientemente que no es una mera suposición decir que católicos y protestantes se unirán para hacer cumplir el domingo. Los católicos lo honran como la evidencia de su autoridad para “instituir fiestas de precepto y ordenarlas bajo pecado”, y los protestantes están haciendo los más arduos esfuerzos para su cumplimiento universal. Es un hecho bien conocido que la mayoría de las denominaciones protestantes están modificando mucho su oposición a la Iglesia Católica, y la acción unida de los dos cuerpos a favor del domingo no es de ningún modo improbable. Pero hace unos años, este punto de vista se enseñó solo con la fuerza de la profecía. Ahora vemos en los acontecimientos que pasan fuertes indicios de su cumplimiento. El objeto especial de la “Asociación Nacional de Reforma” es procurar una enmienda religiosa a la Constitución Nacional para que el domingo pueda ser rescatado de la profanación y aplicado universalmente.

10. Esta bestia no solo obliga a la tierra ya sus habitantes a adorar a la primera bestia, como se notó anteriormente, sino que hace que los moradores de la tierra le hagan una imagen a la primera bestia. Esto sólo puede hacerse mediante la unión de la Iglesia y el Estado, o subordinando [504] el poder civil al eclesiástico de tal manera que el Estado se verá obligado a hacer cumplir los principios y requisitos de la Iglesia. Una Enmienda Religiosa a la Constitución de los Estados Unidos aseguraría rápidamente este resultado.

11. Esta exposición de la profecía es confirmada por el mensaje del Señor que se encuentra en [Apocalipsis 14:9-12](#), que se basa totalmente en los hechos de [Apocalipsis 13:11-17](#), y que condena en el mismo

términos más fuertes la acción de esta bestia y la adoración que impone; también llama a guardar los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y uno de estos mandamientos impone el sábado del Señor, el séptimo día. Por lo tanto, el contraste en los hechos y en el mensaje que se refiere a los hechos es entre el sábado del Señor y un sábado opuesto, a saber, el domingo.

Esta es una exposición muy breve de los hechos que justifican las expresiones del autor en las páginas 396,397.

Nota 9. Página 431.—La palabra 'sello' se usa en las Escrituras en varios sentidos, incluso en la vida común. La definición dada por Webster, la más completa, es la siguiente: "Aquello que confirma, ratifica o estabiliza; garantía; el que autentica; lo que asegura, hace confiable o estable". Los términos "marca" y "señal", también dados por él, se usan en las Escrituras como sinónimos de sello, como en [Romanos 4:11](#).

En el pacto con Noé se usa en el sentido de seguridad o evidencia de estabilidad. El arco en la nube se dio como una señal de que Dios no volvería a destruir la tierra con un diluvio.

[Génesis 9:13](#). En el pacto con Abraham, la circuncisión era la señal o señal. Esta ratificada, o asegurada; porque los que no tenían esta señal fueron cortados. [Génesis 17:11, 14](#). Este signo o señal era una institución, un rito. Gesenius da "un memorial" como una definición de la palabra que se encuentra en el original de estos textos. Pero un memorial, en el sentido de un recordatorio, o un recordador, es una señal o señal.

En [Éxodo 31:17](#) y [Ezequiel 20:12, 20](#), el Sábado del Señor es llamado una señal. Es un memorial de la obra del Creador y, por lo tanto, un signo de su poder y deidad. [Romanos 1:20](#). Esta es también una institución como lo fue la circuncisión; pero había esta distinción: la circuncisión era una señal en la carne, mientras que el sábado era una señal en la mente.

[505] "Santificad mis sábados; y serán por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios" [Ezequiel 20:20](#).

En [Ezequiel 9:4](#) la palabra usada en el original se traduce como marca. Gesenius dice: "una marca, una señal". La Septuaginta da la misma palabra en este texto que se da en el griego de [Romanos 4:11](#), traducido como "signo". Así, las palabras señal, señal, marca y sello se aplican a las mismas cosas, o se usan con el mismo significado, en las Escrituras.

En [Ezequiel 9:4](#) y [Apocalipsis 7:2, 3](#), se dice que la marca o señal se coloca en la frente de los siervos de Dios. Ambas escrituras

se refieren a un tiempo en que la destrucción total vendrá sobre los impíos. El sello se coloca sobre el pueblo de Dios como una salvaguardia para preservarlos del mal inminente. Pero "la frente" se usa evidentemente como una figura, para denotar el intelecto o la mente, como "el corazón" se usa para denotar la disposición o los afectos. Marcar o sellar en la frente es lo mismo que "escribir en la mente". [Hebreos 10:16](#).

El Sábado es la señal de Dios; es el sello de su ley. [Isaías 8:16](#). Es la señal de su autoridad y poder. Es una señal por la que podemos saber que él es Dios, y por eso se dice apropiadamente que se coloca en la frente. Los adoradores de la bestia ([Apocalipsis 13](#)) se dice que reciben su marca en sus frentes o en sus manos.

Así como la frente representa el intelecto, la mano representa el poder, como [Salmo 89:48](#), "¿Ha de librar su alma de la mano del sepulcro?" La adoración obligatoria no es aceptable para Dios; sus siervos están sellados solo en sus frentes. Pero es aceptable para los poderes malignos; siempre ha sido anhelado por la jerarquía romana. Consulte la Nota 8 para obtener pruebas sobre la naturaleza de esta marca. La señal o sello de Dios es su Sábado, y el sello o marca de la bestia está en oposición directa a él; es un sábado falso en el "día del Señor". En el mensaje del tercer ángel ([Apocalipsis 14:9-12](#)) los que no reciben la marca de la bestia guardan los mandamientos de Dios, y el sábado está en el cuarto precepto; guardan el sábado del Señor; tienen su signo o sello. La importancia de esta señal se muestra en que el cuarto mandamiento es el único en la ley que distingue al creador de los falsos dioses. Compare [Jeremías 10:10-12](#); [Hechos 17:23, 24](#); [Apocalipsis 14:6, 7](#); etc. y es esa parte de su ley por guardar la cual su pueblo sufrirá persecución. Pero cuando la ira de Dios caiga sobre los perseguidores que se encuentren aplicando la señal o marca de la bestia, entonces se darán cuenta de la importancia del sábado, el sello del Dios viviente.

Los que se apartan de lo que el Señor habló cuando su voz hizo temblar la tierra, confesarán su error fatal cuando su voz hizo temblar los cielos y la tierra. [Hebreos 12:25, 26](#); [Joel 3:9-16](#), y otros. Véase también la página 457 de este libro.